

MONASTERIO

Una sucesión de misteriosos
asesinatos en una abadía, narrados
por la reina francesa del crimen.



Andrea H.
Japp

1288, Alejandría, Egipto. Un mercader se hace con la pesada alforja de un viajero agonizante. Jamás conocerá el secreto que contiene e ignora que acaba de firmar su sentencia de muerte. Cuando intenta vender la alforja a un intermediario del conde Aimery de Mortagne, es degollado.

1307. Abadía de las monjas claretianas,

Francia. La jovencísima abadesa de las claretianas, Plaisance de Champlois, debe hacer frente al cabildo de la orden. A la cabeza de este se halla la gran priora Hucdeline de Valezan, protegida por su hermano, monseñor Jean, un oscuro brazo de los intereses de Roma. Una joven monja, Angélica, es descubierta estrangulada. Sin duda, porque se parece mucho

a una de sus hermanas, Marie-Gillette de Andremont, que tuvo que huir a España después del asesinato de su amante.

Pero solo es la primera muerta de las muchas que se van a suceder en la abadía. Y a pesar de los veinte años transcurridos entre ambos sucesos, estos parecen estar secretamente conectados.



Andrea H. Japp

Monasterio

ePub r1.0

liete 30.05.14

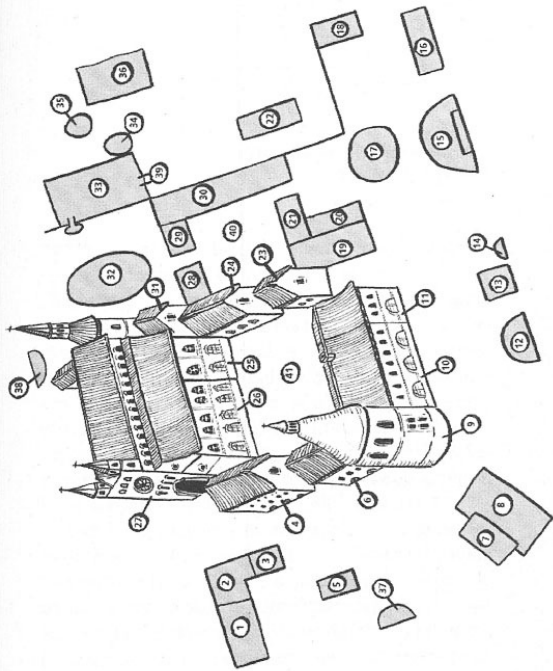
Título original: *Monestarium*
Andrea H. Japp, 2007
Traducción: M^a Elena Toro
Benítez & Cristina Fernández
Retoque de portada: liete

Editor digital: liete
ePub base r1.1



Plano imaginario de la abadía de Clairets

1. Caballerizas
2. Hospedería
3. Locutorio
4. Bodegas
5. Dependencias de la priora y de la supriora
6. Despensa
7. Palacio abacial
8. Terrazas y jardines de la abadesa
9. Cocina
10. Refectorio
11. Scriptorium
12. Muladar
13. Hornos y panadería
14. Portalón de los Hornos
15. Jardín medicinal y herbarium
16. Gallinero
17. Huertos
18. Establo
19. Noviciado
20. Hospicio
21. Morgue
22. Lugar
23. Escalera que conduce al dormitorio de las monjas
24. Baños y calefactorio
25. Relicario
26. Biblioteca
27. Iglesia abacial de Notre-Dame
28. Capilla de San Agustín
29. Lavadero
30. Enfermería
31. Sala capitular
32. Cementerio
33. Claustro de La Madeleine
34. Capilla de La Madeleine
35. Dependencias de la priora
36. Colmenar
37. Portalón Mayor
38. Portalón de los Lavaderos
39. Pasaje
40. Jardines de la enfermería
41. Claustro de Saint-Joseph



*Las palabras
señaladas con*
están recogidas en
el glosario al final
del libro.*

Capítulo 1

*Dieciocho años
antes. Al-
Iskandariyah^[1],
Egipto, agosto de
1288*

El mercader armenio Firuz entornó los párpados por la fatiga. Los últimos tres días de viaje hasta Al-

Iskandariyah, que se erguía sobre una lengua de tierra atrapada entre el Mediterráneo y el lago Mareotis, se le habían hecho interminables. La ciudad ya no tenía nada que ver con la Rakotis egipcia, la aldea de pastores y Pescadores que Alejandro había elegido por su salida al mar y a Europa. Las avenidas se entrelazaban cual tablero de ajedrez, y un largo espigón unía la parte continental y la isla de Faros.

Vientos ardientes habían barrido las dunas, levantando torbellinos de arena rojiza que parecía incrustarse bajo su piel, a pesar de la banda de turbante con la que se había cubierto la boca. Dos leguas* lo separaban aún de su destino: el puerto. Paso obligado entre Oriente y Occidente donde se compraba y se vendía de todo: especias, animales exóticos, telas, mujeres, secretos... Todo encontraba dueño en este

hormiguero humano en el que, si bien los mercaderes venecianos controlaban buena parte del negocio oficial, otro clandestino, aunque igualmente lucrativo, escapaba de su control.

Los géneros que Firuz se había agenciado para vender se resumían en bien poco. Sus mediocres recursos no le permitían invertir en mercancías y el mero trueque le daba apenas para malvivir. Pésimo comerciante, apocado

timador y preso, en el fondo, de una honestidad de la que no conseguía zafarse, únicamente había recopilado a lo largo y ancho del mundo murmuraciones insignificantes, vagos chismorreos que, maquillados con habilidad, podrían pasar por información confidencial. Una información irrisoria, a decir verdad. Su aspecto afable y su batería de ingeniosas ocurrencias le abrían las puertas de los

poderosos... las de servicio, aunque debía contentarse con eso. Jovial y fingido parlanchín, tenía cierto talento para sonsacar confidencias. Nada incita más a la locuacidad que la impresión de que el interlocutor no duda en confiársele a uno. Es entonces cuando se siente en terreno seguro. Firuz se había aprovechado a menudo de esta particularidad humana. Luego no tenía más que

seleccionar lo que le podía resultar útil, ya fuera adornándolo más allá de lo creíble.

Y hoy, ¿qué podía ofrecer que interesara a los cristianos o a los sarracenos? Apenas nada: un chisme de un azacán que había encontrado en Candía^[2], posesión veneciana que podía jactarse de albergar uno de los mercados más famosos de esclavos de Oriente y Occidente. El hombre, al que Firuz había

vendido por el doble de su precio un cubilete de agua con menta, sintió una repentina simpatía hacia él. Le había confiado que Al-Ashraf Jalil, el hijo de Qalawun, «sultán de Egipto a Tadmor^[3] y de Hijaz a Biredjik hasta los confines de la Cilicia», sufría de una enfermedad de Venus^[4] contraída de una de sus mujeres. Si era verdadero o falso, grave o benigno, el armenio no tenía la menor idea; lo cierto es que tales

cotilleos se propagaban como la pólvora. Con todo, y a pesar de su carácter receloso, el viejo león Qalawun había mantenido hasta entonces su palabra, así como las treguas que obtenía o concedía a los cristianos.

Era de esperar que su hijo siguiera sus pasos^[5]. En cambio, si el príncipe heredero fallecía antes que su progenitor, el Oriente cristiano corría el peligro de verse seriamente perturbado.

Firuz esperaba encontrar en Alejandría algún comprador para esa «información de primera mano» que supuestamente habría obtenido de un secretario, o mejor, de un médico, habida cuenta de que Qalawun solo contaba con amistades del lado musulmán. Sin duda alguna, la nueva de la inminente muerte de su vástago preocuparía o complacería a muchos, según fuesen o no aliados.

Firuz vaciló. Su camello

todavía podía recorrer la distancia que lo separaba del puerto; sin embargo, estaba cansado. La arena roja crujía entre sus dientes y le irritaba las mejillas. Más valía hacer un alto en una de esas chozas de paja y adobe que jalonaban el delta del Nilo. En aquellos sitios se podía dormir por pocas monedas, hincharse de guiso de cordero bien grasiento y degustar apetitosos dulces de sémola de trigo, dátiles, especias y miel.

Bajó el escalón de entrada de la habitación alargada, que servía al mismo tiempo de vivienda, cocina y dormitorio para los clientes. Una cortina de paja pendiente del bajo techo delimitaba toscamente los dos espacios. El frescor de la penumbra, horadada únicamente por los hilos de luz que se colaban a través las estrechas ventanas escarbadas en los muros de tierra parda, le sosegó ligeramente. Un hombre

sentado en un rincón con las piernas cruzadas se levantó y se acercó a él.

—¿Qué deseas, viajero?

—Un jergón y algo de comer para mí, y un trabón donde atar mi camello.

Un chiquillo corrió hacia el armenio y le ofreció un cubilete de té negro.

—Allí hay una habitación pequeña donde puedes dormir en paz, pero tendrás que compartirla con él —añadió el hombre de piel bronceada indicando

con un movimiento de
mentón el rincón opuesto.

Acto seguido
desapareció tras la cortina.

Firuz se acercó unos
pasos. Era frecuente que lo
alojaran con otros
extranjeros en la misma
habitación. El hombre, en
cuclillas, alzó la cabeza. Su
piel negra de ébano brillaba
del sudor. Levantó una de
sus largas y delgadas manos
en señal de saludo. La otra
reposaba sobre una gran
alforja de tela mugrienta.

Firuz respondió con un movimiento de cabeza. Una preciosa cabellera levemente ondulada caía en cascada sobre los escuálidos hombros del extraño. Sin duda, se trataba de uno de esos «hombres de tez negra y cabello lacio o crespo» como los calificara Heródoto^[6]. El mercader armenio quedó asombrado por la gracia de los gestos del viajero. Estaba sentado a ras de suelo, con las rodillas dobladas hacia su mentón.

Daba la impresión de ser muy alto y cenceño. A pesar del calor sofocante del exterior, tiritaba.

—¿Estás enfermo? —
inquirió cortésmente Firuz, sin ánimo de ofender al otro huésped.

—Una fiebre de los pantanos^[7]. No te inquietes, no es contagiosa. Me refiero a que no corres peligro de infectarte con mi contacto —explicó chapurreando un egipcio acompasado con un agradable acento.

—Por lo que sé al respecto, necesitarías reposar —le aconsejó el armenio.

Una cordial sonrisa estiró aquellos labios agrietados por la fiebre.

—Me consume desde hace años, desde que... No he podido proseguir mi camino. En cambio, el puerto no queda tan lejos.

—Así que tú también vas hacia allí... Iremos juntos mañana, si quieres.

—Si Dios quiere. Tengo

sed. Tengo tanta sed.

Firuz le tendió sin pensar su cubilete de té. La espontaneidad del gesto le sorprendió. Por unos segundos, sintió nostalgia de sus años de juventud, en los que la generosidad heredada de su madre le parecía lo evidente. En cambio, el mundo por el que vagaba desde entonces no se prestaba a ello. Le vino a la mente el consejo de un beduino: «No hay mejor manera de que te corten la

mano, que tendiéndosela al prójimo».

El hombre tragó ruidosamente el brebaje y soltó el cubilete, que cayó rodando por el suelo. Echó la cabeza hacia atrás, golpeando la pared. Un chorro de sudor le resbaló por la frente, aplastándole el pelo contra las sienes, y Firuz imaginó que su piel estaba transformando en agua el té que acababa de beber.

—Ayúdame a

levantarme, amigo —
murmuró—. Llévame a un
sitio donde podamos
tumbarnos.

El armenio lo levantó
por las axilas. El hombre
negro se aferraba con sus
últimas fuerzas a la gran
bolsa de tela que descansaba
sobre sus piernas. A pesar de
su flacura, era enorme y
pesado. Firuz le sostuvo
como pudo, luchando por no
caerse. Intentó hacerse cargo
de la bolsa, sin embargo, el
hombre se lo impidió

arrancándosela de las manos con un gesto brusco. La diminuta habitación que habían alquilado para pasar la noche estaba solo unos pocos pasos. Con todo y con eso, Firuz sudó sangre para llegar allí junto con su carga. El hombre se dejó caer sobre la estera de rafia y se encogió en posición fetal, estrechando su equipaje contra el vientre.

—¿Te duele?

—No. Tengo sed. Y frío.

—Voy a buscarte algo

de beber y comer, y luego descansa. Una noche de reposo y mañana estarás en pie.

—¿Por qué te ocupas de mí si no me conoces de nada?

Cierto, ¿por qué? Firuz enmudeció, incapaz de encontrar una respuesta.

—No tengo nada tentador para un ladrón que esté de paso —susurró casi divertido.

—No se me había pasado por la cabeza —dijo

Firuz sorprendido por su sinceridad.

El hombre de ébano dormitaba cuando Firuz volvió con una jarra de agua, dos tortas de trigo y una escudilla humeante de sémola, guisantes tiernos y cordero. Parecía estar tarareando en su entresueño. El armenio se acercó. No era una canción, sino una lengua extraña y melodiosa. Sacudió ligeramente el hombro del enfermo, que se

despertó sobresaltado.

—Come, compañero de viaje. Tienes que reponer fuerzas.

—No tengo hambre.

—Aun así, come algo.

Este se obligó cogiendo puñados de sémola embebidas de una salsa rojiza con sus largos dedos acabados en uñas rectas.

—¿Dé dónde vienes? —
inquirió Firuz—. Si mi pregunta resulta indiscreta, no tomaré a mal tu silencio.

—¿Indiscreta? No, es

demasiado tarde, incluso para eso. Nací en la mayor de las islas Dahlak^[8]. Era pescador. Hace muchos meses que remonto la orilla africana del mar Rojo. Y mírame, en este tugurio de tierra a las afueras de Alejandría.

—¿Cuál es el motivo de tan largo periplo?

—Este —respondió señalando el bulto apretado contra su abdomen—. Quiero venderlo y deshacerme de él.

—¿Qué es, si es posible preguntar?

—Lo ignoro. Sin embargo, durante todo el transcurso del viaje he sentido su fuerza a través de la tela. ¿Y sabes qué? Ya no lo quiero... o a lo mejor es él el que ya no me quiere a mí —añadió con una sonrisa cansada.

—Come un poco más, vamos, bebe. Luego me contarás tu historia. A cambio, si te apetece, te contaré la mía. No es muy

entretenida, pero no conozco otra.

Parecía que aquel africano espigado había consumido sus últimas fuerzas. Fue entrando paulatinamente en una especie de coma, delirando en esa lengua incomprensible y tan dulce. El olor amargo de su sudor invadía el cuartucho haciéndolo sofocante. Temblaba, a pesar de la humedad de la noche.

Firuz lo veló como si

fuera un familiar o un niño, tal y como lo había hecho con su madre años antes. No habría sabido explicar la razón. Él, se había distanciado hasta tal punto de las personas, que todos los rostros con los que se cruzaba ahora le resultaban idénticos. ¿Dónde se perdieron sus pensamientos y recuerdos durante la noche de agonía del extranjero? A la mañana siguiente, ya no tenía la menor idea.

Se preguntó si el

africano, cuyo nombre jamás
conocería, había
comprendido que los
primeros albores del día
serían sus últimos. Hasta
ellos llegaba el asfixiante y
nauseabundo hedor de los
pantanos cercanos, desde
donde el eco de violentas
sacudidas indicaba de vez en
cuando la caza de algún
cocodrilo.

—Gracias, compañero
—musitó.

—Gracias ¿por qué?
¿Por un té demasiado

cargado?

—Gracias por haberme ayudado. La muerte es menos desagradable y aterradora cuando se afronta en compañía de un amigo.

Estrechó las manos de Firuz entre las suyas y señaló con la mirada la bolsa aplastada contra su vientre. Sus ojos, de un hermoso castaño, se apagaron; después, los grandes párpados lisos se cerraron. Una vez más, su mano apretó con fuerza el puño del

armenio. Dejó escapar un suspiro y sus labios secos por la fiebre esbozaron una sonrisa desconcertante.

Firuz permaneció allí unos instantes, indeciso. ¿El difunto le acababa de legar su equipaje? ¿Tenía derecho a apropiarse de él? En otras circunstancias habría desvalijado con gusto a un viajero, pero extrañamente vaciló. Solo el pensamiento inconcebible de que si él no lo cogía, el dueño del lugar lo haría de buena gana, lo

convenció. Sin ni siquiera examinar el contenido, se la echó al hombro, asombrado por su peso. Partió al alba, rezando por el alma de su fortuito compañero, gracias al cual había quizás recuperado la simpatía por el resto de los humanos.

Capítulo 2

*Dieciséis años
antes. Palacio del
Vaticano,
Roma, septiembre
de 1290*

El obispo Jean de Valezan, uno de los prelados más jóvenes del reino de Francia, comenzaba a impacientarse.

Con displicencia en el rostro, se volvió para contemplar las casas episcopales^[9] que formaban el corazón del palacio papal, obra que había de agradecerse al corto reinado de Nicolás III^[10]. Un pensamiento ahuyentó su mal humor: en poco tiempo, sería dueño y señor absoluto; solo Dios estaría por encima de él. Pues Dios estaba de su parte, no le cabía duda. Dios ama a los fuertes y les envía señales de

aliento. Solo los necios o los cortos de vista las consideran meras coincidencias. Monseñor de Valezan acababa de recibir una nueva prueba. Presentía que el momento de su éxito estaba cerca. Su fulgurante ascensión en la jerarquía religiosa era buena muestra de ello. Dulce venganza, a decir verdad. Thierry, su hermano mayor, quien heredara el alodio familiar por la sencilla razón de haberle precedido dos años

en el vientre materno, ahora tendría que inclinarse ante él.

Valezan aguardaba con deleite el instante en que su hermano le solicitaría una recuesta, un favor para él o su familia^[11]. ¿Qué haría entonces? ¿Lo enviaría sutilmente a paseo, recordándole con apenada inflexión que los favores familiares empañaban la imagen de la Iglesia o sería condescendiente brindándole su apoyo? Pero un reflejo de

acritud ensombreció su
placentera elucubración.
Hasta ahora, Thierry se
había cuidado muy mucho
de no requerir de su
hermano servicio alguno.

Al fin, la esbelta silueta
de aquel al que esperaba se
perfiló a un centenar de
toesas*. Valezan permaneció
donde estaba, aprovechando
ese último momento de
tranquilidad para repasar la
introducción en la materia.

Antoine Cuvier se
inclinó en reverencia

murmurando:

—Monseñor, he acudido en cuanto he recibido vuestra misiva.

—Y os estoy agradecido por ello, mi buen Antoine —respondió Valezan con voz suave pero firme—. El tiempo apremia y no sé cómo explicaros el atolladero en el que nos encontramos...

Antes de hacerlo, permitidme que vuelva a insistir: nada ha de trascender sobre nuestros

encuentros. Debemos... todos, guardar la máxima discreción.

—Así pues...

Jean de Valezan interrumpió al joven cura con un leve gesto de mano y prosiguió:

—Por una concatenación de circunstancias cuyo alcance nos supera, Dios nos ha elegido a ambos para servirle y proteger la cristiandad y a nuestro bien amado Santo Padre. Presta atención, querido Antoine

—insistió el obispo apremiante—, no exagero si digo que un aterrador peligro se cierne sobre la cristiandad... —Antoine Cuvier palideció y se persignó— pues nos encontramos ante la crisis más temible que jamás hayamos debido afrontar. Solo unos pocos compartimos este abrumador secreto, esta carga debería decir.

—Nuestro Santo Padre...

—Nicolás IV* está desolado ante la perspectiva del caos que podría extenderse a la velocidad del rayo —le cortó de nuevo Jean de Valezan—. Por eso hemos de hacer todo lo posible, y digo bien todo, para cortar de raíz esta... abominación.

—Os ayudaré dando la vida si es necesario, monseñor.

—Antoine, querido Antoine... Me tranquiliza contar con la ayuda de almas

tan generosas como la suya
—sonrió el prelado—. No
esperaba menos de su arrojo.

—Ordene, que yo
obedeceré, por el amor de
Dios y de nuestro venerado
Santo Padre.

Dieron unos pasos en
silencio. Jean de Valezan
dudaba sobre la
conveniencia de compartir el
secreto con el joven Cuvier.
Un secreto únicamente está
a salvo cuando no se
comparte o cuando solo los
difuntos conocen de su

existencia. Finalmente, a su pesar, se decidió:

—Uno de nuestros espías acaba de hacernos llegar el mensaje que tanto hemos aguardado. Un... objeto que había desaparecido hace dos años no lejos de Al-Iskandariyah ha sido visto hace poco, en Constantinopla. Si cayera en manos equivocadas... podría desencadenarse la peor de las catástrofes. Un cataclismo que escapa a su imaginación y del que la

Iglesia no se recuperaría.

—¿Qué encierra ese objeto que lo hace tan temible y maléfico? — preguntó el joven cura azorado.

—Se trata de una especie de reliquia —espetó Valezan.

—¿Cómo podría una reliquia causarnos tal grave perjuicio?

—Una reliquia que no pertenece a la verdadera fe —le aclaró el obispo de mala gana—. No puedo

revelaros más por vuestra propia seguridad.

El joven, quien más que intrigado, a pesar de su turbación, se sentía halagado por la amistad que le profesaba el poderoso Jean de Valezan, asintió. Este último continuó:

—Ha de recuperarla, cueste lo que cueste. Ahora mismo va camino de Tierra Santa. A falta de otra solución alternativa, hemos conseguido convencer al joven conde Aimery de

Mortagne, que se encuentra en la ciudadela San Juan de Acre, para que la recupere. Mortagne desconoce que el papado se encuentra detrás de esta... transacción y ha de continuar en su ignorancia. El amigo afecto y devoto que nos sirve de... intermediario ante él tiene encomendada la misión de recobrar el objeto de manos de Mortagne y entregárselo a Guillaume de Beaujeu*, Gran Maestro de la Orden del Temple. Es ahí cuando

vos intervendréis para hacerme llegar el objeto.

—¿Y qué ocurrirá luego con ese... objeto, si me permitís la interrogación?

—Nuestro Santo Padre decidirá, querido Antoine. Nosotros habremos concluido nuestra ardua tarea. No me cabe duda de que nuestro bien amado Nicolás os quedará agradecido.

—Monseñor —pretendió ofenderse Cuvier—, solo me preocupan su satisfacción y

el esplendor de nuestra santa madre Iglesia.

No somos más que dos solícitos servidores dedicados en cuerpo y alma a su gloria, que es la de Dios. Dese prisa, Antoine. Extreme la prudencia, la desconfianza, incluso. Nuestro destino está en sus manos. Si fracasara... Que Dios se apiade de nosotros.

El joven cura se inclinó y se alejó con premura. Jean de Valezan lo siguió con la mirada durante largo rato,

preguntándose qué haría con el valeroso Cuvier cuando este hubiera recuperado el tan codiciado objeto. ¿Podría Antoine perjudicarlo? Era poco probable que el cura llegara a acercarse lo suficiente al Santo Padre como para percatarse de que este desconocía por completo la existencia de la supuesta reliquia. Con todo, el muchacho suponía un imponderable necesario. Y Valezan detestaba los

imponderables.

Capítulo 3

*Dieciséis años
antes.*

*San Juan de Acre,
Tierra Santa, octubre
de 1290*

El trayecto desde Cesárea, situada más al sur, hasta Acre se le había hecho eterno. Firuz, el mercader

armenio, disfrazado de beduino, había conducido su camello a lo largo de senderos de guijarros, esforzándose por no levantar nunca la vista, y no parar más que lo justo para descansar o sustentarse. Sus manos, antebrazos y rostro color té oscuro podían Hacerlo pasar por egipcio. En cambio, el verde pálido de su iris lo delataría con toda probabilidad.

Si regateaba con habilidad, ¿cuánto le

ofrecería el cliente por su cargamento de supuesta azúcar^[12]? Este artículo solía reservarse a los más ricos y se utilizaba sobre todo en la preparación de eficaces medicamentos contra la tos y los ardores estomacales.

Al avistar en el horizonte la blancura cegadora como el sol de la ciudadela de San Juan, Firuz suspiró aliviado. Por lo que se decía, la paz volvía a reinar por fin en los barrios francos, venecianos,

písanos y genoveses, después de interminables hostilidades, que a punto estuvieron de desencadenar una guerra civil, en las que unos reivindicaban las posesiones de los otros y trasladaban a Oriente las disensiones y odios causantes de sus enfrentamientos en Occidente.

Los písanos y venecianos no habían vacilado lo más mínimo en emplear las piedras de los

edificios genoveses para construir fortificaciones alrededor de sus calles, extendiendo de paso sus dominios. Dos años antes, se vieron obligados a devolver a los genoveses los territorios usurpados. Por tanto, se había decretado una tregua, aunque frágil, como de costumbre.

Firuz pretendía detenerse a unos cientos de toesas* de la Torre de las Moscas, la atalaya de la punta sureste de Acre, tras la cual se

extendían los barrios italianos. Descansaría un poco, se asearía e intentaría sacudirse el olor infernal a camello incrustado en su piel antes de penetrar en la ciudadela. Las últimas precauciones estaban de más, ya que la presencia de mercaderes beduinos en el interior de los prominentes muros de la fortaleza era algo frecuente. El comercio con los territorios musulmanes, y en concreto con Egipto, iba viento en

popa. Pocas reglas lo frenaban, exceptuando la prohibición de intercambiar material estratégico, como madera, hierro o armas. Si bien, numerosos mercaderes de ambas orillas tenían una concepción muy particular de las limitaciones.

Al caer la noche, se dirigió a las proximidades de la catedral de la Santa Cruz, ubicada prácticamente en el corazón de la ciudadela, no lejos del palacio patriarcal y del hospital. Vislumbró a lo

lejos la amenazante mole de la Torre del Diablo, que custodiaba el extremo norte del recinto amurallado. Avanzó con paso lento y digno, adoptando el aspecto de un comerciante satisfecho por un negocio redondo. Sin embargo, un vacío le atravesaba el pecho.

El intermediario que había encontrado en Constantinopla dos meses antes le había ofrecido una suma desorbitante: ¡doscientas libras*!

Entonces, Firuz había mirado fijamente al alto hombre demacrado de ojos azul pálido, procurando mantenerse impertérito. Costándole la misma vida, movió la cabeza crispando los labios de insatisfacción. Temeroso de que la voz traicionase su estupefacción y su emoción, musitó: «Eso es una miseria, mi señor. Os confieso que me esperaba más. Tal vez... tal vez no seáis el comprador que buscaba». El hombre alzó el

precio en el acto, esgrimiendo con un tono seco: «Te ofrezco trescientos, es mi última oferta. Tenemos un gran empeño en adquirir este... este objeto. No le encontrarás muchos compradores. Causa... repulsión. No te muestres demasiado ávido, podrías perderlo todo; el objeto y mucho más».

Era extraño, pero Firuz tuvo la sensación de que el sujeto sabía lo que estaba

buscando, mientras él mismo ignoraba su mercancía. Había conseguido dominar su curiosidad. De confesar que desconocía la naturaleza exacta del objeto disimulado en un gran cesto de mimbre que pendía de la albarda del camello, recubierto de cristales de azúcar, Firuz corría el riesgo de animar al cliente a regatear.

Curiosa sucesión de coincidencias aquellas, tan intrincadas que Firuz apenas

lograba desenmarañarlas. ¿Por qué razón se habría parado, dos años antes, en aquella cabaña de paja y adobe, a última hora de la mañana, cuando no le quedaban apenas dos leguas para llegar al puerto, su destino final? ¿Por qué habría ofrecido esos cubiletes de té al africano y habría decidido acompañarlo en sus horas de fiebre, y después de agonía?

¿Qué instinto le habría advertido del extraordinario

valor del contenido de la bolsa? Desde hacía dos largos años, no se despegaba de ella allá donde fuese, vigilándola hasta perder el sueño, despertándose a veces en medio de una pesadilla, convencido de que alguien había aprovechado su adormecimiento para quitársela. Entonces se levantaba, se apresuraba a desatar las cuerdas que la amarraban y suspiraba aliviado. Firuz no sabía cómo, pero sobre todo no

sabía a quién ofrecérsela. Una nueva coincidencia —a menos que se tratase de la mano del destino— había acudido en su auxilio en el Gran Bazar de Constantinopla.

Se había detenido en el puesto de un zapatero para cambiar las suelas de sus botas y saciar su sed con un tazón de té *chai* con hojas de menta. Un europeo jovial, vestido elegantemente, espada al cinto, apoyó el codo en el mostrador. Tras

unos instantes acompasados del incesante guirigay del bazar, donde se entrecruzaban gritos de amenazas e invectivas en cientos de lenguas extrañas, el hombre le dijo socarrón:

—Se diría que transportas un paquete bien pesado, amigo.

—Lo es —se limitó a contestar el armenio espantando con la mano las obstinadas moscas que se aglutinaban en piña sobre las piezas en canal colgadas en

el puesto del carnicero
adjunto.

—¿Eres mercader?

—En mis ratos libres.

—Entonces, como todos
nosotros —dijo el hombre
riéndose.

—¿Comerciáis por estas
tierras? —se atrevió a
preguntar Firuz pese a que el
habla y atuendo de su
interlocutor indicaban que
no tenía tratos con hombres
de bajo linaje.

—No exactamente.

Digamos que

ocasionalmente compro para luego revender a mejor precio. ¿Y tú, con qué pretendes negociar?

Firuz titubeó. Ni el momento ni el lugar se prestaban a las confidencias. En el Gran Bazar, el comercio clandestino y los amaños estaban a la orden del día. Uno podía hacer que lo degollaran por unas pocas monedas o una palabra de más. Por otro lado, el extraño apego que Firuz mantenía con su carga lo

atormentaba sin saber la razón. Temía que se la robaran, y en cambio, ya no soportaba que siguiera ocupando constantemente sus pensamientos. El paquete le oprimía el alma, cada vez más. Desde hacía un tiempo, lo creía la causa de la última sonrisa de aquel hombre con quien se había topado en Alejandría. La muerte lo había liberado de su gran peso, al fin.

El armenio se había decidido: se desharía del

equipaje, a la mayor brevedad posible, y sobre todo al mejor postor, aunque después se arrepintiera. Así pues, contestó dando rodeos:

—Es que... no se trata de un... objeto común.

La vaga curiosidad de su interlocutor se transformó en interés.

—¿No me digas? Entonces, ¿qué es lo que vendes? ¿Tal vez un extraño manuscrito, una reliquia, alguna poción desconocida?

—Nada de eso.

—Amigo, me tienes intrigado. ¿Querías mostrármelo?

—Pues verá...

Firuz, en el lapso de un fugaz instante, tuvo la tentación de darse media vuelta y salir a todo correr. Un presentimiento lo retuvo: el camino de la alforja y el suyo se separarían en breve. El indescriptible sosiego que le proporcionó dicha certeza hizo el resto. Condujo al hombre a un lugar un tanto apartado y desató los nudos

que protegían su secreto. El hombre hundió la mirada en lo más hondo de la bolsa. Al principio, esbozó rasgos de sorpresa y perplejidad. Introdujo la mano y extrajo unos triángulos de piedra rojiza, dándoles repetidas vueltas entre sus manos, pálido como la cera.

Días más tarde, puso en contacto a Firuz con un rico intermediario, o al menos eso era lo que le había dicho. Era un hombre delgado de ojos azul cristalino. Una

tarde, los tres se encontraron en una cabaña de costado a la orilla oriental del Bósforo. El hombre al que Firuz había conocido en el tenderete del zapatero y cuyo nombre nunca sabría, solo permaneció allí unos segundos. Antes de dejarlos con sus transacciones, se acercó al armenio y le murmuró al oído:

—Haces bien en deshacerte de él.

Jamás lo volvería a ver.

Firuz se arrepentiría de

no haber zanjado el asunto en el momento. En lugar de eso, el intermediario le citó un mes más tarde, so pretexto de no disponer de la suma convenida y tener que ir a buscarla al Templo de la ciudadela de San Juan de Acre. Había argüido que un insignificante mercader de viaje llamaría menos la atención de lo que lo haría un franco burgués.

Tras su encuentro en la cabaña a orillas del Bósforo, Firuz sabía que pronto se

librería de su abultado paquete. Podía sentir que regresaba a la vida. Un sentimiento extraño y embriagador. El aire le parecía más liviano, más perfumado, y aquella mañana se dijo que la voz de las mujeres nunca había sido tan dulce. Mujeres. Ni tan siquiera una había posado su mirada en él desde hacía dos años, desde aquella noche en la que había velado a un desconocido de ébano durante sus últimas horas de

fiebre. A partir de aquel momento, una sombra había envuelto su existencia sin percatarse de ello, sin ni siquiera tener el menor atisbo de su avance. Por poco tiempo. En unos minutos, el velo obstinado que oscurecía sus días y sus noches desaparecería para siempre.

Rodeó la catedral de la Santa Cruz y torció en dirección a la Torre Maldita, que dominaba el cementerio de San Nicolás. En una

callejuela que descendía en suave pendiente hacia el primer muro del recinto, Firuz halló sin mayor dificultad la taberna de los Valerosos.

El intermediario lo estaba esperando, sentado frente a una jarra de vino. El establecimiento estaba sumido en una penumbra solo alterada por la serena claridad de algunos candiles. Los ojos de Firuz se acostumbraron a la semioscuridad, y el armenio

se alegró por la escasa
afluencia de clientes. Habría
menos oídos indiscretos que
temer y podrían realizar el
canjeo con tranquilidad. Tan
solo se oían los ronquidos de
un hombre corpulento,
hundido en un rincón, con la
cabeza inclinada hacia atrás
y la boca abierta de par en
par. Esa escasa
concurcencia, sin lugar a
dudas, había justificado la
elección del cliente. El falso
beduino tomó asiento frente
al hombre espigado y

macilento que estaba a punto de ofrecerle una fortuna y paz de espíritu. Pese a haber ensayado detenidamente cómo entrar en materia, las palabras salieron de su boca a trompicones. Había algo en el porte del hombre que lo intimidaba, o tal vez fuesen sus ojos penetrantes, de un azul tan intenso que casi parecían transparentes.

—Iré directo al grano, mi señor...

—¿Lo has traído? —
inquirió interrumpiéndole.

—Por supuesto —
respondió el armenio
señalando la alforja que
descansaba a sus pies.

El intermediario —
ignoraba de quién— se
mostró satisfecho y se dejó
caer contra el respaldo de la
silla tras servirle un poco de
vino.

—Perfecto. Bebamos
pues para celebrar nuestro
trato —propuso levantando
el cubilete de barro cocido.

Firuz lo imitó y se bebió
el vino de un trago. El

alcohol ligeramente agrio lo reanimó, infundiéndole algo de coraje.

—Bien, iré directo al grano. Trescientas libras no son suficientes.

La boca del comprador se torció de crispación.

—Ya estaba pactado — espetó de forma tajante.

—Desconocía el valor real de mi mercancía. Las cosas han cambiado. Me han hecho otras propuestas y sería imperdonable ignorarlas.

—¿Cuánto?

—Quinientas libras —
anunció tragando a duras
penas.

—¡Demontres, eso es
una barbaridad!

—Lo sé. Así que no le
reprocharía si resolvieseis
desistir. He juzgado más
honesto avisaros, pues
habéis sido el primer
comprador en mostrar
interés —profirió con
astucia mientras se le
aceleraba el corazón.

¿Y si lo echaba con

viento fresco?

—Acepto los quinientos, pero que sea tu último precio o no respondo de mis actos.

—Soy un hombre de palabra —afirmó Firuz poco convencido.

—¿Acaso sabes lo que eso significa? —ironizó su interlocutor—. Vayamos fuera y procedamos al canjeo.

—¿Traéis el dinero? ¿Todo? —preguntó asombrado el mercader.

—¿Qué te piensas? ¿Que

es la primera vez que trato con marrulleros y codiciosos?

Firuz no protestó. Los términos, por muy hirientes que fueran, le iban como anillo al dedo, y no se enorgullecía de ello. Se juró que en el futuro, cuando fuese muy rico, se dedicaría a hacer el bien y nunca más trapacearía^[13] al prójimo. Y el futuro estaba a la vuelta de la esquina.

Siguió al intermediario a trancos para no quedar

rezagado. Se adentraron en una lacería de callejuelas, sin cruzarse apenas con un alma viviente. Finalmente arribaron a los pies de la Torre del Diablo, en el extremo norte de la ciudadela. El hombre no había pronunciado palabra desde que abandonaron la taberna. Extrajo de su túnica ricamente bordada una abultada bolsa y soltó:

—Quiero ver la mercancía antes de pagar.

Firuz obedeció y se

inclinó hacia la alforja para desatar las cuerdas. En ese momento, se percató de dos pies a sus espaldas y se giró por completo. El hombre fornido que roncaba borracho como una cuba en la taberna, tenía la mirada clavada en él, con el rostro inexpresivo. El

intermediario ordenó con un tono desprovisto de odio alguno:

—Haz tu trabajo, Michel.

Este desenvainó el

cuchillo de caza que pendía de su cinturón y entonces Firuz comprendió todo.

—Esperad... Yo... he sido demasiado avaricioso, tenéis razón. Dejémoslo como habíamos convenido en un principio: trescientas libras.

El hombre descarnado negó con la cabeza y murmuró a continuación:

—Soy un hombre de palabra y jamás me he desdicho. En aquella cabaña del Bósforo ya te advertí que

trescientas libras era mi última oferta.

Al ver la mirada apenada del intermediario, el armenio supo que iba a morir, y el dinero poco tenía que ver con su ejecución.

Una mano despiadada le echó la cabeza hacia atrás. Quiso gritar, pero el filo inexorable de la hoja cortó de cuajo su alarido. Se desplomó desangrándose, mientras intentaba contener el mar escarlata que brotaba de su cuello.

Los hombres se arrodillaron junto al cuerpo sacudido por convulsiones nerviosas y rezaron largamente por el alma del finado.

Etienne Malembert se persignó y se levantó, imitado por Michel, un bruto sin más maldad que la de las órdenes que obedecía ciegamente. El rostro bestial del ejecutor se había teñido de tristeza. Malembert se dirigió a él consolador:

—Era inevitable,

Michel. Puede que esta historia de venta al mejor postor solo fuera un timo para hacernos aflojar más la bolsa. Como quiera que sea, el vendedor nos hubiera traicionado a las primeras de cambio, o si no, se hubiera ido de la lengua en una borrachera —vaciló un instante y continuó—. Michel, no merece la pena relatarle a nuestro señor el desenlace de la... negociación. Ni siquiera nos preguntará, lo único que le

importará será haber
obtenido la alforja. Para
nosotros es un deber y un
honor protegerle, sobre todo
de los enemigos que
desconoce o de los que él
cree amigos. Vamos, cárgate
al hombro con cuidado
nuestra... adquisición, el
señor nos espera.

Aimery, conde de Mortagne,
de 25 años de edad
cumplidos ese mismo año de
1290, se había alojado en el
castillo real de la ciudadela

de Acre, no lejos del hospital, detrás de la catedral de la Santa Cruz. Recibió con alegría a Etienne Malembert.

Etienne llevaba tanto tiempo a su lado que casi parecía conocerle desde siempre. Era uno de sus numerosos leales, uno de los que, por deseo propio, prestaban juramento de fidelidad a un señor. Se trataba en su mayoría de soldados, o de descendientes de siervos que habían

recuperado la libertad, siendo diversas las razones que les movían: la falta de dinero o de tierras, el aburrimiento o el escaso apego a las labores agrícolas. Sin embargo, los soldados, a diferencia de los siervos, elegían a su señor, y la estima mutua que en numerosas ocasiones nacía entre ellos nada debía ya a la sumisión de uno o a la supremacía del otro. Colaborador de su padre, el conde Raymond, Malembert

había velado por Aimery a la muerte prematura de este último, convirtiéndose en una especie de benévolo tutor para el muchacho, aún muy joven. Como único heredero varón, pronto comprendió que su tristeza debía dar paso al contraataque: un puñado de codiciosos —entre los que se contaba uno de sus tíos— conspiraba para arrebatarse el título y las tierras heredadas de su padre. Malembert, además de

transmitirle la sagacidad y la habilidad política de su padre, había defendido férreamente las posesiones que por derecho y por sangre correspondían al adolescente. De igual forma, Aimery no veía al hombre de mediana edad como un diligente secretario, sino más bien como un primo afable que jamás le defraudaría.

—¿Lo tienes?

—Así es, monseñor^[14].

Michel lo tiene a buen

recaudo.

Una sombra de decepción nubló el rostro que Etienne había visto cambiar con los años. Aimery de Mortagne había pasado de niño rubio ceniza, rollizo y de ojos grises como su madre, a adolescente desgarrado y de voz atiplada, para finalmente convertirse en lo que se suele denominar un bello ejemplar de la especie viril. Alto y de atlética delgadez, lucía una media melena

ondulada a la moda de la época.

Si bien había heredado el exótico color de iris de su difunta madre Lucie, sus párpados se estiraban hacia las sienas evocando los ojos almendrados de los bárbaros mongoles. No obstante, lo que más sorprendía de este ser serio, inteligente, astuto incluso, era sin duda la fingida indolencia de sus gestos. A veces, Malembert se preguntaba de quién la habría heredado. El difunto

conde Raymond se movía como el soldado que había sido: con determinación y eficacia. En cuanto a Lucie de Mortagne, su carácter asaz nervioso confería a cada uno de sus movimientos una celeridad del todo inapropiada. Aimery iba y venía imprimiendo a su pose la elegancia propia de esos acróbatas italianos que hacen piruetas con la ayuda de una sola mano. Cada paso andado parecía destilar un

motivo; cada uno de sus gestos, calma, casi lentitud. Pero de repente, se podía sentir en la garganta la hoja de su daga sin entender cabalmente de dónde la había sacado.

—Entonces, ¿no puedo verlo?

—Desde luego que sí, monseñor —dijo Etienne—. He juzgado, empero, que era preferible dejarlo en compañía de Michel, en las caballerizas, solo en caso de que...

Una sonrisa borró su desilusión. Aimery señaló:

—Junto a un caballo descansado y ensillado, ¿supongo bien? Piensas en todo, querido Etienne. ¿Qué haría yo sin ti? Bueno, entonces vamos. Me muero de ganas por descubrir qué es. ¿Qué pensaste tú al verlo?

—Poca cosa, he de confesar. No es más que un montón de huesos negruzcos y algo desagradables... También hay unos

fragmentos de piedra rojizos. Yo no hubiera dado un vil cuarto por eso. A decir verdad, me cuesta entender la insistencia con la que os han rogado conseguirlo para entregárselo al señor de Normilly. Sea lo que sea, el vendedor armenio no tenía la menor idea de la naturaleza exacta del objeto.

—Y puede darle gracias al cielo, ya que de lo contrario, a buen seguro nos hubieran ordenado hacerle

callar para siempre. ¿Se marchó con el dinero?

—Lo acompañamos hasta la Torre de las Moscas.

De nada serviría perturbar el alma de su señor con el peso de una ejecución. A pesar de sus remordimientos, Etienne Malembert estaba convencido de haber obrado con acierto no dando crédito a un mentiroso, además de ladrón de poca monta. El malestar que albergaba desde hacía meses le invadió

de nuevo. Por sentido del honor y obediencia a su fe, Aimery de Mortagne se había dejado enredar en una maraña que, según sospechaba Malembert, escondía un misterio mucho más inquietante de lo que se adivinaba a simple vista. Esperaba ser capaz de proteger a su señor. Llegado el caso, lo defendería a capa y espada.

—Un trabajo despachado en un santiamén —concluyó Aimery de

Mortagne—. Bueno, vamos a ver ese... «montón de huesos», como lo has bautizado. Después habrá que hacérselo llegar en el más absoluto secreto a Beranger de Normilly, quien lo entregará en propia mano a Guillaume de Beaujeu, Gran Maestro de la Orden del Temple*. Pareces preocupado, amigo mío — señaló el conde.

—Es que, monseñor, tal cadena de intermediarios me sorprende e inquieta. ¿Quién

será el último eslabón?

—Lo ignoro, aunque comparto tus sospechas. ¿Será Nicolás IV, nuestro sumo pontífice, el promotor? Dudo que Guillaume de Beaujeu actúe por sí solo. Ahora bien, el Gran Maestro del Temple únicamente rinde cuentas al Papa. ¡Bah...! Cumplamos nuestra encomienda lo mejor posible. El futuro dirá si nos han utilizado.

El Oriente cristiano desaparecería un año más

tarde entre una marea de sangre, fuego y alaridos, en el fragor del combate. Las treinta mil almas guarecidas en la ciudadela de San Juan de Acre, hombres, mujeres y niños, perecerían en unos días o serían vendidos en los mercados de esclavos. Guillaume de Beaujeu nunca se recuperaría de sus heridas. Nadie presentía aún lo que estaba por venir.

Capítulo 4

*Doce años más
tarde.*

*Norte de España y
sur de Francia, mayo
de 1302*

Alexia de Nilanay se dirigía de nuevo al norte deslizándose por la noche en el interior de graneros y

apriscos, hurtando algo de comida. Había evitado los lugares públicos, las posadas y los baños de mujeres. En dos ocasiones, hubiera jurado reconocer de lejos a sus dos acechadores.

Una cuestión la asaltaba sin cesar: ¿por qué Se había visto obligada a convertirse en un animal acorralado? ¿Acaso Alfonso la había engañado? Después de todo, esos dos hombres, ¿la perseguían realmente a ella?

El dinero que había

acumulado, al menos el que no había despilfarrado en vestidos, perfumes y superfluas aunque coquetas baratijas, le había permitido regresar a tierras galas. Durante todo el periplo, realizado la mayor parte del tiempo a pie, a veces en carro, cabizbaja y disimulando los cabellos bajo un gorro de labriega, se había convencido de que una vez en el reino de Francia la terrible pesadilla desaparecería. Volvería a

vivir, y quizás, olvidaría el horror de aquellas últimas semanas.

Aquel día llegó a Auch ya bien entrada la mañana. Le pareció respirar un aire más reconfortante, más acogedor. Le agradó el bullicio de las calles y se lavó los brazos y la cara en una fuente. Permaneció allí unos minutos, contemplando a los viandantes, a los niños andrajosos que jugaban, a las cotillas que chismorreaban y a los

carreteros que rugían para que les dejaran paso libre. Aquel lugar rebosaba vida. Casi la había olvidado ya.

El hambre la asediaba. Extrajo su escaso capital del fondo de su fardel^[15] y se adentró en las callejuelas, saltando de vez en cuando para sortear las inmundicias que colmaban los canales centrales. Se paró ante una mujer mayor que vendía refrigerios alineados sobre un gran lienzo extendido sobre el empedrado. Alexia

eligió un trozo de pastel de especias y miel y un poco de queso de cabra. La mirada de la anciana se clavó en un punto situado detrás de la muchacha. De súbito, un brazo rodeó con brusquedad la cintura de la joven, apretándola contra un torso duro. Una voz amenazante le susurró en el oído:

—Ahora te vienes con nosotros, preciosa, y sin protestar.

Alexia gritó, dio patadas e intentó arañarle los ojos a

aquel hombre, quien la agarró violentamente por la garganta, sofocándola. La anciana recogió sus mercancías y se marchó a toda prisa sin pedir más explicaciones. El silencio se hizo en la callejuela. Se oyeron golpes de ventanas cerrándose y una tranca asegurando una puerta. El pánico se adueñó de la joven. Nadie le prestaría auxilio. Al fondo del callejón, a cinco toesas*, unos escalones conducían a

una iglesia. Primero advirtió una sombra deslizarse sobre la piedra: la sombra del segundo hombre. Se acercó, con una amplia sonrisa en los labios, y felicitó gozoso a su compinche con un leve movimiento de cabeza.

Alexia de Nilanay observó cómo su mano acariciaba maquinalmente la daga que pendía de su cintura mientras el otro le oprimía aún más el cuello, impidiéndole tragar. En su pelea por no ahogarse, le

sobrevino el leve recuerdo de una ágil maniobra de Alfonso. Se contorsionó consiguiendo girar la pelvis; echó las caderas hacia atrás y golpeó violentamente con la rodilla la entrepierna del hombre, quien gritó como un cerdo, liberándola.

Alexia huyó desempedrando la calle. Sus pies casi volaban. Corrió hasta perder el aliento, torciendo por aquí, girando por allá, hasta precipitarse en el patio de un edificio

burgués de dos pisos. La espalda contra el muro, luchó contra un dolor en el pecho que la hacía llorar, y reemprendió la huida hacia el norte.

A las noches de miedo le sucedieron jornadas de marcha, de extenuación. Soñó mil veces con sentarse y esperar. Con esperarles. Con poner fin de una vez por todas a aquel enigma mortal, con ofrecer su garganta a la hoja afilada. Sin embargo, una y otra vez,

la ira se apoderaba de ella y reemprendía el camino.

¿Adónde iría? Aunque su vida dependiera de ello, hubiera sido incapaz de precisarlo. Quizás a las proximidades de Montdidier, a una ruinoso granja señorial, al reencuentro de una madre y un hermano que juraron desterrarla de sus corazones si llegaba a poner un pie fuera del patio principal. Y lo puso, asqueada de aquella vida de trabajo ingrato y miseria,

desesperada porque en lo más profundo de su ser sabía que la existencia que le esperaba el año siguiente sería idéntica a la del anterior.

Sin embargo, Alexia se detuvo a mitad de camino. El agotamiento que la invadía le sirvió de razonable pretexto para no enfrentarse a lo que sabía no podría soportar: el rechazo, los rostros herméticos y llenos de reproche de una madre y un hermano; los

insultos, quizás. Y es que después de todo, tenía que admitir que en realidad el recuerdo de aquellos dos seres, de aquella granja aferrada a la trasnochada arrogancia de sus dos torres cuadradas para evitar sumirse irremediabilmente en la decrepitud, sería su último recurso contra la desesperación. Aunque no podía darles por perdidos, prefería no tener que enfrentarse a ellos de nuevo.

Capítulo 5

*Abadía de mujeres
de Clairets*,
Perche, finales de
septiembre de 1306*

Los cientos de arpendes* concedidos a la abadía de las bernardas de la Orden del Císter se extendían desde la linde del bosque de Clairets,

en el distrito parroquial de Masle. La construcción del monasterio —ordenada mediante carta otorgada en julio de 1204 por iniciativa de Geoffroy III, conde de Perche, y de su esposa Mathilde von Braunschweig, hermana del emperador Otón IV— se prolongó durante siete años, finalizando en 1212.

La abadía de Clairets, exenta de cargas y generosamente abastecida, gozaba del derecho de alta,

media y baja justicia^[16], sin requerir la autorización del baile ni de quienquiera que fuese. Las sucesivas abadesas poseían las mismas prerrogativas en la materia que los señores, entre las que se encontraba imponer penas de flagelación, amputación e incluso muerte. Las horcas, donde se procedía a ejecutar dichas condenas nada más pronunciarse, se elevaban a unos cientos de toesas* del monasterio, en el paraje de

Gibet^[17].

Este monasterio de mujeres, uno de los más importantes del reino, disfrutaba de numerosos privilegios, tales como la exención de impuestos, lo que le permitía abastecerse de leña y madera de construcción procedentes de los bosques propiedad de los condes de Chartres.

A estas valiosas concesiones, se sumaban tierras en Masle y Theil, así como una considerable renta

anual que engrosaba las pródigas donaciones de burgueses, señores e incluso de campesinos acomodados.

Por aquel entonces, la abadía acogía a más de trescientas monjas, medio centenar de novicias y cerca de ochenta sirvientes laicos. Con el paso del tiempo, Clairets se transformó en una eficaz colmena con un poder territorial y comercial tal que llegó a ser la envidia de los señores más modestos de los alrededores. Visión

sobrecogedora la de este reino, consagrado a la oración y al trabajo, surgiendo abruptamente de los confines del imponente y sombrío bosque.

La mayor parte de los edificios, entre ellos la iglesia abacial de Notre-Dame al norte, con su coro orientado al este, hacia el sepulcro de Cristo, estaban contruidos con una piedra arenisca caliza, un conglomerado natural negruzco compuesto de

sílex, cuarzo, arcilla y minerales de hierro. Una prominente e interminable muralla protegía el conjunto abacial, al que únicamente se podía acceder a través de tres portalones, de los cuales el principal miraba al norte. Justo detrás se encontraban aquellos inmuebles en los que se permitía la entrada a extraños que estaban de paso: la hospedería, el locutorio y las caballerizas. Solo los invitados de la abadesa gozaban de una

cierta libertad de movimientos. A la derecha, se alzaban las dependencias de la priora^[18] y de la superiora, y un poco más lejos, el palacio abacial. Esta ilustre denominación, en realidad, no designaba sino un pequeño edificio macizo de una sola planta, apenas más confortable que los dormitorios de las monjas, donde vivían y trabajaban la abadesa y su secretaria. Su austeridad se veía compensada por unos bellos

jardines escalonados —las terrazas de la abadesa— que descendían suavemente hacia el oeste. Suponían la única ornamentación permitida en aquellos tiempos de férrea aplicación de la Regla de San Benito. Un poco más al sureste empezaba el claustro de Saint-Joseph, cuyo acceso era un pasaje que separaba las bodegas y las despensas.

A la derecha del claustro se erigía, de oeste a sur, la cocina, seguida del

refectorio y el *scriptorium*. A la izquierda, flanqueando el muro de la iglesia abacial, se encontraban la biblioteca y el relicario. El fondo del claustro estaba delimitado por la sala capitular, el calefactorio y los baños, sobre los que se hallaba el amplio dormitorio de las monjas. Tras este murallón, se extendían la enfermería y sus jardines así como el noviciado, el hospicio que acogía a los expósitos y la capilla de San Agustín. Por

último, en el extremo este, desplazado y sin acceso directo al claustro de Saint-Joseph, se enclavaba el claustro de La Madeleine. Como su nombre dejaba entrever, este acogía a las «muchachas públicas^[19]» retiradas, unas sesenta arrepentidas^[20] que habían decidido consagrarse a la vida monacal para purificar sus almas de pecados que solo la miseria les había empujado a cometer.

Marie-Gillette

d'Andremont hizo un esfuerzo por no hacer visible su mal humor. Ya había sido la suplente^[21] en los hornos de esa borrega de Gilberte Charon a principios de mes, lo que significaba haberse pasado los días limpiando ceniza, cargando leña y encendiendo la lumbre, ya que, a la mínima faena encomendada, Gilberte se encorvaba aquejada de dolores de espalda o se estremecía por culpa de migrañas o ardores de

estómago. ¡Y encima la hermana supervisora^[22] le acababa de anunciar que le tocaba ser la semanera^[23] de la lectura!

Otra semana interminable, todo el día de pie, recitando las sagradas escrituras con voz firme mientras sus hermanas copiaban en el *scriptorium*, o cosían, zurcían y bordaban en la gran sala comunal de verano. Tuvo que forzar una sonrisa: el ojo avizor de Adelaide Baudet, la

supervisora, la estaba escudriñando.

—¡Bendita alegría! Aunque ciertamente mi voz no es la más adecuada para transmitir toda la belleza y la fuerza de los Evangelios. A veces es tan débil que no se oye ni a tres toesas*.

Pero Adelaide Baudet no era tonta. Marie-Gillette d'Andremont estaba en su lista de «ociosas, dormilonas y cotorras», al igual que Gilberte Charon, cuyos insoportables dolores de

piernas se esfumaban en cuanto se anunciaba un paseo o una charla profana. En resumidas cuentas, Gilberte, entre otras, encabezaba aquella lista negra. Una cabezadita durante los nocturnos^[24] le había valido ese dudoso privilegio. La supervisora, extrañada por su profunda respiración, se acercó a la joven religiosa como si de una presa se tratase. Aquella noche, Gilberte Charon, de rodillas y con la cabeza

hundida entre sus brazos
devotamente cruzados,
parecía estar rezando con un
fervor inusitado. Adelaide
no sabía si sentir furia o
indignación cuando
comprendió que esos leves y
pausados silbidos no eran
sino ronquidos. Sus pesados
zuecos sacudieron con
rudeza el tobillo de la joven,
quien de un sobresalto abrió
de par en par sus ojos
adormecidos. La supervisora
masculló resoplando: «¡Que
no se vuelva a repetir! ¡Qué

vergüenza!»).

Adelaide miró de hito en hito a Marie-Gillette. La joven poseía una figura esbelta y bien proporcionada. El velo no conseguía menguar su amplia frente, la cual confería a su faz de óvalo perfecto un cierto aspecto angelical, acentuado por unas bellas cejas rubias. Al conjunto se unían unos grandes ojos seductores que la supervisora consideraba fuera de lugar para una

monja. Había... cómo decirlo sin ofender el pudor... una especie de languidez inapropiada en la hermana Andremont, una languidez que el siglo^[25] hubiera encontrado cautivadora. La supervisora se volvió a hacer por enésima vez la misma pregunta: ¿por qué habría ingresado Marie-Gillette en una orden como la suya, sometida a una regla tan estricta que solo seducía a las más puras e insensibles

respecto a las comodidades mundanas? Estaba segura de que la respuesta no estaba ni mucho menos en su ferviente fe.

—¿Tres toesas*? De sobra para que os oigan hasta los pilares. En cualquier caso, mi querida Marie-Gillette, si la lectura os desagrada, podría, para complaceros, designaros semana en la cocina. Como bien decía nuestro maestro san Benito: «La ociosidad es enemiga del

alma por eso debemos ocuparnos en ciertos tiempos del trabajo manual, y a ciertas horas de la lectura espiritual».

La perspectiva de fregar enormes cacharros ennegrecidos a golpe de arena, limpiar truchas, despanzurrar anguilas o destripar cochinos era aún menos alentadora, por lo que Marie-Gillette se retractó de inmediato:

—No es necesario, me encanta la lectura y sentir

que así contribuyo, si bien modestamente, a la paz interior de mis hermanas.

—Muy generoso de vuestra parte —respondió socarrona la supervisora—. ¡Que así sea entonces! Ahora debo proseguir mi ronda.

Marie-Gillette la siguió con la mirada mientras se alejaba. Aquella vieja desabrida la sacaba de quicio. Podía percibir su antipatía, su desconfianza. Una desconfianza por otra

parte justificada.

Era lo bastante honesta como para admitirlo. De todas formas, tampoco iba a reconcomerse las entrañas por la acritud de Adelaide Baudet. Después de todo, gozaba de la protección de Rolande Bonnel, la depositaria^[26], una de las seis discretas^[27]. No iba a ser una supervisora de pacotilla la que le amargara la vida. Ciertamente, cualquiera soñaría con un apoyo tan discreto como el

de la ingeniosa Rolande. De espíritu mediocre, empero, de una obstinación tal que inspiraba respeto, Rolande había sido elegida depositaria un año antes y se afanaba en todo momento en demostrar cuán acertada había sido la decisión de asignarle ese oficio. Se desvivía haciendo sumas, restas, divisiones, revisando hasta tres veces sus cálculos, y a buen seguro soñaba con columnas de números.

Marie-Gillette bajó del

murete que rodeaba el claustro de Saint-Joseph. Había estado media hora allí, aprovechando la suavidad de las primeras horas de la tarde, con el pretexto de retirarse a meditar. Sus pensamientos, que sin duda poco tenían de plegarias, la habían llevado muy lejos. Por enésima vez, Marie-Gillette había frenado en seco ante el abismo que se abría a sus pies, el mismo en el que estuvo a punto de hundirse cuatro años antes,

toda una eternidad.

Aquella tarde, dormitaba en una alcoba inundada por el sol de Castilla, envuelta en un fino tul y con una sonrisa en los labios. De repente, oyó un golpe sordo contra la puerta que daba a la amplia sala de estar. La abrió con total despreocupación. Entonces, vio el mango de orfebrería de una larga daga, lacado en sangre. Corrió a la habitación presa del pánico. Y después, la huida, durante

meses. ¿Adónde se dirigiría? Aunque su vida dependiera de ello, hubiera sido incapaz de precisarlo. Había advertido la sombra del hombre, del asesino, avanzando sobre la piedra. Desde entonces se preguntaba una y otra vez: ¿por qué? El azar, o más bien un vago recuerdo, la había conducido hasta allí. Alexia de Nilanay tenía un nuevo nombre: Marie-Gillette d'Andremont.

¿Y desde entonces?

Desde entonces, cada día se había convertido en una especie de apuesta. Una apuesta imposible de aceptar, ya que ignoraba sus reglas y su definición exacta.

Tenía que dejar de darle vueltas a aquella insondable pesadilla. Luchar contra la angustia que la sumía en el letargo. Encontrar una ocupación, ¡despertar! Le hizo gracia la ironía de su propia reprimenda: a la hermana supervisora le habrían sabido a gloria sus

palabras, ella que repetía hasta la saciedad que la ociosidad era la peor enemiga del alma. Pues bien, Alexia, o más bien Marie-Gillette, iba a comprobar el estado de sus últimas posesiones terrenales: dos lienzos enrollados que había escondido cuando llegó a la abadía, uno detrás de los pesados volúmenes de la estantería más alta de la biblioteca, y el otro bajo una montaña de tinteros de

cuerno resquebrajados que se guardaban en el armario del calefactorio. Esos rollos eran los últimos lazos con su pasado, con sus retazos de alegría y embriagadores excesos. Su contacto le transmitía una especie de consuelo siempre renovado, como si de un poderoso talismán se tratase. Los lienzos del díptico eran su única esperanza de, quizás un día, tal vez, abandonar por fin aquel siniestro lugar, aquellos adustos muros.

Entonces los vendería. Eran unos cuadros de elegante factura.

Escuchó un ligero correteo a sus espaldas y se giró divisando el afable rostro de Angelique Chartier, una novicia a punto de finalizar su probación. La encantadora Angelique, hija de un importante comerciante de paños y lana de Alengon, le gritó con su acostumbrada jovialidad:

—Os he visto de lejos, conversando con nuestra

buena Adelaide. ¿Qué se os ha asignado esta semana? Me encantaría que coincidiéramos en alguna tarea.

Viniendo de cualquier otra persona, el adjetivo «buena» unido a «Adelaide» hubiera provocado la furia de Marie-Gillette. Sin embargo, nadie podía tomar a mal nada proveniente de la dulce Angelique, para quien el mundo era un eterno jardín poblado de seres benévolos. Cualquiera

minucia intrigaba, fascinaba y divertía a la joven; incluso se había desternillado un día comentando el parecido físico de ambas. Las dos eran rubias como el trigo, tenían los ojos azules y una agraciada figura. Había asegurado entre risas que las podrían tomar por hermanas gemelas. Su similitud parecía haberle complacido enormemente pues añadió: «Después de todo, ya somos hermanas en Jesucristo».

—Para mí también sería

una inmensa alegría, querida Angelique. Pero me temo que me toca la lectura.

Su compañera soltó un «oh» de leve disgusto, aunque enseguida volvió a sonreír y antes de alejarse declaró:

—Pues a mí me ha tocado ir a buscar leña. Otra vez será.

Marie-Gillette siguió con la mirada el gracioso andar de Angelique. Su habitual alacridad poseía el don de animar al más crispado.

Bueno, y ahora, a la biblioteca.

Fingiendo un profundo interés por una traducción ricamente iluminada de los Evangelios, esperó con impaciencia a que se marchara la desagradable portera^[28], Agnes Ferrand, una ratona de biblioteca inmersa como de costumbre en una montaña de libros. Estaba apoyada en un alto facistol de madera tallada con tres planos, lo cual propiciaba que varias

lectoras pudieran reunirse para intercambiar sus eruditos hallazgos.

No había nada en Agnes Ferrand que lograra compensar esa alargada cara de garduña. Formaba parte de esa temible especie que se dedica a tirarle a una de la lengua con el único propósito de causar daño. Se podía tener la certeza de que pregonaría —y distorsionaría— todos los chismes que consiguiera recopilar. En cuanto a su

cordialidad, no tenía otro objeto que poner de relieve su superioridad, ridiculizando en la medida de lo posible a la persona de enfrente.

Pese a todo, no contaba con que Marie-Gillette conocía la naturaleza humana y la malicia de Agnes. Así pues, había maquinado una estrategia insuperable: hacerse la tonta, dando muestras de pundonor fingiendo no comprender nunca las alusiones viperinas

de la portera. Le parecía extraño que semejante arpía hubiese encontrado refugio en Claiets. Se murmuraba que Agnes Ferrand era una de las incontables bastardas de un clérigo parisiense a quien el poder mostraba cierto agradecimiento. De hecho, se iba repartiendo a su numerosa y clandestina prole donde se podía. Agnes irguió la cabeza exhibiendo una sonrisa nada sugerente.

—Mi queridísima Marie-Gillette, qué sorpresa y qué

alegría veros finalmente por aquí. Os creía refractaria al estudio. En vuestro descargo obra el hecho de que a veces resulta una ardua tarea.

La joven continuó relatando pormenores insistentemente con su hosco semblante, iluminado por unos diminutos ojos negros que se movían sin cesar. Marie-Gillette rozó con su mirada aquellos finos labios fruncidos y se dijo que la maldad marca a ciertos seres con mayor fatalidad que la

vejez.

—Es que, mi estimada Agnes, carezco de vuestro saber y vuestra cultura. Debéis ser el orgullo de vuestra familia —se excusó Marie-Gillette con tono de admiración.

Una mirada afilada se clavó en ella. Agnes Ferrand la escudriñaba para averiguar si aquella frase anodina y aparentemente adulatora escondía alguna puntada. Se tranquilizó diciéndose que allí nadie

podía conocer sus orígenes espurios. Se equivocaba. Los susodichos orígenes habían reconfortado a más de una. Una pequeña venganza por las humillaciones infligidas por la portera.

—Desgraciadamente, voy a tener que dejaros. Debo reunirme con nuestra priora, la cual precisa de mis consejos —explicó Agnes—. ¿Qué opináis?

—Que hace muy bien en pedíroslos a vos.

Irritada, Agnes Ferrand

rectificó:

—Me refiero que a qué pensáis de Hucdeline de Valezan, nuestra priora.

—¡Oh, es una mujer admirable, una bendición para nuestra comunidad! — mintió con aplomo Marie-Gillette.

Cuando Agnes se hubo marchado, esperó unos instantes no fuera a ser que a la portera le diera por volver. Luego, examinó la obra de bellas proporciones. No obstante, se sentía

incómoda en aquel lugar, por lo que evitaba quedarse allí más tiempo del necesario. Reinaba permanentemente un frescor seco, cargado de esencias de madera de enebro y canela propicias para la conservación de las obras y su protección contra los insectos. Las ventanas, que dejaban pasar el aire primaveral, estaban custodiadas por rejas labradas para evitar que los animales entraran causando

destrozos. Cuando llegaba el mal tiempo, se solían cubrir de pieles engrasadas.

Se acercó a la puerta, aguzando el oído. Simulaba estar leyendo los títulos de los libros alineados. No había uno solo que no tratara de la fe y la vida monástica; a lo más, uno o dos volúmenes sobre ciencia agrícola. Ciertamente, tampoco esperaba encontrar ninguna de las extraordinarias novelas de Chretien de Troyes^[29], como

la de *El caballero de la carreta*. Y sin embargo, algunos de esos exquisitos cantares de gesta ya podrían haber tenido un hueco en aquellas estanterías. Qué más le daba, después de todo le habían leído tantos poemas que permanecerían por siempre grabados en lo más profundo de su ser. A veces, por la noche, tendida en la cama, se deleitaba recitando en silencio:

Bella amiga,

*tal ocurre con
nos:*

*no vos sin mí,
ni yo sin vos.*

[30].

La envolvía el silencio. Aquella odiosa portera estaba ya lejos. Marie-Gillette llevó la escalerilla delante de la librería. Cuando las yemas de sus dedos rozaron el lienzo enrollado, escondido tras unos volúmenes que a nadie se le ocurriría consultar por

lo indigesto de sus contenidos, suspiró de satisfacción.

Debía apresurarse. Rápido, al calefactorio. Luego se quedaría tranquila, al menos por un tiempo.

Marie-Gillette se mordía los labios del nerviosismo. Había rebuscado de arriba abajo en el armario de los tinteros de cuerno. ¿Cómo era posible? ¿Quién? El segundo lienzo había desaparecido. La agitación la hacía sudar. A su

exasperación se unía un temor supersticioso: la mitad de su talismán acababa de esfumarse. ¿Quién la protegería ahora? Se reprendió a sí misma. Ánimo, seguro que lo encontraría. Sin duda alguna, alguien lo había cambiado de lugar. El ruido de la habitación vecina, del movimiento de bancos y sillones, atrajo su atención. El consejo se estaba reuniendo en la sala capitular, junto al

calefactorio. Debía salir discretamente. ¿Cómo iba a explicar su presencia allí si alguien la sorprendía?

A pesar del frescor de la tarde, Plaisance de Champlois respiraba con dificultad. La sala capitular era un hervidero de argucias, de enojos velados de unas y otras, y de los celos disimulados de la mayoría. La joven abadesa, de apenas quince años^[31], conocía bien el número de adversarias a

las que iba a enfrentarse.

Aunque había sido elegida por sus hermanas, siguiendo la encarecida recomendación del papa Clemente V, su padrino, dicho nombramiento era puesto en entredicho con argumentos que criticaban su corta edad e insistían en que el «apoyo» del Santo Padre podía confundirse con una orden; en que, si no se llevaba cuidado, pronto el capítulo^[32] no tendría voz ni voto y, en tal caso, el poder

—ya fuera temporal o espiritual— acabaría imponiendo a sus representantes. Dicha oposición, con visos de amotinamiento, estaba orquestada por Hucdeline de Valezan, la priora. Esta se había fraguado la esperanza de que la madurez de sus veintiocho años, sus dotes de mando y su indiscutible fe le habrían reservado el puesto de abadesa a la muerte de Catherine de Normilly, la madre superiora tan querida

por todas, quien había sucumbido a una dolencia de corazón el pasado invierno.

Una sonrisa, la primera de aquella larga jornada, se dibujó en los labios de la abadesa al evocar a aquella mujer, que había hecho justo honor al título de madre. De su madre biológica, Plaisance solo guardaba un vago y frío recuerdo. Hastiada de sus continuos embarazos, la gentil dama que la había traído al mundo miraba a veces con asombro

a aquella penúltima versión de su progenie, como intentando recordar qué nombre se le habría ocurrido ponerle a la criatura. Sin duda, era esa la razón por la que siempre se refería a ella con un «mi señora hija» poco comprometido y evitar así caer en un desagradable error. Monge, el hermano de Plaisance, cuya alma acogió Dios a los doce años, tampoco salió mejor parado. También se dirigía a él como «mi señor hijo», en las raras

ocasiones en las que les llamaba al orden con voz vacilante. La madre Catherine de Normilly, en cambio, había acogido a aquella niña de seis años que ya hablaba, leía y escribía en francés y latín, sin olvidar el inglés; sabía de aritmética y astrología, y conocía los escritos sagrados, así como los venerados textos latinos. Había aplaudido a veces, reprobado otras y celebrado siempre con júbilo los progresos de su alumna, de

su hija espiritual. La pequeña se había convencido poco a poco de que en otro lugar y en otra época, Catherine de Normilly habría estado destinada a ser su progenitora.

Había guardado en secreto tal convencimiento para no alarmar a aquella gran mujer, cuyos insólitos arrebatos nunca llegaron a empañar su bondad y generosidad. Catherine de Normilly era su verdadera

madre, pero ella no lo revelaría jamás. A partir de ahí, todo fue sencillo. Las faenas, el obligado silencio, las noches glaciales o las privaciones, ya nada conseguía desanimarla. Al ser hija de la madre Catherine, tenía que parecersele en todo. A lo menos, debía poner su empeño en complacer a aquella mujer que envejecía con infatigable energía. Tenía que hacerlo para convencerla de la afinidad

de alma y corazón existente entre las dos. Era tanto el entusiasmo y el amor empleados, que ella misma se ponía en evidencia. El vacío de su corazón se había colmado de inmensa gratitud.

La mirada de la joven se posó, casi de soslayo, en las hermanas que conformaban el capítulo. Se enderezó. ¡Dios, cuán pesada era su nueva carga! ¿Contaría con la fuerza y la autoridad necesarias para dirigir a las

más de cuatrocientas almas de la abadía? Hucdeline de Valezan, la priora, murmuraba al oído de su fiel sombra, Alienor de Ludain, la superiora. A esta última le dolía la garganta apenas Hucdeline estornudaba. Raro era verlas separadas; Plaisance se había preguntado no pocas veces qué había podido emparejar a aquellas dos mujeres tan diferentes, aunque, después de todo, suele decirse que los polos opuestos se atraen.

Hucdeline era tajante. Le gustaba reinar por encima de una corte de religiosas cautivadas por su porte y aguda inteligencia. Dotada de una gran elocuencia, convencía sin esfuerzo. Por el contrario, Alienor de Ludain era una de esas personas que pasan desapercibidas a menos que abandonen una estancia pasando por delante de uno. Al hablar, parecía sopesar cada palabra, hasta tal punto que sus frases se volvían

incomprensibles de tantos preámbulos empleados: «Ella no sabía... quizás, pudiera ser que... después de todo, quién era ella para... sin lugar a dudas estaba equivocada... evidentemente, su juicio no era infalible...». Al final, era difícil saber si había querido decir una cosa o la contraria. Su nombramiento como superiora debía mucho a la amistad que le profesaba Hucdeline, pero también al buen juicio de la madre

Catherine, quien pensó que ya bastante tenía con una priora autoritaria. El tacto de la anterior abadesa no se quedó ahí. De hecho, propuso para el puesto de cillerera^[33] a Barbe Masurier.

Barbe era una mujer jovial de mediana edad. Se había retirado al claustro al enviudar, pensando que su nueva vida no distaría mucho de la impuesta por su difunto esposo, un rico mercero^[34] desabrido y

avaro. Estaba equivocada. La abadía de Clairets supuso para ella un magnífico resarcimiento. Por fin su talento como administradora se veía reconocido y no por ahorrarle a un marido atrabiliario un sirviente, una fregona en la cocina y una enfermera, sin olvidar el evitarle tener que buscar fuera de casa los entretenimientos nocturnos. Viuda sin hijos, esta madre desconocedora de sus propias virtudes, había

encontrado unas hijas a las que cuidar, a veces a golpe de regañinas, otras mediante palabras tranquilizadoras y casi siempre con mensajes de aliento. Con la cabeza bien puesta y los pies en la tierra, Barbe no tenía enemigos, ni siquiera Hucdeline de Valezan. Tal estado de gracia inclinó la balanza a su favor para el puesto de cillerera. Plaisance contuvo una sonrisa al contemplarla: Barbe paseaba el esqueleto con elegancia.

A sus cuarenta y cinco años, estaba tan llena de energía que muchas jóvenes habrían podido envidiar su vitalidad.

Cremont, la tesorera^[35], pasó a acaparar la atención de la joven abadesa. La enigmática Aude. Siempre parecía ir detrás de un objetivo oculto y muy privado. Sin embargo, Plaisance nunca la había visto incurrir en falta de arrogancia o ambición. Más perturbadora aún era la manera en la que conseguía

llevar a su interlocutor adónde ella pretendía con sugerencias, insinuaciones, suspiros o frases con doble sentido. Plaisance seguía sin poder aclararse respecto a Aude, como tampoco pudo, antes que ella, la madre Normilly. ¿Era la tesorera una calculadora temible o una manipuladora que simplemente se solazaba con el ejercicio de sus talentos? Y lo más importante en ese momento, ¿se trataba de una aliada en potencia o de una

posible enemiga? El carraspeo de Agnes Ferrand la alertó. La portera, con una leve sonrisa en los labios, no le quitaba ojo. Plaisance apenas consiguió evitar que el rubor alcanzara sus mejillas. ¿Habría sido poco prudente el haber escrutado a cada una de sus hijas? Pocas cosas, aparte de su inteligencia vivaz y cultura, podían atenuar la fealdad y acritud de Agnes. A fin de cuentas, de no ser por la insistencia del señor de

Nogaret*, consejero del rey Felipe el Hermoso*, Catherine de Normilly la habría excluido sin dudarlo del consejo de sabias. Agnes constituía la segunda incógnita del capítulo. Poseía el raro don de poner en evidencia, con solo una frase o apenas una mirada, todas las debilidades de las otras. ¿Acaso su permanente acrimonia era fruto de un deseo de venganza? Plaisance no habría sabido decirlo. No obstante, incluso

ella temía la incisiva ironía de la portera. Esforzándose por mantener la calma, Plaisance le dirigió una sonrisa reposada y volvió la mirada con indolencia hacia Rolande Bonnel, la hermana depositaria. ¡La querida Rolande!

La pobre se pasaba el día corriendo, comprobando y volviendo a comprobar todos los registros, cruzándolos a fin de tener controlado hasta el más mínimo cuarto. Acosaba a

las enfermeras, a la refitolera^[36], a la ropera^[37] e incluso a la sacristana^[38], por no mencionar a los ochenta sirvientes laicos al servicio de la abadesa, de los que sospechaba ser responsables de gastos injustificados. Plaisance se había visto obligada a aplacar la indignación de silvicultores, guardabosques, vivanderos^[39] y toneleros, así como a garantizarles que en ningún caso se había puesto en entredicho su

probidad y que el celo de la depositaría respondía a su deseo de servir lo mejor posible a los intereses de la comunidad. Con todo, intuía el momento, no sin inquietud, en que habría de encauzar a la esforzada pero cansina Rolande para mostrarse más comedida en las formas y, sobre todo, recurrir a la diplomacia. Hasta ahora, Plaisance siempre había aplazado para otro día la inevitable conversación. La depositaría

era una de sus aliadas y estas no le sobraban precisamente como para permitirse herirlas o molestarlas, corriendo el riesgo de enemistarse con ellas.

La joven abadesa había elegido a otras dos religiosas entre las oficiales a fin de completar el consejo de las discretas; otras dos aliadas, o al menos eso esperaba. Elise de Menoult, la hermana ropera, y Hermione de Gonvray, la apoticaria, cuyo aire de rubia pubescencia

podía hacerla pasar por adolescente cuando ya sobrepasaba las treinta primaveras. Elise interceptó la mirada de la abadesa e inclinó la cabeza con discreción en señal de apoyo. Había ingresado en la orden diez años atrás, cuando solo contaba dieciséis, huyendo de un matrimonio que no tuvo ni el descaro ni el valor^[40] de negarle a su padre. El yerno ambicionado por su progenitor superaba en

cuarenta años a la radiante Elise y sufría una enfermedad cutánea repugnante que le confería el aspecto de un batracio vesiculoso. Defectos nimios en comparación con la colosal fortuna que este había prometido poner a disposición de su futuro suegro, veinte años más joven que él y sin blanca a causa de ciertas inversiones ruinosas.

El lento parpadeo de Elise tranquilizó levemente a

la abadesa. El entusiasmo de la hermana ropera escondía una fuerza de espíritu y una tenacidad inusuales. En cuanto a Hermione de Gonvray, parecía, como de costumbre, estar a la espera. A buen seguro, el voto de silencio de la orden no había supuesto gran esfuerzo para la apoticaria, pues su parquedad de palabras rozaba el mutismo. La mayoría de las ocasiones respondía a las preguntas con una sonrisa, una

inclinación de cabeza o un fruncimiento de labios, según quisiera asentir o discrepar. Un día en que Plaisance le hizo notar este hábito, Hermione replicó con voz dulce y grave: «¿Qué habría yo de decir que no se haya dicho ya?». Sus extrañas salidas siempre daban en el clavo. Esta mujer de ojos límpidos transmitía un rigor y una severa exigencia que a veces inquietaban a la abadesa.

Ya se había pasado

revista a los diferentes puntos del orden del día. A todos menos uno, que Plaisance no se atrevía a abordar. Contuvo un suspiro de desánimo. ¿Cómo iba a anunciarles que —por orden del Papa y del Rey, sin olvidar la tenaz insistencia del conde Aimery de Mortagne, cuya malatería ya no podía acoger a más leprosos*— Clairets habría de albergar a unos cincuenta enfermos? Además, la distribución de la abadía no

se prestaba a tales fines. ¿Cómo iba a evitarles a las hermanas el continuo espectáculo de decadencia física y el miedo al contagio sin con ello marginar aún más a aquellas pobres almas sufrientes? Le había dado una y mil vueltas al problema, intentando hallar lo antes posible una solución capaz de aplacar las quejas y protestas que de seguro surgirían entre sus hijas. Solo una le parecía adecuada: dividir La

Madeleine, situada en la zona oriental de la abadía, agrupando en la parte más amplia a las arrepentidas y reservando la más pequeña a los escrofulosos^[41].

Al principio, los leprosos de Tierra Santa fueron bien tolerados y convivían con el resto de la población. Luego, la propagación de la enfermedad*^[42] agotó la magnanimidad de los sanos, aterrados ante un posible contagio. Los gafos pasaron de víctimas a culpables. Dos

siglos antes, comenzaron a ser arredilados cual ganado. Si bien algunos de aquellos cementerios vivientes habían recibido importantes aportaciones de familias de cruzados enfermos, no por ello dejaban de ser prisiones. Los dolientes tenían prohibida la entrada a edificios y lugares públicos, y estaban obligados a avisar de su proximidad con unas tablillas de san Lázaro^[43]. Pronto se les empezó a acusar de tratos con el diablo

y de brujería. Plaisance, al igual que tantos otros, intuía la razón: se confiaba en que perecieran lo antes posible para librar a los vivos de su molesta presencia.

Se aclaró la garganta y las presentes guardaron silencio. Las ocho hermanas clavaron los ojos en ella.

—Hijas mías, aún hemos de abordar el último punto de la reunión de este capítulo que hoy ha visto aumentado su número. Puede que... —continuó

adoptando un tono más firme—. Antes de nada, quizá sea conveniente precisaros que no se requiere nuestro... permiso.

Plaisance casi deseaba ser interrumpida para despachar aquel tema complicado de abordar. Prosiguió:

—El señor de Mortagne, nuestro buen conde Aimery, ha confiado al Rey las dificultades por las que atraviesa. Él... la malatería de Chartagne está saturada,

desde hace años. Todos los días llegan a sus puertas más enfermos a quienes no pueden dar albergue. Lo ideal hubiera sido ampliar las instalaciones, pero el señor de Mortagne, quien juzga, con razón, haber dado ya suficiente muestra de caridad y generosidad, se niega a costear las obras necesarias. Así pues, se sometió esta delicada cuestión al dictamen de nuestro bien amado Clemente V, quien, a su vez,

subrayó los apuros financieros que vive Roma en estos momentos.

Agnes Ferrand, la portera, volvió a esbozar una leve sonrisa. No dejaban de circular rumores sobre el nuevo soberano pontífice, designado hacía un año. De tiempo eran conocidos su agudo sentido de la diplomacia y fina inteligencia. Sin embargo, nadie antes de su elección había sospechado la excesiva dadivosidad que

prodigaría entre los miembros de su familia. Ni el primo más lejano escapaba a su munificencia, encontrándose obispo o cardenal de la noche a la mañana. Clemente el magnánimo derrochaba a manos llenas para colmar de fastuosos obsequios a sus parientes. La mesa que ofrecía a sus aliados hacía palidecer de envidia a los soberanos más refinados de Europa. Desembolsando decenas de miles de libras,

el nuevo papa había emprendido la titánica construcción de un castillo en el modesto señorío de Villandraut^[44], su lugar de origen. Se decía que cuando hubieran concluido los trabajos, la suntuosidad del edificio nada tendría que envidiar a los palacios bizantinos. Asimismo, las refecciones de catedrales y palacios abaciales avanzaban a buen ritmo.

Plaisance, poco deseosa de tener que justificar los

continuos gastos de Roma y, por ende, los del padrino a quien nunca había conocido, hizo caso omiso de la reacción de la portera.

Aude de Cremont, la tesorera, espetó con su habitual matiz de insinuación:

—No estoy segura de haber entendido. ¿La abadía tendrá que participar en la construcción de una especie de anexo en la malatería de Mortagne?

Plaisance recordó la

frase sibilina pronunciada por la madre Normilly refiriéndose a la frágil y pálida miniatura de treinta años con boquita de piñón: «Aude es una tormenta de verano. Aunque se la espera, rara vez refresca». Plaisance respondió con un poco comprometedor:

—No se ha mencionado tal eventualidad.

Hucdeline de Valezan comprendió rápidamente adónde evitaba llegar la abadesa.

—Madre, ¿no querrá decirnos que el Rey y... vuestro padrino planean confiarnos el cuidado de algunos enfermos?

—Nuestro bien amado Santo Padre —corrigió Plaisance—, de acuerdo con nuestro soberano, Dios lo proteja, ha optado por una solución temporal encargándonos, en efecto, el cuidado y protección de unos cincuenta escrofulosos de Chartagne. Un canónigo de San Agustín les visitará y

proporcionará sosiego espiritual. El conde Aimery, con el deseo de aligerar nuestra carga en lo posible, ha ofrecido a su médico laico^[45], un tal Etienne Malembert, para acompañar a los enfermos. Puesto que han solicitado mi opinión al respecto, tengo intención de declinar la oferta. No pongo en duda las excelentes dotes médicas del señor Malembert; con todo, se trata de un laico y nosotros ya tenemos nuestro propio

doctor. Creo haberos informado de todo.

El anuncio fue seguido de un gran alboroto. Elise de Menoult la observaba fijamente. Alienor de Ludain, la superiora, movía la cabeza en todas direcciones. Hermione de Gonvray, cabizbaja, estaba absorta contemplándose las manos cruzadas.

—¡Madre! —espetó la priora indignada—. ¡Ni lo sueñe! ¿Exponernos de ese modo al contagio? ¡Es una

locura!

—¿No consisten nuestra obligación y nuestros votos en servir a Dios ayudando a los hombres? —replicó Plaisance.

—Dios y los hombres son dos cosas distintas. Trabajamos para alabar la gloria del Primero... ¡lo cual implica que tenemos que estar vivas! ¡El horror de esas caras infectadas por el mal, de esos muñones supurantes! Ahora, incluso los médicos y los doctores se

niegan a acercárseles a menos de una toesa*.

Se llevó la mano a la boca con un gesto de espanto, luego se persignó. Plaisance de Champlois comprendió súbitamente la intención de la priora: intentaba aterrar a las demás para consolidar su poder. Debía reaccionar enseguida, si no, las opositoras, las enloquecidas o las indecisas cerrarían filas en torno a Hucdeline de Valezan.

Alienor de Ludain, como

cabía esperar, ofreció su apoyo a la priora farfullando con inseguridad:

—En fin... puede que sea precipitado por mi parte, pero... de hecho... ahora todo el mundo teme contagiarse... La execrable desfiguración... El terror que inspiran los escrofulosos no puede estar más justificado, no me atrevería a afirmar, empero, que...

—¿Qué sabemos, hermana apoticaria, de la lepra* y de su propagación?

—la interrumpió Plaisance.

Contrariada por verse obligada a intervenir, Hermione de Gonvray frunció las rubias cejas y emitió un largo suspiro antes de comenzar.

—Hace mucho tiempo que se la conoce, si damos crédito a los relatos de médicos judíos o árabes. Parecen existir distintas variantes. Los primeros síntomas se manifiestan en forma de máculas, es decir, con la aparición de una

especie de manchas a menudo violetas o cobrizas localizadas en brazos, piernas, parte baja de los riñones, frente y hombros. Luego presentan lesiones cutáneas que provocan la pérdida total de sensibilidad a las picaduras o las quemaduras en las zonas afectadas. La enfermedad evoluciona alcanzando manos y pies, extremidades que no responden a la voluntad de movimiento y se tornan laxas. A algunos

individuos se les desfigura tanto el rostro que parecen bestias, y luego se quedan ciegos. La nariz parece como roída desde el interior. Algunos mueren en diez años, otros, inexplicablemente, sobreviven. Lo más preocupante es que algunos cruzados no comenzaron a manifestar los primeros síntomas hasta veinte años más tarde de haber regresado al reino.

Hucdeline aprovechó la

ocasión:

—En otras palabras, uno puede contagiarse y no saberlo durante mucho tiempo, esto demuestra la naturaleza de una enfermedad especialmente maligna... que no deseamos aquí —sentenció buscando la aprobación de todas.

La mayoría de las hermanas habían bajado la mirada, incluso Barbe Masurier, quien había temblado al escuchar la descripción de Hermione.

—En otras palabras —
corrigió Hermione de
Gonvray—, vos podríais
estar infectada y habernos
contagiado a todas sin que lo
sepamos. Vuestro tío y
vuestro padre lucharon en la
última Cruzada, si no me
equivoco.

El exabrupto
pronunciado con aplomo
enmudeció a Hucdeline. Por
el momento. La joven
abadesa advirtió que la
ayuda recién prestada de la
apotecaria no era

incondicional. Hermione no brindaba su apoyo a una mujer, sino a una política, a una visión del convento. Contuvo, no obstante, un suspiro de alivio. No eran muchas las hermanas que se atrevían a desafiar a la priora y exponerse a su ira. Si bien, era cierto que Hermione parecía estar casi siempre fuera de alcance. La economía de palabras, su gusto por la soledad y la apacible superioridad que la ciencia le confería no daban

mucho pie a ataques. Así, la señorita de Valezan optó por fingir no haberse percatado de la afrenta y se contentó respondiendo:

—Dios nos guarde, mi querida Hermione. No tiene por qué preocuparse: mi padre falleció por las secuelas de una caída y mi tío, a tenor de las últimas noticias, se encuentra en perfecto estado de salud.

—Y nos alegra mucho saberlo —celebró Rolande Bonnel, quien no había

notado la ofensa apenas velada—. Así y todo — prosiguió contando con los dedos— no han pasado más de catorce o quince años, y la hermana apoticaria acaba de...

La mirada fulminante que le lanzó Hucdeline la disuadió de continuar.

—Me hago cargo de vuestra consternación — respondió la abadesa—. Por desgracia, dudo que se requiera nuestro beneplácito. A decir verdad, no he

recibido de Roma una...
sugerencia, sino una orden.
Se nos ha dado orden de
acoger a estos enfermos.

—En fin —replicó
Hucdeline que volvía al
ataque—, vuestra parentela
bautismal debería ahorrarnos
esta... esta inaceptable
vecindad.

—Al contrario de lo que
vos creáis o queráis hacer
creer, hija mía, nunca he
tenido la dicha de cruzarme
con mi padrino —respondió
Plaisance con contundencia

—. El camarlengo se ha dirigido recientemente a mí como lo hubiera hecho con cualquier otra abadesa. La única razón por la que Clairets ha sido elegida es su cercanía con Mortagne. No se espera ni que objetemos ni que desaprobemos dicha elección. He aquí la solución que he encontrado. Por supuesto no es ideal, pero la estimo razonable. Si a alguna se le ocurriera una alternativa mejor, vuestras ideas serán bienvenidas. Le

he dado mil vueltas al asunto. Es evidente que hemos de alejar lo más posible a estos desventurados de los sanos, aunque la distribución de nuestra abadía no facilita la tarea. Considero pues sensato reservarles una parte de La Madeleine, aunque para ello debamos agrupar a las arrepentidas en la parte restante.

—La idea me reconforta
—aprobó Elise de Menoult acudiendo en su ayuda.

—En efecto, pero ¿quién se ocupará de ellos, además del canónigo? —preguntó Barbe Masurier.

—Aquellas que deseen complacer al Señor —contestó Plaisance—. No es mi intención obligar al resto.

—Así todos contentos —aplaudió Elise.

Plaisance de Champlois había actuado con destreza. Imponer la obligación de convivir con los enfermos habría puesto en su contra a un gran número de monjas,

y no era lo que precisamente necesitaba: los tejemanejes de la priora ya habían mermado bastante su autoridad.

—¿Ah sí? —ironizó Agnes Ferrand—. Dudo mucho que nuestras pecadoras arrepentidas sean de la misma opinión. Apuesto que algunas de ellas, sin pelos en la lengua, se harán oír.

—¿Tenéis una sugerencia mejor? —inquirió Plaisance con

paciencia.

—No creo que os agrade escucharla aunque... si no me equivoco, vuestra señora madre es prima segunda de nuestro Santo Padre.

—No he visto a mi madre desde los seis años, a excepción de una corta visita. Nuestro Papa, cuando aún era monseñor de Got, envió a un representante para cristianarme, tal y como se estila entre la parentela bautismal lejana. En cuanto a mi elección, en la que solo

os gusta ver una nominación, fue la madre Normilly quien solicitó la aprobación de Roma, no al revés. Que quede claro de una vez por todas y para cada una de vosotras. Finalmente, para vuestra tranquilidad, estoy dispuesta a escuchar cualquier opinión que tengáis a bien compartir.

Agnes Ferrand pareció quedarse atónita ante aquella moderada vehemencia que resumía algo ya sabido por todas. No obstante, se

ensañó:

—Permitidme que lo dude, madre, con todos mis respetos.

Bastarda de nacimiento, carente de belleza y sin fortuna, la portera no había tenido más opción que la vida monástica, donde se encontró rodeada de mujeres, algunas de gran hermosura, noble cuna y cuantiosas riquezas. Si bien esta convivencia con sus hermanas debería —siguiendo toda lógica—,

haberla serenado, Agnes se atormentaba aún más al verse obligada a contemplar día a día lo que jamás podría poseer. Su acrimonia solo tenía parangón con su falta de generosidad. Plaisance debía admitir que si temía a Hucdeline, a Agnes no podía ni verla.

—Explíquese pues, hija mía —replicó logrando ocultar su exasperación.

—Si el papado en lugar de ordenar construir una lujosa fortaleza en su

señorío de Villandraut, señorío que jamás ha gozado de importancia estratégica, distribuyera entre los necesitados tan siquiera la mitad de la fortuna dilapidada en tales menesteres, no nos veríamos en la tesitura de acoger a los desvalidos más purulentos.

Plaisance se puso en pie y declaró con calma:

—Tal y como os prometí, estoy dispuesta a escuchar cualquier cosa, incluso vuestras blasfemias.

No os corresponde a vos juzgar las decisiones de nuestro Santísimo Padre, no más que las del Rey. Las deliberaciones de este consejo son secretas pero os recomiendo, como amiga y en pos de vuestra propia quietud, que no manifestéis vuestras críticas más allá de los muros de esta sala. Aprovecho para recordar a todas las presentes que vuestra oposición se mantendrá siempre en la mayor confidencialidad.

Hijas mías, el capítulo queda clausurado.

Plaisance de Champlois dejó escapar un suspiro nada más cerrar tras ella la puerta de sus aposentos, que daban a las terrazas escalonadas. A través de una de las vidrieras de su amplio despacho —el colmo del lujo— contempló los dos jardines de flores^[46] que descendían en suave pendiente.

Cada primavera, las malvas salpicaban con su intenso colorido la blancura

inmaculada de los lirios. Por la noche, la abadesa percibía sus efluvios embriagadores, incluso sofocantes, se podría decir. No obstante, todavía faltaban muchos meses para el renacer de la primavera. Del esplendor vegetal no quedaban más que algunos tallos secos y ennegrecidos.

Plaisance estalló de risa al recordar sus partidas al juego de los arcos. Consistía en pasar por debajo de unos aros de mimbre clavados en el suelo una pelota rellena de

estopa. Se requería bastante destreza, pues el jugador nunca debía traspasar las líneas que lo separaban de su blanco. Al principio, Plaisance ganaba todas las partidas, hasta que un día una mueca de dolor la puso sobre aviso. La madre Catherine disimulaba su sufrimiento. La espalda la martirizaba continuamente, con lo que agacharse era un suplicio. Las lágrimas asomaron a los ojos de la muchacha. ¿Qué mayor

prueba de su amor maternal que sufrir en silencio con tal de ofrecerle una distracción? Dejó vencer sutilmente a la madre Catherine. La satisfacción de la hermosa dama la colmó de alegría.

Si bien los instantes de felicidad que le proporcionaron esos recuerdos fueron fugaces. Había que preparar la llegada de los leprosos, intentar explicar a las hermanas del claustro de La Madeleine que su

emplazamiento y no la injusticia había sido el único motivo de la elección, y que así complacerían a Dios. Se sentó tras la amplia mesa de trabajo, que le hacía parecer aún más menuda.

¿Que no había injusticia alguna? Vamos, ¿a quién esperaba convencer? A ella no, desde luego. Así y todo, aquella iniquidad, que ya había sopesado, no estaba en absoluto motivada por desprecio alguno hacia aquellas mujeres,

maltratadas y traicionadas por la vida. El claustro de La Madeleine acogía a unas sesenta prostitutas retiradas. Únicamente el buen sentido político había guiado la elección de la joven abadesa. Por otro lado, temía su encuentro con Melisende de Balencourt, la priora del claustro de La Madeleine. Esta había rehusado la relativa comodidad de los aposentos privados que le reservaba su cargo para instalarse en una austera

celda de la planta baja y estar así más cerca del dormitorio de sus hijas, llevando su cilicio^[47] día y noche, o al menos eso era lo que algunas aseguraban. Había algo en aquella mujer alta y descarnada que le ponía los pelos de punta. La excesiva dureza de su ascesis le producía un desconcierto. Se decía que dejaba pudrirse la carne antes de consumirla, que se flagelaba hasta sangrar, que en invierno caminaba sobre

la nieve sin zuecos ni medias hasta que sus pies quedaban ateridos. Y sin embargo, en algunos momentos Melisende de Balencourt la había sorprendido por su falta de compasión. Su frialdad ante las aflicciones humanas había salido a la luz en incontables ocasiones. ¿Deseaba Melisende hacer ostentación de la tenacidad con la que acometía su búsqueda de pureza? ¿Quería así fustigar a las demás, a aquellas cuya fe

juzgaba imperfecta? O aún peor, ¿se trataba de uno de esos delirios de los que la abadesa había oído hablar y que conducía a algunas personas a buscar el sufrimiento gratuito y la mortificación extrema so pretexto de purificarse?

Un apremiante golpe en la puerta de su despacho extrajo a Plaisance de Champlois del eterno inventario que se había obligado a elaborar cada día después de laudes*. Durante

dos horas, relataba los hechos cotidianos en un grueso registro cuya utilidad le parecía harto dudosa. Nada de lo acaecido en la jornada, por similar que fuese a la anterior, escapaba del exhaustivo inventario. Cada vela gastada, cada vestido totalmente deshilachado y reemplazado, cada pedido de harina o de unguento para caballos quedaba en él.

Melisende de Balencourt penetró en la fría sala,

lanzando una mirada a la chimenea apagada, como si presumiera que la abadesa abusaba de las comodidades. El rostro demacrado de la priora de La Madeleine le recordaba a una máscara mortuoria, el esqueleto que pronto sería. Su piel seca y grisácea se estiraba sobre pómulos, nariz y mentón como si en medio no hubiese carne alguna. Lo único que parecía tener vida en ella era el febril de sus oscuras pupilas. Melisende acercó al

escritorio y bajó la cabeza en señal de espera. Las manos se agitaban incesantemente en leves movimientos, y caían flanqueando su túnica, casi traslúcidas sobre el blanco de la gruesa lana. Plaisance apartó la mirada de aquellas largas garras huesudas.

—Mi querida hija, os he hecho llamar con objeto de explicaros la conclusión a la que ha llegado el consejo. Antes de entrar de lleno en el asunto, deseaba ante todo

aseguraros que nos ha pesado enormemente tomar esta decisión y que es únicamente la obligación impuesta la que nos ha...

—¿Estoy destituida de mi cargo? —preguntó la priora abruptamente.

Esta ocurrencia dejó pasmada a Plaisance. ¿Qué le habría hecho suponer tal cosa? Melisende de Balencourt había reivindicado el cargo de priora del claustro de La Madeleine argumentando

que solo una mujer casta como ella podría demostrar a las antiguas damiselas de vida alegre las maravillas de la abstinencia carnal. La madre Catherine la nombró priora sin más tardar. De este modo, la antigua abadesa había encontrado la forma de alejar de su círculo inmediato a una hija cuya cercanía la disgustaba. A decir verdad, Melisende cumplía a la perfección su ardua labor. No tenía ni la menor queja de sus monjas,

las actividades de su claustro no despertaban el más mínimo comentario de contrariedad. Se encargaban, entre otras cosas, de las colmenas y los viñedos, cuya miel y buen vino alegraban las comidas de las otras hermanas. Con frecuencia estos productos se podían vender al exterior, lo que aumentaba los ingresos más que sustanciales de la abadía. En cuanto a la cera, no faltaban cirios ni velas, cuyo uso se

reservaba a las discretas y las oficialas, mientras que las demás monjas se tenían que conformar con candiles.

—Desde luego que no. Obráis verdaderos prodigios alentando en esas mujeres el esfuerzo y la templanza.

Tuvo la impresión de que la priora contenía un suspiro de alivio, y sus labios, sin duda a modo de sonrisa, se estiraron agradeciendo el cumplido. Curiosamente, la confirmación de su

permanencia en el cargo parecía haberle quitado todo interés al objeto de la reunión. Plaisance de Champlois, ligeramente desconcertada por su evidente indiferencia, vaciló:

—Hija mía... el conde Aimery de Mortagne se encuentra en la imposibilidad de acoger a nuevos leprosos. Algunos yerran por los caminos, otros han sido lapidados por lugareños enloquecidos.

—Es nuestro deber,

pues, abrirles nuestras
puertas —se anticipó
Melisende.

—Es lo que nos piden
nuestro Santo Padre y el Rey
—asintió Plaisance
sorprendida por su reacción
—. Con todo... algunas de
nosotras estamos expuestas
al resquemor de los laicos,
incluso a su animosidad y...

—El claustro de La
Madeleine es el lugar
idóneo. Bastaría con
dividirlo claramente en dos
zonas para evitar reacciones

hostiles por parte de las monjas.

Plaisance, antes temerosa de la posible actitud hostil de la priora, a quien había imaginado defendiendo con uñas y dientes a sus arrepentidas, ahora, sin embargo, sentía cierta contrariedad ante tan fervorosa aquiescencia.

—Vuestra disposición, movida por la caridad, os honra, querida Melisende.

Le dio la impresión de que su interlocutora estaba

buscando el significado que encerraban sus palabras. Finalmente, asintió:

—En efecto, madre, «caridad» es la palabra justa. Para mostrar a Dios nuestro amor, debemos amar a sus criaturas más afligidas.

Nada en la mandíbula afilada, en esa mirada en llamas que le devoraba las mejillas, de una palidez enfermiza, dejaba entrever, no obstante, el más mínimo indicio de amor al prójimo.

A Plaisance le surgió de

repente la duda de si tal vez la proximidad con los leprosos no la satisfaría, al contrario de lo que habría podido imaginar. Si eran ciertos los rumores que corrían sobre las mortificaciones con las que se deleitaba, la presencia de los escrofulosos le proporcionaría otras formas de penitencia.

—Por supuesto, mi queridísima Melisende, habréis de prevenir a vuestras hijas de esta

llegada. En caso de que algunas se mostraran reacias o protestaran, podría...

—No será en absoluto necesario. Las conozco bien. Bajo esa apariencia en ocasiones soez, laten corazones puros, a los que han causado un enorme sufrimiento.

Plaisance estaba demostrando un optimismo fuera de lo común. ¿Por qué razón aceptarían las meretrices sin ninguna inquietud la cercanía de ese

mal corrosivo?

—Me quitáis un gran peso del alma, hija mía.

—¿Cuándo cree que arribarán los enfermos a la abadía?

—Lo antes posible, según he creído entender. Al conde Aimery le urge disminuir el hacinamiento de la malatería de Chartagne.

—Es comprensible.

—Cierto —asintió en un murmullo Plaisance, a la que el giro que había tomado la conversación incomodaba

cada vez más—. Mañana mismo os enviaré a los carpinteros y al albañil. Queda a vuestro cargo convenir con ellos un proyecto de partición del claustro, una división que no querríamos pareciese una prisión, ni para vuestras hijas, ni para los gafos recién llegados. Así y todo, deseearíamos que ambas partes estuvieran... incomunicadas. Quedo a la espera de vuestro proyecto. Según mis cálculos, no nos

queda mucho tiempo que perder.

—Se hará según ordenáis —convino Melisende al mismo tiempo que sus labios mostraban una sonrisa auténtica.

—Os estoy profundamente agradecida. Podéis ir en paz, hija mía.

Permaneció invadida por un malestar indescriptible un buen rato después de que la priora de La Madeleine se hubiese retirado. ¿De verdad creía de buena fe Melisende

de Balencourt que sus monjas iban a aceptar sin rechistar la futura vecindad con los enfermos? ¿Esa actitud, casi de atrevimiento, ocultaba algo? Una vaga inquietud atenazó a la abadesa. ¿Se le habría ocurrido a esa raquítica mujer, movida por su afán desmesurado de purificación, someter a las hermanas de La Madeleine, aun a riesgo de contagio, con el único propósito de salvar sus almas? Un

escalofrío le recorrió el cuerpo. Para ella, la vida era un don del que nadie podía disponer a su antojo. En cuanto a emular los sufrimientos del Salvador para acercarse a él, veía en este hecho una cierta arrogancia, hartó humana.

Necesitaba salir de dudas. ¿No podría encomendar a alguien una discreta pesquisa? A alguien de cuyo juego a dos barajas nadie pudiera sospechar, lo que descartaba sin duda a

cualquiera de las hermanas
del capítulo.

Capítulo 6

*Una semana más
tarde.*

*Malatería de
Chartagne, Perche,
octubre de 1306*

Jaco, apodado el truhán, se subió las calzas a toda prisa. Empujó a la muchacha sentada al borde de la

oblonga mesa del refectorio.

—¡Rápido, so cacatúa!
Si nos encuentran, a mí con el culo al aire y a ti abierta de piernas, tendremos que zamparnos una ristra de sermones, y con eso no se come, sin contar con las faenas de castigo.

La muchacha lo miró impasible. Sin siquiera recomponerse la falda remangada a la altura de las caderas, extendió la palma de la mano.

—Paga.

Jaco obedeció de mala gana. Sacó un buen trozo de queso que había hurtado por la noche de la cocina. Un succulento manjar a cambio de un desahogo de los sentidos más que mediocre. Por otro lado, tampoco había muchos gafos del sexo opuesto en aquella comunidad maldita. Más valía pecar de excesiva generosidad que ser el último de su lista. Algunos de los muchachos no se andaban con chiquitas y ni

siquiera les pedían su consentimiento antes de poseerlas, después de todo, a nadie le iba a importar. Pero el Truhán no era un temerario. No le intimidaban tanto las reacciones de las pelanduscas montadas sin miramientos como la cólera de alguno de sus compañeros de miseria, poco dispuestos a ceder su ración de mujer a cualquier desgraciado.

Pidió perdón en silencio a su dulce Pauline por aquel

nuevo acto de adulterio, por un simple y efímero frotamiento de piel contra piel durante el cual todos olvidaban su mortal sino.

La lepra. Jaco la había contraído de su antiguo señor, quien había regresado quince años antes de Tierra Santa, maltrecho y enfermo. Mientras el anciano estuvo con vida, a Jaco lo dejaron tranquilo. Sin embargo, a su muerte, acaecida seis meses atrás, Charles d'Ecluzole, baile del conde Aimery de

Mortagne, envió a dos médicos para que estos emitieran dictamen. El diagnóstico fue tajante. La sentencia también: la muerte civil. La dulce Pauline se encontró, de facto, viuda. Poco importó que su esposa no manifestara síntoma alguno de la enfermedad, pues, según ellos, podría estar incubándola. Ya nadie quería darles trabajo, y todos les prohibían acercarse a menos de cinco toesas* de sus chozas o granjas. El

hambre y el miedo se sumaron a la miseria y el mal que le corroía. Pauline robó poca cosa, apenas para alimentarles: una pieza de pan, huevos, tocino y una gallina vieja incapaz de correr lo bastante como para poder escapar. Una noche, los hombres del baile abrieron a patadas la puerta de su choza. Apuntaron a Jaco con sus lanzas y sacaron fuera a una aterrada Pauline. Ya no volvió a ver a su dulce amor de sedosos

cabellos. La habían encarcelado, así, sin más formalidades. La angustia lo atenazó hasta hacerle enloquecer. Aunque desde luego, trataban con menos brutalidad a las mujeres y a buen seguro no le amputarían una mano, como hubieran procedido con un ratero. A ella la desnudarían, flagelarían en público y pasearían trabada por las calles a merced de las injurias, obscenidades y escupitajos. En el fondo,

Jaco sufrió más por la enfermedad que podía caerle en suerte a su esposa que por el capricho de sus miembros inferiores, a menudo reacios a obedecerle. Una semana más tarde, vinieron a arrestarlo para ser trasladado a la malatería de Chartagne, partesanas en ristre^[48], más para protegerse de él que en guisa de amenaza.

Se había convencido de que el destino no le deparaba mayor suerte que a una bestia de carga y habría de

descubrir el trato que las criaturas humanas dispensan a sus congéneres, más brutal que el empleado con bueyes de tiro.

Bestias. Se habían vuelto unas bestias en aquella tribu de muertos en vida, donde se olisqueaban la entrepierna unos a otros para ventear la superioridad de cada cual. A los más débiles se les atacaba con más crueldad que en una jauría de lobos. Con frecuencia, vislumbraban a los fuertes, a

los raros caballeros que aún no habían sucumbido a la enfermedad. A esos los alojaban en otro edificio provisto de alcobas. Con todo, Jaco no los envidiaba. La hedionda muerte también reptaba en aquella dirección y las pocas comodidades de las que disfrutaban no la mantendrían alejada.

Pero ellos, ellos se habían convertido en alimañas. Hacinados, maltratados e impelidos por los carceleros a reventar

cuanto antes mejor, en lugar de unirse para resistir, se volvían unos contra otros. No obstante, Pauline permanecía siempre en su corazón. Sin duda, fue su sonrisa dibujada con un solo hoyuelo la que había impedido a Jaco hundirse en la desesperanza.

Tras unas semanas debatiéndose entre el estupor y la agonía, llegó a una sorprendente conclusión: había tenido suerte. Y esta se llamaba Pauline. Su

suerte poseía una tez de leche tibia, cabellos castaños y ojos avellana. Gracias a su preciosa suerte, a Jaco no le despojarían de su alma.

Se había apartado de los demás, del sufrimiento y del odio que les emponzoñaba lentamente, para solo consagrarse al recuerdo de Pauline, a su anterior vida juntos. El hacinamiento de establo al que se veían obligados imposibilitaba cualquier ápice de intimidad. Por ello, Jaco se había

fabricado un acogedor nido imaginario. Un nido impenetrable. Había dejado de escucharlos, de hablarles, y se limitaba a dirigirles una sonrisa vaga e ingenua para no atizar su cólera.

A algunos, los más recios, solo les bastaba una mirada, una palabra o una nimiedad para atacar a alguien, sin importar quien, con la ridícula esperanza de mitigar su dolor. Había pasado de ser Jaco el Truhán a Jaco el Simple. Su fingida

idiotez le había garantizado un reducto de calma en aquel lugar de miedo y furia.

Hacía varios días que circulaban rumores sobre el próximo traslado. Celestin el Oso —quien debía aquel sobrenombre tanto al vellón que le cubría todo el cuerpo como a su fuerza hercúlea, sin olvidar su maldad— había porfiado que los cambiaban de lugar solo para rematarlos. A pesar del guisante que tenía por materia gris, Celestin se

había convertido en el jefe de la manada, en el señor de los leprosos. El animal sin cerebro no vaciló en dar muerte a dos de sus adversarios para consolidar su supremacía. Los guardias incineraron rápidamente los cadáveres. La humareda negruzca y nauseabunda emanada por las improvisadas hogueras desanimó al resto de aspirantes al trono de su pequeña cuadrilla. El Oso era pues el rey absoluto, y el

Simple le servía de bufón, una labor grata en definitiva, porque atraía las miradas de todos, especialmente de las mujeres, e incluso las del artero de Eloi, a quien Jaco había suplantado en la confianza de Celestin. En este último se unían necesidad y superstición. Su recientemente logrado ascenso a «señor de los leprosos» no había sino reafirmado su certeza de llevar siempre la razón. Resultaba muy fácil de

manipular, se le podía llevar adónde uno quisiera a poco que le sobaran el hispido lomo y le dieran devotamente la razón. Así Jaco adornaba sus palabras aquí y allá con las zalamerías más adulatoras, y se dirigía únicamente a Celestin como «mi querido amo» o «mi excelentísimo señor». Jaco el Simple era hombre de buenos consejos, y el otro, por muy obtuso que fuera, se había percatado de ello. El Oso había

logrado evitar algunos amotinamientos abyectos gracias a los consejos de su bufón. Se había convencido de que Dios mismo había puesto a Jaco el Simple en su camino para ayudarle a reinar, lo que a Jaco le hacía muy buen tercio. El otrora Truhán no estaba hecho para soportar durante mucho tiempo aquel purgatorio olvidado, precisamente por Dios. Necesitaba la protección del Oso, aun sabiendo que esta era errátil.

Una manada. En eso les habían obligado a convertirse. Ciertamente, ellos no habían tardado en adoptar las costumbres de las fieras, con toda probabilidad porque las leyes que las rigen ayudan a mantenerse con vida aun cuando todos los condenan a morir y la esperanza se ha agotado. Como en una manada, algún día el Oso le enseñaría los colmillos para que el resto de la camarilla se le lanzara al cuello, con el

insidioso de Eloi en cabeza. Jaco recelaba de aquella mala bestia. El pedazo de animal era mucho más avieso de lo que nadie hubiera sospechado.

Un puntapié sacó de su duermevela a Jaco, quien se incorporó sobresaltado. Un guardia lo observaba con desprecio y, empujándolo con su alabarda, se llevó el dedo a los labios en señal de silencio, murmurando irritado:

—Tú, gafo, muévete.

—¿Qué...?

Circulaban historias sumamente espeluznantes, cuyos propaladores aseguraban haber obtenido de fuentes fidedignas: un guardia, un cura, un médico. Se decía que a veces sacaban a uno o dos fuera para darles muerte y así reducir su número; que los maniataban y echaban a los animales salvajes a modo de diversión; o que les sujetaban un lastre a las piernas antes de arrojarlos a

un lago. Jaco solo creía estas habladurías a medias; pero así y todo: ¿por qué lo sacaban de su sueño procurando no despertar a sus compañeros de miseria?

—Sígueme. Date prisa, te requieren —susurró el guardia mirando temeroso a los que dormitaban sobre la paja a ras de suelo.

El porte del caballero que aguardaba en el exterior de la malatería asombró a Jaco. Se trataba, sin lugar a dudas, de un burgués

adinerado o posiblemente el secretario de un señor. El hombre alto y cenceño, cuyo ajado rostro hacía imposible precisar sus años, le hizo señas de avanzar y despidió al guarda vacilante con un nervioso gesto de mano.

—¿Eres tú al que llaman Jaco el Truhán?

—Así es, monseñor.

—Alejémonos unas toesas. Si te sobrevinieran ganas de huir, Michel, el de allí, se encargará personalmente de atraparte y

castigar tu fuga.

Jaco se giró y descubrió, respaldado contra un árbol y con los brazos cruzados sobre el torso de búfalo, a un titán que lo taladraba con la mirada.

—¿Me escucharás sin intentar ninguna estupidez?
—preguntó el hombre.

Jaco asintió.

Se alejaron y el hombre desmontó del caballo. Superaba en más de una cabeza la estatura de Jaco, el cual le recordaba a un gran

pájaro famélico y desplumado. El caballero lo estudiaba implacable con su mirada azul pálido.

—Así que tú eres el esposo de la tal Pauline. Una jovencita valiente... imprudente, empero.

Al oír ese nombre, a Jaco se le apagó la voz. No pudo sino volver a afirmar inclinando la cabeza. De súbito, una horrible certeza le atravesó el pensamiento. Sentía cómo el corazón se le subía a la garganta y al fin

gimió:

—Está... muerta,

¿verdad?

La mirada que lo escrutaba adquirió un reflejo de benevolencia.

—No. Está viva, aunque cansada de esperar su juicio en una de las celdas para mujeres del baile.

—¡Dios Todopoderoso!

—suspiró Jaco, estremeciéndose de alivio por la noticia.

—Así pues, tu esposa tenía razón.

—No entiendo...

—Poco importa lo que entiendas —le interrumpió el otro, quien pareció reflexionar antes de proseguir—: quiero creer que la entrega y la desazón que ambos os profesáis a pesar de vuestros tormentos son garantía de tu honor. Según ella, el padecimiento que poco a poco te desfigura el rostro es también muestra de tu dignidad, pues lo contrajiste al servir a tu señor, cuando pudiste haber

huido.

—Era un hombre justo y de buen corazón.

—Lo sé.

—Pero vos, ¿no teméis acercaros a mí a tan escasa distancia?

—Soy viejo y ya he sobrevivido a muchas muertes. El tiempo apremia. Parlamentemos sobre el propósito de esta visita: la libertad de tu Pauline a cambio de una misión.

Una única parte de la frase captó toda la atención

de Jaco: la libertad para su esposa. El Truhán se precipitó a farfullar:

—Acepto vuestra misión, mi señor.

—Escucha primero de qué trata. Si fracasas, encontrarás una muerte segura, y si tienes éxito, no existen garantías de que podamos salvarte...

—En cualquier caso, es la muerte o esta existencia de enterrado en vida — espetó Jaco—. Después de todo, no puedo permitirme el

lujo de dudar, ¿no creéis?

—Así se habla, amigo.

—Estoy conforme con todas vuestras condiciones sin conocerlas. A Pauline... ¿cómo conseguiréis librarla de las garras del baile? ¿Con una fuga?

Una leve sonrisa se perfiló en los labios de su interlocutor.

—Desde luego que no. Ya se me ha pasado la edad de serrar barrotes y acogotar a hombres de armas. Una llave que abre una reja me

conviene más. Solo hace falta que el baile reciba la orden de liberar a tu compañera y estará hecho.

—Únicamente el Rey... o su señor más directo, el conde de Mortagne, tienen ese poder.

—Exacto. Es el conde Aimery, mi excelentísimo señor, quien me envía. Los hurtos de alimentos cometidos por tu dama han sido resarcidos y las denuncias retiradas. Ya solo resta girar la llave y será

libre.

—Gírela, mi señor, se lo imploro —suplicó Jaco.

—Luego, más adelante. Una vez hayas cumplido tu misión. Tienes mi palabra — el caballero vaciló antes de continuar—. Y para que quedes tranquilo, te revelaré un pequeño secreto: a Pauline la han transferido a uno de los cuartos para sirvientes del castillo de Mortagne. Aunque prisionera y custodiada en secreto, se encuentra

alojada, vestida y alimentada dignamente.

—¿Me da su palabra, señor?

—Lo prometo ante Dios y que muera maldito si no lo cumplo —sentenció con gravedad colocando la mano sobre su túnica de lana morada, a la altura del corazón.

—¿Qué debo hacer?

—Es poco, pero mucho a la vez: urdir un motín entre los leprosos, una revuelta en vuestro recinto de la abadía

de Clairets.

—¡Así que era cierto entonces! Un gafo oyó a uno de los guardias mencionar nuestro futuro traslado.

—La empresa es más ardua de lo que te figuras. Monseñor de Mortagne ha sido tajante: las monjas (ya sean castas, arrepentidas o novicias), al igual que las mujeres laicas, deberán resultar ilesas y la iglesia abacial, el relicario y las capillas no sufrirán profanación alguna. Te hará

personalmente responsable de cualquier contravención a sus exigencias. No obstante, a nuestras afables bernardas se les debe helar la sangre del miedo: alguna que otra tunda de palos sin gravedad a los sirvientes laicos, destrozos en el mobiliario, algunos pescuezos de gallinas retorcidos... eso no nos disgustaría.

—¿Qué...?

—Silencio, ya. No tengo por qué darte explicaciones. Piensa en Pauline, que ella

sea tu guía y agudice tus sentidos. Cuentas con tres semanas después de vuestra llegada, prevista pasado mañana, para llevar a cabo tu tarea. Transcurrido ese tiempo, Pauline será devuelta a su fétida celda, en la que se pudrirá durante el resto de sus días.

Por fin se obraba el tan ansiado milagro: su amada viva, en libertad. Aunque estaba convencido de que sucumbiría dentro de poco, abandonar este mundo

sabiendo que con su muerte había salvado a Pauline lo reconfortaría hasta su último suspiro.

—Desempeñaré la misión que me ha sido encomendada para satisfaceros a vos y a vuestro amo, mi señor. Por favor, hágale llegar mi infinito agradecimiento.

Tras lanzar una última mirada, el extraño enviado volvió a montar en la silla y se reunió con el animal que no le había quitado ojo

durante la entrevista, apenas si había pestañado. Los dos hombres intercambiaron unas palabras que Jaco no alcanzó a oír.

—¿Y si llegara a descubrir que su Pauline está libre y sirve como ropera en el castillo, mi señor?

—¿Cómo quieres que se entere, Michel? Nuestro señor Aimery no es hombre de mantener prisionera a un alma cándida cuya única falta ha sido tratar de alimentar a un esposo

enfermo. Puede ser severo, pero jamás ha mancillado su honor ni faltado a su palabra. Lo lleva en la sangre; su padre, el difunto conde Raymond, era una de las personas más valerosas y honorables que jamás he conocido.

Aimery

únicamente es más sutil.

Capítulo 7

Ese mismo día.

*Castillo de
Mortagne, Perche,
octubre de 1306*

Aimery de Mortagne se encontraba inmóvil ante una de las ventanas geminadas^[49] de su despacho cuando anunciaron

a Malembert. Los muros de la vasta estancia estaban revestidos de roble oscuro, un lujo inusitado en aquella época. Un gran armario de tres niveles, de los cuales el inferior hacía las veces de arquibanco, se alzaba ante la alta chimenea. Varios hacheros alumbraban la habitación.

—Mi señor, acabo de llegar de la malatería.

—¿Cuál fue su reacción?

—Tal y como la había imaginado. Cumplirá el

encargo, y con diligencia.

—Ahora que lo conoces, ¿crees que lo conseguirá?

—Parece bastante avisado, y su Pauline es un precioso acicate. Además, no tiene nada de vulgar bribón.

—Lo presentía.

En ese momento entró un sirviente cargado con dos copas de grueso cristal, llenas de vino caliente de especias. Las posó con devoción sobre el escritorio, después de lo cual, hizo una

reverencia y se retiró. Solo los señores más ilustres poseían tales rarezas, la mayor de las veces, importadas de Italia.

—Sentémonos,

Malembert. Estira un poco las piernas y degusta este vino en compañía amiga.

Etienne Malembert aceptó ese honor con un leve asentimiento de cabeza.

—Mi estimado Etienne... se está urdiendo un siniestro plan que se me escapa.

—¿Siniestro? El adjetivo me parece incluso blando, con todos mis respetos. Confieso que no entiendo nada de esa orden de trasladar a los escrofulosos a Clairets. ¿Estáis seguro de que ninguna de vuestras palabras ha podido ser malinterpretada...?

—Completamente.

Llevo casi una semana dándole vueltas a este enigma, desde que recibimos la misiva confidencial de nuestra gentil espía en la

abadía de Clairets. Y cuál ha sido mi sorpresa al enterarme de que aparentemente he sido la causa de los... desvelos papales. A menos que haya perdido por completo la memoria, no recuerdo haber requerido en ningún momento, ni siquiera sugerido, tal traslado, y mucho menos al Vaticano.

—¿Pudiera tratarse de un error? —sugirió Malembert poco convencido.

Aimery de Mortagne

saboreó detenidamente un trago de vino antes de replicar:

—He vadeado las estratagemas de Roma demasiadas veces como para ver en esto un simple malentendido. Pero entonces, ¿quién se esconde detrás de esto? Roma no es una cabeza, sino una hidra. Allí se mezclan un sinfín de intereses, codicias y maquinaciones, y la más absoluta pureza se codea con la peor inmundicia humana,

con todos esos segundones^[50] que se toman un mísero hábito para compensar el título, la fortuna o la gloria a los que no pueden acceder. Hay que ser pánfilo para creer que estos van a paliar su frustración a fuerza de genuflexiones.

—¿No es el caso de monseñor Jean de Valezan quien, pese a ser arzobispo y discreto embajador (es decir, espía) del rey de Francia en Roma, se sigue sintiendo

despojado de unas bellas tierras?

—De unas bellas tierras que su hermano mayor, Thierry, gobierna mejor de lo que él jamás hubiera hecho —precisó el conde.

—En vuestra opinión, ¿qué pensará monseñor de Valezan del nombramiento de la párvula Plaisance de Champlois como superiora de Clairets en lugar de su bien amada hermana?

—Conociendo a esa alimaña, aunque no en

persona, y el temperamento sanguíneo que bulle bajo su acartonado rostro, apuesto a que ha bramado como un desquiciado. Por otro lado, Valezan no es hombre que se dé por vencido. Aparte del revés sufrido por su hermana, para él también habrá supuesto una ignominiosa afrenta. Le habrá sentado como una bofetada; no obstante, apuesto a que tiene la cara bien dura. Pero no es eso lo que debe preocuparnos. He

de averiguar si el traslado de enfermos no es más que una simple metedura de pata de secretario, cosa que dudo, o si en cambio esconde algo más. Habida cuenta de que los gafos están sometidos a mi justicia, un amotinamiento nos proporcionará un excelente pretexto para intervenir e introducirnos en Clairets. Requerir sin más una invitación habría despertado sospechas sin ningún género de dudas.

Capítulo 8

*Quince días
después.*

*Abadía de mujeres
de Clairets, Perche,
octubre de 1306*

Hacía quince días que Melisende de Balencourt espiaba a la joven Angelique Chartier. Aquella mañana, al

amanecer, la muchacha fregaba enérgicamente los azulejos del refectorio del claustro de La Madeleine junto a Claire Loquet. Pese al obligado silencio, una especie de jovial complicidad se desprendía de sus gestos, y de las leves sonrisas que intercambiaban de vez en cuando entre cubos y cepillos.

La joven novicia, a punto de cumplir su probación, había arribado al claustro de La Madeleine

dos semanas antes, tras una audiencia con la madre abadesa en la cual le había pedido permiso para unirse a las arrepentidas y así ayudarlas en su purificación. El permiso le fue concedido inmediatamente dado que raras eran las buenas almas que buscaban tal compañía. Melisende enfureció. ¿Pero qué se creían esas pavas pudibundas? ¿Que sus hijas le habían tomado el gusto a la lujuria? ¿Que el desenfreno carnal se contraía

como una enfermedad, aún más cuando había sido impuesto? En cualquier caso, las candidatas bien nacidas no se apiñaban a las puertas del claustro. Sus hijas, las muchachas públicas arrepentidas, ya no se molestaban por eso, o al menos tenían la sensatez de aparentarlo. Salvo quizás Claire Loquet, un hueso duro de roer que hacía cuestionarse qué extrañas sendas la habrían conducido hasta aquel lugar. Claire era

indudablemente una mujer de fe, empero, también rebelde, en un siglo en el que la rebeldía era poco deseable para el género femenino, y aún menos para las de mala vida, fuesen o no arrepentidas. Sus ojos avellana se clavaban, como buscando más allá de los que miraban, algún indicio de engaño. Su boca se crispaba, lista para soltar improperios que, aun cuando los contenía, se podían escuchar bien altos y claros. En

cuanto a sus maneras, sin duda las había heredado de un tintorero^[51]. Claire era ese tipo de mujeres a las que había que vigilar, cuyo atractivo, facundia y, había que admitir, perspicacia las convierten en temibles adversarias, prontas a ganarse la adhesión de las indecisas.

Cuando la priora inquirió en tono abrupto a Angelique Chartier la razón de tal elección, la hermosa muchacha sonrió.

—Es tan... No me juzgue mal. Lo que me ha empujado a tomar esta decisión ha sido una fruslería, una chiquillada que ha dado un vuelco a mi vida. Un día, mientras observaba a vuestras hijas recoger castañas, estas se pusieron a pelear en broma lanzándose frutos entre risas. Y de repente me dije... pensará que es una ridiculez... me dije que allí estaba Dios, en ese preciso instante, entre aquellas

mujeres que tanto habían sufrido, cuyos cuerpos habían sido vendidos, a veces ultrajados, cuyas almas habían sido humilladas. Y a pesar de todo, jugaban a tirarse castañas. La tenacidad de la vida y su milagro se me revelaron. Deseo de todo corazón formar parte de su luz.

Algo extraño, que había desaparecido hacía lustros, dejó a Melisende sin respiración: la emoción.

Sintió cómo subía hasta la garganta, y cómo una especie de insidioso dolor le agarrotaba el corazón.

Curiosamente, desde que llegó Angelique, un hilo de luz se había infiltrado en aquel siniestro lugar. Curiosamente, Melisende no se había resistido. Y sin embargo, la priora del claustro de La Madeleine no quería que la alegría, y menos aún la calidez se instalara entre aquellos muros.

Deseaba que el recuerdo del sufrimiento exterior, de la injusticia del mundo, fuera permanente.

Angelique, con su infinita bondad y alacridad inagotable, era un poderoso imán que al instante había atraído a varias arrepentidas. Tal era el caso de Claire Loquet, quien, sin embargo, se había hecho en el transcurso de los años con un reducido círculo de seguidoras, entre las que se encontraba Henriette Viaud,

su confidente.

Esa especie de simpatía que enseguida había unido a Angélique y Claire, aun siendo tan distintas, había alarmado a la madre Melisende. A Claire, tan desconfiada como astuta, hacía mucho que nadie le tomaba el pelo. En lo que a seducción se refería, se conocía todos los trucos habidos y por haber, con lo que jamás se iba a dejar engañar. Algo más la inquietaba: ¿cuál era la

verdadera razón que había empujado a la encantadora Angelique, a quien la vida había sonreído, a reunirse con ellas, a compartir una vida de trabajo mucho más penosa que la reservada a las «otras», como llamaban a las castas del Claustro de Saint-Joseph las hermanas de La Madeleine? Tras reprimir su emoción, aquella anécdota de la pelea de castañas le había parecido poco convincente. No obstante, la deliciosa muchacha se

entregaba por completo al trabajo, requiriendo para sí las faenas más ingratas, las más agotadoras y realizándolas siempre con buen humor. Por lo pronto, Claire casi no había protestado en toda la semana arguyendo como de costumbre que se le asignaban las tareas más desagradables solo para castigarla, sin más motivo que la aversión que le inspiraba a la priora. Melisende ahogó un suspiro

al llegar al incómodo cubículo que le servía de despacho. Claire Loquet jamás debía intuir hasta qué punto se equivocaba. En el fondo, la superiora se reconocía en aquella mujer aún joven, en su rebeldía, en la turbación de sus subidas de tono. Sin embargo, Melisende de Balencourt tenía la firme convicción de que tanto la turbación como la rebeldía llevaban por el mal camino, por lo que era preciso domarlas con la

mayor severidad. Era su afán desde hacía más de veinte años.

La llegada de Hermione de Gonvray, la hermana apoticaria que las visitaba cada dos días, interrumpió sus cavilaciones. El cuasi mutismo de Hermione era una bienvenida tregua. La apoticaria solía instalarse ante un cubilete de infusión, sumida en su habitual silencio. A veces, preguntaba por el estado de salud de unas y otras,

limitando sus erotemas a tres o cuatro palabras.

Claire despegó la mirada de los azulejos blanquinegros y murmuró con un brillo de júbilo en la mirada:

—Por fin se ha marchado esa arpía. Ya podemos respirar tranquilas. Se me han congelado las manos.

—A mí también — confesó Angélique—. No es nada amable llamarla «arpía».

—Sin embargo, le va como anillo al dedo.

—Deberíamos callarnos —susurró Angelique.

—¿Por qué? El Verbo es divino. ¿Por qué habría de despreciarlo?

Angelique, sorprendida, asintió desdiciéndose:

—Cuán cierto es. Privarse del Verbo es privarse pues de Dios —acto seguido volvió a cambiar de opinión moderando sus palabras—: sí, pero parlotear es una insana distracción: la

cabeza no está donde tiene que estar y se acaba diciendo tonterías.

Una sonrisa iluminó el rostro constelado de pecas de su hermana.

—Sois adorable. ¿Así que os creéis todo lo que os cuentan?

—Por supuesto. Aquí nadie miente.

—¡Qué confiada sois!

Angelique se sintió molesta y preguntó resentida:

—¿Qué queréis decir?

Estoy convencida de que nuestra priora o nuestra madre jamás nos mienten. Eso sería sucio y pecaminoso.

—Bueno, convendría definir lo que se entiende por mentira. Callarse o disimular la verdad, en mi opinión, significa mentir. Repetir sin reflexionar primero sobre lo que os han inculcado asegurándoos su veracidad también lo es. ¿No creéis?

—Sin duda —vaciló

Angelique, a quien la conversación empezaba a confundir.

Se había sentido inmediatamente atraída por Claire, por la energía que desprendía cada uno de sus gestos, por esa brusquedad desprovista de hosquedad que tanto le recordaba a Marie-Gillette d'Andremont, una de sus hermanas preferidas del «otro lado». Daba la impresión de que ningún obstáculo conseguiría jamás apartar a

Claire de su objetivo. Pero justamente, ¿cuál era ese objetivo? Al asombro de haber encontrado tan pronto una amiga en una de las hermanas, le había seguido un cierto malestar. A eso se sumaba la acrimonia cada vez más palpable de Henriette Viaud contra su persona. Henriette no llevaba bien que su amiga de toda la vida dedicara su tiempo a la gentil novicia. La muchacha, cordial en un principio, de repente se

había encerrado en un mutismo vindicativo, callándose y apartando la mirada cuando aparecía Angelique. Las invectivas y mezquinas represalias no se hicieron esperar. Tres días antes, al ir a acostarse, Angelique había encontrado su gélido colchón de paja totalmente empapado, apestando a orina. La noche antes, descubrió una babosa repugnante que se había colado dentro de su media, y solo se había dado cuenta

una vez que la tuvo puesta dentro del pie. La sonrisa de satisfacción de Henriette al soltar un grito de disgusto, le había revelado la identidad de la rencorosa.

Los ojos castaños que la miraban fijamente chispeaban. Claire prosiguió:

—No sabéis lo que me tranquiliza vuestra conformidad —fingió hacer una pausa para meditar y luego continuó—. Según vos, ¿no sería mentir afirmar

que estamos todas enclaustradas cuando algunas hermanas salen y entran del recinto?

—La tornera, por supuesto —respondió Angélique—. Ha de hacerlo puesto que es la encargada de percibir las donaciones de los generosos y el dinero de los limosnadores obligados al pago de la *offeranda*^[52] para expiar sus faltas.

—Si solo fuera ella... —dejó caer su compañera.

—Vamos, Claire, nadie

puede salir sin orden escrita de la abadesa. Las sirvientas de las porterías que vigilan las entradas no lo permitirían.

—¿Quién ha dicho que saldrían por ahí?

Angelique la miró frunciendo el ceño, sin comprender.

—¿No sabéis, querida hermana, que hay túneles que recorren todo el subsuelo de la abadía? — retomó Claire.

—¿Esa pamplina? No es

más que un cuento de pacotilla que se han inventado las ociosas ávidas de emociones.

—¡Me parece estar escuchando a la mismísima Hucdeline de Valezan!

La comparación molestó a Angelique que apretó los labios contrariada.

—Mis excusas. Ciertamente no os merecéis tal parangón —admitió Claire—. Con todo, no penséis que digo ningún disparate. Todas las abadías

de entonces se construyeron siguiendo la misma traza. Las arterias de túneles abovedados servían de alcantarillado para las aguas inmundas y las deyecciones. Sin embargo, una se pregunta por qué algunas son amplias como avenidas, lo suficiente para que pasen carros, y están jalonadas de trabones de antorchas para su alumbrado.

De repente, Angelique, inquirió con desconfianza:

—¿No será que vos

misma habéis estado en esos túneles y por eso sois capaz de describirlos tan bien?

—Desgraciadamente nunca he dado con la entrada. Como bien sabéis, son escasas las ocasiones en las que las monjas del claustro de La Madeleine pueden aventurarse al exterior, a no ser que sea para ir al colmenar, a las viñas, al lagar o a los vergeles.

—Vamos, se diría que estáis enjaulada —protestó

suavemente Angelique.

—En efecto, a veces me viene a la cabeza la imagen de una prisión. Si rodeáis completamente la clausura, veréis que no existe ningún pasaje que comunique La Madeleine con el mundo exterior. Contrariamente a otras, esta da a una cancela que está siempre cerrada.

—Las clausuras están pensadas para protegernos y permitirnos meditar.

—Eso es lo que pretenden. Pero volviendo a

nuestro diálogo, ¿no pensáis que mantener en secreto la existencia de esos túneles equivale a una mentira?

Angelique tuvo la repentina certeza de que Claire la estaba llevando hacia un objetivo preciso, y sin embargo, no conseguía vislumbrarlo. Empezó a decir yéndose por las ramas:

—Bueno, quizás exista una magnífica razón. Puede que sean muy peligrosos, que estén infestados de parásitos o que la estructura

sea poco fiable, qué sé yo...

—Oh, me parece que molesto de nuevo —bisbiseó una voz a sus espaldas—. Es indudable que tenéis un sinfín de temas de conversación.

Angelique se giró confundida. Henriette Viaud tenía clavada en ella una mirada poco acogedora. Aprovechando la interrupción para concluir aquel intercambio de pareceres que se estaba tornando cada vez más

sospechoso, se levantó y anunció:

—Los azulejos están limpios como una patena. Bueno, debo ir al colmenar a ayudar a las hermanas. Nuestra priora está preocupada, tiene el presentimiento de que dos de las colmenas se han quedado huérfanas^[53], sin rey^[54]. Corremos el riesgo de perder una plétora de miel. Hasta ahora, hermanas —giró sobre sus talones, reprimiendo las ganas de

salir corriendo hacia la puerta.

El semblante frío y hosco de Henriette desapareció, lanzando un guiño cómplice a Claire y acercándose para susurrarle al oído:

—¿Qué piensas?

—A menos que me equivoque estrepitosamente y que sea una comedianta redomada, creo que no sabe nada de los túneles. No obstante, estoy convencida de que la han enviado a

espiar. Al principio hubiera apostado a que cumplía las órdenes de Hucdeline de Valezan, pero su reacción cuando pronuncié su nombre me disuadió.

—¿La abadesa entonces?

—¿Por qué no? Aunque la creía más inteligente. A no ser que esconda a una maulera bajo esos aires de candidez, Angelique no es precisamente la espía que yo hubiera escogido —
respondió Claire en tono burlón.

—¿Por qué estaría husmeando en La Madeleine?

—Por qué... y para quién.

—¿Crees que la abadesa sospecha que...? ¡Dios, sería nuestra perdición!

—¡Calla! No, no lo creo. De todas formas debemos extremar la precaución.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Por otro lado, ¿por qué había que mencionarle los túneles a Angelique? — se atrevió a inquirir

Henriette, con un tono de prudente reproche.

—Quería asegurarme de que desconocía su existencia. Además, como casta que es, tiene más libertad de movimiento que nosotras. Con un poco de suerte, puede que la curiosidad venza a la obediencia e intente encontrar la entrada. Creo que he logrado ganarme su aprecio, así que me lo confiará, y en caso de que dude, conseguiré tirarle de la

lengua. Sea lo que fuere, ante la incertidumbre en la que estamos sobre sus verdaderas intenciones, lo más prudente es engañarla. Después de todo, sabemos bien lo que hacemos. Continuemos pues con la farsa: para mí el papel de amiga, para ti el de celosa — ordenó Claire con frialdad.

—¿Y si descubriera nuestro juego?

—Entonces habría que cambiar de estrategia.

La inquietud se plasmó

en el rostro de Henriette. Con una voz juvenil, casi añorada, preguntó atosigando a su compañera:

—Claire, ¿realmente crees que obramos bien?

—¿Nos queda otra elección? —sintiéndose repentinamente molesta, prosiguió en un tono áspero —: ¿qué propones entonces? ¿Que acabemos aquí nuestros días y reventemos de cansancio por culpa de las faenas que nos imponen las «otras», acostumbradas a

llamar al servicio en cuanto necesitan que les suenen las narices? ¿Que nos conformemos con lo que nos han obligado a soportar? Se nos ha entreabierto una puerta de salida y no pienso dejar escapar esta oportunidad.

—Yo tampoco, Claire. Deja de rugir de esa manera, me das miedo —dijo Henriette condescendiente.

Sus arranques de cólera la atemorizaban. Ya conocía cuán violentos eran, pero

sabía a ciencia cierta que Claire jamás le haría daño. Sin embargo, con cada nuevo estallido le volvía a asaltar el miedo de que un día la abandonara.

Claire se atemperó de inmediato:

—No estoy rugiendo, o al menos jamás lo haría contra ti. Recuérdalo, Henriette, recuérdalo siempre: la vida que sufrimos nos la impusieron otros. Si hay que nombrar a los culpables, debes repetirte

estos nombres: Jean de Valezan y esa mala bicha, Melisende de Balencourt. ¡Ojalá se ahogue en su propia hiel! Pero volviendo a Angelique. Nos puede ser útil para transmitir la información truncada que le aportemos. Por el contrario, si su doblez fuera tal que nos perjudicara... entonces habría que pararle los pies.

Marie-Gillette

d'Andremont se había colado a hurtadillas prácticamente en todos los

sitios, registrando y revolviendo artesas^[55], baúles, aparadores, armarios y credencias, incluso los bargueños^[56] y abaces^[57] donde se guardaba el servicio para las ceremonias.

Había husmeado en los dormitorios y mirado detrás de cada volumen de la biblioteca, en definitiva: salvo el palacio abacial y las dependencias de la priora y la superiora a los que no tenía acceso, ningún rincón había escapado de su

prudente pero meticuloso registro. Se debatía entre la desazón y la contrariedad. ¿Dónde estaba entonces el segundo lienzo del díptico? En la abadía no había tantos muebles donde poder colocarlo o esconderlo. Debía encontrarlo. Le parecía estar viendo la obra, recién acabada, exhalando aún un fuerte olor a pigmentos y aceites de adormidera y nuez.

Alexia había aplaudido llena de sorpresa y

satisfacción. En el primer cuadro, una Virgen diáfana y de cabellos dorados, sentada sobre una roca, sostenía al niño Dios con el brazo derecho, como acunándolo. Una dulce sonrisa asomaba a sus labios y la cabellera le caía cual ondulado velo hasta los pies. Con el rostro en tres cuartos, tendía la mano izquierda hacia un soldado con armadura de quien solo se veía una rodillera de encrespadas placas de metal. En el

segundo lienzo, el hombre de guerra aparecía equipado con una capellina^[58] sobresaliendo de su barbuta^[59] y con la cabeza gacha, avergonzado quizás por la sangre que teñía la punta de su partesana. Alexia había felicitado a Alfonso por lo que sería, sin lugar a dudas, su más lograda obra. No obstante, pese a la bella factura del díptico, Alexia lamentaba que su amante no hubiese tenido en cuenta sus

recomendaciones.

Hubiera preferido un caballero en posición de arrepentimiento, con el torso inclinado hacia la Virgen y una rodilla clavada en el suelo, lo que hubiera sido posible gracias a la rodillera articulada de su quijote^[60]. ¿Qué más daba? Sus pequeñas disputas apenas si duraban unos minutos y la mayoría de las veces acababan en una cena refinada y una noche de pasión. Añoraba aquella

vida a más no poder.

Jaco el Truhán, ahora apodado el Simple, aguzó el oído. Era de noche, y los ronquidos de sus compañeros inundaban la amplia sala donde dormían. Estiró las piernas y se incorporó con cautela. Acababa de oír el sordo eco de los cestos repletos de víveres que cada mañana, antes del alba, descargaban frente a la puerta del recinto. Avanzando sigilosamente

con pasos cortos, salió de allí... como cada noche desde hacía una semana. Si lo descubrían, los otros lo despedazarían sin sombra de duda. Ofreció una oración silenciosa a aquel Dios cuya misericordia había puesto en tela de juicio en más de una ocasión, hasta su encuentro con el mensajero del conde de Mortagne. No podía fracasar en su misión por nada del mundo: de ello dependía la salvación de Pauline.

Una vez fuera, desplegó la tela que llevaba oculta, pegada al torso, y arrojó dentro hogazas de pan, quesos y todo lo que pudo cargar. En pocos días, daría el golpe de gracia bajándose las calzas y orinando sobre el resto de la comida. Eso haría arder en llamas las ascuas que estaba atizando.

Se colgó el pesado fardo en bandolera y, ayudándose de los brazos, escaló a duras penas la muralla del recinto. El miedo lo atenazaba y las

articulaciones de los tobillos no le respondían. Esta acrobacia, que años atrás hubiera sido un juego de niños, le exigía ahora un esfuerzo que le arrancaba muecas de dolor. Finalmente llegó a lo alto de la muralla y saltó al otro lado. Encogido, corrió lo más veloz y silenciosamente posible. Dejó atrás el muladar y tiró el contenido del fardo al interior de la fosa de aguas negras^[61]. Observó las hogazas

mientras se hundían lentamente en el pestilente cieno.

Volvió a acostarse junto a sus compañeros temblando, lleno de sudor, frío y miedo. A la mañana siguiente, comentaría con rabia la escasez de alimentos. Como el día antes, y el anterior, seguiría destilando su veneno. Sin duda, habían resuelto dejarlos morir de hambre, allí, apartados de todo y de todos, encerrados en aquel

matadero auténtico. Eso explicaba el traslado a Clairets. La ira de Celestin —apodado el Oso— y de sus huestes iba *in crescendo* y estallaría en poco tiempo. Lo más complicado sería contenerla para evitar disgustar al conde de Mortagne.

—Resiste, amada mía. Hazlo por mí.

Capítulo 9

*Perche, finales de
octubre de 1306*

Jean el Pequeño Ferrero puso el caballo al paso. El penco^[62] alquilado comenzaba a dar muestras de cansancio: una espuma blanquecina le maculaba el cuello. Aunque tenía prisa,

no le convenía abusar del jamelgo si quería llegar a su destino y conseguir los cuartos prometidos. Sonrió. ¡Vive Dios, cuántas cosas se podían hacer con cincuenta libras! Agasajarse con vestidos burgueses y mujeres, beber en las tabernas más acogedoras y ser respetado aun a pesar de su malcarado rostro, tan desagradable a los demás. Y tenía que hacer tan poco para conseguirlos. Matar a una damisela, una empresa

fácil. Había tantas, que una más o menos no cambiaría mucho la faz de la tierra. Una única preocupación le asaltaba, resumida en pocas letras: Dios. ¿Cómo vería Él que se introdujera en uno de sus conventos con el fin de enviarle resueltamente a una de sus esposas? Jean el Pequeño había sopesado larga y tendidamente aquel escollo, y había hallado ciertos argumentos, contundentes en su opinión, que le reconfortaban: había

recibido órdenes de alguien próximo a Dios, de quien cabía esperar mayor discernimiento sobre cómo proceder, que el de un ejecutor de viles obras. Dios estaba lejos y tan ocupado que un pecadillo de esta índole no llamaría mucho su atención.

Por otro lado, si Él no deseaba que la muchacha muriera, le enviaría una señal y ella continuaría viviendo. Quizás Jean le estuviera prestando un

servicio al dispensarle de la necesidad de llamar a su seno a una de sus criaturas. Y, después de todo, había que reconocerlo: Jean el Pequeño había acabado ya con tantas vidas, cuando matar era una orden y una gloria, que una más o menos...

Atravesó sonriente Saint-Agnan-sur-erre. Le restaban solo unas leguas* para finalizar el viaje, pero la noche aún quedaba lejos y algo de reposo junto a una

buena cena no le vendría mal. Divisó el letrero de una posada poco lustrosa cuyo nombre le gustó: El Perro Meón. Se preguntaba cómo llamarían al dueño: ¿patrón Meón o señor Chucho^[63]? Le dio una voz a un galopín repanchigado sobre los peldaños que bajaban al establecimiento.

—¿Eres de la casa?

El chico, no mayor de diez años, escupió un salivajo antes de responder altanero:

—Para mi gran desgracia. ¿Por qué?

Jean el Pequeño Ferrero, sintiéndose generoso porque en breve disfrutaría de la prosperidad otorgada por la abundancia, le arrojó dos dineros de plata ordenándole:

—Lleva este rocín a las caballerizas y que le den un poco de heno, avena y agua. Y no escatimes para arañar algunos cuartos o te escocerán las nalgas durante largo tiempo.

—Las tengo ya tan curtidas por los golpes de este viejo borrico del patrón Mastín que no les infligiréis mayor daño.

Jean el Pequeño dejó escapar una sonrisa de divertimento, no tanto por la insolencia de aquel sinvergüenza mugriento como por la habilidad del tabernero para sacudirse la incómoda alusión del letrero.

Así que un mastín: un apelativo halagüeño. Pero

estaba seguro de que los clientes le llamaban «el Meón» cuando nadie los oía.

Al inclinar su cuerpo alto y fornido para atravesar la puerta, distinguió a tres comadres sentadas en una mesa ante unos cubiletes de vino. Callaron a su entrada, examinándolo como si de un becerro en venta se tratara. Un destello de admiración se reflejó en la cara de la más joven y guapa al contemplar su porte de sansón de feria. Luego, sus miradas se

desviaron hacia el rostro de Jean el Pequeño, apartando todas la vista al instante. La furia le quemó la garganta. De nuevo, volvían a repetirse aquellas miradas que parecían abrasarse al contemplar su hocico. Ese hocico era la causa de todo. Su bestialidad horrorizaba, repugnaba. Y tenían motivos para estar aterrorizados. No sabían hasta qué punto.

Mastín, el dueño, se plantó a unos pasos de él. ¿Tendría la osadía? ¿Se

atrevería a ordenarle salir? Algunos lo habían intentado y habían acabado arrepintiéndose. Sin duda el posadero intuyó que por muy mastín que fuese era preferible agachar el lomo. Con hermética expresión en el rostro, colocó a disgusto frente al cliente una jarra de su aguachirle y se dio la vuelta. Las tres arpías se tragaron el suyo de un sorbo, el semblante fúnebre. Se les habían quitado las ganas de chismorreos y de guasa. El

trío se marchó sin volver a mirar a aquella mole sentada a la mesa.

—¡Posadero! —voceó Jean el Pequeño—, prepárame una habitación para descansar unas horas. Partiré ya entrada la noche.

El otro regresó a la estancia mascullando descarada y porfiadamente:

—No me queda ninguna libre.

—¿Pretendes darme gato por liebre, figonero? ¿Acaso han tomado este tugurio por

asalto? No he visto, empero, otra montura que la mía.

—Ni una libre —se obstinó el dueño bajando más el tono.

El mastín se ciscaba de miedo. Jean el Pequeño lo notaba en la entonación titubeante, en las manos cruzadas sobre la enorme barriga intentando evitar que temblaran. Con voz tajante cual filo de cuchillo, insistió:

—¿No será que mi malcarado rostro te desagrada, señor Meón? ¿O

quizás apesto demasiado?

—Señor Mastín —le corrigió el otro secándose con el dorso de la mano el sudor que le escurría de la frente.

El posadero solo tuvo tiempo de abrir los ojos como platos antes de que una fuerza brutal lo lanzara contra la pared atenazándole la garganta. Balbuceó:

—De hecho, sí que tengo una habitación, la mejor... y para vos, señor, gratis. Soltadme, por el amor de

Dios.

—¿Qué sabrás tú del amor de Dios, escoria?

Y la enfurecida tenaza humana se cerró aún más en torno al cuello. El patrón Mastín quiso gritar pidiendo auxilio, pero su garganta fue incapaz de emitir sonido alguno. La cabeza le daba vueltas y pensó que había llegado su hora. Entonces, la opresión desapareció de golpe y el dueño se desplomó sobre el suelo de tierra batida como un bulto

pesado. Mostrándose
repentinamente jovial, Jean
el Pequeño Ferrero soltó:

—Y ni siquiera tendrás
que quemar la paja de mi
jergón o rociar el suelo de
este cuchitril con agua
bendita. ¡No es gafedad lo
que ves, rata inmunda!

Cuando salió de la
posada, saciado y algo más
descansado, su caballo
esperaba ensillado. El chico
le alargó las riendas
sonriente. Jean el Pequeño
alzó su mole hasta la silla y

le preguntó:

—¿A qué viene esa cara de regocijo, tunante? —Es por el numerito de antes. Os devolvería gustoso vuestros cuartos solo por haber contemplado tal espectáculo. De todos modos, sería una locura por mi parte, aunque la intención es lo que cuenta. Con vos no se las dio de listo, el Mastín. Por un momento creí que se iba a mear en los calzones. Hacía tiempo que esperaba yo algo así. Mil gracias.

Jean el Pequeño lo observó impasible y espoleando el caballo le recriminó:

—¿Tu maldad debería regalarme el oído? Apártate, pues podrían sobrevenirme deseos de aplastarte como a un insecto. Sabandijas, eso es lo que sois ambos: el Meón y tú.

Reemprendió el camino hacia su próxima parada. Una choza de cazador, ubicada no lejos de la abadía bernarda de Clairets. La

choza de Nicol el Garzón.

Este debía de dormir a pierna suelta, debido en gran parte al zaque de hidromel vinoso^[64] que siempre llevaba consigo. La fermentación de miel y agua, aderezada con vino blanco o aguardiente junto a plantas aromáticas para su conservación, mermaba las fuerzas del mozo más robusto. Las jornadas de un cazador de abadía, recorriendo los bosques, eran interminables y

agotadoras, sobre todo en época de frío, cuando la caza escaseaba. Por ello, a buen seguro Nicol habría saboreado hasta la última gota de hidromel.

Jean el Pequeño pensó que el mundo se comportaba a veces de forma curiosa. ¿Acaso no resulta extraño que sea en verano cuando abundan los animales de caza mientras los estómagos estivales se contentan con menos? Nicol era el nuevo cazador de Clairets.

Su antecesor, ya entrado en años, se había rezagado un poco huyendo de la embestida de un jabalí espantadizo, olvidando que, a pesar de su masa, ese animal es casi tan veloz como una liebre. La bestia, enloquecida por haber sido blanco de una lanza, dejó al anciano hecho una papilla sanguinolenta.

En el claustro no se permitía la entrada a ningún laico, más aún si se trataba de varón. Únicamente

admitían, en algunos edificios o galerías, a los ilustres invitados de la abadesa. Dicho de otro modo: Nicol, siempre rematado por su gorro de cazador elaborado en piel, entregaba las piezas frente a la cocina; seguramente solo lo conocían la hermana refitolera, los ayudantes de cocina y el despensero^[65]. De estos últimos se encargaría Jean el Pequeño. Una ingeniosa berlandina y un buen vaso de vino

servirían para convencerles de que él sería el sustituto durante algún tiempo de su querido primo Nicol, herido en el transcurso de una de sus cacerías.

Los bosques de las monjas estaban repletos de presas que jamás compartían con nadie. Las hermanas tan solo distribuían entre los más pobres el pan roído por las ratas, lo que nadie, ni siquiera algunas de sus rameras arrepentidas, hubiera querido. Al menos

eso era lo que había llegado a sus oídos. Las cosechas del último bienio habían sido desastrosas^[66]. No era extraño ver a niños con el vientre hinchado debido a las tortas de paja, elaboradas con harina de bellota, cortezas de árbol y arcilla^[67], recorriendo el campo en busca de bayas, raíces o cualquier cosa que pudieran llevarse a la boca sin riesgo de morir. Incluso el pan de pobre, hecho de tranquilón, cebada y

centeno apenas refinados, suponía un lujo. Los grandes predios vecinos, así como las casas solariegas, en lugar de echárselas a los perros, repartían por las noches las rebanadas^[68] humedecidas con jugo y grasa de carne.

Y esas ratas de baptisterio se ponían moradas, o eso se decía.

Si la ingente riqueza del clero ya irritaba a algunos en periodo de abundancia, indignaba y malhumoraba a la mayoría en aquellos

tiempos de carestía^[69]. Circulaban rumores y no había día en que no se señalase con el dedo algún convento o a un prelado. La mayoría de esos hombres de Dios estaban bien rollizos, gozaban de excelente salud y se vestían lujosamente. Recorrían el campo hambriento en sus carretas toldadas al remolque de cuatro caballos percherones, instando a ricos y pobres a realizar donativos para su salvación. Algunos habían

adquirido palacetes a buen precio en la ciudad, donde se daban la gran vida y celebraban succulentos banquetes a costa de las ofrendas. En cuanto a la abstinencia carnal, tenían un concepto muy personal al respecto. Bien era cierto que la Iglesia había reafirmado su postura en referencia a la doctrina nicolaíta^[70]; sin embargo, aquello no constituyó un gran impedimento: los prelados a quienes la perspectiva del

celibato de por vida se les antojaba poco seductora, se habían vuelto simplemente más discretos.

Sus lozanas amantes o guapos donceles se alojaban en coquetas estancias de las residencias burguesas ubicadas en torno a la catedral. Se decía que incluso el soberano pontífice mostraba un apasionado afecto por la deslumbrante Brunissende Tayllerland de Perigord^[71], y que le costaba una auténtica fortuna.

Era noche cerrada cuando Jean el Pequeño Ferrero llegó a las proximidades de la casucha de Nicol el Garzón. No se vislumbraba claridad alguna procedente de su interior.

Su esposa había muerto hacía un año durante su primer parto. Tanto mejor. Seguramente no faltaría mucho para vigiliass*. El invierno había llegado ese año sin avisar, cogiendo por sorpresa a los últimos

vestigios del otoño. Una película de escarcha cubría la hierba, se había levantado un fuerte cierzo y el resuello del jaco le envolvía los muslos a cada expiración del animal.

Jean el Pequeño alivió su aflicción recordándose que el mundo era así; más valía adaptarse intentando hacerlo menos amargo. Y él ponía de su parte. ¡A trabajar!, no podía quedarse allí por mucho tiempo. Luego tendría que ir a la abadía

para encontrarse con una priora y entregarle el mensaje que portaba. Un mensaje de su comitente, monseñor Jean de Valezan, quien velaba con gran celo por los intereses de su bien amada hermana, sin detrimento de los suyos propios.

Amarró las riendas del caballo a una rama baja y avanzó sigilosamente hacia la choza. Detuvo la mirada sobre un montículo de gruesos leños apilados allí

cerca. Y vaciló un instante. En realidad, no había concebido plan alguno. Matar es una ingrata tarea que conviene despachar sin pensar demasiado en ello. A Jean el Pequeño no le gustaba matar, mas, ¿qué hubiera podido vender aparte de su fuerza y sus manos? Tomó el leño más grande y con un golpe de hombro forzó la menoscabada puerta construida a base de tablones mal unidos.

Los ronquidos de Nicol el Garzón, desmalazado con los brazos en cruz sobre el camastro, hacían temblar las paredes. El zaque yacía no lejos de él, vacío. Un exiguo fuego agotaba sus últimos rescoldos en un hoyo, excavado en el suelo de tierra batida a modo de hogar. Jean se acercó al lecho hasta rozarlo. La descripción que le habían dado del cazador era veraz. El hombre, un titán, tenía aproximadamente la misma

altura y anchura de hombros que él. Y su jeta estaba tan desfigurada por la embriaguez que podían haber pasado por parientes.

Un atisbo de congoja, liviana, contuvo su gesto un instante. En el fondo, la tan cercana muerte de aquel hombre le importaba mucho menos que una lancinante cuestión que le rondaba en la cabeza desde hacía años: ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía aquella vida de masacres cuando lo más

fácil hubiera sido no haber nacido?

Inspiró, tensó los músculos y lanzó un golpe con una fuerza colosal. Nicol el Garzón ni siquiera abrió los ojos. La sangre le resbalaba por las sienes y la mandíbula: estaba muerto. Una buena muerte, se congratuló Jean el Pequeño, una muerte tan serena que aliviaba en algo su fugaz sentimiento de culpa.

Capítulo 10

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, principios
de noviembre de 1306*

Su comitente le había indicado que se dirigiera a la parte oriental de la abadía. Jean el Pequeño Ferrero tuvo que dar la vuelta al

recinto antes de dar con el portalón de los Lavaderos, donde estaba previsto el encuentro. Se trataba en realidad de una puertecilla permanentemente atrancada, por lo que no estaba sometida a la vigilancia de ninguna portera laica. Solo se empleaba para las idas y venidas de los sirvientes. Era plena noche y un frío penetrante le calaba los huesos. Dio un par de tragos a la calabaza rellena de aguardiente y esperó. Tras

un ruido de pesadas llaves y el frisar de unas ropas aparecieron ante él dos figuras espectrales. Iban ataviadas con túnicas blancas, velos y unos mantos cuyas capuchas inclinadas hacia adelante ocultaban los rostros. Una voz imperiosa, acostumbrada al mando, emergió en el silencio:

—¿Cómo os llamáis?

—Jean el Pequeño, señora. Me envía vuestro hermano, monseñor de Valezan.

—Que Dios lo bendiga.

—Así sea —añadió el

Ferrero.

Después de todo, le pagaban generosamente, así que una mentira de más o de menos...

—¿Cuándo pensáis... acometer vuestra empresa?

—Cuanto antes. Luego habréis de redactarme un mensaje, que únicamente vuestro hermano pueda descifrar, para que este me retribuya la faena tal y como prometió.

—¿Y el cazador?

—Muerto. Puedo ocupar su sitio.

—Y acercaros a ella, bien hecho —un suspiro de arrobamiento llenó el pecho de la monja precediendo a una rotunda orden—: ha de morir, y rápido. Supone una amenaza constante.

—Morirá, y no tengo interés alguno en permanecer rondando por estos lares.

—Lo que nos agrada sobremanera —murmuró la

otra religiosa antes de ser interrumpida por un gesto categórico de su compañera.

En el cementerio situado a menos de diez toesas de aquel punto, Aude de Cremont, la tesorera, estaba en cuclillas en un recodo tras la escultura de un panteón. Por mucho que pegaba la oreja, no lograba captar nada de la extraña y clandestina conversación. ¡Qué afortunada coincidencia! Los mejores entretenimientos surgen

cuando menos se espera. Una simple migraña de mujer, y resulta que sorprendía a Hucdeline de Valezan, cuyos soberbios andares la delataban a través de la espesa niebla. La priora, flanqueada sin duda por su inseparable Alienor de Ludain, había abierto una puerta de la que se suponía no debía tener llaves y hablaba con un laico. Era evidente que se trababa de una cita secreta. Aunque le hubiera agradado pensar en

una debilidad carnal de Hucdeline, la vestimenta del hombre era la de un servidor, no la de un amante. Al menos no uno a la altura de la exigente señorita de Valezan. Por otra parte, resultaba difícil poner en entredicho la disciplina religiosa de la priora. ¡Qué pena! Pero entonces, ¿qué propósito se escondía tras aquel encuentro?

Melisende de Balencourt observó de arriba abajo a la

muchacha sentada ante ella. Todo en Angelique Chartier debería desagradarle: su inquebrantable júbilo, su belleza, su bondad, e incluso el afecto cada vez más exclusivo que le profesaba Claire Loquet. A los ojos de la hermana de Balencourt, Angelique era la prueba de lo que hasta entonces había juzgado inconcebible: el mal prescindía de algunas criaturas. Y tanto peor, ni siquiera lograba ejercer poder alguno sobre ellas,

siendo repelido por una impenetrable armadura de ángel. ¿Por qué? ¿Por qué esta jovencísima muchacha gozaba de la gracia de ser ahora y siempre una pura, cuando no había hecho nada en especial para merecerlo? Un resentimiento difícil de dominar corroyó a la alta mujer demacrada por las privaciones. Los caminos del Todopoderoso son inescrutables y, a menudo, dolorosos. Hacía mucho que la priora de La Madeleine se

arrastraba por el estiércol y se fustigaba literal y figuradamente para recibir tan solo una señal indicativa de que al fin Dios la aceptaba en su seno. Después, podría morir finalmente en paz. Sin embargo, aún no había vislumbrado señal alguna y, de seguro, jamás llegaría a divisarla. Por si fuera poco, esa jornada había de soportar otro castigo: Angelique Chartier le solicitaba con gran humildad

y entusiasmo, permiso para unirse a las monjas del claustro de La Madeleine, ya que acababa de pronunciar sus votos definitivos. ¿Qué hacer? ¿Aceptar e inflingirse una permanente convivencia con un ser que, sin pedirlo, lo había recibido todo? ¿O rehusar?

—¿Qué opináis, madre?
—insistió Angelique—. Os lo ruego, acepte mi petición. El trabajo en este claustro ha sido toda una revelación para mí. Casi me embarga la

emoción al haber sentido aquí hasta qué punto mi elección fue la acertada. Entendedme: el día en que atravesé el portalón Mayor de Clairets, acompañada por mi amado padre (el pobre estaba tan orgulloso de mí, pero tan desolado por perderme), mi vida se iluminó. Sin embargo, me dejé llevar, me dejé mecer, ignorando adónde me dirigía. Únicamente sabía que unas corrientes benévolas velaban por mí. Si

tan solo supierais... aunque se me hace muy difícil de describir...

—Si nuestra madre abadesa aprueba vuestra elección... —pronunció Melisende sin tan siquiera desearlo.

—¡Oh!, me ha dado su bendición y me ha deseado que todo salga bien. Es una mujer admirable.

Angelique emitió un leve soplo antes de continuar:

—¿Sabéis que al principio pensé que era

demasiado joven...?
¡Cuánto me equivoqué!
Ese... ese rostro juvenil
encierra una sapiencia
milenaria que parece ser
depositaria de los secretos
de la vida y la muerte.

—Cierto —espetó la
priora con brusquedad.

Plaisance de Champlois
no le agradaba. La abadesa
representaba para Melisende
la compasión teórica,
aquella prestada tanto a
inocentes como a culpables.
Ahora bien, hay que haberlo

sentido en carnes propias para saber distinguir un grupo del otro.

—Que así sea, pues. Ahora que habéis pronunciado los votos definitivos, sois consciente de que no quedaréis exenta de ninguna de nuestras faenas...

—Eso deseo, desde lo más profundo de mi corazón.

—Entre las que se incluyen los cuidados a nuestros vecinos leprosos.

—Así lo había entendido, madre.

—Acercarse a ellos inspira una gran repugnancia y el olor pestilente de algunos provoca el vómito. La mayoría de los hombres están corroídos por el vicio, y las pocas mujeres que se cuentan tienen mandíbulas de loba^[72]. Tendréis que desconfiar, de todos. Nuestra misión para con ellos, tenedlo bien presente, es complacer a Dios. Nada más. Tanto más cuando no

existe forma de saber si el mal que padecen es o no un merecido castigo.

Angelique se conformó con asentir ligeramente con la cabeza. La aridez de corazón de la madre de Balencourt era palmaria. Los seres vivían, sufrían y morían sin que ella jamás manifestara la más sutil emoción. Efímero instante, la joven había deseado que la insensibilidad de la priora fuera solo una fachada.

Incluso se lo había

confesado a Claire, quien la había regañado gentilmente diciéndole: «Mi querida Angelique. Desde luego, no podríais hacer más honor al angelical nombre que lleváis. Esa rata tiene el pellejo tan insensible como el de un viejo penco, os lo aseguro. En cuanto a su corazón, su inmunda bilis lo consumió años ha».

—También sabréis que nuestras relaciones con el claustro Saint-Joseph se limitan a lo esencial —

añadió la priora—, por lo que si tenéis alguna amiga del alma...

—No, madre. Nadie que merezca la demora de mi traslado.

La joven mantuvo la mirada imperturbable, aunque la idea de no ver más a Marie-Gillette d'Andremont la entristecía. Bien era cierto que la ternura de Claire aliviaba su pena en gran medida, pero la arrepentida mostraba a veces un inexplicable hermetismo.

Claire, la misma que le había ofrecido su amistad de buen grado, se cerraba de repente en banda, eludiendo sus preguntas mediante bromas. La pobre debía de haber sufrido tanto en su anterior vida que Angelique no podía sino perdonar algunos momentos de duda, de desconfianza incluso. La hermana de Saint-Joseph se esforzaba por tranquilizar a su nueva amiga, garantizándole que ningún engaño mancillaría jamás

sus lazos de afecto. Y era optimista en este sentido, pues la animadversión que Henriette le profesaba no parecía atemperarse. ¡Bah!, la joven monja se reía de las pequeñas maldades y las molestas chiquillerías que acabarían por desaparecer.

Melisende de Balencourt suspiró. ¿Acaso Angelique Chartier era la última prueba que le sería impuesta? Esa vaga esperanza era lo único que le daría fuerzas para afrontar diariamente la

generosidad y benevolencia de la muchacha.

—Tiene razón, hija mía. Ninguna criatura merece que nos retrasemos más de lo que la caridad contempla. Solo Dios puede reclamar toda nuestra energía y atención. Puede volver a sus labores. La hermana apoticaria estará al llegar. La buena de Hermione está desolada, gozamos todas de tan buena salud que no puede emplear sus plantas medicinales y decocciones

con nosotras. Yo siempre lo digo: ¡el rigor del ascetismo protege de la mayoría de los males!

Capítulo 11

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, finales de
noviembre de 1306*

Empleado de inmediato, Jean el Pequeño Ferrero, se había hecho paulatinamente a las costumbres de la abadía. Tal y como había

previsto, el despensero se había tragado sin pestañear el cuento del accidente del primo Nicol acaecido mientras cazaba, al igual que el cocinero y la hermana encargada de organizar las comidas y la cocina, una tal Clotilde Bouvier. Como era habitual, su repulsivo físico había sido un buen aliado. Era curioso cómo la gente que miraba de soslayo su deforme rostro, aprendía a temerlo y se esforzaba por caerle en gracia sin que él

tuviera que mostrar un ápice de agresividad. En cuanto a su nuevo puesto, salía bastante airoso, dado que en su juventud había practicado la caza furtiva lo necesario como para saber seguir la pista y disparar al venado.

Aquella tarde, Jean estaba sin aliento. Había llevado a rastras un gamezno —cazado poco antes del atardecer— una media legua larga, parándose únicamente para resoplar antes de volver a echarse a las espaldas la

carga. Esperaba llegar a la cocina antes de completas*, de lo contrario no encontraría ni un alma viviente. Como de costumbre, no se entretendría allí mucho rato. El Ferrero era consciente de que al marcharse todos sentían un alivio que pocos hubieran tenido la imprudencia de confesar en voz alta.

Al cerrar la noche, volvió a encontrarse con la hermana de su comitente.

No obstante el largo abrigo que la cubría, su silueta le resultaba apetecible. Una monja bien hermosa, sí señor, a la que no le hubiera disgustado contemplar como su madre la trajo al mundo. Cada vez que se inclinaba para oír mejor su imperioso murmullo, ella retrocedía un paso, aun habiéndole asegurado no estar afecto de lepra. En el fondo, casi le aliviaba su reacción. La priora albergaba hacia él tanto temor como desprecio.

Había algo en ella tan sucio que a veces había sentido ganas de tratarla como a una ramera. Sin embargo, la necesidad manda, ¡y cincuenta libras eran una grata necesidad!

En cambio, Jean todavía no había localizado a su verdadera presa: la humana. No le preocupaba; hasta el momento había procedido con la mayor discreción posible. Ahora pretendía desarrollar la segunda fase del plan: acercarse al

animalillo de dos patas y enviarla al otro mundo en cuya existencia su presa creía firmemente.

Plaisance de Champlois se enderezó en el sillón. El asiento, delicadamente esculpido, era uno de los más incómodos que la joven abadesa jamás hubiera utilizado. Pese al mullido almohadón relleno de plumas de oca que servía para elevar el asiento, continuaba siendo excesivamente bajo y

profundo en comparación con su pequeña estatura, haciéndola parecer una enana tras el inmenso escritorio. Ciertamente, habría podido ordenar reemplazarlo, empero, no acababa de decidirse. En ese sillón, la madre Catherine había pasado la mayor parte de los últimos treinta años de su vida. Su recuerdo le iluminó involuntariamente el rostro. Dios, cómo impresionaba la anciana abadesa cuando inclinaba el

torso hacia su interlocutora, envolviendo con sus largos dedos los pomos de cristal tallado que remataban cada reposabrazos. El ornamento tenía una utilidad: permitía refrescar la palma de las manos en épocas de calor^[73]. Por el contrario, su contacto se tornaba desagradable en invierno. A veces, Plaisance tenía la turbadora sensación de que la sabiduría y perspicacia de su antecesora estaban aguardando para envolverla

apenas se sentase a trabajar. Sus ojos se posaron sobre las interminables columnas de registros contables que Rolande Bonnel le acababa de traer, o más bien, de plantar ante sus narices: adiós alegría.

Roja de indignación, Rolande vociferó:

—¡Lo sabía, aquí está la prueba!

Acompañando sus palabras con un gesto, señaló una línea de cálculos con dedo acusador, haciendo

aspavientos como una gallina.

—¿Qué es?

—Un agujero, madre. ¡O más bien un pozo sin fondo! Fijaos, hay un descuadre de doce dineros torneses*. ¡Pero nadie me dice nada! Estaba segura de que entre estos muros había un faltrero... o debería decir una faltrera. Cuando lo pienso... Hay que desconfiar siempre de las apariencias demasiado virtuosas.

—¿Qué estáis

insinuando, hija mía?

—Ya lo descubriréis, y entonces se os partirá vuestro benévolo corazón. Lo que os digo: una faltrera. Y sospecho que no ha sido su primera vez, porque hace meses que se repiten estas pequeñas extracciones de la caja. Dinero a dinero, ¡acaban siendo libras! No será porque no lo he repetido hasta la saciedad... Mas nadie me daba crédito — añadió con un tono de dolido reproche.

Plaisance estuvo por replicar que se trataba de una suma exigua en comparación con las miles de libras percibidas por la abadía en ingresos anuales. En cambio, rectificó a tiempo, temiendo que la hermana depositaría se lanzara en una laboriosa e interminable argumentación, y le prometió dedicarle toda su atención.

Plaisance se debatía entre la irritación y el hastío. ¿En verdad la pobre Rolande

creía que uno de los principales cometidos de la abadesa de una de las congregaciones de mujeres más influyentes del reino era ir a la busca y captura de una suma irrisoria? Con todo, Plaisance no se hacía ilusiones: Rolande jamás cejaría en lo que pensaba era su deber y en lo que, en el fondo, se había convertido su razón de ser a los ojos de las demás. Por otra parte, para la depositaria, la tesorera del claustro de La

Madeleine estaba en juego. Habían desaparecido doce míseros dineros torneses. A pesar de no tener en alta estima a Melisende de Balencourt, la priora, Plaisance no la imaginaba hurtando en la caja. Entonces, ¿quién? La organización del pequeño claustro de las arrepentidas no requería la intervención de ninguna de las hermanas discretas. Solo tres oficiales se repartían las funciones propias de aquella extensión

de la abadía: una ropera y dos enfermeras. Plaisance barruntaba la total desconfianza de Melisende hacia estas últimas — desconfianza, por otra parte, generalizada hacia todo ser viviente— y dudaba que les hubiese confiado la contabilidad.

Al final, el hastío venció a la irritación. Era casi la hora de vísperas. Retomaría la tediosa labor después de cenar. Decidió aprovechar los pocos minutos que

quedaban antes del penúltimo oficio de la tarde para pasarse por la cocina y tomar una infusión relajante. El uso establecía que fuera la secretaria la encargada de tales cometidos. Sin embargo, Plaisance adoraba el ambiente de la cocina, la repentina paz reinante tras el desquiciado ajetreo de las comidas. La cocina de Clairets siempre había ejercido en ella una especie de fascinación. De niña, la había imaginado algo así

como un cerrojo protector que delimitaba el mundo interior y el externo. Por allí pasaban vendedores, descargaban los mercaderes, comían los sirvientes laicos... Entre sus paredes se discutía, chismorreaba y comentaba, y estaba convencida de que en ausencia de la hermana encargada de las comidas y la cocina, la enérgica Clotilde Bouvier, abundaban las bromas. La compleja arquitectura, no obstante

perfectamente adaptada a la forma circular del edificio, la cautivaba cada vez que entraba.

Destinada igualmente al ahumado de pescado, la amplia estancia había sido construida con planta octogonal. Cada uno de los ocho absidiolos que jalonaban su girola se prolongaba con un alto conducto de chimenea^[74].

Se solía cocinar en los del lado opuesto a los vientos dominantes del día, a fin de evitar que el humo retornara

al interior. En el centro de la sala se encontraba el fogón principal, donde se realizaba el ahumado. En cuanto al chapitel del edificio, estaba cubierto de tejas de piedra en lugar de tablillas de castaño, como las que recubrían la mayor parte de las demás construcciones, con objeto de impedir la propagación en caso de incendio.

Al llegar al patio, se sorprendió por la agitación de las dos porteras laicas

encargadas de custodiar la entrada del portalón Mayor, así que se acercó a ellas. Ambas se inclinaron haciendo una reverencia y la mayor profirió:

—Madre... ¡Estos golfos son demonios! Los muy desgraciados son más pesados que las moscas de las vacas. Algunos hasta aporrean la puerta. Y acá que vienen casi todas las tardes. La otra gritó al portón de madera: — ¡Mocosos, os he dicho que

no hay nada! Ya os hemos dado el pan roído esta mañana.

Plaisance apartó a las dos mujeres con un solo gesto y entreabrió la mirilla: parecían bastante mansos. Permanecían inmóviles a una media toesa de la puerta, sucios, lívidos, enclenques y con los ojos hundidos en el rostro. Una chiquilla con el pelo enmarañado sujetaba a su hermanito de la mano y la miraba fijamente. Los andrajos que llevaban

ciertamente no debían de protegerlos mucho del frío.

Una manita mugrienta, como las endebles garras de un gorrión, se aferró a las rejas de la mirilla. La abadesa se puso de puntillas para poder mirar hacia abajo. Se topó con dos grandes cuencas negras, brillantes por la fiebre. La débil voz del pequeño suplicó:

—Piedad, señora, un poco de pan. Por el amor del niño Jesús.

La portera más anciana
lanzó con desprecio:

—Mandan a sus
chiquillos roñosos para
ablandaros. Vamos, que
estos piojosos, bochincheros
y lo peor de lo peor, intentan
siempre pegártela —acto
seguido bramó hacia la
manita—: ¡te vas a soltar
ahora mismo, miserable!
¡Vamos a llamar a los
sirvientes y os van a moler a
palos!

—Dejadlos —ordenó
Plaisance con brusquedad.

Luego, dirigiéndose al niño del que solo veía unas uñas resquebrajadas dijo—: volved mañana a la misma hora. Se os dará el pan.

Un vago murmullo llegó a sus oídos. Palabras confusas de alivio, agradecimiento y temor salieron de quince pequeñas bocas.

Como de costumbre, la inesperada entrada de la joven abadesa en la cocina provocó un revuelo. Doce pares de ojos se giraron

hacia ella. Un silencio, mitad de molestia, mitad de respeto, se abatió en la gran sala. Convencida de que todos se preguntaban qué habría podido captar de sus conversaciones, dijo en tono afable:

—Proseguid. No querría distraeros de vuestros deberes. Me han entrado ganas de tomar un buen cubilete de infusión antes de vísperas...

Una cría delgaducha se precipitó hacia el caldero y

le trajo la tisana solicitada, explicándole con una torpe reverencia:

—Es tila con verbena y un poco de menta, mi señora.

—Mis favoritas. Eres muy amable.

La chiquilla se sonrojó hasta las orejas y corrió rauda y veloz a esconderse tras las piernas de un sirviente laico.

—Cocinero, cada tarde, para vísperas, tienen que estar preparadas treinta

sudadera! ¡Esto pesa más que un viejo canónigo barrigón!

La ocurrencia, soltada en presencia de la abadesa, dejó a todos de piedra a los presentes. El hombretón sintió que algo raro ocurría. Siguió la dirección de las miradas abochornadas y asustadas, y entonces, al vislumbrar a la pálida y seria muchacha, cayó en la cuenta. Dejó caer el cuerpo ensangrentado del gamezno e inclinó la cabeza.

—Mil perdones, mi señora. El cansancio, el frío... A veces merecería que me despellejaran la lengua.

—¿Y de qué nos serviría un cazador lisiado? — preguntó Plaisance con dulzura.

—A fe mía que no es con la lengua con la que cazo el venado.

—¿Cómo os llamáis, cazador?

Jean el Pequeño Ferrero luchaba desde hacía

instantes contra una angustia incomprensible. La lumbre crepitante de uno de los absidiolos rodeaba a la muchacha con una especie de aureola luminosa y cálida. Aquella joven bernarda, por muy abadesa que fuera, no le llegaba ni a la altura de la axila; así y todo, su voz serena, casi solemne, lo intimidaba. Era tan niña que parecía un bebé apenas destetado. El silencio reinante lo aturdía. Era como si a los demás se los hubiera

tragado la tierra y solo quedaran ellos dos, frente a frente.

Alzó lentamente la cabeza, los dientes apretados, esperando lo irremediable. Se quitó el gorro de piel y la miró fijamente. La abadesa examinó su figura animalesca durante lo que le pareció una eternidad. Jean pensó que hubiera podido sumergirse en las límpidas aguas de sus ojos, libres de todo temor o aversión. Ella

avanzó unos pasos, casi rozándolo, y repitió con voz melosa:

—¿Cómo os llamáis?

—Jean el Pequeño Ferrero, a vuestras órdenes, señora.

—¿Venís de la malatería?

—No, señora. El destino me jugó una mala pasada al nacer.

—La vida nos reserva a veces calamidades, ante lo cual debemos resignarnos para no hacerlas aún más

graves —girándose, lanzó con un tono que no admitía discusión alguna—: cocinero, volviendo a nuestro asunto: si hay treinta o cincuenta estómagos hambrientos, deberíamos poder llenarlos un poco. Se repartirán treinta barras de pan de pobre partidas en dos. Una mitad para cada niño, sea cual sea su edad. Y si hacen falta diez más, se las proporcionaremos. Al finalizar el oficio, advertiré de ello a la hermana hornera

y a la encargada de organizar las comidas. Eso es todo.

El hombre asintió con la cabeza, molesto. Plaisance añadió, esta vez con una sonrisa:

—¡Ah!, y ofreced un cubilete de hipocrás^[76] a nuestro cazador que tan hermosa presa nos ha traído. Hace un frío espantoso.

El cocinero, presto quizás a hacerle olvidar su falta de compasión, sugirió:

—Un trago os hará

entrar también en calor, mi señora.

—Prefiero no hacerlo... así recordaré cómo otros sufren fuera para darnos de comer.

Y con estas palabras salió de la cocina, tras dedicar a los presentes — incluido Jean— una sonrisa.

Lo irremediable acababa de producirse, hasta un punto insospechado, y sin embargo, Jean lo había esperado con anhelo... desde hacía tanto tiempo.

Capítulo 12

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, finales de
noviembre de 1306*

Un clamor arrancó del sueño a Plaisance de Champlois. Apartó instintivamente la colcha que la cubría y se

sentó en la cama, uno de los escasos muebles de la reducida alcoba, además de un pequeño taburete triangular y un escritorio. El único confort del dormitorio consistía en un vaso de noche disimulado tras una fina antipara de madera. A modo de adorno, solo tenía un lienzo de reducidas dimensiones que representaba a una Virgen rubia y diáfana abrazando contra su pecho al niño Dios y alargando una de sus

esbeltas manos hacia un soldado con armadura, del que no se veía más que una rodilla cubierta de encrespadas placas de metal y un guantelete. ¿Era posible que el artista hubiera querido plasmar con ese simple gesto que se podía poner fin a toda la violencia en el mundo? Plaisance estaba segura de ello desde que encontró la pintura, enrollada en el armario de tinteros de cuerno en el calefactorio. Algo en el

rostro juvenil y apasionado del lienzo la había sobrecogido. Hizo encuadrar la tela de lino en un marco de madera y lo colgó en su habitación.

Una tenue luz amarillenta se filtraba a través de las exiguas ventanas. El aliento de la joven se transformaba en vaho por el frío glacial del cuarto. ¿Había amanecido ya? ¿Se había perdido los primeros oficios?

Eso era imposible. ¿Por

qué su secretaria no la había despertado? Unos fuertes puñetazos asestados contra la baja puerta de su celda la sacaron de la cama.

—¡Madre, madre...! — clamaba Bernadine tras el pesado panel reforzado con clavos.

—Entrad, no os quedéis ahí fuera... ¿Qué ocurre?

La secretaria penetró en la habitación, con la cara macilenta como si hubiera visto un fantasma.

—¡Es el fin del mundo,

madre...! ¡Un motín...!
¡Van a degollarnos a todas,
puede que hasta nos
fuercen...!

La secretaria contagió su
estado de nervios a
Plaisance, quien gritó a su
vez:

—Pero ¿qué... de
qué...?

—Los escrofulosos...
han escapado cual horda
maligna del recinto de La
Madeleine. ¡Si los vierais...!
¡Son el mismísimo diablo...!
Han prendido fuego a la

paja... arrasado los
gallineros... todas las
gallinas ahuecando el ala...
¡Debemos huir, os lo
suplico, buscad refugio en
casa del conde de
Mortagne...! ¡Jesús, María y
José... Jesús, María y
José...!

Bernadine sollozaba con
la cabeza entre las manos.
Plaisance intentaba poner
orden en el caos que reinaba
en su mente, incapaz de
descifrar el significado de
las palabras entrecortadas

que la anciana secretaria había farfullado. Permaneció inmóvil, descalza, justo en el medio de la gélida alcoba. De repente, unos relinchos atronaron enloquecidos. Bernadine gemiqueó:

—¡Dios mío, las caballerizas están justo al lado del palacio abacial! ¡Van a incendiar las caballerizas, a quemar vivos a los pobres animales!

La imagen de los caballos coceando en sus compartimentos, desbocados

y con las crines ardiendo pudo más que la inercia de Plaisance. Se abalanzó sobre el taburete, colocándose la túnica y ajustándose el velo a toda prisa. Sin detenerse para calzarse, se lanzó escaleras abajo, seguida por los gritos de la secretaria, ordenando:

—¡Que nadie salga de los edificios! ¡Que atranquen todas las puertas!

—Quedaos... os lo suplico, madre, van a mataros... Quedaos, por el

amor de Dios.

Plaisance corrió como una exhalación, torciéndose los tobillos y magullándose los pies con las aristas de la grava que sembraba el camino hacia las caballerizas. Rodeó las dependencias de la priora y se detuvo en ^eco. Un grupo formado por una media docena de hombres, armados con antorchas, braceando y hucheando, arremetían contra los portones de las caballerizas. Así que no

querían incendiarias,
pretendían huir. Uno de ellos
se percató de su presencia y
vociferó:

—¡Ahí hay una que tiene
pinta de enana! —y
dirigiéndose a Plaisance,
aulló—: ¿qué buscas por
aquí, doncellita? ¿Quieres
impedir que ensillemos los
jamelgos? Estamos hasta los
mismísimos de vuestra
hospitalidad. ¿Así que
queréis matarnos de hambre,
no? Pues no nos da la gana.
No te preocupes, ¡aquí se

quedan todos los caguetas que se lo hacían encima de solo pensar en seguirnos!

De súbito, avanzó dos pasos con aire amenazador. Su cara destrozada por la enfermedad evocaba el morro de un animal. Esa imagen se veía reforzada por la maraña de cabellos que le caía sobre los hombros en mechones espesos y mugrientos, por la frente baja y huidiza, las desaliñadas cejas unidas sobre la nariz y el tusón que

le cubría mejillas, mentón e incluso la garganta. Esgrimiendo la antorcha cual espada, el leproso atacó. La lengua de fuego hendió el aire a unos pies* del rostro de la abadesa. Esta parpadeó ante la abrasadora ráfaga, pero no retrocedió, a pesar del terror que la embargaba. Se hizo el silencio entre el grupo de leprosos. A Plaisance le pareció que la mayoría estaba divirtiéndose con la función y esperaban el

segundo acto.

—Coméis lo mismo que nosotras —se escuchó decir la monja con una voz sorprendentemente neutral dada las circunstancias.

—¡Ya, ya...! ¿Y quieres que nos traguemos esa bola? Pan mohoso oliendo a meado y queso agrio es lo único que nos echáis. ¡Con eso no hay ni para apiporrar veinte tragaderas, cuanto más a nosotros que somos más del doble! ¡Queréis matarnos de hambre a fuego

lento, eso es lo que creo!

Aunque los hundidos párpados de su agresor ocultaban su mirada en parte, la abadesa tuvo la sensación de que estaba diciendo la verdad. ¿Cómo podía ser que les faltara comida?

—Si es cierto lo que contáis, es que alguno de entre vosotros está sustrayendo una parte de los víveres en provecho propio. Mis órdenes eran claras.

—¿«Tus» órdenes?

¿Pero se puede saber quién eres tú?

—La que trajina organizando la cocina y las comidas no es, por lo menos —dijo uno de sus compañeros—. Porque a esa la he visto yo y es una mujerona con veinte años más que este mugrón de monja.

Plaisance se estremeció de pavor. Había sido una tonta al hacerles ver que era la abadesa, la gran responsable de su hambruna

ante los ojos de aquellos hombres. ¿Qué haría si se lanzaban sobre ella? ¡Qué estupidez no haber prestado oídos a Bernadine y no haber reunido a algunos sirvientes laicos antes de bajar!

—¿Y adónde pensáis dirigiros una vez fuera? — pronunció a su espalda una voz sofocada y algo grave.

Plaisance sintió como Hermione de Gonvray le estrechaba la mano.

—En cuanto os marchéis

se dará aviso a los hombres del baile, quienes saldrán prestos a buscaros... Eso sin contar con que los campesinos os tiendan antes una emboscada, y, en tal caso, que Dios se apiade de vuestra alma —concluyó la apoticaria.

Un rugido sobresalió del grupo. La voz huraña de un hombre gritó:

—Ya estamos malditos, ¿acaso podría sucedernos algo peor? Yo digo que cojamos a las dos doncellas.

Y si alguien busca camorra con nosotros, les rajamos el pescuezo. Seguro que así los campesinos y el baile se lo piensan dos veces.

—Eso, eso... tiene razón Eloi —secundó otro del grupo—. ¡Hazle caso, Oso!

El llamado «Oso» observaba de arriba abajo a las dos mujeres, saltando con los ojos de una a otra, exhibiendo en sus descarnados labios una malvada sonrisa.

—Eso sin tener en

cuenta que podrían prestarnos otra clase de servicios, ¿verdad encantos? —profirió indecoroso.

Otro hombre, de aspecto bastante endeble, se separó del grupo y dijo entre risas forzadas:

—Oso, no es una buena idea. Dijimos que «nada de féminas» porque son un lastre. Además, si el baile nos pilla, estaremos sentenciados.

—¡Cierra el pico! — bramó Eloi, el mismo que

había sugerido raptar a las dos religiosas.

El pánico invadió a Jaco el Truhán. Hasta entonces, su plan había ido como la seda, pero amenazaba con írsele de las manos. Jamás había imaginado que unas monjas salieran a plantarles cara. Sin embargo, el caballero que le había prometido la libertad de Pauline había insistido en que ninguna religiosa debía resultar malparada durante el levantamiento que Jaco

habría de instigar. Era posible que Eloi se obcecara en su plan únicamente para ganarle una batalla al nuevo bufón-consejero del jefe. Debía contraatacar como fuera. Mas el terror lo tenía paralizado. ¿Qué podría ingeniar para convencer al resto, que estaba esperando la más mínima para saltar?

—De perdidos al río, llegaremos hasta el final — prosiguió Eloi con saña.

—Tienes razón, compadre —aprobó el Oso

sin quitar ojo de encima a las dos mujeres.

Plaisance notaba cómo el sudor de la húmeda palma de Hermione se entremezclaba con el suyo. La apoticaria cerraba convulsivamente los dedos. Profirió, empero, inalterable y firme:

—Vuestro compañero Jaco habla sabiamente. Os apresarán rápido y seréis colgados tras sufrir numerosos tormentos. No agravéis con más

padecimientos el gran dolor que ya sufrís.

—¿Qué sabrás tú, rata de baptisterio? —bufó el Oso con más desesperación que rabia—. ¿Quieres saberlo? ¿Quieres que frote mi vientre contra el tuyo? Así te enterarás: en unos años, ya no sentirás las quemaduras en el pellejo, en unos años, esa carita tuya parecerá que se la hayan comido los gusanos y ya no le tendrás miedo a nada porque estarás muerta para todos, incluso

para los tuyos.

Dio un paso adelante y alargó una de sus manos abarquilladas hacia el hombro de Hermione. Lo que siguió sucedió tan rápido que Plaisance tuvo la sensación de estar soñando. Y aun así, Jaco, señaló con ojos desorbitados un punto detrás de ella. Aun así, el Oso clavó los ojos en su mano, de la que asomaba la punta encarnada de una partesana. Aun así, un reguero de sangre le resbaló

hasta el suelo. La abadesa volvió la cabeza: el cazador. Jean el Pequeño Ferrero, a quien ninguna de las dos, aterrorizadas, había oído acercarse. El Oso escrutó la cara del titán y dijo reprochando:

—¡Eres uno de los nuestros! Un zorro nunca caza junto a los perros, porque sabe que acabará descuartizado para el encarne^[77].

—No pertenezco a nadie y cazo solo. ¡Retrocede

antes de que te espete^[78]!
No tengo el menor
inconveniente en hacerlo.
Un gafo más o menos no
aumentará mi deuda.

Un haz de túnicas
blancas surgió de la parte
posterior de las
dependencias de la priora,
siguiendo la estela de los
sirvientes laicos, alertados a
toda prisa por Bernadine.
Estos venían armados con
dalles, horquillas, azuelas^[79]
y garrotas.

Plaisance tuvo la

impresión de que el Oso vaciló durante una fracción de segundo. Este recejó, sin quitarle la vista de encima y se reunió a grandes zancadas con el grupo de leprosos.

Jean el Pequeño les ordenó:

—Volved a vuestro recinto antes de que os obliguemos con cabestros, como los animales que sois.

Haciendo un movimiento con el brazo, agrupó tras de sí a los sirvientes para acarrear con

ayuda de un pico^[80], hocinos y azadas al grupo de insurrectos que regresaba reacio al claustro de La Madeleine.

Plaisance se estremeció convulsivamente tambaleándose.

—Pensé que había llegado nuestra hora — confesó en un susurro.

—¡Dios Todopoderoso, gracias! ¡Cuánto miedo he pasado, madre!

La abadesa se giró hacia la apotecaria diciéndole:

—Y sin embargo, habéis
mostrado gran arrojo,
Hermione. No quiero
imaginar lo que hubiera sido
de mí sin vuestra ayuda.
Gracias, hija mía.

—Por una vez me lancé
sin pensarlo —reconoció la
joven con una sonrisa
agridulce.

—¿Qué os parece si nos
tomamos un cubilete de
hipocrás para recuperarnos?

—Me parece, madre, que
nos vendrá de maravilla.
Nuestro salvador —vaciló la

apotecaria—, ¿es el nuevo cazador?

—En efecto. Le debemos la vida. Mañana mismo le daré las gracias... o mejor ahora, inmediatamente.

—Bestias, pedazo de bestias...

—No, Hermione, desdichados. Pobres desdichados. No entiendo nada de lo que me ha referido ese hombre, el tal Oso. ¿Cómo puede ser que la pitanza que les damos sea

tan insuficiente? Ha sido el hambre la que les ha empujado a rebelarse o, al menos, la que ha atizado en gran medida su ira. ¿Puede que algún granuja esté birlando en la cocina los cestos que les preparamos para vender la comida fuera de nuestros muros? Me da el corazón que así es, y, si estoy en lo cierto, el castigo será severo —se pasó una temblorosa mano por la frente y sugirió—: vamos, Hermione, bien nos

merecemos ese hipocrás. Apuesto a que nuestra priora no tardará en aprovechar esta oportunidad de oro para hundirme un poco más. Ya parece que la estoy viendo, recordando a unas y otras sus catastróficos vaticinios.

Hermione guardó silencio, y Plaisance se preguntó si los esfuerzos realizados por la apotecaria hacía un momento habían agotado temporalmente su escasa reserva de palabras o si, en el fondo, ella también

pensaba que albergar a los leprosos había sido una gran equivocación. A fin de cuentas, Plaisance no hubiera podido recriminarle nada tras aquel agotador altercado.

La abadesa se quedó corta en sus suposiciones. En los días siguientes, Hucdeline de Valezan, acompañada de su inseparable sombra, Alienor de Ludain, la superiora, recorrió pasillos, dormitorios y refectorio, sin olvidar

baños, cocina y biblioteca, con el fin de tantear los ánimos de las hermanas. Alternando compasión e indignación, infundiendo dudas y evocando posibles y trágicas repeticiones del motín que, según ellas, «a punto estuvo de costarle la vida a nuestra madre y a nuestra querida Hermione», las dos religiosas consiguieron sembrar el miedo entre la mayoría de las hermanas.

Cuando Elise de

Menoult, la ropera y una de las más fieles aliadas de Plaisance, advirtió a esta del veneno que destilaban las dos mujeres, la joven abadesa, en un primer momento, permaneció queda: Plaisance de Champlois se había esperado un enfrentamiento abierto con la priora, no una páfida labor de sabotaje.

—Ayer me abordaron, hábilmente, he de precisar. La sutileza que demuestran es solo equiparable a su

tenacidad. Por lo que cuentan, ambas sienten una gran preocupación por vuestra salud, lo que les atormenta sobremanera. Según ellas esos gafos pordioseros están urdiendo ahora mismo otra rebelión que, esta vez, habrá de transformar la abadía en un baño de sangre. ¿Se han vuelto locas, madre?

—Locas no, al contrario, saben bien lo que se hacen. El terreno más fértil para gestar una revolución de

palacio es el miedo. Si se demuestra que soy incapaz de garantizar la seguridad de mis hijas, o lo que es peor, si esas dos maquinadoras logran hacer creer que la pongo en peligro, el capítulo me destituirá. Y Hucdeline tendrá entonces vía libre.

—Pero no podrá, como tampoco vos podéis, oponerse a las exigencias del Rey y de nuestro soberano pontífice de que Clairets acoja a los escrofulosos.

—No, pero puede

pretender que hará lo imposible e insinuar que recibirá el apoyo de su hermano, el arzobispo Jean de Valezan, quien se ha convertido en una de las eminencias grises del Vaticano.

—Corren rumores sobre él —comentó Elise.

—Cierto, y no precisamente buenos. Su piedad no es la única causa de su vertiginosa ascensión —Plaisance bajó el rostro y confesó con un hilo de voz

—: me siento inerme, Elise. Quizás Hucdeline tenga razón, quizás no esté a la altura del cargo, soy demasiado joven, demasiado...

—¡Pamplinas! —
interrumpió la ropera—. Hucdeline levanta muchas tempestades. Sin embargo, estoy convencida de que a ella le falta el talento que a vos os sobra. Una grave crisis acaba de sacudir la abadía. Encontraréis la ayuda necesaria, madre. En

cuanto a mí, seguiré con mis... llamémoslo labores de zurcido, con la ayuda de Hermione, quien nunca había sido tan pródiga en palabras.

—¿Labores de zurcido?

—En efecto. Me acerco a unas y otras, en cuanto Hucdeline las deja, y descoso todas las dudas hábilmente bordadas en sus mentes por la priora. Mi último remiendo tenía por nombre Barbe Masurier.

—¿Barbe tiene

reproches que hacerme?

—No, madre. Esas dos figurantas, Hucdeline y Alienor, la han manipulado insistiendo en los peligros que se ciernen sobre vos. Ya conocéis a Barbe. Su afecto por vos ha hecho el resto.

Capítulo 13

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, diciembre
de 1306*

Marie-Gillette d'Andremont frunció los labios por la rabia. Pese a sus incesantes búsquedas, el segundo lienzo seguía sin aparecer.

¡Y ahora esto!

Imaginar los tormentos que podría infligir a modo de venganza a Adelaide Baudet ya no la apaciguaba. Sin embargo, antes le encantaba pasarse las horas muertas fantaseando. Algunas de sus fantasías le gustaban en particular: imaginarse empujando con violencia a la supervisora al depósito de estiércol líquido y observarla mientras se hundía en un fétido burbujeo, o quitar, con toda

su rabia, las estacas que sujetaban las pilas de madera, cerca de los hornos, cuando estuviera pasando a su lado y ver cómo era aplastada por la avalancha. ¡Bruja! Menuda bruja desalmada. No había semana en que Adelaide no le encomendara una nueva tarea. Sin duda alguna, la lectura le había parecido demasiado liviana, así que ahora le reservaba las faenas más duras e ingratas. Marie-Gillette se había encontrado,

pues, de manera encargada de raspar las cubas de purín, limpiar los gallineros y retirar la ceniza de los hornos, hasta de llevar los víveres al claustro de La Madeleine, cuyas barricadas habían sido presurosamente reforzadas. Los destrozos — si bien limitados— ocasionados por el reciente amotinamiento de los escrofulosos había marcado de tal manera a las monjas que la abadesa había ordenado que dos servidores

laicos acompañasen a la suplente encargada de llevar la carretilla de los panes.

La joven sintió escalofríos solo de pensarlo. Esas caras carcomidas por la enfermedad eran ahora más aterradoras que cuando llegaron. Casi todas se preguntaban si la plaga no amenazaría con infectar a las sanas y si no se estaría tramando otro levantamiento aún más brutal. Algunas insinuaban que lo más conveniente era echarlos,

alejarnos lo más posible del bosque de Clairets. Apenas quedaba Melisende de Balencourt para afirmar que la llegada de los leprosos a sus vidas era una prueba de que Dios las había señalado como su rebaño predilecto. Marie-Gillette, por su parte, hubiera prescindido con mucho gusto de su vecindad. Ciertamente, alguien tenía que ocuparse de ellos, aunque si la hubieran eximido para siempre de tener que verles el pelo, no

se hubiera ofendido en absoluto. Al fin había pasado aquella espantosa semana. Había llevado a la clausura el canasto de ropa blanca y víveres, empujándolo luego con los pies sobre la tierra batida del sendero que conducía a la pequeña capilla de La Madeleine. Después había cerrado tras ella, con la mayor rapidez posible, el pesado portón de madera oscura que condenaba aquel temible y aislado lugar,

aterrada ante la idea de que un brazo monstruoso fuera a surgir para arrastrarla al interior. Se murmuraba que incluso las mujeres públicas —o al menos unas cuantas—, habían protestado por verse encerradas allí junto con los gafos, a pesar de que estas solían ser poco exigentes. Trabajaban el triple que las castas, movidas por la promesa de la Iglesia según la cual su ingrata labor y las penitencias purgarían sus

almas de todo «pecado».

Con todo y con eso, aquella verruga de Adelaide Baudet todavía no había acabado con ella, ni con las humillaciones que pensaba infligirle. Tras la semana destinada a la malatería, le había vuelto a asignar el muladar. En aquella abadía de gran celo y extrema economía, prácticamente no se tiraba nada y se rompía aún menos. Por tanto, su tarea debería haberse limitado a cargar con dos

cubiletes y una jarra hasta el lado oeste del recinto de la abadía, a doscientas toesas de la cocina, donde se había ido acumulando, detrás de una hilera de castaños, una montaña de restos desde hacía un siglo. ¡Pues nada más lejos de la realidad! Adelaide no lo entendía así, sino que, según ella, la semana debía igualmente clasificar la basura. Pretendía que al finalizar la semana, Marie-Gillette hubiera separado

perfectamente los desechos en montones distintos. Un montículo de vajilla rota, otra resquebrajada y una tercera mellada. La lógica interna de aquel maniático inventario continuaba siendo un misterio para la joven religiosa. En su opinión, solo la perversidad de Adelaide podía explicar tal catálogo de fragmentos diversos y variopintos. Ya puestos, ¿por qué no le había ordenado también que separara los pucheros de las

ollas, jarras y calderos?

Así pues, con ese execrable humor y reconcomiéndose de acritud, Marie-Gillette se dirigió a la hilada de castaños. Aún no había amanecido. Durante la noche, una gruesa capa de nieve había recubierto la hierba marchita por el invierno, confiriéndole una azulada elegancia. La joven se cruzó los brazos sobre el pecho, refugiando las manos bajo las axilas en un vano intento de calentarlas un

poco. Empezó a maldecir resollando: antes del mediodía se le habrían helado los dedos, estaba convencida de ello. La asaltó una horrible idea: ¿y si era precisamente lo que buscaba Adelaide Baudet: hacerla enfermar, o peor aún, darle muerte lentamente? Se tropezó con un tronco semioculto por el manto de nieve, torciéndose el tobillo. Prorrumpió en un mar de lágrimas. La inanidad, la estupidez de sus esfuerzos la

golpearon de lleno. ¿Para qué servía todo aquello? La especie de odio que sintió hacia sí misma le dio ganas de gritar, de tirar algo, lo que fuera. Había conocido los placeres de la vida, sus diversiones, sus fastuosidades, sus comodidades. Había sido amada con locura y apenas si se había tomado la molestia —de forma puramente accidental— de responder a dicho amor. Había visto, tocado y oído

tantas maravillas. Y de repente, todo había dado un vuelco, sin entender la razón.

Aquella tarde, dormitaba en una alcoba bañada por el sol de Castilla, envuelta únicamente por un fino tul, con una sonrisa en los labios. Una chiquilla morena abanicaba su entresueño. El gusto salado del sudor humedecía el labio superior. La aromática mezcolanza de lavanda y romero se filtraba por las ventanas

entreabiertas. En su garganta, el regusto de un vino con cuerpo y carácter, como la sangre de un toro. Sonó un golpe contra la puerta que comunicaba con la amplia sala de estar. Entonces, se reincorporó, ampliando la sonrisa. Un ruido sordo, nada más. Transcurrieron unos segundos. Se levantó sorprendida, con total despreocupación. Flanqueada por la niña, entreabrió la puerta. En un

principio no vio nada, pero acto seguido, algo tibio y pegajoso le agarró la pierna. Bajó la mirada: Alfonso se había desplomado sobre sus rodillas, sujetado por el marco de la puerta. El mango de orfebrería de una larga daga le atravesaba la garganta, y un reguero de sangre se deslizaba por la camisa de seda. El tiempo quedó suspendido una eternidad aunque en realidad solo fueron unos segundos. ¿Qué significaba aquella

escena? ¿Por qué abría Alfonso de Arévalo la boca? ¿Por qué vomitaba burbujas de profundo carmesí? ¿Por qué le había susurrado «¡Huye! ¡Llévate el díptico!», antes de caer de bruces? Otro segundo de incompreensión, de sentir que el alma la abandonaba en un suspiro. Corrió a la habitación presa del pánico. Echó a la mocita sollozante con una bofetada, cogió todo lo que podía llevar consigo —entre otras cosas los

lienzos del pequeño díptico —, y lo introdujo en su fardel. Se vistió presurosa y mientras realizaba estos movimientos, no cesó de preguntarse «por qué». No había llorado ni había gritado. Solo se había preguntado una y otra vez «por qué».

Caminó sin rumbo fijo durante todo el día, bajo un sol abrasador. La habían perseguido perros vagabundos, algunos mocosos habían intentado

quitarle la bolsa que llevaba en bandolera alrededor del cuello, y ella los había ahuyentado a puntapiés. Y durante todo ese tiempo, no dejaba de preguntarse «por qué». Durante todo ese tiempo, su mente no había albergado pensamiento alguno, excepto esta pregunta: «¿por qué?». Al caer la tarde, llegó al fin a Almazán, una villa situada a orillas del río Duero; agotada, sedienta y con los cabellos y el rostro cubiertos

del polvo blanquecino de los caminos. Hizo un alto en una posada. Debía de tener un aspecto lamentable, porque el encargado le soltó:

—Aquí quien duerme cena^[81], ¡y se paga por adelantado!

Obedeció sin rechistar. Cuando estaba bajando por la escalera para ir a comer algo, una vez se hubo aseado todo lo que pudo en la jofaina de sus aposentos, una conversación le hizo pararse en seco. Dos hombres

interrogaban al posadero, prometiéndole una buena suma si les proporcionaba alguna información. Los tipos no eran ningunos pordioseros, a juzgar por sus atuendos y el habla. Buscaban a una joven elegante, de cabellos dorados como el trigo y ojos claros; sobrina política de su señor, aseguraban. Debían conducirla al convento de Soria; sin embargo, la descerebrada se había encandilado de un muchacho

hasta el punto de huir aprovechando una parada en el camino. Una tal Alexia de Nilanay. Ella.

Alexia retrocedió con sigilo y se encerró en su cuarto temblando de miedo. Cuando la criada llamó a la puerta, fingió dormir. Por la noche, se deslizó a la cocina, engullendo lo que encontraba: un mendrugo de pan sentado, un puñado de aceitunas y una loncha de panceta grasienta. Luego intentó dormir unas horas,

pero enigmáticas pesadillas
la despertaban
constantemente. Alfonso
riendo como a ella tanto le
gustaba, mas con el puñal
teñido de sangre en su
garganta bamboleándose con
cada carcajada. Alfonso
dibujando con la lengua
exquisitos arabescos sobre la
pálida piel de su vientre y
dejando al levantarse la
sanguinolenta impronta de
su fornido cuerpo varonil
sobre el fino camisón.
Alfonso cantando a voz en

grito: «¡Huye, huye te digo!». Abandonó la posada al alba, convencida de que el encargado reconocería a la «elegante joven de cabellos dorados» de la descripción ahora que ya estaba presentable. No desdeñaría esa buena suma prometida.

Alexia de Nilanay prosiguió en dirección norte. Su huida por las callejuelas de Auch le había salvado la vida. Pero la persecución continuaba.

Un día de mercado, en

La Ferté-Bernard, un burgués a pocas toesas de ella había pronunciado aquel nombre: Clairets. ¿No fue Alfonso quien le había contado una historia sobre una madrina suya, o una tía o prima monja que vivía en ese convento? No lo podría jurar, empero, había visto en ello una señal.

Alexia de Nilanay se convirtió en Marie-Gillette d'Andremont, inventándose un pasado bastante confuso para así evitar lapsos de

memoria: una familia diezmada por unas fiebres mortales. Se había condenado a una vida insustancial, llena de humillaciones, fingidamente deseada al pronunciar sus votos definitivos. ¿Estaba realmente luchando por su vida? Llegaba a dudarlo, puesto que la existencia que había descubierto en Clairets se asemejaba a una interminable agonía. Solo una cosa le impedía todavía desistir, caer en la

resignación: quería saber. Necesitaba saber por qué la perseguían aquellos hombres, quiénes eran y por qué razón habían asesinado a Alfonso de Arévalo. «Alfonso... mi querido y brillante Alfonso. ¿Qué hiciste o dijiste para merecer tal destino?». No recordaba absolutamente nada. Alfonso el derrochador, el majestuoso, el vividor. Alfonso, un magnífico amante, un loco adorable. Alfonso y sus encantadoras

ocurrencias. La despertaba en mitad de la noche para que bailara desnuda para él bajo los almendros o para leerle un poema que arrancaba las lágrimas de sus ojos. Alfonso, quien dilapidaba con presentes, delicados manjares y refinados vinos su herencia paterna. ¿Por qué lo habían ejecutado sin tan siquiera concederle la oportunidad de batirse en justo duelo? ¿Por qué querían matarla como a un animal? Porque querían

asesinarla al igual que a él.

Rodeó la hilera de castaños. Una alfombra de nieve recubría los montoncitos de vajilla que había formado la víspera. Pese a la ausencia de viento, el nauseabundo olor de la fosa de aguas negras, a más de cuarenta toesas de distancia, le llegaba a cada momento. En la penumbra de la aurora, un montículo más voluminoso en el centro del muladar atrajo su mirada. No tenía la

menor intención de avanzar a ciegas y correr el riesgo de cortarse el tobillo con un trozo de cerámica, así que entornó los párpados. ¿Qué era aquello detrás de la loma que parecía un guante? Un guante descolorido. La respuesta se dibujó en su mente antes de llegar a comprenderlo: una mano. La mano de una hermana cuya blanca túnica se confundía con la nieve. Marie-Gillette avanzó hacia el cuerpo como en una especie de sueño,

acompañada por los secos quejidos de cerámica que aplastaba a su paso. Paralizada, posó la mirada sobre el rostro amoratado; los labios hinchados de color violáceo, casi negro, de entre los cuales asomaba una lengua abotargada; los inmensos ojos azules mirando al vacío; las rubias pestañas, y la trenza de crin enrollada alrededor de la garganta. Un flujo de saliva amarga la atragantó: Angelique.

La dulce Angelique Chartier, a la que no veía desde hacía semanas, había sido estrangulada con la cuerda que aún pendía de su cuello. Angelique, la adorable hermana que acababa de tomar sus votos definitivos. Un día había bromeado sobre su parecido físico.

Una repentina tristeza inundó a Alexia, o más bien a Marie-Gillette. Se inclinó, acariciando el semblante de la desventurada Angelique.

Aún estaba templada, y solo constelaban su túnica algunos copos de nieve. Había fallecido no hacía mucho, puesto que no fue hasta después de vigiliass* cuando dejó de nevar. Una correa de cuero negro sobresalía por debajo de la cadera. Marie-Gillette tiró de ella, luchando contra la inercia del cadáver hasta que logró sacar el fardel atrapado bajo su joven hermana. Cuando lo entreabrió, un mar de

lágrimas anegó sus ojos. Había dos gruesas rebanadas de pan con tocino, algunas ciruelas secas^[82] y una botella de barro llena de zumo de manzana. Una fulminante tristeza le arrancó un sollozo: Angélique había salido a su encuentro al muladar para llevarle con qué resistir el cortante frío de aquella madrugada. Sin duda, se había valido de su amistad con Clotilde Bouvier, la enérgica refitolera, para

sacar los víveres discretamente; y es que, con excepción de infusiones calientes en invierno y agua fresca en verano, estaba prohibido repartir alimentos fuera de las comidas, salvo a las enfermas que guardaban cama, especialmente, durante la penitencia de Adviento, antes de Navidad^[83]. Angélique no había hesitado en infringir la regla del claustro de La Madeleine, donde su amor al prójimo la hubo llevado.

Había bordeado la clausura, y también las órdenes, a fin de encontrarse con su antigua amiga y proporcionarle un poco de consuelo.

Marie-Gillette tardó en aceptar lo que ya presentía desde que hallara el pequeño cuerpo sin vida: el o los asesinos se habían confundido.

Habían ejecutado a Angélique creyéndola ella, lo que la oscuridad, el parecido, y sobre todo el

lugar hacían plausible. En otras palabras, aquellos monstruos conocían la naturaleza de la tarea asignada esa semana y la esperaban a pie firme para matarla. Marie-Gillette habría apostado que se trataba de los dos hombres que la habían seguido hasta el reino de Francia. No les había visto por los alrededores. ¿Se ocultarían tras las facciones de alguno de los incontables sirvientes laicos que pululaban por la

abadía, a los que no prestaba la menor atención? ¿O bien contaban con una cómplice entre las monjas? Y en tal caso, ¿quién...?, ¿y por qué? Por mucho que la joven hubiese rebuscado desde hacía años en los recodos de su memoria, no había encontrado el menor indicio de respuesta. La única hipótesis que siempre le sobrevení­a al pensamiento le parecía poco convincente. Quizás un día Alfonso le había revelado algo que ella

había juzgado lo bastante anodino como para olvidarlo de inmediato, pero cuya vital importancia conocían otros... hasta el punto de asesinar por ello. ¿Pero el qué? Alfonso era un ser delicioso y ligero, al que interesaban más los juegos de alcoba, los largos poemas, los manjares refinados o sus retratos de damas y Vírgenes que cualquier secreto de Estado.

Su pie chocó con un objeto que rebotó emitiendo

un desagradable sonido. Se arrodilló con precaución, tocando el objeto con la punta del índice. Se trataba de una matraca. Intacta y sin rastro de nieve, como el cadáver. La estupefacción la dejó paralizada. Los leprosos tenían prohibido salir del claustro de La Madeleine, tanto de día como de noche. Los pesados portones que los separaban del mundo exterior estaban cerrados permanentemente. Entonces, ¿qué hacía allí

aquella carraca? De súbito, la luz se hizo en su mente. Aprovechando el temor y la desconfianza que inspiraban los enfermos, especialmente después del amotinamiento, los asesinos habían encontrado un medio para desviar las sospechas hacia ellos. ¿Acaso no se les acusaba a la mínima de practicar magia negra y pactar con el diablo? ¿No se les endilgaban todos los vicios y males del mundo? Bruscamente, la tristeza dio

paso a la rabia; se reincorporó apretando la mandíbula. Aquellos odiosos cobardes, aquellos malditos asesinos, se las verían con ella. Cogió la matraca, sin saber qué hacer con ella. Era raro, pero de repente le pareció trascendental que no se cometiera una terrible injusticia; por la memoria de la dulce Angelique. Una mueca de desesperación contrajo sus labios. ¿Tanto había cambiado desde su llegada a aquel lugar? Ella, a

quien la existencia de los demás, sus deseos, añoranzas, alegrías y penas, le habían sido tan indiferentes en el pasado. Se arrodilló junto a la pequeña, lívida e inerte, y rezó por el descanso de su alma con un fervor olvidado hacía largo tiempo. La oración se entremezcló con imágenes, momentos de Angelique, cuya muerte las había unido como hermanas de sangre. Marie-Gillette creyó oír la límpida risa y la voz de la

muchacha resonando en su interior. No podía dejar a Angélique así, las demás no debían verla con sus ojos opacos, la lengua colgando de la boca. Con esfuerzo, Marie-Gillette logró colocarle la lengua detrás de los dientes. Luego, le cerró la boca con fuerza apoyándose en su cráneo y levantándole el mentón, y se obstinó en cerrarle los párpados. Experimentó un ridículo alivio: exceptuando el color gris azulado de su

piel y el horrendo pliegue de carne que recubría en parte la trenza de crin, su dulce hermana había recobrado una apariencia que ya no le causaría dolor más allá de la muerte. Al fin, todas las lágrimas contenidas desde el brutal asesinato de Castilla resbalaron por las mejillas de Alexia. Al fin, lloró por su amante asesinado como un animal, por aquella muchacha cuyo noble corazón la había conducido a un mortal destino. Sollozó

por la triunfante iniquidad de un mundo que jamás sería un magnífico jardín poblado de seres compasivos y benévolos. Agradeció el entumecimiento que la preservaba del frío. Sin darse cuenta, su cuerpo empezó a aflojarse, cediendo al deseo de tenderse en la nieve junto a Angelique y no despertar nunca más. Una voz, la suya propia, tronó en sus adentros: «¡Es demasiado sencillo, demasiado cobarde! ¿Y tú

aseguras que quieres saber el porqué? ¿Estás buscándolo realmente? El pánico te atenaza desde hace años y jamás cesará mientras sigas retrocediendo. Debes aplastarlo. Sabes que es la única defensa contra el miedo y aquellos que lo siembran».

Marie-Gillette se levantó de un salto. La tregua acordada por aquel frío mortífero había expirado: empezó a tiritar, castañeteando los dientes.

Vengaría a Angelique y Alfonso. Se vengaría por los años de huida y terror a los que la habían condenado. Los desenmascararía. ¿Pero a quién? Lo ignoraba, aunque lo averiguaría. Si fuera necesario, los llevaría hasta las horcas plantadas en las cercanías de la abadía.

¿A quién advertir de la muerte de Angelique? ¿Y qué diría? La amistad que le profesaba la depositaria, Rolande Bonnel, en otras circunstancias, hubiera

hecho de ella la confidente idónea. Por desgracia, la pobre Rolande revelaba una personalidad que cualquier alma caritativa habría calificado de apocada. Una lengua viperina, por contra, podría afirmar que era más tonta que el que asó la manteca, eso si llegaba a encontrarla, claro. Seguramente perdería los nervios, alertaría a todo el mundo y los asesinos sacarían provecho de la confusión. De ninguna

manera acudiría a la priora de la abadía, esa Hucdeline de Valezan, que se reconcomía de odio por haber sido relegada del poder supremo. ¿A quién entonces? ¿Podía confiar en aquella chiquilla a la que habían elevado al rango de abadesa? A decir verdad, Plaisance de Champlois siempre había mostrado una inteligencia y una madurez fuera de lo común. Si bien, todavía era una niña. Por otro lado, la madre

Catherine la había designado sucesora meses antes de su trágica muerte y no se trataba de una mujer dada a los arrebatos o a los juicios erróneos. ¿Qué haría con la matraca? ¿Revelar su existencia insistiendo en que lo consideraba una trampa cuyo propósito era señalar a uno de los leprosos como culpable? ¿No era mejor, por el contrario, hacerlo desaparecer con disimulo y no decir palabra? Alexia-Marie-Gillette se decantó

finalmente por la segunda opción. Siempre habría tiempo de confesar su hallazgo.

Caviló unos segundos más, y a continuación, dotada de una energía renovada, se precipitó hacia la cocina para después rodearla y bordear el edificio que albergaba la bodega y la despensa. Justo enfrente se alzaba el palacio abacial. Bernadine, la hermana secretaria, le cortó el paso apenas hubo llamado a la

puerta de la antesala, inquiriéndole con brusquedad la razón de su visita a horas tan tempranas.

—Necesito... Debo hablar urgentemente con nuestra querida abadesa.

—Yo misma juzgaré la supuesta urgencia cuando sepa de qué se trata —espetó altiva la secretaria—. Sabed, hija mía, que muy pocos son los asuntos humanos realmente urgentes a los ojos de Dios.

—¿Y una violación del

primer mandamiento lo es?

—¿Perdón? —preguntó la secretaria despojada de toda arrogancia.

—Un asesinato. ¿Es una urgencia lo suficientemente apremiante en su experta opinión?

Perdiendo pie, la secretaria balbuceó:

—Un asesinato... Queréis decir... un asesinato como...

—Como el estrangulamiento de una hermana.

En un santiamén, un abanico de emociones encontradas se sucedieron en el ajado rostro de su interlocutora: incomprensión, estupefacción, indignación, consternación.

Entonces, la secretaria musitó:

—Eso no es posible.

Olvidando toda vergüenza, presa de la conmoción, extrajo sus lentes^[84] hechas con gruesas lunetas de cristal de roca y

se las colocó, como si el hecho de ver mejor pudiera difuminar los contornos de la pesadilla en la que tenía la impresión de haberse hundido con los ojos bien abiertos.

—Eso sí es posible, hermana. «Eso» yace sin vida en el muladar, con una soga alrededor del cuello.

La anciana agarró el brazo de Marie-Gillette, gritando fuera de sí:

—¡Rápido! Por el amor de... ¡Que Dios nos asista!

Sintiéndose al borde de un ataque de nervios, la joven requirió haciendo acopio de serenidad:

—Os lo ruego, llevadme ante la superiora. De inmediato.

Plaisance de Champlois, sentada y rígida tras la enorme mesa, la observaba. Mostraba un semblante tan inexpresivo que al principio Marie-Gillette creyó que no había entendido lo que acababa de relatarle. Cuando

al fin habló, su voz transmitía tal gravedad que parecía velada.

—¿Angelique Chartier? ¿Estáis segura? Por supuesto que lo estáis, qué pregunta más estúpida. Estoy aturdida. Por un instante, confieso haber deseado que esta conversación fuera solo una pesadilla o que hubierais perdido la razón. Pero no es así, ¿verdad? Es cierto que Angelique está muerta. Asesinada.

—Así es, madre, y su

muerte me parte el corazón.

—Pero, ¿quién? ¿Por qué? —musitó la abadesa.

La sangre le había abandonado el rostro palideciéndole hasta los labios. Marie-Gillette pensó que la abadesa iba a desvanecerse.

—Lo ignoro —mintió.

La mirada aguamarina de Plaisance se extravió hasta detenerse en la pared de enfrente. Titubeó:

—¡Qué sé yo!, ¿podría tratarse... de un ladrón, de

un vagabundo, de alguien lo bastante loco como para trepar por la muralla del recinto? ¿La han... forzado?

—No lo creo, aunque no puedo afirmarlo.

Plaisance de Champlois se levantó con tal brusquedad que Marie-Gillette se sobresaltó.

—Llevadme allí.

—¿Ahora? ¿No sería quizás aconsejable pedir refuerzos?

—Llevadme allí, enseguida.

Se dirigió al rincón derecho del vasto despacho y tiró del cordón de pasamanería del que se servía para llamar a la hermana secretaria.

Rápidamente, llegaron los ecos de una cabalgada que tomaba por asalto la escalera de roble. La anciana irrumpió en la habitación, casi sin aliento.

—¿Madre?

—Bernadine, haga venir de inmediato al mensajero^[85]. Que este corra

a avisar a los hombres del baile a galope tendido. Que nuestro doctor y la apoticaria se reúnan con nosotras en el muladar.

Unos tenues rayos de sol iluminaban el nevado manto. En el centro, la figura de la joven inerte evocaba un blanco velo desechado. Se quedaron allí, inmóviles, mudas. Marie-Gillette se preguntaba por qué universo divagarían los pensamientos de la abadesa. Con el

semblante yerto de una máscara descolorida, Plaisance clavaba la mirada en el despojo que yacía sobre un costado. Un bulto pardo, del tamaño de un gato pequeño, se aproximó a la escena llamando la atención de las presentes. El animal se irguió sobre las patas traseras, olisqueando en la dirección de las monjas, aspirando nerviosamente el aire. Una rata. Una rata enorme. La joven abadesa se precipitó hacia el animal

tropezando con los cascajos de vajilla rota y gritando:

—¡Bestia inmunda, no te le acerques! ¡Fuera! ¡Fuera!, ¿me oyes? ¡Maldita! ¡Déjala!

El roedor huyó sin más.

Marie-Gillette vio a la madre desplomarse lentamente hacia el suelo.

Se acercó a ella discretamente, temiendo interrumpir una oración. No obstante, cuando Plaisance de Champlois se giró hacia ella, la metamorfosis

operada en su rostro era pasmosa. Su semblante, afable de costumbre, estaba crispado por la ira.

Pronunció con frialdad:

—Impía. Profanadora.

La que haya quebrantado la pureza pagará su crimen con un implacable castigo. ¡Doy mi palabra ante Dios!

—¿Está en la certeza, madre, de que se trata de una de nosotras? —osó preguntar Marie-Gillette.

—¡Por supuesto que no!

—replicó la abadesa con

exagerada contundencia, en opinión de la hermana—. Solamente es una forma de hablar, nada más.

Un carraspeo varonil las alertó. El doctor aguardaba a dos toesas. Plaisance se puso en pie.

—Maese Lebray, os he hecho llamar porque se ha cometido una... vileza. Nunca antes... Bueno, eso ahora no importa. La pobre difunta tiene una soga alrededor del cuello. Su rostro azulado parece indicar

que fue estrangulada.

El doctor se persignó y avanzó unos pasos. Lebray era un espigado treintañero tan escuálido que daba pena verlo. La fina tonsura parecía prolongar aún más su puntiagudo cráneo, confiriéndole un desagradable aspecto. Carraspeó de nuevo balbuciendo:

—¿Estrangulada dice, madre? Vaya, vaya... — repitió uniéndose a ellas con unas largas zancadas.

Marie-Gillette

comprendió enseguida que las sospechas del doctor apuntaban a una enfermedad, la gafedad quizás. La antipatía que sentía por aquel hombre se acrecentó. ¿Pero cómo? ¿Se había hecho doctor cuando su principal temor era contraer una afección? Cada vez era más frecuente encontrarse con facultativos de esta índole, cuyo único deseo era el de curar —a cambio de dinero contante y

sonante— a gente
acaudalada. Soltaban
dogmáticas peroratas desde
el fondo de una habitación,
llevando una mascarilla de
cuero y envueltos en una
sofocante nube de incienso,
sin acercarse nunca a menos
de una toesa a los que
habían tenido la desfachatez
de caer enfermos.

Inclinó la cabeza hacia la
muerta, diagnosticando con
grandilocuencia:

—Ah, sí... En efecto,
soy de la misma opinión.

Esa cuerda en torno al cuello parece muy apretada.

Plaisance de Champlois preguntó hoscamente:

—¿Esa es toda la exploración que pretendéis realizar? Adelante, maese, ¿a qué esperáis? Nosotras la hemos rozado y aún estamos vivas.

Rojo de vergüenza, se dignó a arrodillarse y deshacer la trenza de crin. Marie-Gillette precisó:

—Cuando la descubrí, los ojos estaban

completamente abiertos y la lengua pendía de la boca.

—En tal caso, se trata ciertamente de un estrangulamiento —afirmó el doctor.

—¿Ha sido...? En fin, ¿pensáis que su castidad haya sido ultrajada? —inquirió la abadesa. Maese Lebray dio un respingo como si le hubieran dado un pinchazo.

—¡Mi señora... perdón, madre, no soy comadrona y mucho menos matrona

jurada^[86]!

—Como esposas de Dios que somos, no requerimos de tales oficios en estos lares. Con todo, ¿tendría a bien asegurarse de que a nuestra querida Angelique no la han...?

—¡De ningún modo! Yo... yo no... En fin, se trata de un acto de gran impudicia. ¡Sería hartamente indecoroso de mi parte! Me permito recordarle, madre, mi condición de clérigo... Me niego a... examinar de

cerca esa... cosa. ¡Es repugnante!

En verdad parecía estar a punto de vomitar.

—Pues de ahí es de donde habéis salido — apuntó Marie-Gillette involuntariamente.

Ese pronto le valió una mirada de la abadesa, no supo si de reprobación. Pasmado, el doctor farfulló:

—¡Qué grosería!

—No, maese, sois vos el indigno, además de un insoportable fatuo.

—Ya basta, hija mía —
intervino Plaisance
circunspecta—. Todos
estamos conmocionados.
Regresemos adentro. En
breve, acudirán sirvientes
laicos para trasladar a
Angelique hasta la
enfermería. Quizás una de
las hermanas pueda
informarnos allí.

Marie-Gillette asintió.
Aunque Plaisance de
Champlois no había
terminado aún:

—En cuanto a vos,

maese doctor, tened listo el equipaje al mediodía. A partir de ahora nos las arreglaremos sin vuestros servicios hasta la llegada de vuestro sustituto.

—Pero... —protestó el sénior Lebray.

—¡Callaos de inmediato! —ordenó la abadesa categóricamente—. Me ofendéis los oídos con vuestras palabras.

Volviendo sobre sus pasos hacia la cocina, se toparon con Hermione de

Gonvray, quien aguardaba al borde del manto nevado. La apotecaria estaba más pálida que su velo.

—¿Habéis terminado, madre? Me gustaría examinarla a solas antes de que la trasladen.

—Proceded, querida Hermione. Maese Lebray nos deja. Hasta que llegue nuestro próximo doctor nos confiaremos a vuestras expertas manos.

Plaisance de Champlois se encaminó hacia la cocina,

seguida de Marie-Gillette. Esta última se giró, acariciando con la mirada y por última vez el frágil montículo de lana blanca que había sido su amiga. Vio a Hermione de Gonvray, postrada junto a Angelique, persignarse y llevarse la mano de la pobre fallecida a los labios para besarla.

Fue Marie-Lys Travers, una de las hermanas enfermeras, quien les informó. Angelique Chartier murió virgen. En un

principio, Marie-Gillette d'Andremont se preguntó el porqué de aquella insistencia. ¿Acaso era mejor que hubiera muerto estrangulada que violada? Ella mismo había perdido su himen de muy buen grado y no se había arrepentido en absoluto. Sin embargo, tuvo la prudencia de guardarse sus comentarios. Pese a todo, lo que juzgó una mojigatería de la madre abadesa demostró ser una manifestación de agudeza.

—Así pues, ¿el móvil no ha sido un abyecto trastorno de los sentidos, una perversión carnal? — preguntó la abadesa tras la explicación de Marie-Lys.

Marie-Gillette pensó que le molestaba haber llegado a esa deducción, aunque enseguida descartó tal idea.

—¿Qué entonces? — continuó Plaisance de Champlois, perceptiblemente tensa—. No disponemos de pertenencias personales y

estoy convencida de que la cándida Angelique hubiera sido incapaz de lastimar o perjudicar a nadie aun proponiéndoselo. La venganza queda, pues, igualmente excluida. A menos que consideremos una posesión o una locura pasajera, no sé... —se giró hacia Marie-Gillette y, escrutándola, la interrogó de repente—: ¿qué opináis vos, hija mía?

La pregunta fue tan directa y, sobre todo, estaba

tan cargada de insinuaciones que esta última creyó ponerse como la grana.

—A fe mía... yo misma me pierdo en conjeturas.

—¿Os habéis percatado de que a menudo la resolución de un problema se agiliza cuando se ponen en común interrogantes y se aúnan fuerzas?

—Es cierto —admitió Marie-Gillette con voz apagada.

—Ya que ambas coincidimos, voy a

proponeros algo: nos sentaremos en mi despacho, ante una infusión de tomillo y lavanda, para reflexionar... de todo y de nada.

El tono reposado, inequívoco, de la abadesa denotaba que la susodicha «propuesta» era realmente una orden sin posibilidad de réplica. Marie-Gillette tembló al pensar en lo que se avecinaba. Se vería obligada a mentir. Otra vez. Sin embargo, aquella muchacha

a la que hasta entonces había considerado una chiquilla, la impresionaba. Los insondables ojos azules, la entereza, transmitían un extraño magnetismo. Daba la impresión de que la abadesa escudriñaba el pensamiento con la mirada.

Abandonaron las instalaciones de la enfermería, atravesaron los pequeños jardines y cruzaron el angosto pasaje encajado entre los baños y la escalera que conducía a los

dormitorios, y desembocaron en el claustro de Saint-Joseph, tras el cual se alzaba el palacio abacial. A pesar de su corta estatura, Plaisance de Champlois caminaba tan apresurada que Marie-Gillette a duras penas podía seguirla.

La infusión de tomillo, lavanda y canela se había enfriado en el cubilete de Marie-Gillette: el implacable frío que reinaba en el vasto despacho había engullido en

un santiamén el calor de su
bebida. Había confiado en
que la abadesa haría
encender un fuego.
Esperanza que pronto se
esfumó. La joven tiritaba,
contrayendo rítmicamente
sus dedos en el grueso
calzado, pensando si quizás
se los tendrían que amputar.
Detestaba aquella vida.
Hacía cuatro años que una
pregunta de gran calado le
rondaba la cabeza. Entendía
que las viudas, las
menesterosas, las

marginadas e incluso las rebeldes decidieran enclaustrarse. En cambio, ¿por qué las mujeres a quienes la fortuna había sonreído dotándolas de comodidades y riquezas renunciaban a todo para entregarse a una penosa vida de privaciones? ¿Únicamente podían amar y servir a Dios en la extrema pobreza? Ciertamente, no conocía la infancia de Plaisance de Champlois, pero la madre de Normilly y

la madre de Rotrou, su antecesora, habían disfrutado de una inmensa fortuna. Los ángeles habían bendecido sus cunas ofreciéndoles, sin contrapartida, todo lo que una criatura humana pudiera desear. Un misterio. Muchas de esas mujeres no dejarían de ser un misterio para ella.

—¿Estáis preparada? — le preguntó la abadesa ya más sosegada.

—¿Preparada? No la...

—Preparada para

contarme la verdad.

—No entiendo a qué os referís —replicó Marie-Gillette evasivamente mientras examinaba la composición de santos famélicos representados en la colgadura^[87] que pendía del muro, a las espaldas de la superiora.

—Os lo ruego, hija mía, no tenemos mucho tiempo. Angélique está muerta... y necesito averiguar la razón. Sabéis o... habéis visto algo que me ocultáis. Pondría la

mano en el fuego a que así es.

Marie-Gillette dudó un instante. Era un libro abierto para la abadesa. Sin embargo, de ningún modo iba a revelarle la verdad sobre su tumultuoso pasado. Optó por una confesión que no la delatará.

—Encontré una matraca en la nieve que escondí.

—¿Por qué?

—Estaba demasiado visible, como voluntariamente colocada

allí. Si un asesino hubiese querido dirigir nuestras sospechas al claustro de La Madeleine y a sus nuevos ocupantes, no podría haberlo hecho mejor. Y tras el motín aún resulta más fácil.

—Ya veo. En tal caso...

—¿En tal caso?

—No excluyamos a nadie a priori. Los gafos, algunos de ellos, han demostrado que podían depararnos sorpresas execrables.

—Ciertamente. Aun así,

debéis admitir que si el asesino de la dulce Angelique fuera un leproso, aparte de un monstruo, sería un torpe. Además, puesto que no ha sido forzada, ¿qué móvil le habría empujado a cometer tal abominación?

—La rabia contra todas nosotras. Una locura pasajera, qué sé yo... ¿Qué podría impulsar a nadie a acabar con la vida de ese tierno ángel? —Plaisance aguardó a su hija durante interminables segundos y

añadió hierática—: Marie-Gillette, si por temor o vergüenza callarais un secreto, os conmino a que me lo confiéis *ipso facto*.

—No, madre. De veras, no oculto secreto alguno — contestó la joven sorprendida de su aplomo.

Plaisance estaba plenamente convencida de que se estaba saliendo por la tangente.

—Podéis retiraros, hija mía. Quedáis al cargo de organizar las honras

fúnebres de nuestra querida hermana.

—¿Y el muladar?

—Vuestra faena de la semana puede esperar.

Marie-Gillette se cruzó en la escalera con Clotilde Bouvier, la religiosa encargada de organizar las comidas y la cocina, quien la miró desolada murmurando con tristeza:

—Pobre ángel mío.

Nuestra madre me espera.

Clotilde aún no se había sentado cuando la abadesa

inquirió:

—¿Y bien?

—Tengo los resultados de la discreta pesquisa que me ordenó realizar tras el levantamiento. Nos

encontramos ante todo un enigma —afirmó Clotilde con contundencia.

—Explicaos.

—He interrogado a todo el mundo: a las semaneras encargadas de dejar los víveres a las puertas de La Madeleine, a las ayudantes de cocina e incluso a las

fregonas^[88]. Hasta he zarandeado a algunas. Os lo aseguro, madre: las cestas estaban repletas al salir de la cocina, y repletas seguían cuando fueron depositadas en el pasaje que conduce al recinto de los leprosos. Melisende de Balencourt ha recabado allí algunos testimonios. Los gafos con los que ha parlamentado le han asegurado que el pan y el queso despedían un vomitivo olor a orines y que la pitanza no bastaba para

alimentar a veinte estómagos. Dicho de otro modo: bien están todos compinchados y se han concertado para engañarnos, bien... las hogazas, los pescados ahumados y las tortadas de anguila se han evaporado por arte de birlibirloque, lo que no alcanzo a entender. ¡Hasta los *mistembecs*^[89]! Les había hecho preparar un buen lote que hubiera amenizado cualquier almuerzo. ¡Esfumados! No

sé qué pensar, madre.

Cuando Clotilde se hubo marchado, la abadesa permaneció sentada tras el enorme escritorio, pensativa. Algo no cuadraba, se lo decía el corazón, aunque no llegaba a adivinar el qué. La dulce Angelique, pobre corderillo. Una extenuante fatiga la vencía. Su propia impotencia la exasperaba. No lograba deshacerse de un terrible presentimiento: pese a las apariencias, todo aquello tenía un sentido.

Todo aquello no había hecho más que comenzar.

Se levantó ayudándose de las bolas de cristal que adornaban los brazos del sillón y caminó hasta su habitación arrastrando los pies, luchando contra el vértigo. Cayó de rodillas aferrándose al borde de su estrecha cama y rezó prolongadamente por el alma de la pobre difunta. Le embargó una tremenda desazón. Todo aquello tenía un sentido. La muerte, el

asesinato tenían un sentido, turbio y cruel, aunque con su propia lógica. Y tenía que descifrarla. Había de averiguarla para castigar al o a la responsable. Y lo haría sin titubear, sin pensárselo dos veces. Cuando al fin se levantó, sus mejillas estaban cubiertas de lágrimas. Deslizó la mirada por la frágil Virgen blonda del lienzo que pendía sobre su lecho. De repente, comprendió: era a Marie-Gillette a quien habían

querido asesinar y esta última lo sabía. Si Angelique no hubiera llegado antes que ella al muladar, aún estaría con vida.

¿Se habría percatado la o el culpable de su error? Marie-Gillette d'Andremont era una víctima mucho más convincente que Angelique. Si uno se empleaba a fondo, podía leer la vida de las personas en su mirada. Y los ojos zarcos de Marie-Gillette aún reflejaban las heridas y marcas del pasado.

Plaisance de Champlois aún sentía el profundo malestar que la invadía desde que la jefa de cocina se marchase. Clotilde Bouvier había recogido testimonios fiables, de eso estaba segura. La corpulenta mujer, vigorosa y cordial, infundía respeto y no se dejaba embaucar.

¿Por qué aquella repentina avalancha de lamentables incidentes y trágicos acontecimientos, aparentemente inconexos?

La plácida monotonía de sus vidas se hacía añicos. Aquel universo hermético, imperturbable desde hacía un siglo, parecía estar sufriendo las violentas sacudidas de una fuerza arrolladora y maléfica. La joven abadesa suspiró y se acercó el pequeño escritorio, flanqueado por un tintero de cuerno. No le quedaba otra solución que pedir ayuda al brazo secular, es decir, al conde de Mortagne. Refrescó su memoria.

Aunque no lo conocía en persona, la fama de este, a veces dudosa, había llegado a sus oídos. Era un reputado espadachín, excelente cazador y un político astuto, por no decir ladino. Se decía que estaba versado en ciencias, por las que se apasionó en Tierra Santa, hasta tal punto que Roma llegó entonces a inquietarse por la sinceridad de su fe. Si no le fallaba la memoria, debía de rondar los cuarenta años, o algunos más, y hacía

ocho que tenía la condición de viudo. Corrían rumores de que la pena provocada por aquella viudez prematura lo había disuadido de contraer nupcias nuevamente. De ese primer matrimonio nació una hija, puede que dos, Plaisance no habría sabido decirlo con seguridad.

Comenzó a escribir con palabras deliberadamente neutras las turbulencias que recientemente habían convulsionado Clairets.

Irguió la cabeza al oír que llamaban a la puerta. Bernadine se acercó al escritorio con pasitos acelerados y le comunicó nerviosa:

—Un mensajero, madre... del conde de Mortagne.

Le entregó la misiva enrollada precisando:

—Está esperando en la antesala. Su señor aguarda vuestra respuesta.

Plaisance quebró el sello de cera.

Aimery, conde de Mortagne, le anunciaba que había sabido de los recientes tumultos acaecidos en la abadía estando él de paso no lejos de allí. Se sentía responsable de los mismos ya que los causantes habían sido los leprosos de Chartagne. Le suplicaba pues —con una esmerada cortesía velando una exigencia— que le brindara alojamiento, junto a su modesto séquito, durante unos días.

Plaisance compuso unas frases informando al conde de que sería un honor y un placer recibirle en breve, así podrían conocerse en mayor profundidad. La preocupación de la abadesa crecía a medida que la redacción avanzaba. ¿Se trataba de una extraordinaria coincidencia o acaso la conjunción de los últimos hechos indicaba algo más? Mortagne había logrado que el Rey y el Papa ordenaran el traslado a Clairets de los

leprosos, quienes se habían sublevado contra todo pronóstico. Las pesquisas que había encargado realizar demostraban que los cestos de víveres despachados cada mañana a los malatos eran metódicamente saqueados antes de ser recogidos por los enfermos. ¿Existía forma más eficaz de provocar un motín que matando de hambre a los potenciales insurrectos? Angelique acababa de fenecer y una matraca había sido

encontrada junto a su cuerpo. La abadesa tenía ahora la certeza de que aquel asesinato a sangre fría había sido un trágico error, y de que en realidad el blanco era Marie-Gillette. Lo que es peor, estaba segura de que esta última conocía las razones que habían motivado el homicidio. En cuanto a que el conde estaba «de paso», la joven no creía una palabra. No recordaba que hubiera visitado jamás a la señora de Normilly, la

antigua abadesa, su queridísima madre. A buen seguro, sus corceles no se amilanarían ante la distancia que separaba Clairets y el castillo de Mortagne, sin olvidar que el conde poseía grandes predios dispuestos—incluso deseosos—a acoger a su señor con los honores y la pompa que acostumbraba.

En definitiva: aquella inminente visita la inquietaba. Por otro lado, los sucesos sobrepasaban los

incidentes que Plaisance
había de subsanar
normalmente: hurtos
menores, alguna que otra
borrachera de laicos que
acababan a puñetazos,
muchachas encintas y luego
rechazadas, bebés
abandonados. Además,
quizás el conde resultara ser
un apoyo político en su
trifulca con Hucdeline de
Valezan, aunque lo dudaba.
Con todo, no podía de
ninguna manera disgustarlo
o, aún peor, ofenderlo.

Puso su sello sobre la hoja plegada y se la entregó a Bernadine, quien la contemplaba desde hacía rato.

—¿Estáis bien, madre? Quiero decir, teniendo en cuenta las tan penosas circunstancias.

Plaisance sonrió a la anciana que la secundaba con eficacia.

—Bernadine... Intento luchar contra un funesto presentimiento. Y no exagero mis palabras. Tengo

la horrible corazonada de que... lo peor está aún por llegar. Porte este mensaje, querida. Que preparen en la cocina un cesto de comida para el mensajero del señor de Mortagne. A continuación, pondréis sobre aviso a la hospedera así como a la ropera, la buena de Elise de Menoult, de la inminente llegada del conde y su comitiva para que dispongan los mejores aposentos de la hospedería. No conozco el número

exacto del cortejo. Respecto a la cocina, ya me encargo yo. A buen seguro, el conde Aimery no espera ser agasajado aquí con fastuosos y exquisitos manjares, pero intentaremos honrarlo suavizando nuestra habitual frugalidad durante su estancia.

Capítulo 14

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, diciembre
de 1306, por la noche*

La luna llena parecía diluirse en un cielo lechoso. Hermione de Gonvray había pedido permiso a la abadesa para salir a plantar de noche

semillas de hierbas cuyas virtudes terapéuticas variaban con las fases lunares. El oficio de apotecaria requería sólidos conocimientos sobre las propiedades de las plantas así como las dosis apropiadas con las que emplear los aceites, las esencias obtenidas por destilación o las hojas secas y raíces molidas; todo ello, sazonado con unas buenas nociones de botánica y cultura popular. Así pues, la

cosecha de las hierbas medicinales debía efectuarse en primavera, en verano o en otoño en función de los signos zodiacales que las influyeran. En enero el muérdago, en febrero las yemas de abedul y la corteza de sauce, en marzo las hojas de diente de león y de vincapervinca, en abril las raíces de valeriana, hiedra y ortiga blanca, y así hasta diciembre. Era preciso recoger las hierbas de San Juan antes del amanecer a

fin de conservar el rocío matinal. Algunas, como la verbena y la digital, solo podían cogerse con la mano izquierda. Hildegard von Bingen* aconsejaba dirigirse al haya en estos términos antes de cortarle las hojas: «Corto tu verdor porque purificas todos los humores que conducen al hombre a caminos erróneos...».

En verdad, Hermione no tenía la menor intención de plantar nada. Debía elaborar, en la mayor brevedad, un

preparado que mantenía celosamente en secreto. La eficaz receta había llegado a sus manos gracias a su madre, que a su vez la había recibido de una dama franca de Tierra Santa. Los trágicos acontecimientos acaecidos recientemente habían trastornado hasta tal punto la vida de las religiosas, que no había encontrado el momento de consagrarse a su clandestina obra. Debía actuar rápido. Si por desgracia alguien la

sorprendía, las pasaría moradas para encontrar una mentira lo bastante convincente como para salir del atolladero. Sintió escalofríos solo de imaginar el castigo que le impondrían si llegaban a descubrir la verdadera razón de su presencia en el *herbarium* a esas horas intempestivas. Sacó la miel que había solicitado en cocina para preparar sus infusiones y pociones, y las ciruelas secas que había escamoteado.

Exprimió el jugo negruzco en un cuenco de barro y a continuación le añadió el contenido del bote de miel. Cuando la mezcla se hubiera reducido a fuego lento sobre las brasas de la chimenea, incorporaría el resto de ingredientes y ya estaría casi listo.

Mientras tanto, se acomodó en el banco de piedra tallada bajo la única ventana del pequeño edificio donde preparaba, desde hacía años, los remedios que

curaban o calmaban los males —fueran más o menos graves— de las hermanas. Una tristeza lacerante le hizo cerrar los ojos. Siempre que se encerraba de noche a elaborar su compuesto secreto, esta volvía como una fiel sombra que acababa siendo tolerada. Tristeza por el pasado, por el futuro y por lo que nunca llegaría a ser. Un amargo y dulce peregrinar de la memoria la mantenía con vida. Era el recuerdo de Jeanne, como de

costumbre. Se sumergió en él... Jeanne, su hermana mayor. La buena de Jeanne, esa hermosa excéntrica, la única alegría de su triste infancia. Siempre cedía a los pequeños caprichos de su hermana pequeña. Fingiendo severidad, acababa cerrando la puerta de su cuarto, vistiéndola como una muñeca y poniéndole lazos en el cabello mientras le decía: «Eres la mar de coqueta, mi pequeña amiga. No debería ayudarte. Sabes

perfectamente que esto no está bien. Sin embargo, no puedo negarme a tus caprichos por mucho tiempo. Es un signo de debilidad por mi parte».

¿Cómo no había adivinado que bajo el adorable nerviosismo de su hermana mayor, bajo sus explosiones de júbilo por una nadería, un pájaro, una mariposa o una tormenta, se escondía un inquebrantable deseo...? y un abismo insondable. Jeanne amaba a

Dios con una inextinguible pasión. El amor que le profesaba Hermione era más comedido, pero su hermana no se ofendía por ello, solamente bromeaba canturreando: «Ya veras, carita de ángel. Un día, tu sorpresa no tendrá parangón con mi emoción. Un día, la revelación te iluminará y por el tiempo perdido rabiarás. Y a mí gracia me hará». Entonces, Jeanne la cogía entre sus brazos y la remolineaba hasta quedar sin

aliento. La «sorpresa» de Hermione no tuvo parangón con su infinito desconsuelo cuando vio cómo tendían el gélido cuerpo de Jeanne en la gran sala de estar de la casa solariega. Su larga melena alisada por el agua formaba un elegante lienzo. Desde ese día, el abatimiento hundió a su madre en un sepulcral mutismo. En cuanto a su padre, había encontrado la única explicación que le permitía seguir viviendo:

Jeanne se había resbalado en la orilla por culpa del musgo. La profundidad del agua había hecho el resto. Sin embargo, Hermione conocía la verdad: Jeanne, prometida en matrimonio años ha, no podría ingresar en el convento como tanto anhelaba. Había elegido la única escapatoria posible para no disgustar a nadie. Sin odio ni pena y sin más dilación, se había reunido con el Amor que la embriagaba. Libre de todo

temor, se había recostado en el lecho del río, esperando que su Dios amado viniera por fin a buscarla.

Las lágrimas asaltaron los ojos de Hermione. ¿Por qué no lo había adivinado? ¿Cómo no había presentido que Jeanne no permitiría que nadie la separara de su Amor divino?

Un olor caramelizado la extrajo de su preciado suplicio. Se levantó de mala gana y retiró el cuenco de la lumbre. A continuación,

sacó del armario distintos saquitos de yute y un par de pequeños frascos con una etiqueta colgando, donde había dibujado un dalle rojo con objeto de advertir acerca de su extrema toxicidad: agrimonia, lirio, polvo de espino, cicuta mayor y cólquico.

Henriette Viaud se despertó sobresaltada, el corazón saliéndole del pecho. Su camisa estaba empapada de un desagradable sudor pese

al frío reinante en el dormitorio de La Madeleine. La pausada respiración de Claire, que dormía tras la cortina anexa, le atacaba los nervios. Una horrible pregunta volvía a rondarle la mente por centésima, por milésima vez. ¿Había tenido Claire algo que ver con el asesinato de la afable Angelique? Se arrepentía con todo su ser de las mezquinas fechorías cometidas contra su pobre hermana: la orina en el

colchón, la babosa de su media. Ciertamente, todo aquello formaba parte del plan diseñado por Claire para convencer a Angelique de su estima y de los feroces celos de Henriette.

No, Claire nunca hubiera... Eso jamás. Si bien era cierto que podía llegar a ser tan cruel, tan feroz a veces.

Le asaltó el recuerdo de aquel día de sofocante calor, cuando trabajaban sudando la gota gorda en el

hortus^[90]. Claire le había confesado serena, casi jovial: «¿Sabes qué? Lo que quiero para nosotras va más allá de la venganza. No busco en absoluto el diente por diente, ni desquitarme del mal que me han, que nos han causado. Es mucho más simple: mi dolor marcará el límite. Si he sido capaz de soportarlo, los demás también lo serán. Si he sido capaz de resistirlo, ahora me pertenece y tengo derecho a administrarlo. No infligiré

más dolor del que haya padecido. Ni más ni menos».

Claire no había padecido la muerte —aunque le hubiera faltado poco— y, por tanto, no la daría. Con todo, y si... Rezó para sus adentros: «Que Claire no esté implicada en la muerte de Angelique, os lo suplico».

Capítulo 15

*Bosques de
Clairets,
Perche, enero de
1307*

Aimery de Mortagne quiso hacer un breve alto en el camino a menos de una legua de su destino. El cansancio del viaje a caballo

tuvo mucho que ver en el deseo del conde por estirar las piernas. Ahora que el plan urdido hacía ya tiempo daba sus frutos, se sentía extrañamente inseguro. El repentino fallecimiento de la madre de Normilly, antigua abadesa de Clairets, lo había hundido en una profunda turbación.

La jovencísima Plaisance de Champlois, ahijada de Clemente V e hija espiritual de la difunta Catherine de Normilly,

había sido elegida abadesa por el capítulo, algo apremiado por una autoritaria recomendación del Papa. Este nombramiento, cuando menos apresurado, no se acomodaba a los intereses de Mortagne. Apenas sabía nada de aquella muchacha, una niña aún, cuya fe, resolución e inteligencia recibían no pocos elogios. Ahora bien, la inteligencia es insuficiente cuando no se conciba con la experiencia.

Cuántas leyes establecidas hay que bordear, a merced de las circunstancias humanas, mientras que la inteligencia recomienda su aplicación.

Desde entonces, Aimery de Mortagne había avanzado a paso corto, tascando el freno, sabiendo que razón y precipitación raramente hacen buena liga. Hasta aquella... conminación del Papa a la abadía de Clairets: acoger a unos cincuenta internos de la malatería de

Chartagne, desbordada por la afluencia de leprosos. Felipe el Hermoso se había apresurado a secundar dicha orden; no le costaba nada, mientras que, a cambio, esperaba mucho del soberano pontífice: la unión de las dos grandes órdenes de soldados —el Temple y el Hospital— bajo el mandato de su hijo Felipe, con la intención de atarlas corto, sin olvidar el proceso contra la memoria de Bonifacio VIII. Pero, ¿por

qué y quién había afirmado que el conde había requerido el antedicho traslado?

Mortagne chascó la lengua enojado y arrojó un puñado de hojas secas a la pequeña hoguera.

—¿Puedo ayudaros en vuestras silenciosas deliberaciones, monseñor?

—¡Ah, Malembert, mi tan querido Malembert...! Me pierdo en este fárrago. ¡Pardiez! ¿Qué significa todo esto? Solo tres personas conocen la verdad: tú,

Michel y yo. Aunque olvidaba a Guillaume de Beaujeu, Gran Maestro de la Orden del Temple, a quien teníamos que hacer llegar la repulsiva alforja obtenida en Acre, y a Beranger de Normilly, nuestro intermediario. Apostaría mi alma por vuestra absoluta fidelidad y la del señor de Normilly. En cuanto a Beaujeu, gracias a la suma discreción de Normilly, nunca supo quién deseaba obsequiarle con tan extraño

y horrible presente. Por muchas vueltas que le dé al asunto... A menos que aquel vendedor haya hablado del hallazgo que le compramos hace ya una eternidad, al menos así me lo parece... Lo han podido seducir con una recompensa o amenazarlo.

—¿Después de tanto tiempo? Lo dudo mucho, mi señor. Si se hubiera ido de la lengua, ya hubiéramos sufrido las consecuencias.

A Etienne Malembert

volvió a asaltarle la imagen que le perseguía desde hacía años. El mercader armenio quiso gritar, pero el corte decidido de la hoja de Michel ahogó su alarido. Se desplomó lloriqueando como un niño indefenso, tratando de contener el mar escarlata que le brotaba del cuello.

Ocultaron la verdad a Aimery de Mortagne por su propio bien. Jamás la sabría. Su responsabilidad y su obligación consistían en

valerse de todo y hacer lo que fuera para proteger al conde, a quien acunó en su regazo siendo un retoño. Lograr dicho cometido era su única recompensa, y nunca faltó a su deber. De nada importaban los aciagos recuerdos que podría haberse ahorrado.

—Tienes razón, como de costumbre —suspiró el conde—. En tal caso, el misterio se hace aún más inexplicable. Tendrás que ingeniártelas para avisar a

nuestro... compinche, el gafo Jaco, de que su amada Pauline está libre y en óptimo estado de salud. A lo que añadirás que ahora es ropera y está directamente bajo mi protección. Nos ha prestado un buen servicio, ¿cierto?

—Excelente. El motín nos proporciona una excusa perfecta para intervenir en la abadía y sin que mujer alguna, monja o no, haya salido malograda ni se haya profanado ningún lugar

santo. Un bonito trabajo... Bueno, sin duda a esas pobres religiosas les habrán temblado las carnes, pero ninguna ha sufrido la menor vejación.

—Estupendo. Ha cumplido con su parte del trato. Nosotros ya cumplimos la nuestra por adelantado, que lo sepa ahora pues.

—Colmaréis sus más anhelados deseos. Ama a su Pauline.

—Y ella se lo merece.

—Sin embargo, la muchacha a punto estuvo de entregar el alma por ese amor.

—¡Qué tontería! Para eso estaba yo allí —bromeó Aimery—. No iba a permitir que vapulearan públicamente a una bonita esposa enamorada, aunque fuera culpable de las rapiñas irrisorias de las que estaba acusada. Lo cual era el caso. El hambre es mala consejera y, por amor, una mujer es capaz de realizar las proezas

más admirables, y también las más absurdas.

—Me parece estar viendo a vuestro padre. Siempre mostró por el pueblo llano, incluso por los terrazgueros, una debilidad que nunca se le pudo reprobar. Sin duda se benefició de las pasiones de damas y de las que no lo eran tanto, pero en cualquier caso, nunca las obligó.

—¿Tanto me parezco a él?

—A veces... y eso es

bueno. Sentí una profunda admiración por el difunto conde Raymond. Con todo, no poseía (sin querer ofenderos) facilidad de pensamiento y palabra. Bien es cierto que antiguamente la vida no era fácil. Había que ser valiente e íntegro y no temer a la muerte o a algo peor.

—Como también hay que serlo hoy en día, ¿no crees?

—En efecto, aunque también es necesario ser

ducho en el manejo de armas que vuestro padre y abuelo hubieran despreciado: la estratagema, el conocimiento de las debilidades de espíritu del contrincante. Así, vuestro padre y el padre de vuestro padre hubieran llegado a Clairets escoltados por su baile y sus soldados en lugar de apostarlos cerca de la abadía a espaldas de todos... O debería decir de todas.

—Es cierto. Y se habrían equivocado. No deseo hacer

alarde de nuestras fuerzas. Al menos mientras desconozca por completo a quién me enfrento. Por ello, Ecluzole y sus hombres aguardan en las inmediaciones de Saint-Jean-Pierre-Fixte. Llegado el caso, intervendrán a nuestra señal.

Retomando el motivo de su venida, Aimery dijo:

—Un gran cataclismo ha azotado Clairets. Plaisance de Champlois es parca en palabras. Sin embargo,

percibo su inquietud en la elección de las mismas, tan... pías, nunca mejor dicho. Si excluimos el levantamiento, puesto que somos los promotores, seguimos teniendo dos cadáveres, uno de los cuales parece ignorar la abadesa. Por un lado el de la recién ordenada monja, una tal Angelique no sé qué, y por otro el cuerpo carbonizado que los hombres de Charles d'Ecluzole, mi baile, hallaron no lejos de la

cabaña del cazador de la misma abadía de Clairets. Ecluzole ha hecho sus averiguaciones. El cazador fue reemplazado enseguida por un supuesto primo, quien había acudido a sustituir a su pariente mientras este último se recuperaba de una herida. ¡Una herida imponente, en verdad! Le ha dejado reducido a un montón de pellejo ennegrecido y huesos. A lo que hay que añadir la orden que recibí

del Rey de trasladar cincuenta leprosos; traslado que, según han informado a las bernardas, fue solicitado por mi persona. Creo que todo está demasiado bien urdido como para ver únicamente una serie de meras coincidencias.

—¿Revelaréis a la abadesa la verdad sobre esa orden?

—¿Y tener que plantar cara en solitario a Roma y al Rey? Es demasiado para un solo hombre, ¡incluso para

uno sagaz como yo!

—¿Qué sabéis de esta extraña trama, como la habéis llamado, monseñor?

—Me gustaría tener la respuesta a esa pregunta, mi querido Etienne. Sin embargo, lo poco que sé es bastante inquietante. La arrolladora ofensiva que hizo caer Acre costó la vida a Guillaume de Beaujeu. Esto ocurrió menos de un año después de nuestra partida y de que nos hiciéramos con la famosa

alforja. Lo deseé... Confieso haber deseado su destrucción y sin lugar a dudas confié en ella. El fallecimiento de Beranger de Normilly me puso sobre aviso. Tengo grabada en la mente cada frase de la misiva que me hizo llegar días antes de su muerte. ¿Te acuerdas?

—En sustancia. Pedía vuestra palabra de que la destruiríais tras haberla leído.

—Lo que cumplí. La

torpe caligrafía era la de un hombre moribundo que hacía un último acopio de fuerzas. Algunas oraciones no tenían ni pies ni cabeza, hasta tal punto que me pregunté si la agonía no le habría trastornado la mente. Aun así, las recuerdo como si las estuviera leyendo por primera vez. Beranger de Normilly había escrito:

 Mi preciado amigo:

 He de apresurarme. La muerte se me anunció ayer, al crepúsculo vespertino. Una

muerte urdida. El fin que me espera, por muy terrible que sea, cierra un ciclo. No pretenderé haberlo previsto así. No obstante, tampoco me sorprende.

Tras haberos solicitado que relegarais todo al olvido, ahora os imploro que despertéis vuestra memoria. Siguiendo los consejos de mi buen amigo, el pobre difunto Francisco de Arévalo, guardé en mi poder la alforja que me confiasteis, aun habiéndome comprometido a entregarla al señor de Beaujeu. Francisco de Arévalo ya no está entre nosotros. He de confesaros, querido amigo, que su inesperado deceso fue tanto una sorpresa como un duro

golpe para mí. Quizás recordéis que su hijo, Alfonso, es el ahijado de Catherine, mi bien amada esposa.

Por la amistad que os profeso, no os revelaré los pormenores de esta siniestra aventura que me pintaron como una gloriosa batalla. Mentía. Todos mentían. ¿Quién mentía? Un joven Jean de Valezan quien ya tensaba la trama desde detrás de la colgadura. Me embaucaron su falsa piedad y su fingida pureza.

Pronto comprendí que si entregaba la bolsa, mi vida pendería de un hilo. Lo que hubiera podido aceptar. Empero, era evidente que en su celo por proteger su secreto alcanzarían también a mis

seres queridos, incluyendo a mi querida esposa. El único modo de defenderla era amenazarles con dar la alforja a Felipe, nuestro rey. Quizás ese chantaje nos valió la tregua de la que disfrutáramos y que ahora toca a su fin.

¿Por qué se han decidido finalmente? ¿Ha librado Valezan la orden de *herbolarme*^[91]?

Lo ignoro. Os confieso el terror que me inunda al imaginar el destino que le tienen reservado a mi viuda. Le he entregado un cofre herméticamente cerrado que guarda la bolsa de Acre, bajo promesa de que jamás examinará su contenido. Espero con esto preservarla de

lejos.

Oso esperar que por lo que conocéis de mí sigáis teniéndome por hombre de honor. Por mi alma y ante Dios, con quien pronto me reuniré, os doy mi palabra: nunca falté a mi deber. Fue la misión encomendada la que se reveló desleal.

Espero me excuséis por no aportarros más detalles. Lo hago pensando en vuestra seguridad.

Mis ojos se cierran y mi mente se nubla. Os pido, querido compañero, que veléis por mi esposa lo mejor que podáis. Ella sabe que sois amigo. Si os veis en la necesidad, tomad el cofre y entregadlo en mano a Felipe, nuestro rey.

A buen seguro le será una valiosa ayuda en la guerra póstuma que sostiene con Bonifacio VIII*.

Os deseo una dichosa vida plagada de honores, amigo mío.

Vuestro siempre devoto y eternamente agradecido,

Beranger de Normilly.

—De esto hace once años —continuó Mortagne—. A mi parecer, la pronta nominación de Catherine de Normilly a la cabeza de Clairets no fue casual y no puede explicarse tan solo

por su valía, la cual era innegable. Era una manera como cualquier otra de mantenerla en silencio y cerca.

—Estáis convencido de que empujaron a la tumba a la señora de Normilly.

—Cada día que pasa estoy más seguro de ello.

—En tal caso, ¿por qué han tardado tanto en darle muerte?, ¿por qué haber esperado diez años?, y ¿por qué emprenderla con la otra monja?

—¡Qué sé yo! Repaso esta historia, una y mil veces, sin avanzar una pulgada* en mi intento por comprender. Como colofón, la madre de Champlois, quien sucedió a la madre de Normilly, no es otra que la ahijada de Clemente V.

—¿La señora de Normilly mencionó el cofre alguna vez en vuestra frecuente correspondencia?

—Nunca. Habíamos decidido, por su seguridad, encontrarnos únicamente en

caso de extrema urgencia. Y así lo hicimos. Jamás volví a verla. Me hacía llegar breves cartas tranquilizadoras por mensajero, a las que respondía de igual forma.

—¿Sospecháis que la nueva abadesa esté implicada en los... acontecimientos de alguna manera?

—Una vez más, confieso mi ignorancia. Si bien, estamos ante un cúmulo de coincidencias que es cuando menos perturbadora. Vamos,

mi buen Malembert. A los
caballos. Nos aguardan.
¡Ah!, lo olvidaba: te
presentaré como mi médico.

—¡Cielo santo, cuánto
honor! —ironizó Etienne—.
¿Y cómo voy a aparentarlo,
yo que apenas puedo señalar
dónde se encuentra el hígado
o el corazón?

—Mirando con desdén y
diciendo cosas
incomprensibles para tu
coleto. ¿No es eso lo que
acostumbran a hacer los
médicos laicos?

Capítulo 16

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, enero de
1307*

Claire Loquet se debatía entre el asco y una especie de malsana excitación. Las últimas lluvias diluvianas habían originado la crecida

de los arroyos vecinos. Los zuecos se le hundían en el barro. Pese a la humedad glacial imperante bajo las bóvedas, estaba transpirando.

Lanzó una mirada de desprecio al hético cuerpo que yacía desnudo sobre el suelo de tierra batida del sótano. Una ganga ocre como el cieno le subía hasta los hombros. Los huesos se traslucían bajo el cráneo rapado y la ondulante luz de las antorchas lamía

intermitentemente los omóplatos salientes, las nalgas consumidas y la espalda cenicienta, marcada por el fuego de las cadenas.

Un gemido ascendió del esqueleto viviente:

—¡Sigue, no te detengas! He pecado, he pecado tanto. ¡Golpea, extirpa el mal!

La saliva se acumulaba en la boca de Claire, quien luchaba contra las ganas de vomitar que le ocluían la garganta. Se aferró al odio

que le inspiraba aquel peleele demente, aquella mujer que no conocía más dolor que el que ella misma se infligía periódicamente. El delirio de Melisende de Balencourt se impacientaba.

—¡Golpea, te he dicho!
¡Más fuerte! No siento el humor demoníaco escapar de mi ser. Hazme sangrar y mañana tendrás doble ración.

Su voz murió en un penoso y exaltado gorgoteo.

—Hay que fustigar la

carne. Impía... Mortificarla hasta que ceda...

Henriette y ella comerían hasta la saciedad. Claire apretó la mandíbula y alzó la disciplina^[92] para azotar con todas sus fuerzas la lacerada espalda, una y otra vez.

Subió al dormitorio temblando de la náusea. Finalmente había corrido la sangre y la priora Balencourt se había desvanecido.

Claire estaba segura: la priora esperaría dos días antes de aplicarse un

ungüento sobre las heridas con el propósito de sufrir el mayor tiempo posible sin llegar a correr el riesgo de una infección fatal; ya que si perecía, ¿qué sería del oscuro deleite del castigo?

Al sellar el despreciable pacto, la joven se había preguntado qué empujaría a la priora de La Madeleine a tal apetencia de dolor. ¿Qué delito había cometido para martirizarse de aquella manera? Más tarde dejó de preguntarse, puesto que si

Balencourt se recreaba con las torturas y humillaciones que Claire le infligía, ella bien que sabía prodigarlas. El número de víctimas del mal que la carcomía era incalculable, así que ¡ya podía reventar aquella maldita vieja loca! ¿Qué tendría que hacer con tal de que Henriette y ella estuvieran a salvo y escaparan de allí para poder arrancarle a la vida lo que esta les había negado?

La llegada del conde de Mortagne y su médico, justo después de sexta, despertó la curiosidad de algunas, aunque la disimularon rápidamente. Era la primera vez que Plaisance de Champlois recibía invitados desde su nombramiento, y fueron muchas las que percibieron un nexo entre dicha visita y los recientes sucesos.

La joven abadesa los acogió con gran atención,

interesándose por el viaje, el cansancio, informándose sobre el buen estado de salud de la familia del conde y sobre las últimas cosechas. A continuación, insistió en honrar a los huéspedes ordenando llevar la comida al palacio abacial, a una recogida habitación que había hecho caldear únicamente para su confort.

Después se despidió.

—Os dejo descansar y refrigeraros en paz tras luego de vuestra agotadora

cabalgada. He de acabar varias tareas perentorias, espero sabréis perdonarme. Estoy convencida de que la hermana encargada de las comidas os ha reservado gratas sorpresas. Echa en falta la presencia de invitados. Así puede hacer gala de su talento con vos mucho mejor que con nosotras, habida cuenta de que la frugalidad es nuestra regla —añadió con una sonrisa cómplice.

No obstante, su

cordialidad no engañó a su invitado de honor. Sus ojos celestes, que no se despegaban de él, lo examinaban desde su llegada.

Efectivamente, pese a ser día de vigilia^[93], Clotilde Bouvier se había superado. Una copa de hipocrás, acompañado de nueces y pasas, sirvió para distender a los viajeros en el primer servicio. A una sopa de guisantes al vino agrio y al ajo, cuyo sabor no había

malogrado la ausencia de panceta, le siguió el tercer servicio, compuesto de un estofado de anguilas con aderezo de ortigas y vinagrera^[94] y una guarnición de *verdurette*^[95]. Clotilde, contando con el voraz apetito masculino, la había acompañado de un puré blanco de puerros y leche.

El postre, una tortada de ciruelas pasas y especias, ponía la guinda a la comida de la que se había excluido

la sobremesa^[96], a fin de recordar la obligada austeridad.

Mortagne y Malembert comieron de muy buena gana, como soldados que habían conocido el hambre.

—Diantre —soltó el conde aplicándose a fondo en terminar su rebanada de pan de leche y nueces—, nos han dado un trato digno de príncipes.

—No me puedo quejar. La larga marcha a caballo me ha abierto el apetito.

¿Cómo vamos a proceder, monseñor?

—¡Ah... espinosa cuestión! Tú te encargas de Jaco y de inspeccionar, yo del resto. Primero, he de sondear a esa púber abadesa.

—¿En qué habéis pensado?

—¡Paciencia, mi estimado amigo! Apenas hemos cruzado con ellas unas palabras. Según yo creo, nos ha ofrecido un festín para darse tiempo de reflexionar una vez vistas

nuestras caras. Por el momento, no me he formado ninguna opinión sobre ella. Estoy esperando nuestro primer encuentro de verdad.

Un discreto golpe en la puerta les hizo callar. Una anciana asomó la cabeza y dijo:

—Soy Bernadine, la secretaria de nuestra madre abadesa quien se pregunta si todo ha sido de vuestro agrado.

—Nos habéis obsequiado con un auténtico

banquete.

—¿Habéis terminado vuestro almuerzo?

—Por completo, y diría que lo hemos devorado.

—Nuestra madre os espera. Si ya estáis listo, permitidme que os conduzca a su despacho. Eh... Me temo que las cuestiones que sin duda abordarán, no serán de gran interés para vuestro médico. Por tanto, he pensado que una visita a nuestra biblioteca, donde podrá hallar multitud de

valiosas obras, le distraería en mayor grado.

Malembert lanzó una mirada cómplice al conde, quien respondió como si se hubiera tragado aquella estratagema tan evidente:

—Es muy amable de vuestra parte. Vamos, mi querido amigo, seguid a vuestra atenta guía. Apuesto a que descubriréis tantas maravillas que no volveréis antes del anochecer.

Etienne se levantó ligeramente divertido por la

falta de sutileza de la gentil secretaria, quien a buen seguro se había devanado los sesos para hallar tan lamentable pretexto. Así pues, tendría que esperar a la noche para que Aimery de Mortagne le narrara los detalles de su entrevista con la abadesa.

Cuando Bernadine le hizo entrar, antes de regresar para acompañar a Malembert cual carabina, un espléndido fuego rugía en la chimenea. Mortagne estaba

seguro de que tal concesión de confort se debía a su visita.

Plaisance de Champlois lo recibió con una sonrisa y rodeó el amplio escritorio para conducirlo hasta su asiento. La intensa mirada de aquella jovencita lo dejó atónito. Probablemente

había llegado a la abadía de muy niña para nunca volver a salir. Sin duda alguna, se trataba de la hija menor de una humilde familia numerosa. Una oblata^[97], tal

vez. Le invadió una mezcla de fatiga y enojo. ¡Y pensar que iba a tener que abordar cuestiones tan delicadas con una chiquilla cuyo mundo se limitaba a aquellas murallas de piedra arenisca! Vaciló. ¿Cómo actuar? ¿Debía dar la primera estocada so pena de exponerse o avanzar con pasos contados? La abadesa se le adelantó:

—Vuestra misiva me ha quitado un gran peso de encima, monseñor. Si os soy sincera, no ha hecho más

que anticiparse en pocas horas a la que pretendía haceros llegar.

Plaisance lo examinó a hurtadillas. Alto, ojos color gris plomo y cabello rubio ceniza a media melena, a la moda de la época. Aun disponiendo de pocas referencias masculinas que confirmasen su impresión, Plaisance se dijo que el conde debía de ser lo que se suele llamar un adonis. Cada uno de sus gestos estaba impregnado de una gracia,

una fluidez desconcertante viniendo de un espécimen cuya atlética delgadez dejaba entrever su energía y fuerza física. Pero fueron sobre todo los grandes ojos almendrados de Aimery de Mortagne los que llamaron su atención. Tenía una mirada de fiera al acecho.

—Han llegado a mis oídos rumores de los últimos acontecimientos. Estaba preocupado por vuestra seguridad. Y para colmo de mi inquietud, me entero del

asesinato de una de vuestras hijas.

—Un estrangulamiento.

¡Pobre ángel mío!

—¿Tenéis alguna pista sobre la identidad del criminal?

—Hemos encontrado una... y nos preguntamos si no nos la habrán dejado cortésmente a la vista.

—Madre, no comprendo...

—Hemos encontrado una matraca de leprosos no muy lejos del cadáver. Una

jugada perfecta si alguien hubiera querido desviar nuestras sospechas hacia los enfermos recién llegados de vuestra malatería. No os ocultaré que vuestro deseo de reducir el hacinamiento de Chartagne (deseo que puedo entender) me ha puesto en una situación delicada.

Aimery de Mortagne titubeó de nuevo. Presentía que tras aquella amplia frente juvenil había mucho más. Sin embargo, la

abadesa era también ahijada del Papa, y por ende, un peligro en potencia.

—Vuestro padrino, nuestro Santo Padre, ha aprobado el traslado.

Ella lo observó largos instantes, con semblante grave y labios apretados. El conde se preguntó si la habría disgustado y si estaría reprimiendo palabras contrariadas. La respuesta de la abadesa le daría la razón, aunque no tal y como lo había imaginado.

—¡Santo cielo! Me machacan los oídos desde hace tanto tiempo con esa historia de la parentela bautismal que me tienen mareada. Es cierto que mi madre es prima lejana de monseñor de Got. Con todo y con eso, ¿tenéis idea de cuántas ahijadas puede llegar a tener un prelado, y aún más un papa, a lo largo de su existencia? Varios cientos, a veces incluso más, a las que no verá en la vida. El padrinazgo, a menudo, no

es más que un gesto de estima o reconocimiento por una familia aliada, cuando no se trata simple y llanamente de una mera concesión política. Por tanto, conozco a Clemente V tanto como vos, y dudo mucho que recuerde siquiera mi nombre. Curiosamente, dichos lazos no me han valido hasta ahora más que sospechas de estar en connivencia con el poder papal.

Mortagne estuvo a punto

de responder que la sabiduría recomendaba alejarse de los grandes poderosos, pero cambió de idea. Desde el principio del encuentro, luchaba contra el deseo de confesarle la verdad, al menos la que él sabía. Una especie de instinto le empujaba a ello, empero, estaba acostumbrado al poder y a sus perversiones, y eso aún lo frenaba.

—Así pues, encontrasteis una matraca.

¿Quién era la víctima?
¿Fue...? En fin, me
refiero...

—Seguía siendo virgen,
me lo han asegurado —
respondió Plaisance en tono
aséptico—. Se llamaba
Angelique Chartier y
acababa de tomar sus votos
definitivos. Una hermana
adorable, cariñosa y alegre.
Un rayo de luz. Además, era
muy hermosa.

—¿Pensáis que su
pasado laico ha podido...?

—No tengo constancia

alguna. Aun así, lo dudo mucho. Angelique se unió a nosotras siendo muy joven. Su devoto padre, un influyente burgués de Nogent, piadoso y discreto, siempre la había protegido, «mimado» sería el término exacto. En mi opinión, no era del tipo de hombres que va granjeándose enemigos. En cuanto a su hija... incluso haciendo un alarde de imaginación, no la veo provocando ningún rencor, por muy pequeño que sea. Si

la concupiscencia tampoco ha sido el móvil, solo nos queda... un misterio.

Mortagne tuvo
repentinamente la clara
impresión de que la abadesa
se encontraba en su misma
tesitura: estaba tanteando el
terreno con prudencia,
preguntándose si debía
brindarle su confianza y
abandonarse a las
confidencias. Se estaba
guardando información,
habría puesto la mano en el
fuego.

La priora del claustro de Saint-Joseph, Hucdeline de Valezan, cerró el relicario de plata ricamente labrado que contenía un mechón de cabellos pertenecientes a Luis IX el Santo, canonizado por Bonifacio VIII diez años^[98] atrás. Suspiró, satisfecha de su inspección mensual. Después de todo, se trataba de un lujoso obsequio de su hermano Jean para celebrar sus votos en la abadía de Clairets, y

velaba personalmente por que la bolsita de cedro y mirto oliera en todo momento y así evitar que algunos insectos pudieran verse tentados por los santos bucles.

Flanqueada, como de costumbre, por Alienor de Ludain, la superiora, abandonó la sala de las reliquias. Las dos mujeres atravesaron el claustro con paso lento y digno, en dirección a sus dependencias. Alienor

advirtió que Aude de
Cremont avanzaba
bordeando la pared del
refectorio y tiró de la manga
a Hucdeline mientras
murmuraba:

—Está sola. Quizás
deberíamos...

—Tenéis razón, querida.
Apresuremos el paso.

Alcanzaron a la tesorera,
quien se detuvo a saludarlas
fingiendo sorpresa:

—Estaba tan absorta en
mi meditación que ni
siquiera os he visto. Os

presento mis excusas.

—En absoluto —sonrió Hucdeline—. Nosotras os pedimos disculpas por esta interrupción.

—Al contrario, os estoy muy agradecida —añadió con astucia la tesorera—. Mis pensamientos se ensombrecían por momentos.

—¿De veras? —dijo Alienor viendo el cielo abierto.

Aude de Cremont había captado rumores que se

propagaban a toda velocidad. Se cuchicheaba en secreto. Por lo que había llegado a sus oídos, cada palabra de la priora destilaba una bilis apenas cubierta de miel. El coloquio que se avecinaba la divertía de antemano.

—¡Ya lo creo! Se diría que todas las plagas del cielo se abaten sobre nosotras — comentó con voz tensa.

—¡Cuando pienso que nuestra santa madre ha podido ser víctima, perecer

bajo los golpes de una horda de escrofulosos montados en cólera! —lamentó

Hucdeline, cuyo discurso, lleno de falsa inquietud, estaba admirablemente preparado.

—¡Qué valor...! En fin, es la palabra que se me ocurre... Me parece que si nuestra estimable apotecaria no hubiera acudido en su auxilio... ¡Qué herejía! Cuando una lo piensa... —añadió Alienor.

—Cuánta razón tenéis —

aprobó Aude en tono
afligido.

—Qué se le va a hacer...

—comenzó a decir
Hucdeline vigilando a su
nueva presa—. A nuestra
madre no le cabe el corazón
en el pecho, y eso será su
perdición, os lo aseguro. La
señora de Normilly, nuestra
antigua abadesa, habría
luchado a capa y espada
contra esta decisión de
traslado, cuya arbitrariedad
es solo comparable a su
imprudencia. ¡Oh! Por

supuesto, este comentario no va dirigido al Rey, y aún menos a nuestro venerado Santo Padre, sino a ese conde de Mortagne. Su arrogancia frente al clero es notoria... y sospechosa, si queréis mi sincera opinión —añadió frunciendo el ceño—, impone su voluntad como si de nuestro dueño y señor se tratase. ¡Y he aquí que nuestra querida madre, toda bondad y clemencia, le rinde honores de invitado de excepción!

—A mí también me ha sorprendido su llegada — asintió Aude.

Como buena estratega, se las apañaba para formular únicamente frases lo bastante vagas como para impedir a Hucdeline cualquier futura distorsión. Manipuladora consumada, apreciaba la falsedad de la priora. La visita del conde de Mortagne suponía para ella tan solo un artificio más que le permitía insistir en el hecho de que la juventud de

la pobre Plaisance de Champlois le impedía estar a la altura de su abrumador cometido, el cual la colocaba directamente bajo la autoridad papal. Tolerar otras órdenes distintas de las del Santo Padre significaría rebajarse. En cuanto al conde, al lado de la madre abadesa de Clairets, a quien ni siquiera un rey podía exigir obediencia, era un simple pelagatos. Los ardides de la política no tenían ningún secreto para

Aude de Cremont, la adorada hija única de un senescal real de Saintonge, cuyo fallecimiento prematuro la había empujado a ingresar en la vida monástica. Recordó una conversación con aquel gran hombre jovial.

Aquella noche, Gauzelin de Cremont le cepillaba el pelo mientras le contaba una historia, grata costumbre que por nada del mundo habría cedido a una sirvienta.

—Sabed, mi hermosa

niña, que la política es como la mujer amada a los ojos de un pretendiente abatido. Cualquier medio es válido para convencerla de la pérdida que le supondría si su adorador llegara a cansarse. La mentira se convierte en halago, el halago en cumplido, el cumplido en cortesía de buen gusto. El objetivo de esta cascada de metamorfosis es hacer creer a la mujer deseada que dicho anhelo procede de ella. De

este modo, ella lo enardece con retiradas tan solo fingidas. Entonces se vuelve imprudente y avanza un paso. Y poco a poco, llega a donde vos pretendéis conducirla. Pero cuidado, tanto en amor como en política, es conveniente que la manipulada nunca llegue a saber tal condición, pues si no podría reservaros un golpe de gracia.

—Así pues, mi bien amado padre, ¿jamás debemos enseñar todas las

cartas?

—Sí... pero solo en un caso: cuando, bien considerado, la dama ha dejado de sernos interesante.

—¿Y en política?

—Qué lista sois, amiga mía —había reído él, orgulloso de su precoz inteligencia—. La misma lección vale: podréis mostrar todas las cartas cuando la otra parte haya dejado de interesaros... Si bien, debéis aseguraros de que nunca dispondrá de medios para

hacer que os arrepintáis.

El susurro de Alienor de Ludain la trajo al momento presente:

—Están sucediendo...

En fin, creo poder afirmarlo, salvo que esté cometiendo un craso error... Están sucediendo cosas muy extrañas.

—Extrañas y asaz inquietantes —encareció la priora de manera categórica.

—¿Qué me decís? —murmuró Aude a su vez, el semblante asustado.

—Se descubrió... Esa tal Marie-Gillette d'Andremont, por no citarla... En fin, descubrió una matraca no muy lejos del cadáver de nuestra pobre y querida Angélique... Y dicha matraca ha desaparecido. Además, dudo mucho que la hayan presentado ante el baile.

—¡Dios santo! —resopló la tesorera—. ¿Cómo que ha desaparecido?

Hucdeline lanzó una mirada cómplice a Alienor,

su comparsa, que interpretaba su papel a las mil maravillas, tal como había demostrado durante los numerosos ensayos de la misma conversación.

—Bueno, ya sabéis, querida... En fin, no creo equivocarme en esta ocasión... Sea como sea, Marie-Gillette ha informado a nuestra querida madre de la existencia de la matraca... En cualquier caso, se ha juzgado preferible hacerla callar para no incriminar a

los gafos. Es de lo más caritativo y, por tanto, poco sorprendente por parte de nuestra madre; dicho esto...

—Dicho esto, si uno de ellos es el horrible verdugo de la pequeña Angelique, debe pagar por su crimen — concluyó Aude, consciente de que precisamente eso era lo que las otras dos deseaban oír.

—Es también nuestro más profundo sentir — aprobó Hucdeline, reprimiendo a duras penas

un suspiro de satisfacción.

Considerando que el juego ya había durado demasiado, Aude de Cremont apretó los labios y articuló con dificultad:

—Estoy conmovida por esta revelación... Jesús, María y José... He de retirarme, hermanas mías. Muchas gracias de nuevo por vuestra franqueza. Sé cuánto ha debido pesarles.

Se marchó por el pasaje que rodeaba la despensa y desembocaba cerca de las

terrazas de la abadesa.

Aude de Cremont volvió la mirada para cerciorarse de que las dos figurantas no la habían seguido. Habían ido mucho más lejos de lo que había supuesto a tenor de las confidencias —bastante aproximadas— vertidas por algunas hermanas. Acusaban a Plaisance de Champlois nada menos que de traición y complicidad en un asesinato. La tesorera nunca había sentido especial afecto o fidelidad hacia la nueva

abadesa. Sin embargo, había experimentado una viva estima por la madre de Normilly, estima velada por un pesar: Catherine de Normilly siempre desconfió de ella. Además, nunca estuvieron muy unidas. ¡Bah!, a fin de cuentas, ¿de qué servían los pesares del ayer, además de para deteriorar el mañana? Reprimió una pequeña risa: otra frase de su querido padre. Era extraño: Gauzelin de Cremont había sido el

mentiroso más impecable, el más perfecto calculador que jamás hubiera conocido, y no obstante, jamás le había ocultado la verdad; nunca la había decepcionado o aburrido, al contrario de la mayoría de los seres que había frecuentado. Y es que el señor de Cremont era un embaucador honorable. Por nada del mundo se habría rebajado a viles engaños. Aude quería parecerse a ese hombre que le había hecho la peor jugarreta que un

padre perfecto y tan amado puede hacer a su adorada hija: ser el único esposo que ella habría elegido. Su deceso le había causado una infinita tristeza de la que no se reponía... de la que no deseaba reponerse. Cuando por fin se hizo a la idea de que ya no lo vería más, de que no volvería a reír con las elegantes piruetas de su ingenio, entonces tomó el velo.

¿Qué habría pensado su padre de Hucdeline de

Valezan? Bonita peste, virulenta como un chancro. Una interesante enemiga cuyo único fallo era no ser tan inteligente como creía. ¿Qué hacer? ¿Apartarse del inminente duelo entre el restringido clan de las aliadas de la abadesa y el de su detractoras —que engrosaba a ojos vistas—? La prudencia lo aconsejaba. Por otra parte, una silenciosa guerra con la priora podía resultar succulenta. Los entretenimientos de calidad

no eran muy frecuentes en la abadía de Clairets. Aude de Cremont se inclinó pues por la segunda opción.

¿A quién podía hacer saber —y cómo— que había visto al galicinio, a Hucdeline y a Alienor en conciliábulo con el nuevo cazador, antes incluso de que este último tomara oficialmente su cargo? Las dos mujeres no tenían motivo para conocerlo y menos aún para abordarlo. Además, la priora de

ninguna manera habría condescendido a tratar con el servicio. A no ser que tuviera una necesidad precisa.

—¡Acabamos de abrirle los ojos a otra! —exclamó Hucdeline cerrando tras ella la puerta de su despacho.

—Por su bien —opinó Alienor.

—Jamás le agradeceré bastante su incondicional apoyo, querida. Para mí supuso más que un auxilio

cuando todas me daban la espalda. Nunca lo olvidaré, os lo aseguro —prometió la priora con una mala fe digna de elogios.

De hecho, la pobre Alienor la cansaba. Decía siempre amén a todo. ¡Y encima era insulsa como ella sola! El éxito estaba al alcance de la mano, la priora podía sentirlo. Cuando el capítulo hubiera destituido a Plaisance, cuando fuera por fin elegida para la función que le correspondía, debería

encontrar una nueva priora que resplandeciera al llevar sus colores. Sin embargo, «resplandecer» y «Alienor» eran antitéticas. Menuda inconveniencia. Tendría que proceder con tacto para apartar a su adepta sin aplastarla ni hierirla. Alienor sabía muchas cosas, y había adivinado otras. Sería muy arriesgado provocar su cólera y más aún su venganza. Sobre todo cuando su colaboración, por no decir su obligado

contacto, había tejido entre ambas mujeres lazos de dependencia que Hucdeline admitía como recíprocos aunque desiguales.

Decididamente, apenar a aquella joven sería una estrategia desastrosa.

Hucdeline se levantó para comprobar si los cubiletes de tisana estaban sobre la credencia apoyada contra la pared exterior del despacho. Volvió a cerrar la puerta con aire contrariado.

Las mejillas de Alienor

se sonrosaron de
agradecimiento: Hucdeline
la había salvado del
anonimato y del terror
constante de ser el
hazmerreír de las demás.
Aprobar en todo a la priora,
a la que quería creer su
amiga, significaba no ser
jamás objeto de la más
mínima humillación.
Hucdeline daba miedo y su
prestancia, por no decir su
arrogancia, disuadía las
ofensas, así como el afecto
que le manifestaba su

hermano, monseñor Jean de Valezan.

—He hecho lo que me dictaban la confianza y la estima que siento por vos. Nada más —se contentó con responder.

—Eso ya es mucho, mi buena amiga. ¿Qué hace la suplente encargada de las infusiones? —refunfuñó Hucdeline—. Debe de faltar poco para nona. ¿Acaso hay que ir a buscar la decocción de malva y verbena a la cocina?

Alienor saltó cual resorte y entreabrió la puerta del despacho. Sobre la credencia que estaba a su lado había dos cubiletes humeantes y un cacillo de madera cargado de dulces de fruta.

La joven colocó la bandeja sobre el escritorio de la priora, llena de asombro:

—¿Dulces de fruta?
¡Pero esto infringe las reglas!

—Aquí hay una que quiere granjearse nuestra

simpatía —concluyó
Hucdeline—. Os lo digo:
ciertamente, el éxito está
cerca y todas lo huelen,
querida. ¡Humm!, dulces de
ciruelas con miel... mis
favoritos. Vamos, no
hagamos ascos a esta
pequeña falta. Hemos
trabajado mucho.

Cogió un dulce de fruta
y se lo llevó a la boca,
invitando con un pequeño
gesto a Alienor a imitarla.

Un enérgico golpe en la
puerta las sobresaltó. La

superiora clavó una mirada nerviosa sobre el cacillo lleno de las ilícitas golosinas. Hucdeline le indicó con un movimiento de barbilla el largo arcón forrado de tela donde guardaba por la noche sus libros y registros. Alienor se abalanzó hacia el mueble para esconder en su interior la prueba del delito, y Hucdeline clamó:

—¡Un segundo! Ya os abro.

Bernadine esperaba con

aire grave en el umbral de la puerta.

—Nuestra madre os manda buscar. Requiere vuestra presencia y vuestra llave.

Era costumbre que el sello de la abadesa estuviera protegido en un arcón cuya cerradura solo se abría mediante tres llaves. Una estaba en posesión de la abadesa, la segunda de la priora, y en cuanto a la última, estaba custodiada por la decana o la cillerera.

Las guardianas de las llaves no debían separarse de ellas bajo ningún concepto.

Hucdeline reprimió un suspiro de exasperación y siguió a la secretaria pisándole los talones, mientras le decía a Alienor:

—¡Seguid, querida!
Ahora vuelvo. Alienor se puso de pie tras su marcha y corrió de puntillas hasta la entrada. Pegó la oreja a la puerta y esperó a que el eco de los pasos de las dos mujeres se alejara antes de

levantar nuevamente la pesada tapa del arcón. Había siete dulces de ciruela. Dejaría cuatro a su amiga, para ella tres eran más que suficientes.

Hucdeline empujó la puerta de su despacho media hora más tarde echando humo. Cuando le explicara a Alienor que la abadesa quería solamente comprobar que la cerradura del arcón funcionaba correctamente... ¡Hacerla desplazarse por una tontería de ese calibre!

Abrió la boca para vituperar y se quedó de piedra: Alienor se había quedado dormida sobre la silla y roncaba con la boca entreabierta. Las campanas de Sainte-Marie tañeron, recordando la hora de nona a las rezagadas o atareadas. Hucdeline sacudió a su ayudante sin contemplaciones. La joven abrió sus ojos confundidos, bostezó y murmuró:

—Cielos... Me he adormilado.

—Ya lo veo —replicó la priora agriamente—. No nos hagamos notar llegando tarde.

—¿Y vuestros dulces de ciruela?

—Los probaré después de la cena. Guardémoslos de nuevo en el arcón. Nada está aquí a salvo de una vileza. ¡Rápido, querida, o entraremos las últimas en la iglesia abacial! No sería muy buena idea.

Se había dispuesto la mesa

de los convidados de honor en la galería de los Altos Anfitriones, que dominaba el refectorio. Plaisance no había invitado a nadie más a unirse a ellos, por tanto, compartirían la comida en la intimidad. La insistencia poco convincente del conde para que su médico estuviera presente en la cena había alertado a la abadesa. Aquellas personas eran sirvientes; educados y útiles, sin lugar a dudas, y por tanto tratados con miramientos,

pero sirvientes al fin y al cabo. Le había llegado la generosa proposición de Mortagne que ella declinó por instinto: maese Malembert podía ponerse al servicio de la abadía de Clairets para dispensar sus cuidados a los gafos desplazados. ¿Quién era en realidad ese tal Malembert?

Clotilde Bouvier se había superado en inventiva aquella noche de vigilia. Una terrina de huevas de *asellus*^[99] con leche

fermentada y vino, servida sobre finas rebanadas de pan, constituía el primer servicio.

—¿Qué pensáis vos, maese Malembert, de esta *pestis*^[100] a la que se alude día sí, día no? Según vuestra opinión, ¿constituye un verdadero peligro para el Reino?

No se dejó engañar: la señora de Champlois estaba poniendo a prueba sus conocimientos médicos.

—Es temible, señora.

Dicho esto, a tenor de los textos antiguos, el reino, no siendo aún más que la Galia, ya pasó por esa trágica experiencia. Oremos con fervor para que no se repita nunca.

—Cierto, oremos.

La joven semanera encargada de atender la mesa llevó el segundo plato y anunció con voz temblorosa:

—Filetes de lucio Subiaco... del nombre de la colina romana a cuya

cumbre se retiró san Benito para vivir como un ermitaño.

Estaban cubiertos de una espesa salsa blanca con olor a especias. Para colmo de la elegancia, colocaron ante cada convidado una ancha escudilla de gres amarillo, así como una cuchara y un cubilete de Beauvais^[101] de tierra cocida con borde de plata.

—Madre, señores —
farfulló la joven, doblándose en una reverencia antes de marcharse.

Le sucedió otra monja quien, a causa de su timidez, por poco no tiró el ancho plato que llevaba aferrado como si le fuera la vida en ello.

Desapareció inmediatamente sin anunciar el manjar, laguna que cubrió Plaisance:

—Es un guiso de habas heñidas, un puré de habas tiernas con manzana y cebolla, aderezado con un punto de salvia. Acompaña formidablemente al pescado.

Mortagne se permitió

una pincelada de humor:

—¿Conocéis la relación entre san Benito y este succulento lucio, madre?

—En absoluto —confesó ella sonriendo—. Me parece que Clotilde tuvo ganas de rendir un homenaje culinario a nuestro venerado patrón y que ese día, el pescador le trajo lucios. Que esta deducción quede entre nosotros, si no nuestra buena Clotilde se sentiría avergonzada.

—Sería necio desagradar

a tan exquisita jefa de cocina.

Discutieron de esto y lo otro, evitando volver a la mutua incomodidad reinante en el primer encuentro cara a cara, y más aún al mundo de divulgaciones que tanto ella como él habían guardado para sí.

—¿Qué pensáis, señora, del tormento recientemente infligido a esa mística Marguerite Porete^[102]? —
inquirió Mortagne.

—La hoguera me ha

parecido un castigo muy severo. Por otro lado, ¿por qué negarse a comparecer ante el oficial de París? Habría podido explicarse, y retractarse, sobre todo.

—Sin duda se negaba... a desdecirse de sus escritos, quiero decir. ¿Qué pensáis de su teoría sobre la Salvación? ¿Es compatible con el gusto de los sentidos?

—En los laicos, estoy segura, siempre y cuando esta inclinación sea disciplinada y se reserve al

esposo y la esposa. Por el contrario...

Un aullido estridente subió desde el refectorio, cortando bruscamente sus reservas. Siguió un estruendo de bancos retirados a toda prisa, caídos por la precipitación. Un ancho círculo se estrechó alrededor de un punto que no distinguían. Plaisance gritó desde lo alto de la galería, aferrándose con las manos a la balaustrada de piedra:

—¿Qué ocurre? ¡Que alguien me responda inmediatamente!

Un rostro se irguió hacia ella, el de Marie-Gillette, que gritó como respuesta:

—¡Está agonizando, madre, bajad, os lo ruego! Bajad sola.

Plaisance corrió, bajando como el viento la angosta escalera de piedra que llevaba a la sala baja. Tenía el corazón en la garganta y la sangre le golpeaba en las sienes.

Todo aquello tenía un sentido, todo aquello no había hecho más que comenzar.

Agazapada en postural fetal, Alienor de Ludain sollozaba de dolor. Un fétido charco marrón y sanguinolento maculaba la parte trasera de su vestido. Plaisance gritó a la multitud:

—¡Traed un barreño de agua jabonosa y muchas toallas! Hermione...
¡Hermione! —se impacientó de repente.

—Aquí, madre, justo detrás de vos.

La apotecaria estaba completamente pálida.

—Me duele... Ah, Dios, cómo me duele —gimió Alienor—. Se me desgarran el vientre por dentro... Me lo hago... encima...

Una nueva afluencia de pestilente olor provocó arcadas en las más próximas, que retrocedieron. Solo Hucdeline de Valezan permaneció allí, a pocos pasos de su superiora, con el

rostro azorado, la boca entreabierto de estupefacción y los ojos fuera de las órbitas. Al fin, pareció volver en sí y masculló buscando la mirada de las hermanas:

—Que... En fin, no va a ser la sopa de bledas y borraja la que... —dando de repente un golpe con el pie, la exhortó categórica—: en fin, Alienor, levantaos... Este olor es insoportable... Indigno... Una superiora...

Acurrucada sobre el

suelo, Alienor de Ludain tiritaba y murmuraba frases inaudibles.

Plaisance se les unió cuando llegaron las suplentes portando un barreño de agua y paños. Mortagne y Malembert no habían abandonado la balaustrada, en espera quizás de que su ayuda fuera solicitada. La abadesa buscó con la mirada a Marie-Gillette d'Andremont, que agachó la cabeza. Un mortífero silencio, solo

empañado por los gemidos de la superiora, se había abatido sobre la enorme sala oscura. Plaisance tenía la sensación de haberse aventurado en un universo maléfico cuya existencia nunca había sospechado. La imperiosa necesidad de volver al aquí y ahora, a esos muros que habían protegido su infancia, y después su adolescencia, la llevó a prorrumpir en gestos y palabras marcados por la excitación.

Dijo mecánicamente:

—Vos, limpiadla como podáis. Vos, id a buscar una parihuela. No os quedéis ahí plantada. ¡Inmediatamente!, Elise, id a prender un gran fuego al calefactorio. Instalaremos allí a la enferma —pidió a la ropera—. Hucdeline, ahorraos, os lo ruego, vuestros comentarios.

La otra abrió la boca para protestar, pero la abadesa la cortó con un perentorio:

—¿No comprendéis que no es la sopa de bledas la responsable de su estado, no más que una falta de voluntad por su parte? ¡Buena amiga estáis hecha, en verdad!

El rostro de la priora se descompuso y las lágrimas brotaron de sus ojos.

Tuvieron que forcejear con Alienor, a la que el sufrimiento había vuelto salvaje, para subirla a la parihuela. Desde lo alto de la galería, Mortagne apuntó:

—Señoras, un cuerpo inerte es muy pesado y uno enfermo más aún. Mi médico y yo podemos levantarla y transportarla. En cuanto... en cuanto a las descomposturas y a los malsanos olores, apuesto a que una frágil monja no debe incomodar tanto como un osario de soldados muertos al sol.

Plaisance dudó un instante.

—Mil gracias, señores. Únanse a nosotras. Los dos

nuevos pares de brazos no estuvieron de más en la operación de subirla a la parihuela de gruesa tela tensa. Alienor jadeaba. Una saliva rosácea le cubría el mentón. Por fin, cuando la levantaron, a Plaisance le pareció que la joven se apaciguaba; no obstante, el alivio duró poco. Malembert masculló a su lado:

—Está perdiendo el sentido.

—¿Qué enfermedad tan brutal es esta, señor? —

murmuró ella.

Él respondió primero con una larga mirada triste, después declaró con pesadumbre:

—No se trata de una enfermedad, señora. En mi opinión, vuestra superiora ha sido enherbolada.

Se dispensó de sus funciones a aquellas hermanas que habían sido citadas a comparecer ante la abadesa, entre ellas Hermione de Gonvray, la hermana

apotecaria, Marie-Gillette d'Andremont, la semanera de muladar, y Hucdeline de Valezan, la priora.

Era el comienzo de una noche interminable. Las enfermeras se turnaron a la cabecera de la doliente, la obligaron a beber decocciones de betónica^[103] y angélica, conocida por neutralizar los efectos de ponzoñas y venenos^[104], e intentaron hacerle tragar un poco de sémola de cebada mezclada con leche de

almendras italianas, que se suponía reconstituía a cualquier paciente. Alienor lo vomitó de inmediato. Elise de Menoult, Rolande Bonnel, la depositaria, y Barbe Masurier, la cillerera, rezaban postradas sobre las gélidas losas al pie del pequeño lecho que habían trasladado inmediatamente al calefactorio. Pronto se les unió la irascible Agnes Ferrand, la portera, cuyo rostro de garduña permanecía impenetrable.

Aude de Cremont la siguió al poco. Se arrodilló junto al trío de mujeres y susurró levemente:

—¿No la vela su querida amiga Hucdeline? Qué sorpresa.

Elise y Barbe cruzaron miradas interrogantes. La ropera alzó las cejas con incertidumbre. Hucdeline se había esfumado desde que abandonaran el refectorio.

Hucdeline de Valezan estaba de pie frente al gran arcón apoyado contra una de

las paredes de su despacho. ¡Qué escena más horrible! Nunca habría imaginado que un veneno pudiera provocar síntomas tan... repugnantes. Se sacudió la imagen de Alienor bañada en sus propios excrementos y reprimió un escalofrío de asco.

Levantó la pesada tapa reforzada con varillas de metal y contempló los dulces de ciruelas con miel.

No hacía sino pensar y repensar, por esa razón se

había recluso allí.

Alienor no necesitaría sus oraciones de cabecera, las otras monjas bastarían.

¿Cuál era la táctica más adecuada: hacer desaparecer las golosinas restantes o, por el contrario, mostrarlas? Sopesó de nuevo los pros y los contras y se decidió. Después de todo, Dios velaba por ella particularmente. Dios amaba a sus criaturas más fuertes. Lo había demostrado una vez más.

Mortagne, tras ayudar a instalar a la moribunda con la delicadeza propia de una nodriza, había recuperado su temple y había ordenado establecer una especie de campamento militar en el *scriptorium*. Llevó aparte a Malembert y habló con él en voz baja unos instantes. El médico asintió con la cabeza antes de salir. Se justificó ante Plaisance, quien se sentía despojada de sus funciones, de manera conciliadora:

—Por favor, señora, no veáis en esto ninguna usurpación de autoridad. Sois ama de la abadía de Clairets, y me inclino ante vos. Dicho esto, si mi médico está en lo cierto, y eso creo, estamos de nuevo ante un vil crimen. El tiempo apremia. Hasta el momento, la investigación que habéis practicado sobre el asesinato de Angelique Chartier no ha culminado con la detención del homicida. Permitidme, pues,

conducir la indagación a mi manera, con el infinito respeto que os profeso. Disfruto de una valiosa ventaja: no conozco ni a vuestras monjas ni a vuestros sirvientes, y no me ata a ellos ninguna ternura.

Plaisance de Champlois tuvo que rendirse ante la lógica del argumento.

—Proceded, señor. Os ayudaré en lo que pueda.

El conde saludó la autorización de la abadesa con un leve movimiento de

cabeza.

—Estoy a vuestro servicio, señora. Haga llamar a su apoticaria. Antes de nada deseo que ella confirme el diagnóstico de mi médico.

Bernadine había retrocedido unos pasos y esperaba las instrucciones de la abadesa, con las manos cruzadas sobre su túnica y la espalda apoyada contra la pared de anchas piedras oscuras, como si la secretaria deseara fundirse

en ella. Mortagne y Plaisance se habían colocado uno al lado del otro, cada uno tras un pupitre, como dos niños aguardando a la maestra. El conde jugaba sin darse cuenta con una pluma tallada cuyo cañón estaba manchado de tinta verde, resultante de añadir fino polvo de malaquita. Hermione se erguía recta frente a ellos. Su extrema palidez no la había abandonado y presentaba un aspecto fantasmal bajo la

trémula luz de las teas resinosas.

Respondió pausadamente a la expeditiva pregunta del conde Aimery, formando una débil nubecilla de vaho tras cada palabra emitida:

—En efecto, la brusquedad y la violencia del ataque no me hacen inclinarme por la ingestión de un alimento alterado, y más aún teniendo en cuenta que un centenar de nosotras ha consumido la misma

comida.

—Un veneno, entonces.

—¿Cómo lo habrá tomado? —preguntó la abadesa.

—Eso es lo que me propongo descubrir —respondió Mortagne.

Observó con detalle durante un momento a la mujer frente a él, de figura y silueta bastante armoniosas, y su mirada se detuvo en el pequeño triángulo de piel que sobresalía del cuello alto de la túnica, de manera que

las mejillas de Hermione se sonrojaron levemente.

—Con todo y con eso — prosiguió él con voz más seca—, ¿no podría ayudarnos vuestra experiencia como apotecaria a desvelar la naturaleza de este veneno... según los síntomas?

—Es que... Confieso encontrarme algo perdida. En el transcurso del año preparo remedios para curar males, grandes y pequeños, no para intoxicar.

—Vamos, no me digáis que no elaboráis además temibles mezclas para exterminar ratas y ratones.

—En efecto, pero se trata de animales nocivos.

—Cierto —interrumpió Mortagne, perdiendo la paciencia—. Señora de Gonvray, ¿no es verdad que algunos venenos devastadores constituyen, en dosis más pequeñas, mortíferas pociones?

—Así es, incluso tienen efectos bastante normales.

Por ejemplo, la digital...

Atajando la dilucidación, que presentía extensa, Mortagne inquirió:

—Entonces, ¿acaso no es uno de los fundamentos de su arte el conocer los efectos deletéreos, cuando no mortales, de las plantas, y las dosis en las que pueden resultar peligrosas?

—¿Adónde queréis llegar? —se impacientó ahora Hermione—. Se diría que me sospecháis la autora de un acto incalificable.

La mirada del conde descendió de sus mejillas hacia la boca, para posarse de nuevo en el cuello. La apotecaria se ruborizó avergonzada.

—Aún no —se limitó a replicar con una impertinencia que dejó pasmada a Plaisance.

—Pero, señor, ¡cómo os atrevéis! —protestó esta.

—Mis disculpas. Quiero hacer admitir a vuestra hija apotecaria que conoce a la perfección el veneno que

devora poco a poco a la superiora, y lo conseguiré. Lo más simple sería que cediera de inmediato y nos ahorrara así una criminal pérdida de tiempo.

—¿Criminal?

—Es la palabra, madre.

Intuyo que los dos asesinatos de monjas están relacionados, sin que pueda aún precisar la naturaleza de tal nexo —y, volviéndose de nuevo hacia Hermione, que parecía transformada en estatua de sal, insistió—:

¡carape, señora! ¿Por qué tantas reticencias para explicar lo que no son más que conocimientos científicos?

Hermione intentó una nueva espantada y exclamó en un tono visiblemente agresivo:

—¡Por Dios, señor! Parece que esté ante un tribunal respondiendo por mis faltas.

—En cualquier caso, es lo que os ha de ocurrir si persistís en vuestras

evasivas.

Plaisance, presa del aturdimiento, la apremió con inquietud:

—En fin, querida... Ya que es imposible que... Si conocéis la naturaleza del veneno utilizado para asesinar a Alienor, por qué no...

—Se trata de *Colchicum autumnale*, cólquico^[105], estoy casi segura. Si tal es el caso, ha ingerido el veneno antes de cenar. Los primeros síntomas de la intoxicación

se manifiestan pasadas unas horas. Ella... Morirá de asfixia en unos días. Dios mío, acoge su alma. No... no existe ningún antídoto eficaz.

La consternación y la estupefacción se disputaban el rostro de Plaisance, quien farfulló:

—Hija mía... ¿Por qué habéis tardado tanto en revelarnos lo que sabíais? No lo entiendo.

Hermione de Gonvray dejó escapar un afligido

suspiro y confesó, con lágrimas en los ojos:

—Yo... Han robado el frasco que contenía el polvo de cólquico del *herbarium*... Ayer o antes de ayer, lo ignoro. Yo... Sin embargo, lo guardaba en el armario de sustancias tóxicas... Pero yo...

—¿Estaba cerrado con llave? —inquirió el conde de Mortagne mostrándose indiferente.

—¿Qué pensáis — exclamó irritada Hermione

—, que soy tonta e imprudente? Por supuesto que estaba echado el cerrojo. Forzaron la puerta, se ven las marcas de un hierro o qué sé yo... Vayamos a comprobarlo, si dudáis de mí.

—¿De qué serviría?

—No os comprendo.

—¿De veras? ¿Una mujer tan inteligente? Permitidme construir para vos una... fábula. Si hubierais querido herbolar a Alienor con ayuda del

cólquico, ¿qué mejor argucia que pretender que alguien ha sustraído el frasco y forzar vos misma la puerta de vuestro armario?

Ella lo miró con insistencia como si acabara de proferir una obscenidad y bramó:

—¡Sois un monstruo!

—No, pero estoy buscando a uno o una. Así que el mejor método consiste en ponerme en el lugar de uno de ellos, en intentar pensar con su mente

—cerró los ojos y continuó suavemente—: he visto tantas cosas, señora, de las que vos no tenéis la menor idea. Encantadores verdugos que despiezaban a sus víctimas vociferantes con una sonrisa en los labios. Y por el contrario, seres de luz, tan sucios, tan malolientes y desagradables que todos huían de ellos. He visto tantas apariencias disimular las almas verdaderas...

Hermione, una vez recobrada la calma, declaró

glacialmente:

—Porque, ¿vos creéis ser el único a quien han engañado las apariencias? ¿Creéis ser el único en haber levantado máscaras para descubrir carroñas o ángeles? ¿Puedo retirarme, madre?

—Proceded.

Hermione de Gonvray se detuvo a pocos pasos. Sin darse la vuelta, declaró en voz alta y firme:

—Madre, os suplico que me perdonéis. He sido

cobarde, he temido vuestra reacción, y con ello he provocado una mucho peor. No tengo nada que ver en el abyecto asesinato de Alienor. Lo juro por mi alma.

El silencio la escoltó hasta la salida del *scriptorium*, y persistió tras su marcha. Por fin, Plaisance de Champlois lo rompió preguntando con una voz que dejaba traslucir su turbación:

—¿Qué opináis, señor?

—¿La verdad, madre?

Sé inclinó hacia ella, y Plaisance volvió a pensar que la fluidez de sus movimientos escondía la pugnacidad de una fiera.

—La verdad, señor.

Echó una mirada en dirección a Bernadine, tan inmóvil que podía olvidarse su presencia en la inmensa sala helada. La abadesa lo tranquilizó:

—Mi hija secretaria puede escucharlo todo. No tengo ningún secreto con

ella, no más de los que tenía la señora de Normilly antes que yo. Que su noble alma descanse en paz.

—Amén —añadió Bernadine débilmente, mientras se persignaba.

—En ese caso... La verdad es que miente.

La brutalidad de la sentencia despertó la agresividad de la abadesa, quien exclamó abruptamente:

—¡Cáspita, lo que tengo que oír! Viniendo de otra

persona que no fuerais vos, lo vería un insulto. En cualquier caso, supongo que habéis formado vuestro juicio sobre argumentos sólidos. Esperaré a que los compartáis conmigo.

—La verdad es a veces muy dura, os lo concedo. En cuanto a los argumentos, podrían desconcertaros: ella parecía exangüe.

—¿Perdón? ¿En qué sentido una palidez legítima y motivada por una horrible impresión indicaría un

engaño? —arremetió
Plaisance, cada vez más
enconada.

—Cuando es real, indica,
en efecto, emotividad;
justificada en este caso.

Ella lo miró fijamente,
intentando averiguar adónde
pretendía ir a parar.

—Vuestra apotecaria se
ha recubierto la cara con un
polvo blanco, a la manera de
las coquetas de la alta
sociedad. Si doy crédito a
las confidencias de una
dama de mi entorno, las

mujeres elegantes usan granos machacados de arroz silvestre eslavo, o bien polvo de avena.

—¿Qué cuento es ese?

—se rebeló la abadesa.

—Oh, eso no es ningún cuento. Cada vez que hablaba, veía cómo se desprendían algunas partículas blancas de su rostro. ¿Qué quería? ¿Hacernos creer que una permanente conmoción le habría absorbido la sangre del rostro? ¿Por qué esa

mascarada? En lo que se refiere al armario saqueado del *herbarium*, confesad que la explicación es bien evidente.

El razonamiento turbó a la joven, que permaneció en silencio. Mortagne prosiguió:

—No hemos terminado. ¿Quién cena... cenaba al lado de vuestra superiora?

—Marie-Gillette d'Andremont se sentaba a su derecha, Agnes Ferrand, nuestra portera, a su

izquierda, y Hucdeline de Valezan enfrente.

—Bien... escuchémoslas en el orden que os plazca.

Plaisance volvió la cabeza hacia Bernadine con el fin de ordenarle que las convocara de inmediato, mientras preguntaba al conde:

—¿Creéis que echaron el veneno durante la comida?

Bernadine comprendió sin requerir más explicaciones y desapareció.

—No, vuestra apoticaria

parecía juiciosa. Además, un gesto así habría sido muy imprudente... Tantos posibles testigos. Falta...

La despótica entrada de la priora lo interrumpió. Hucdeline blandía un minúsculo pedazo de tela doblado a modo de hatillo. Alterada por la emoción, exclamó:

—¡He encontrado esto en el arcón de mi despacho, madre!

La abadesa lo cogió y descubrió cuatro dulces de

fruta de un hermoso color violín. Escudriñó a su hija e inquirió vacilante:

—Son... dulces de miel, ¿no es cierto?

—En efecto. ¿Qué hacían estas golosinas en mi despacho? No las había visto nunca allí. Una horrible duda me asalta... Alienor y yo estábamos bebiendo una infusión. ¿Había traído ella estas chucherías sin que yo lo supiera para probarlas una vez estuviera en sus dependencias, o se las

trajeron mientras yo estaba ausente? No sabría decirlo. Si bien... —marcó una corta pausa y se pasó la mano por la frente para señalar su turbación—. Me pregunto si...

—Oh, Dios mío... si no están envenenadas... —concluyó la abadesa por ella.

Hucdeline se limitó a asentir con un doloroso movimiento de cabeza.

—Con su permiso, madre, me voy a retirar. Me da vueltas la cabeza, y no

me siento bien.

—Por supuesto, hija.

Mortagne no había dicho palabra. No obstante, sus grises ojos no se habían despegado de la priora.

—Debo confesarle, señora, que algunas de sus hijas me parecen criaturas excepcionales —observó de forma distendida tras la salida de la priora.

—En el caso de la señora de Valezan, vuestro comentario es de una rara pertinencia. No sé con

exactitud qué corre por las venas de esa mujer, pero puedo asegurarle que no siente el menor pesar por la muerte de Alienor de Ludain. Ningún ser es irremplazable a sus ojos, si no es su adorado hermano, de quien nos habla hasta la saciedad.

—Jean de Valezan.

—¿Lo conocéis?

—A su reputación. Por querer subir demasiado rápido por una escalera descomedida, el señor de

Valezan terminará patas arriba... o papa.

—Dios nos guarde —
resopló Plaisance.

Bajó los ojos y se mordió los labios por ese comentario intempestivo. Valezan era cada día más poderoso y, si uno daba fe a los rumores, no era aconsejable contarse entre sus enemigos o simples detractores.

—Uno mis deseos a los suyos. Amén.

Tornó la cabeza hacia él

y lo observó. Una sonrisa seductora descubrió los dientes de Mortagne, quien susurró:

—¿Y qué os revela este examen, señora? ¿Creéis realmente que el alma de los seres se adivina por su rostro?

Ella sacudió la cabeza en señal de negación. Él prosiguió en el mismo tono confidente:

—¿Los enemigos de mis enemigos son de veras mis amigos? La eterna duda. Vos

sois tan joven...

—De nuevo esa reflexión. Si no la escucho, la adivino veinte veces al día. ¿Qué edad tenéis vos?

—Mil años, dos mil... Ya pronto cuarenta y dos años, casi un anciano. Mis dos hijas son mayores que vos.

—¿Tendríais el poco ingenio o el atrevimiento de considerarme una niña? — preguntó ella con voz más ligera.

—En absoluto. Dudo

que exista una infancia para las mujeres de vuestra clase. Habéis estado siempre preparada para reinar.

—¿Cómo podéis afirmarlo?

—En caso contrario, la señora Catherine de Normilly, a la que conocía un poco y admiraba bastante más, nunca os habría recomendado para sucedería.

—Luego, «¿los enemigos de mis enemigos son de veras mi amigos?». ¿A dónde queréis llegar,

conde?

—A la bella y temible
noción de confianza.

—¿Y qué más?

Él le dirigió otra de sus
embaucadoras sonrisas, y
ella pensó que aquel hombre
era también temible.

—Vamos, madre...

Llevamos olisqueándonos el
hocico desde mi llegada a la
abadía de Clairets. Cada uno
de nosotros presiente que el
otro posee elementos que no
le dice por desconfianza. Es
un hecho que el tiempo

juega en nuestra contra. Nos conocemos tan solo desde hace unas horas, no es mucho. En cualquier caso, yo no he matado a Angelique ni a Alienor, y vos tampoco, de eso estoy seguro. Al menos estamos unidos por esa inocencia.

Plaisance se quedó absorta en la contemplación de la madera de su pupitre, manchada de tinta y sembrada de escamas de oro y plata.

—Es cierto. Disponemos

de muy poco tiempo para jugar al ratón y al gato.

—¿Y quién hará de ratón? —bromeó él inclinándose hacia ella.

—Sois insoportable —le regañó la abadesa—. No sabía que también fuerais donoso.

—Es que reservo mi humor para un público cuidadosamente seleccionado. Por lo demás, ¿se trata de veras de humor? Os imagino perfectamente dando un buen mordisco a

un pobre ratón que ha caído en vuestras garras.

—¡Qué retrato! Me aduláis en demasía. Sabed que no tengo tal apetito. ¿Cómo es posible que os hayáis forjado tal imagen de mí?

Súbitamente volvió a ponerse serio y repitió casi amenazante:

—¿Cómo es posible que no hayáis sospechado aún la verdad? He creído, lo confieso, que estabais empleando una táctica. He

de admitir que estaba equivocado.

Un instinto la previno de que lo siguiente sería terrible, y su cuerpo se tensó mientras lo miraba fijamente. La manera de hablar de Aimery de Mortagne cambió de nuevo, adoptando bruscas inflexiones:

—¿Qué edad tenía la señora de Normilly cuando murió... inesperadamente?

Era extraño, pero Plaisance tuvo la certeza de

que él lo sabía. Sin embargo, respondió inexpresiva, negándose a imaginar lo que el conde podía reservarle aún:

—Cincuenta y dos años.

—Dejando aparte los dolores de espalda que la martirizaban, gozaba de una buena salud antes de que su supuesta debilidad de corazón se la llevara, ¿no es así?

—¿Supuesta? —el pánico le secaba la garganta. De repente gritó—: ¡cesad

esas insinuaciones! Os lo exijo. ¡Hablad, ahora mismo!

—La señora de Normilly fue herbolada, al igual que Alienor de Ludain.

Un frío serpenteo invadió el cerebro de Plaisance de Champlois. La habitación comenzó a dar vueltas y se sujetó al borde de su pupitre, luchando por no desvanecerse. Escuchó a lo lejos, muy lejos, la voz de Mortagne:

—Oh, Dios mío, volved

en vos... ¡Qué he hecho,
miserable, qué he hecho!
Rápido, alguien...

Plaisance creyó
deslizarse hacia un universo
glacial, hostil, sin fin. Una
niña tendía una amapola a
una señora alta, toda vestida
de blanco. La mujer sonreía.
¿Cómo había podido olvidar
esa amapola que le había
ofrecido tras su llegada a la
madre Catherine? Se aferró
a ese recuerdo para no
desplomarse del todo.

Abrió los ojos otra vez.

Las náuseas la sofocaban. Sin embargo, las paredes y contornos se estabilizaron poco a poco.

—No, por favor... no es nada: un mareo pasajero.

—Soy un bruto, no sé cómo... Y más cuando se trata tan solo de una mera suposición mía.

Plaisance de Champlois tomó una profunda bocanada de aire y replicó en tono enfasiado:

—A decir verdad, hace algunos días os habría

reprendido duramente por atreveros a formularla. Sin embargo, es un hecho que el mundo de antes ya no existe. El horror se ha infiltrado en la abadía de Clairets. Si prestamos fe a vuestra hipótesis, ¿significa eso que el o la culpable ha reincidido? Y, si es así, ¿nos enfrentamos a la encarnación del mal salida directamente del infierno?

—El infierno tiene buenas y anchas espaldas, señora. Permite explicar lo

inexplicable y, sobre todo, lo inaceptable. Personalmente, todas las encarnaciones diabólicas que he encontrado en el mundo eran completamente humanas.

—Eso no es posible — replicó Plaisance, a quien aterrizzaba semejante idea —. Quizás sean en un principio humanos, y luego sean investidos por el mal. Ha de ser así.

—No estoy lo suficientemente versado en demonología para discutir

ese punto con vos. En cambio, sé lo que han visto mis ojos. Sea como fuere, creo más bien que estamos frente a un plan de gran envergadura, concebido hace tiempo y del que una manifestación precedente se saldó con la muerte de la difunta señora Catherine de Normilly. Sin duda se sentía amenazada... Si no, ¿por qué os recomendó como sucesora?

La joven escondió el rostro entre las manos,

buscando entre sus recuerdos. ¿Habría debido alertarla un detalle, una palabra, una mirada? No recordó nada. La llegada de Marie-Gillette d'Andremont, escoltada por Bernadine, la obligó a volver al presente.

La joven monja pareció sorprenderse al descubrir al conde de Mortagne sentado tras un pupitre junto a la abadesa.

—El señor de Mortagne tiene la bondad de asistirme en mi ingrata tarea de

investigación.

—¿De investigación,
madre? Angelique
Chartier...

Disimulando la tensión,
Plaisance la desengañó con
brusquedad:

—No se trata de nuestra
querida Angelique, sino de
Alienor.

—Acabo de dejar su
cabecera. Está sufriendo, no
obstante, tenemos la
esperanza de que los
medicamentos administrados
por Marie-Lys, nuestra

hermana enfermera, y nuestra sabia Hermione...

—No tendrán ningún efecto, aparte del de (eso espero de todo corazón) apaciguar levemente sus tormentos —aseguró Plaisance.

—Yo no... —comenzó a decir Marie-Gillette trastabillando.

—Alienor va a fenecer. Ha sido herbolada.

—¿Cómo? ¿Herbolada? Eso no puede ser... aquí... —el final de su frase murió

en un suspiro.

—Os he mandado llamar para que me relatéis con todo detalle los instantes que precedieron a... en fin, hasta que aparecieron los primeros síntomas de la intoxicación de la superiora.

Marie-Gillette la miraba, aturdida, sin reaccionar. Plaisance repitió la pregunta con dulzura.

—¿Los detalles, madre? Bueno... Poca cosa... Ocupamos nuestros asientos alrededor de la mesa. Agnes

Ferrand, nuestra portera, se encontraba a la diestra de Alienor, Hucdeline de Valezan enfrente, y en cuanto a mí, estaba sentada a su siniestra. Cuando llegó el primer servicio, una sopa de bledas y borraja, nos servimos una a una y... ¡Dios mío! —exclamó de repente—, ¿pensáis que una de nosotras habría podido aprovechar un momento de... para...?

—No. Si lo que nos han contado sobre el veneno

usado es exacto, Alienor lo habría ingerido mucho antes de la cena. Por el contrario, me preguntaba si... no os habría intrigado una mirada insistente, una atención particular por parte de alguna de nuestras hermanas hacia los ademanes de Alienor.

—¿Sugerís que la envenenadora es una de nosotras, y que habría vigilado a su presa con objeto de observar en ella los estragos de la sustancia?

En ese caso, se trataría de una asesina de sangre tan fría que da escalofríos.

La soltura con la que la joven acababa de resumir lo que él ya había deducido disipó las últimas sospechas de Mortagne, que intervino por primera vez:

—Mil perdones... Creo que no he retenido vuestro nombre de siglo.

Ella volvió la cabeza hacia él.

—Marie-Gillette d'Andremont.

—¿Cuál es vuestro parentesco con Urbain d'Andremont?

Ella marcó una pausa dubitativa antes de responder:

—Es un primo lejano. No creo haber tenido el gusto de conocerlo.

—Qué pena. Un hombre valiente. ¿Nada llamó, pues, vuestra atención durante la cena, o quizás antes?

—Confieso que no, por más que intento recordar.

Claire jadeaba. El contacto con aquel cuerpo descarnado y martirizado le provocaba náuseas. Las recientes heridas se habían vuelto a abrir bajo la lluvia de golpes de disciplina. De la maltratada espalda brotaban gotas de sangre mezclada con pus que salpicaban las escaleras de la bodega. Agarrando con firmeza a Melisende de Balencourt por las axilas, la subió por la escalera de caracol,

resbalando sobre las piedras húmedas. La priora del claustro de La Madeleine se había desmayado. De la boca asomaba el sucio paño que había introducido un rato antes para atenuar sus quejidos. Claire no se lo había quitado. Un día, Henriette había sorprendido a la madre de Balencourt frotándose su hundido pecho con una camisa manchada, una camisa de hombre que había sustraído a un leproso.

Claire luchaba contra la

repulsión que le inspiraba aquella mujer cuyas fustigaciones nunca redimirían su falta de bondad. Resoplando, consiguió arrastrar a la priora hasta su celda y la abandonó al pie de la cama, sin molestarse en colocarla sobre la colcha. Ya que buscaba sufrimiento, una incomodidad más la satisfaría, sin duda.

Claire cerró la puerta mascullando entre dientes:

—¡Vieja loca! ¿Por qué

titubear? ¡Revienta de una vez! ¿Qué sabrás tú del verdadero sufrimiento, bruja?

Decidió tomar el aire para disipar la repugnancia que la hacía salivar, y salió a los jardines del claustro. Tomó por el estrecho pasaje que llevaba a los huertos y los lagares, y vaciló. El penetrante frío de la noche la lavaba de los interminables minutos pasados en la bodega. Las exigencias de la priora eran cada vez más

asiduas. Ya ni siquiera esperaba a que le cicatrizaran las heridas para pedir las cadenas.

Claire respiró hondo, obligando al aire fresco y ligero a penetrar en sus pulmones. No, la capilla no. Ya había tenido bastantes oficios y genuflexiones. Avanzó lentamente en dirección a la alta empalizada de castaño que delimitaba el universo de «las otras». Detrás estaban los establos y los gallineros.

Más a la derecha, el hospicio de los expósitos y huérfanos acogidos por las monjas flanqueaba el imponente edificio del noviciado. El compacto bloque sobresalía del cuadrado formado por la enfermería y la capilla de San Agustín.

El frío la revitalizaba y tranquilizaba. Debía regresar antes del oficio de vigiliyas, para el que no faltaba mucho. Como de costumbre, y si pese a todo, algunas

pretendían extrañarse de la ausencia de la priora, Claire aduciría el pretexto habitual: la madre de Balencourt sufría unos dolores en las extremidades que la obligaban a guardar cama. Las incesantes mortificaciones de Melisende eran notorias entre las arrepentidas. En cambio, nadie sospechaba su desmesura y aún menos la contribución de Claire a su desarrollo. Ni siquiera Henriette.

Se disponía a regresar cuando una sombra furtiva que salía de detrás del noviciado atrajo su atención. Se agachó. La sombra se irguió, creyendo no ser vista. Aquel hombre pertenecía al séquito del conde de Mortagne, un médico laico, según le habían confiado. El hombre se sacudió el polvo, se atusó el pelo con la mano y prosiguió en dirección al palacio abacial y a la hospedería. Claire lo perdió de vista.

¿Por qué merodeaba de esa guisa? ¿Una visita indecorosa a una de las novicias? En tal caso, había perdido la cabeza, pues el edificio estaba cerrado con cerrojo por la noche y únicamente se abría para los oficios. ¿Entonces por qué? ¿Estaría buscando lo mismo que ella, los túneles y el tesoro? El hombre se había sacudido polvo, o tierra...

Claire regresó lo más rápido posible al dormitorio y agitó dulcemente a

Henriette. Su amiga abrió los ojos inquieta.

—Shh... Creo que sé dónde está la entrada a los túneles. Sígueme sin hacer ruido.

Henriette se vistió a toda prisa. Se deslizaron fuera del dormitorio, y Claire le habló de la sombra a la que había descubierto.

—¿Qué hacías tú fuera, en plena noche? —inquirió Henriette mostrándose preocupada.

—Una molestia pasajera,

necesitaba refrescarme...
¿qué más da? —mintió
Claire.

No era necesario que
Henriette se enterara de qué
desagradable modo lograba
mejorar sus vidas cotidianas:
tal revelación le amargaría
sus días, y no eran tan
boyantes como para
estropearlos aún más.

Habían compartido el
miedo, el frío y el lavadero
de un regidor de Evreux que
las había recogido cuando
tenían cinco o seis años,

Claire no se acordaba con exactitud. Si eran hermanas, primas, o meras compañeras de fatiga, no podría jurarlo. Lo contrario tampoco. El grueso regidor pretendía recompensar su noble corazón poniéndolas a trabajar como bestias de carga y, un poco más tarde, exigiéndoles también epicúreos abandonos. Claire, pese a sus once años, acabó rebelándose: «Si quieres que le saque brillo a tu barriga, ¡entonces paga! ¡A menos

que prefieras que vaya a tu mujer a reclamarle el dinero!»).

La amenaza calmó a aquel puerco una temporada, no muy larga. Claire arrastró en su fuga a una Henriette aterrorizada solo de pensar en las posibles represalias. Compartieron de nuevo el pan de la miseria, los golpes, e incluso la panza de los clientes de los lupanares, lo bastante ricos como para costearse dos putillas para la misma sesión. Fueron

subiendo hacia el norte, sin imaginar ni un segundo que un día volverían a hacer el camino inverso. Fue en París, mientras trabajaba en uno de los quince burdeles censados en la ciudad, donde Claire iba a conocer a la que cambiaría sus vidas: Nicolette. Nicolette la Roja llevaba con orgullo su cabellera de fuego intenso que avivaba aún más con la elección, cuando menos chillona, de sus atuendos. Nicolette, toda una

celebridad entre las puertas de Saint-Honoré y Saint-Martin, había comenzado su dilatada carrera de muchacha pública veinte años antes. Cuando consideró que, según sus palabras, «ya había pagado bastante con el bajo vientre», una idea empezó a fraguarse en su cabeza: nada impedía que una mujer, sobre todo una descarriada, se convirtiera en una *madame* de burdel de la noche a la mañana.

Es cierto que, al principio, sus «colegas» habían intentado disuadirla con métodos dignos de malhechores. En cualquier caso, Nicolette la chula no era del tipo de persona al que se le cierra el pico con facilidad, y muy pocas cosas la impresionaban ya. Contrató a rudos maleantes para persuadir a sus tenaces detractores. Los más acérrimos recibieron varias discretas, a la par que severas, tundas. Algún que

otro pequeño soborno le
valió la bendición de los
hombres del preboste. Le
había parecido que Claire, la
indómita pelirroja, tenía
suficiente madera para
convertirse en una excelente
neófita para su
establecimiento. Así pues se
la compró a su alcahuete,
apoquinando de más por
Henriette, sin la cual Claire
se negaba a trabajar para su
nueva jefa. Como mujer
inteligente y hábil
negociante que era,

Nicolette se dio cuenta enseguida de que Claire podía ayudarla a franquear una frontera hasta entonces inaccesible para sus chicas, demasiado vulgares y palurdas. La de los grandes y poderosos. Nicolette hizo que la bañaran, peinaran, vistieran de pies a cabeza, y le enseñó lo que sabía, un poco de todo, por ejemplo el talento del engaño y de la carne, sin olvidar un marcado gusto por la contabilidad. Nunca se

arrepintió de su inversión, al menos durante los cinco años que siguieron. Claire aprendía rápido: de muchacha pública pasó a ser cortesana. Así conoció a Jean de Valezan, un simple obispo por aquel entonces. Claire presintió de inmediato que aquel cliente tenía los dientes tan largos y afilados que terminaría degollado en un callejón o a los pies de un trono, ya fuera papal o secular. El futuro le daría la razón. Valezan fue

nombrado arzobispo poco después, y lo que es más: se había hecho un hueco entre las sombras más influyentes de Roma. En la cama le gustaban las lascivas rameras, aunque siempre exigía maneras delicadas una vez de pie. Henriette y Claire le ofrecieron lo que buscaba.

Durante su «asociación», Claire husmeaba a la más mínima, convencida de que el prelado llegaría un día a cansarse de sus encantos.

Así fue cómo oyó hablar del tesoro escondido en los subterráneos de la abadía de Clairets. La hermana de Valezan había sido nombrada priora, y se convertiría en abadesa cuando falleciera la señora de Normilly.

Jean de Valezan reclutó, en efecto, a otras compañeras de juegos dando fe de una vulgaridad que no sorprendió a las dos jóvenes. Una noche les declaró, tras la última partida de sus

juegos nada excitantes:
«Cargad lo que podáis llevar
como mulas de albarda y
largaos. Y que no os entren
ganas de cotillear: conozco
la manera de cortarlo de
raíz».

La amenaza era
evidente. Se marcharon
atropelladamente, sin
molestarse en coger sus
bártulos. Había que darse
prisa. Poco importaba, ya
que Claire había saqueado a
su concubinario durante
meses, sistemática pero

comedidamente. Intuía que el obispo no resistiría mucho tiempo la tentación de organizarles un fatídico encuentro en la calle con algunos salteadores: el modo más seguro de hacer callar posibles divulgaciones.

Así pues, se encaminaron a la abadía de Clairets, donde acogían con benevolencia a las meretrices arrepentidas.

Claire narró a Henriette la aparición de la silueta.

—¿Crees que salía de los

túneles?

—No estoy segura, pero se sacudió el polvo como si se hubiera arrastrado sobre tierra.

—Hay que comprobarlo.

—Soy de la misma opinión.

—¿Pero cuándo? — preguntó Henriette.

—Lo más pronto posible. Si sabe dónde se encuentra la entrada a los subterráneos, ¿quién dice que no hallará el tesoro antes que nosotras? ¿Tenemos

tiempo antes de las vigiliass?

—Lo dudo —respondió su amiga mirando las estrellas—. Quizás antes de nocturnos^[106]. ¿Cómo lo transportaremos... si se trata de un pesado arcón?

—Ya encontraremos el modo llegado el momento. ¿Acaso alguna vez te he defraudado?

—Nunca —sonrió Henriette.

Al llegar a las dependencias que le habían preparado en

la hospedería, Mortagne estaba tan exasperado como perplejo. Calentó sus ateridos miembros ante el fuego, y después se reunió con Etienne Malembert, que lo aguardaba en su cuarto, sentado sobre el catre.

—Espero, mi excelente médico, que tus indagaciones sean más sustanciales que las mías.

—Parecéis molesto, monseñor.

—Tengo razones para estarlo. Ni una de esas

vírgenes dice la verdad; todas me engañan con un aplomo descarado. Salvo la abadesa, quizás, y aún de vez en cuando lo dudo.

—¿Estáis seguro?

—¡Vive Dios, pondría la mano en el fuego! La apoticaria que se maquilla para hacernos creer que está conturbada, ¡que hasta olvida los síntomas que provoca el emponzoñamiento por cólquico! Y en cuanto a la historia de frascos robados

de su armario, me parece algo cogida por los pelos. Y luego, esa Hucdeline de Valezan (que ya solo por el parentesco con su hermano la consideraría sospechosa) nos trae dulces de ciruela encontrados en su arcón que, según cree ella, contienen veneno... ¡Y en cuanto a Marie-Gillette d'Andremont, tiene una hermosa planta, la muy astuta!

—¡Por todos los santos!
—se ofuscó Etienne—,
estáis hablando de una

esposa de Dios, monseñor.

Una sonrisa traviesa relajó el sombrío rostro de su amo.

—No te inquietes, no blasfemo. ¡Si esa tal Marie-Gillette es monjita, yo soy nuncio! Cuando ha entrado en el *scriptorium*, me ha resultado familiar. Puesto que la luz era muy tenue, al principio creí equivocarme. La he mirado con detenimiento y estoy seguro: ya me la he cruzado anteriormente. No consigo

ubicarla con precisión. Sin embargo, juraría que no se llama ni Marie-Gillette ni Marie-Tripette. Le he tendido una trampa valiéndome de un banal ardid, pero ha surtido efecto. Su buen primo lejano, Urbain d'Andremont, falleció mucho antes de que ella naciera en un antro, borracho y entre las piernas de una pelandusca. Ese deceso... feliz, aunque sin honores, alentó a la familia a borrar su nombre por temor

a una nefasta influencia sobre los futuros varones — su diversión duró poco. Prosiguió con voz sorda—: vamos a tener que agudizar el ingenio si queremos ver con claridad. Pero ya veremos más tarde, primero cuéntame tus hallazgos. Has tenido tiempo de fisgar a tus anchas.

—Me he quedado con un palmo de narices. Han cambiado las armellas^[107] de las rejas que conducen a los subterráneos. Hace poco

y de forma apresurada, a juzgar por los golpes de buril que han dañado la fábrica de alrededor. Podríamos hacerlas saltar... con algo de tiempo y con los músculos de Michel, sobre todo. Por otro lado, una operación así delataría nuestra búsqueda.

—¡Maldita suerte! — juró Mortagne—. La culpa es mía, Malembert, he tardado demasiado en reaccionar. Debería haberme aproximado a la abadía

desde que nos asaltaran las primeras sospechas, es decir, desde el finamiento de la señora de Normilly. Mi ingenuidad me exaspera, por no mencionar mi estupidez...

—¡No tan rápido, monseñor! —protestó Malembert—. Cuando compré esa bolsa al armenio de Constantinopla, apenas conocíamos su contenido, salvo que se trataba de unas repugnantes osamentas y algunos pequeños

fragmentos de piedra tallada. Por lo demás, seguimos ignorando por qué esos trozos de esqueleto despiertan tanto interés y atención. Vos entregasteis la alforja con vuestras propias manos al señor de Normilly, como os suplicó que procedierais. Él mismo debía entonces confiarla a Guillaume de Beaujeu, Gran Maestre del Temple que pereció a causa de sus heridas poco después de la caída de San Juan de Acre.

En resumen: asumisteis ante su perentoria demanda el papel de mero intermediario. ¿No os exhortó a olvidarlo todo, por vuestro bien?

—Cierto es. En aquel momento su insistencia me pareció disparatada. ¿Qué...? ¡Algunos fragmentos de hueso, una tibia! ¡Bonito negocio! No hay más que escarbar en un campo de batalla para encontrar centenares.

—De hecho, ¿no habíamos olvidado toda esta

historia hasta la misiva casi póstuma que os llegó de él?

—Una vez más, tu memoria es implacable.

—Entonces, ¿dónde están la ingenuidad y la estupidez? Pardiez, ¡no eran más que osamentas!

Plaisance de Champlois entró en el *herbarium* sin tomarse la molestia de anunciarse. Hermione de Gonvray estaba inclinada sobre un alto tiesto, cerrado con una plancha. La

apotecaria se sobresaltó y rodeó la mesa de trabajo y pesaje, para disimular el recipiente tras ella.

—Madre... ¿Qué...?

—¿Qué hago aquí?

Ejercicio mi autoridad y mi deber, hija mía, nada más — declaró la abadesa incisiva.

El palpable malestar de Hermione crispó los nervios de la joven, quien amenazó:

—Vuestra actitud, cuando menos desconcertante, os coloca en la lista de sospechosos del

conde de Mortagne.
Supongo que esta noticia no os sorprende.

—En efecto —declaró Hermione de Gonvray sin manifestar ninguna emoción—. Que el señor de Mortagne piense lo que quiera de mí. Poco me importa.

—Sin embargo, debería hacerlo. Aimery de Mortagne representa el brazo secular de nuestra provincia. ¿Creéis que la investigación que está

realizando no es más que un
divertimento infantil?
Estaríais profundamente
equivocada. Busca al
culpable para castigarlo, y
mucho me temo que su
sentencia será atroz. Tiene
fama de hombre probo y
justo, empero, no he
escuchado decir que la
indulgencia figure entre sus
vicios.

—No soy culpable —
replicó Hermione
inexpresiva.

Plaisance le clavó la

vista.

—¿De veras?

La impertinencia con la que se había enfrentado a ella hasta entonces se tornó en aflicción.

—Madre... ¿Cómo

podéis dar fe a esos insensatos chismes? ¿Acaso no me conocéis?

La abadesa se contagió de la pena percibida en su hija y bajó la mirada confesando:

—Estoy desconcertada, Hermione. Ya no sé quién es

quién, llego a dudar de mi capacidad para ejercer mi cargo... Hace horas que reprimo el deseo de convocar el capítulo ampliado para renunciar públicamente.

—¡No, os lo prohíbo! — tronó la apotecaria—. Es precisamente lo que desea Hucdeline...

Un estridente chillido alertó a Plaisance, quien se acercó al tiesto. Levantó la plancha y vio cómo la miraban fijamente las negras

pupilas con destellos azules de una enorme rata, mientras movía su cola anillada. Dejó caer precipitadamente la improvisada tapadera.

—¿Qué es esto?

—He cogido una rata de una de nuestras trampas.

—¿Y para hacer qué, si me permitís? ¡No me digáis que realizáis pociones de... magia con la ayuda de estas bestias!

—La rata (como el sapo en todas sus formas o la sangre menstrual) no

produce ningún efecto terapéutico... salvo para los crédulos.

—Me tranquilizáis, sin responder a mi pregunta.

—La necesito para llevar a cabo un... experimento.

—¿Cuál?

—Deseo comprobar los efectos de una intoxicación por cólquico.

—Sin embargo, parecíais conocerlos con exactitud hace un rato.

Una terrible lasitud iba sumiendo poco a poco a

Plaisance en un letargo. Tenía ganas de chillar: «¡Intento salvaros, ayudadme!», pero la fatiga le quitaba toda energía. Se dejó prácticamente caer sobre el banco de la mesa y cerró los ojos.

Hermione murmuró:

—Lo siento, madre, lo siento tanto.

—No tanto como yo. ¿Por qué os empolváis con arroz silvestre? ¿Es una estúpida coquetería de mujer o una argucia para hacernos

tragar vuestra desolación?

Se hizo un silencio. Luego, un sollozo pero ni una palabra.

—Hermione, decidme la verdad. Os lo ruego como una hermana que os quiere, no como madre abadesa. Si vuestro secreto no guarda relación alguna con el envenenamiento de Alienor, no saldrá de mi boca, ni siquiera en confesión. Os lo prometo ante Dios, con quien ya me explicaré.

—Se trata de una

coquetería. No sé si estúpida. Desde hace años sufro una afección de la piel. Me sobrevienen crisis y luego remiten. Me desfigura y ensangrienta el rostro. Pese a mi ciencia, ninguno de los ungüentos utilizados hasta ahora la cura, salvo un bálsamo de mi invención que calma levemente la comezón que la acompaña. He temido... que me rechazaran... Es una vanidad innoble, lo sé.

Un indescriptible alivio

invadió a Plaisance. Hermione decía la verdad respecto al unguento, lo sentía. Se levantó de un saltó y tomó a la otra mujer entre sus brazos.

—Oh, querida, qué peso me quitáis de encima... Menuda necedad sospechar de vos... No obstante, qué falta de confianza por vuestra parte el no haber hablado antes acerca de esta afección. Voy ahora mismo a convencer al conde de Mortagne, y, si es

necesario...

Hermione se desprendió del fraternal abrazo, el semblante grave.

—No... debo confesároslo todo. Este bálsamo... contiene también cicuta mayor y cólquico que, en dosis moderadas, son analgésicos. Me quedaba una cantidad considerable, sin embargo, ha desaparecido, así como el frasco de cólquico. Quiero cerciorarme... Debo imperiosamente averiguar si

mi preparado podría por sí solo... En cuyo caso, contrariamente a lo que he afirmado, sería culpable. Al menos, de negligencia.

—¿Qué otros ingredientes componen esta embrocación^[108]? —se interesó Plaisance.

—Poca cosa: miel, agrimonia, lirio y polvo de espino, todos desinfectantes.

—Debéis encontrar otra rata, mi querida Hermione, que marcaréis con una cruz de nogalina. Le haréis

ingerir esto —anunció Plaisance, extrayendo un pequeño paquete de tela de su bolsillo inferior.

Hermione lo desdobló y preguntó con voz velada:

—¿Dulces de ciruela con miel?

—Efectivamente.

Hucdeline los encontró en el arcón de su despacho y sostiene que sirvieron para enherbolar a Alienor.

La abadesa contó la versión de la priora.

—Eso no tiene ningún

sentido —dejó caer la
apotecaria, ausente—. Alienor comía como un
pajarito. En cuanto a los
dulces, nunca me ha dado la
impresión de que fuera
golosa. Entonces... ¿qué?
Hurtar esas golosinas para
engullirlas a escondidas...
No me lo creo ni un
segundo. Es un nuevo
engaño de esa cucaracha
manipuladora y
malintencionada.

—Debería reprenderos...

Sin embargo, la imagen me

gusta tanto que seré débil, que Dios me perdone — comentó la abadesa con sonrisa apagada—. A esto se añade el hecho de que habéis llegado a la misma conclusión que yo.

Percibían la respiración de las durmientes desde hacía rato, a veces entrecortada por un ronquido o un gemido en sueños. Claire se levantó y se enfundó la túnica; Henriette la imitó al instante. Cogiéndose las

manos para darse valor, como cuando niñas, atravesaron el dormitorio con paso sigiloso. Una vez fuera, se quitaron los zuecos y cruzaron el jardín en diagonal, alertas. Bordearon la alta clausura que delimitaba el dominio reservado a los leprosos y no respiraron tranquilas hasta llegar al pasaje que desembocaba en los huertos y los lagares.

—¿Cómo haremos para salir del recinto? —murmuró

Henriette—. ¡Hace un frío de muerte!

—Sígueme. Tengo el equipo preparado desde después de tercia.

Se dirigieron a los establos. La empalizada de altas tablas de castaño se interrumpía al llegar a los muros del edificio. Una puerta cerrada con pestillo, imposible de abrir desde su lado, permitía a las «otras», a las semaneras del establo del claustro de Saint-Joseph, llegar a La Madeleine. No

obstante, apenas se las veía por allí. Claire recogió el cuchillo que había disimulado al pie del muro, entre la maleza, y lo insertó entre el marco y la puerta. El pestillo se levantó. El olor cálido y acogedor de las bestias las envolvió. Una decena de vacas de un bonito pelaje rojo oscuro las siguieron con mirada sorprendida.

Las dos mujeres salieron por el «otro» lado. Dejaron atrás el hospicio y avanzaron

a lo largo del noviciado, inspeccionando la parte baja de los muros en busca de una entrada disimulada o un tragaluz. Pero en vano. Henriette suspiró decepcionada:

—No hay nada que indique el acceso a los subterráneos...

Claire ya no la escuchaba, examinaba el muro que tenían frente a ellas.

—Espera, detrás de este muro debería encontrarse la

escalera de los
dormitorios...

—En efecto.

—Sin embargo, es imposible, puesto que el pasaje que bordea la pared de los baños y une los jardines de la enfermería a los del claustro de Saint-Joseph tiene salida mucho antes de la fachada del noviciado. Después está la escalera que sube al dormitorio principal, que seguramente no excede la media toesa de anchura.

Pero el espacio que delimita este muro que está ante nosotras debe de medir al menos una toesa de largo. Entonces, ¿dónde está la media toesa que falta? Oculta la entrada a los túneles, apostaría lo que quieras. Debemos llegar al pasaje de la enfermería y atravesar los jardines.

—¡Dios nos guarde si nos sorprenden!

Contrariamente a lo que temía Henriette, Claire se mostró benigna:

—Nos darán un largo sermón. No será el primero. En cualquier caso, deseo de todo corazón que sea el último; por siempre jamás.

La agonía de la rata señalada con la cruz se prolongó dos días. Se agazapó en el fondo del recipiente y no se movió hasta que el aire dejó de entrarle en los pulmones. Entonces arremetió, arañando las paredes de barro cocido, intentando escalarlas, resbalando, para

volver al asalto, abriendo el hocico de par en par, debatiéndose hasta el final contra la parálisis que la asfixiaba. El otro roedor, aquel al que Hermione había dado su nuevo preparado, parecía ausente. Permaneció postrado durante largas horas. A la tercera mañana, se sacudió e intentó escapar, totalmente repuesto. Un sirviente laico vino a buscar el tiesto para ahogar al animal.

El fin de Alienor de Ludain se eternizó cinco noches durante las cuales todas se relevaron a su cabecera. A los violentos dolores de barriga les sucedió un aletargamiento del que no salía más que para, en ocasiones, farfullar trozos de frases ininteligibles.

Hucdeline hizo solo algunas breves apariciones en el calefactorio, asfixiante a causa del brasero, permanentemente

encendido, e irrespirable por los olores de excrementos y sudor malsano. A cada visita, se quedaba a cinco pasos de la agonizante, como si temiera contagiarse, y murmuraba:

—Vais a poneros bien, querida. Ya me parecéis más viva.

Durante un fugaz instante, Marie-Gillette creyó leer un terror verdadero en su mirada, reemplazado de inmediato por una indiferencia glacial.

La hermana de Andremont no abandonaba el calefactorio más que para ir a los oficios o descansar unas horas en el dormitorio, entre las cortinas de su celda. En ocasiones se saltaba comidas sin que el hambre la atenazara. Estaba como entumecida por una especie de inercia. Una vacuidad, agradable a fin de cuentas, acaparaba su mente, ahuyentando cualquier conato de reflexión. No velaba a la superiora:

esperaba, no sabía qué. Por primera vez después de cuatro años, el miedo la había abandonado. De golpe, durante aquel interrogatorio en el *scriptorium*.

Ni siquiera se percató de ello en el momento. Salió de allí como arrollada por el vacío, caminando sin la menor consciencia de sus movimientos. Desde

entonces, aguardaba. La habitaba una única certeza: por fin todo iba encajando.

Cuando al amanecer

Marie-Gillette d'Andremont oyó a Alienor de Ludain murmurar: «¿Por qué, pero por qué?», justo antes de expirar, por primera vez se sintió unida en comunión con el alma de aquella mujer a la que hasta entonces había despreciado.

Claire Loquet y Henriette Viaud bordearon el muro exterior de la enfermería. Se introdujeron en el pequeño pasaje que llevaba a los jardines y avanzaron hacia la escalera

que conducía al dormitorio principal. Claire podía oír la respiración entrecortada de su amiga. Pese a su fingida seguridad, ella no estaba mucho mejor. Desde hacía meses, años, solo la idea de esta salvación la movía. La suya, la de Henriette. Claro que a veces se arrepentía de esa dureza, esa sequedad de corazón que le hacía ver bajo los rasgos de cada ser un plausible enemigo. En su defensa cabía decir que muy pocos se habían revelado

amigos, o simplemente benévolos. Luchaba desde hacía tanto contra un destino adverso que no le quedaba más que aferrarse a ese combate para no perder completamente la esperanza. Eso y Henriette. El fin justificaba los medios, el resto era accesorio. Solo contaba su futuro, solo importaba la justa retribución que exigía —que arrancaría— como desagravio por los años de ruina y humillaciones que le

habían sido impuestos. Dios le había otorgado la capacidad de resistir, y ella la utilizaba. Le había encomendado velar por Henriette, y ella obedecía. Todo lo demás era accesorio.

Se colaron por el hueco de la escalera y recobraron un poco el aliento.

—Tienes razón, Claire. Falta media toesa, incluso contando con el espesor del muro de carga —comentó su amiga.

—Voy a salir de nuevo a explorar el muro exterior entre la escalera y la esquina del noviciado, a ver si existe alguna trampilla, un pasaje, qué sé yo.

—Sé prudente, te lo suplico.

—No te preocupes —la tranquilizó Claire con una sonrisa.

Con los ojos bien abiertos, espiando la sombra, la joven escrutó, manoseó cada piedra, examinó cada pulgada de la fábrica,

introduciendo el índice en las ranuras, rascando la argamasa con las uñas. En vano otra vez.

—¿Entonces? —le preguntó Henriette cuando se unió a ella.

—Nada. Si existe un pasaje, no abre hacia el exterior, si acaso por el lado de las «otras» de Saint-Joseph, y lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque estaría demasiado expuesto, demasiado visible. Son

trescientas yendo y viniendo por ese claustro. El riesgo de que te sorprendan bajando a los túneles sería considerable.

—En otras palabras, según tu opinión, el pasaje está aquí, en el hueco de esta escalera.

—En efecto, querida. Y lo vamos a descubrir.

Su búsqueda duró más de una hora. A cuatro patas, Henriette examinaba cada pulgada de las anchas losas negras del suelo. Claire

golpeaba con el dedo las piedras de los muros. La angustia la iba dominando: ¿y si se estaba equivocando desde el principio? ¿Y si no existían los subterráneos? Desterró el desánimo que se insinuaba en su mente y apretó las mandíbulas. Henriette se levantó suspirando de exasperación y murmuró, mientras se sujetaba los riñones con una mueca:

—Pues seguro que no es una trampilla excavada en el

suelo.

—Tampoco una falsa pared giratoria de la altura de una persona porque...

Al pronunciar esta frase, se hizo la luz en su mente, y se quedó con la mirada fija.

—¿Qué...? ¿Qué has visto? —la impacientó Henriette.

—Silencio, ya lo comprendo. ¡Qué astutos!

Observó con atención los anchos escalones de roble y después levantó la cabeza hacia el rellano que llevaba

al dormitorio principal. Subió de dos en dos los primeros peldaños e inspeccionó el muro. Siguió con la uña las hendiduras de las piedras que se unían en ángulo recto con el muro de la fachada.

—¡Henriette! —resopló con un nudo en la garganta por la emoción—. Dale gracias a Dios, pues no hay mortero entre estos bloques. Ven conmigo.

Presionaron algunas piedras, y de repente un

lienzo de pared rotó sobre su eje, liberando un pequeño pasaje situado a dos metros del suelo.

—¡Alabado sea Dios!
¡Alabado sea Dios! —
balbuceó Henriette al borde del llanto.

—Shhh, cariño. No
hemos terminado.
Guardemos aún las lágrimas
de agradecimiento.

Se coló dentro, metiendo primero el busto. Una húmeda y gélida oscuridad inundaba aquella especie de

pozo grande y cúbico que acababa de descubrir. Aguzó los oídos. Le llegó el lejano ruido de un chapoteo, y un sofocante olor a descomposición y excrementos le atenazó la garganta.

—Sin duda son los subterráneos. Seguramente, una canalización los prolonga fuera del recinto, conduce los residuos a la fosa de aguas negras, y después, Dios sabe dónde.

En la pared de enfrente

había una escalera de mano que descendía hacia un rellano inferior; Claire a duras penas lograba distinguirlo. Se agachó y tanteó los primeros travesaños.

—Hay una escalera para bajar —explicó—. No se ve ni torta, pero parece sólida y la madera no está carcomida ni resbala. Algo sorprendente con esta humedad... Apuesto a que la cambian de vez en cuando. En otras palabras, los

subterráneos siguen siendo visitados.

—Nos... en fin, te ha costado tanto encontrarlos que su secreto debe de estar celosamente guardado.

—¡Oh, estoy segura! Dicho esto, seguro que la dulce Champlois conoce su existencia, y quizás la verruga de Valezan y esa carroña de Balencourt. Después de todo, son prioras. Vamos a dejarlo por esta noche, Henriette. El tiempo apremia, se darán

cuenta de nuestra ausencia, y tenemos que hacernos con un candelero, o mejor aún, con una antorcha.

—Eso es muy sensato — aprobó Henriette, aliviada por la decisión de su amiga —. Volvamos mañana.

Elise de Menoult, oculta en el pasaje que bordeaba los baños y salía a los jardines de la enfermería en el claustro de Saint-Joseph, luchaba sin resultado contra el frío que le subía por las

piernas. La ropera se odiaba por su falsedad. El recuerdo constante de las razones que la habían impulsado a la traición no atenuaba en absoluto su culpabilidad. ¡Dios santo! Si Plaisance de Champlois descubría su doble juego, nunca la perdonaría, y su ira estaría justificada. Le llegó el eco de un paso que intentaba ser ligero desde la galería del claustro de Saint-Joseph. Se contrajo, sin apenas atreverse a respirar,

tapándose la boca con la mano para que su aliento no revelara su presencia. Una voz a unos pasos de ella susurró:

—¿Señora?

Era una voz de hombre. Elise avanzó tres pasos. La espesa penumbra reinante en el pasaje le impedía distinguir los rasgos de la alta silueta frente a ella. La nota que encontró el día anterior bajo su manta la avisaba de esta cita. Una nota firmada por el conde de

Mortagne.

Etienne Malembert se descubrió y se inclinó en reverencia.

—¿Habéis descubierto, señora, algún elemento que pueda ayudarnos?

—Poco, y estoy muy disgustada. Los recientes acontecimientos han perturbado tanto nuestra comunidad que todas desconfían del resto. Los rostros se giran y las lenguas se atan. No puedo ofrecer más que fragmentos, dudo

que os sirvan. Parece que Hucdeline de Valezan está maquinando el inmediato nombramiento de Aude de Cremont como priora, es decir, cuando nuestra madre sea destituida por el capítulo. No podré hacer nada para impedirselo. Las partidarias de Plaisance de Champlois se han quedado en minoría. Otra información de menos relevancia, indudablemente sin relación alguna con nuestro asunto: una monja,

Marie-Gillette d'Andremont, hurga por todos los rincones de la abadía, en busca de no se sabe qué. Tengo un presentimiento: estoy convencida de que esa mujer oculta un secreto. Para terminar, algo que me preocupa: varios sirvientes han venido a pedirme que reponga herramientas, por lo visto desaparecidas.

—¿Y cuál es la razón de vuestra inquietud?

—La naturaleza de esas herramientas: dos

doladeras^[109], dos almocafres, una pequeña atarraga^[110], y una barrena.

—A saber, instrumentos que se transforman rápidamente en temibles armas.

—Debéis informar de inmediato al conde de Mortagne —marcó una pausa y prosiguió con voz seca—: no olvidéis, señor, que este vil papel de espía al que me he prestado no tiene más justificación que la de proteger a toda costa (si es

necesario contra ella misma) a nuestra abadesa. Es la promesa que hice sobre mi alma a la madre de Normilly y tengo la intención de mantenerla. Adiós, señor.

Elise de Menoult desapareció en la noche, una menuda sombra devorada por la oscuridad en un abrir y cerrar de ojos.

Etienne Malembert le dio tiempo a alejarse antes de salir a su vez del pasaje. ¿Qué se estaba tramando? ¿Los escrofulosos, dolidos

por su reciente fracaso, estaban planeando una nueva revuelta? Tenía que encontrar de nuevo a ese Jaco. Este último, aliviado al saber que su esposa había sido puesta en libertad y se encontraba bajo la protección del conde, les ayudaría. Malembert estaba seguro.

El día había apenas despuntado. Una espesa capa de nieve había caído durante la noche, cubriendo el suelo de una nube de

pureza. A lo lejos, se avistaban los jardines de flores cuyos altos tallos cedían con elegancia bajo el peso de la escarcha. Plaisance de Champlois, de pie ante una de las ventanas de su despacho, contemplaba las terrazas sin sentir el acostumbrado placer que este espectáculo le procuraba. Le parecía que toda la fuerza, la generosidad y la alegría de la abadía de Clairets se habían evaporado en pocos

días. Sí, alegría pese al trabajo y la austeridad, y porque Dios es alegría. Servirle también. ¿Dónde había ido pues la solidez de aquel universo?

Un cuervo aterrizó pesadamente sobre el immaculado mantel. Se deslizó, batió las alas para recuperar el equilibrio y avanzó con paso atrevido, contoneándose, manchando la nieve con la impronta de sus patas. Plaisance se reprendió, prohibiéndose ver

en ello un nefasto presagio.

Un ligero golpe la sobresaltó.

Bernadine introdujo a Marie-Gillette d'Andremont.

—Sentaos, hija mía. Una suplente de cocina nos traerá unas infusiones en breve.

Marie-Gillette se decidió. El requerimiento de la abadesa, que no toleraba demora alguna, no la había sorprendido. Aguardó pues, oscilando entre recelo y alivio. Recelo de que la forzaran a salir de su

trinchera. Alivio porque aquella joven, aquella estimable mujer, pronto le obligaría a contar la verdad.

Con la espalda contra la ventana, Plaisance de Champlois la estudiaba. Tras un breve silencio, soltó:

—Marie-Gillette... Por dónde empezar... *Ex abrupto*, quizás. Lo que se diga en este despacho permanecerá confidencial siempre y cuando no perciba ninguna relación con los odiosos asesinatos que

hemos presenciado. Tenéis mi palabra sobre ese punto. Os recomiendo honestidad.

Marie-Gillette apretó los labios con incertidumbre. La abadesa prosiguió:

—He tenido la sensación de que monseñor conde de Mortagne desconfiaba de vos. Sin embargo, no ha juzgado oportuno darme parte de sus reservas. Me...

Se interrumpió mientras Bernadine dejaba los cubiletes de tisana humeante sobre el escritorio y

desaparecía entre murmullos de tela.

Plaisance se acercó por fin a su hija. Se apoyó contra el borde del pesado tablero de roble que había velado las horas de trabajo de la madre Catherine antes de acompañar las suyas, y prosiguió entristecida:

—Me han llegado rumores. Se os ve ir y venir con frecuencia, entrar y salir en edificios donde no se os requiere ninguna tarea.

Marie-Gillette tenía la

cabeza gacha. Intentó un último artificio:

—Había terminado la tarea confiada por una de nuestras hermanas supervisoras, Adelaide Baudet; así pues quería ser de utilidad en otro sitio.

—Algo que os honra — comentó Plaisance, consciente de que se trataba de un burdo pretexto—. Levantad la mirada, hija. Quiero escuchar vuestra siguiente respuesta mirándoos a los ojos.

Marie-Gillette obedeció.

—Os plantearé la pregunta solo una vez. Juzgad en alma y conciencia si debéis insistir en ocultarme la verdad. Sabed que, en ese caso, no podré, ni querré, hacer nada para disuadir al conde de Mortagne... llegado el caso.

La joven se contrajo. La abadesa murmuró:

—¿Era a Angelique Chartier a la que querían asesinar? Vuestro pasmoso parecido, su presencia en el

muladar, donde debíais estar vos... Además, y no veáis en esto ninguna calumnia por mi parte, Angelique no tenía un... pasado que explicara un homicidio de ese tipo. Por el contrario, lo ignoro todo del vuestro, con excepción de esa fábula sobre vuestra familia diezmada en unos meses por unas fiebres mortales, unas fiebres a las que sobrevivisteis milagrosamente. Cierto que los milagros existen; pero...

Ya es suficiente. Ahora me callo y os dejo sopesar vuestra actitud.

Siguió un extraño silencio. Un silencio de espera sin impaciencia. Un silencio que Marie-Gillette sintió cordial, casi cómplice. Incapaz de pensar, no sopesó nada. Se dejó acunar durante unos largos segundos por el lento ritmo de la respiración de la abadesa.

Un detalle imperceptible turbaba a Plaisance de Champlois desde hacía rato.

Más bien una impresión. Por mucho que pensaba, no conseguía precisarlo. Un carraspeo puso fin a sus interrogaciones.

—Nuestra dulce Angelique no era el objetivo. El peso de esa muerte de la que me siento culpable... Yo... Huí de Castilla tras el asesinato de mi amante. Un degollamiento incomprendible. Dos hombres me persiguieron como si fuera un animal hasta el reino de Francia. Al

llegar a Perche, me refugié en la abadía de Clairets. Por tanto, no puedo en ningún modo dar crédito a la culpabilidad de un leproso que habría dejado su matraca en el escenario del crimen. Ya lo sabe todo, o casi. Madre, debéis creerme cuando os digo que ignoro los verdaderos móviles de este asesinato, de estos asesinatos. Alfonso era un ser jovial, ligero, al que no le interesaban los asuntos del poder. En cuanto a

Angelique, es decir, a mí, ya que ella murió en mi lugar... —luchó contra los sollozos y continuó—: ¿qué he hecho yo sino llevar una vida demasiado libertina y superficial? Me odio. Sin embargo, no he hecho nada que lo merezca, solo parecerme a ese pobre ángel. Oh, es verdad... lo confieso, no puedo enorgullecerme de bellas y generosas acciones. Sin duda mi pasado egoísta, mi corazón indiferente, decepcionaron a muchos

seres queridos. A mi madre, a mi hermano (que están vivos, al menos así lo espero) y hoy a vos. En verdad, señora, os lo juro: nunca he hecho daño voluntariamente a ningún ser viviente.

Tendió la mano a la abadesa, quien la cogió.

—Madre, me siento aliviada. Si vos supierais...

—Deshacerse de los engaños que os envenenan el alma suele producir ese efecto.

Una risa desprovista de alegría le respondió:

—No os haré creer en mi gran pureza. Por lo demás, tampoco lo conseguiría. ¿Sabéis madre? No busco consuelo, no... Desde la muerte de Angelique me digo que esos hombres me vienen pisando los talones. Me digo que sin duda conseguirán matarme a mí también, si se dan cuenta de su error. Lo peor... Lo peor a mis ojos sería que sus asesinatos permanecieran

impunes. El de Alfonso, el de esa adorable hermana. El mío, quizás. Ahora, vos también lo sabéis. Estoy tranquila.

Plaisance apretó la helada mano de la joven.

—¿Quiénes son esos hombres?

—Lo ignoro. No se trata de canallas comunes. Más bien de unos sicarios.

—Marie-Gillette d'Andremont no es vuestro nombre, ¿verdad?

—No. Me llamo Alexia

de Nilanay. Ya que estas...
confidencias tienen
indiscutiblemente una
relación con los terribles
acontecimientos, al menos
con la muerte de Angelique,
¿pensáis... comunicárselo al
conde Aimery?

—No sé... Callarle la
verdad sería sumamente
reprochable, más aún
cuando... —la abadesa
parecía al borde del llanto;
luchó contra las lágrimas y
concluyó—: cuando no
puedo consideraros ya como

una de mis hijas... Os relevo de vuestros votos definitivos.

Alexia-Marie-Gillette

quiso levantarse, protestar. Plaisance la interrumpió con un gesto tranquilo.

—No habéis escogido a Dios con vuestra alma y conciencia, y habéis sido recibida entre nosotras bajo un pasado y una identidad falsos. Vuestro corazón, vuestra alma no estaban abiertos por completo, como habrían debido estarlo. Un

subterfugio, una farsa. Se trata, a mi parecer, de un fraude inaceptable en este lugar de devoción. Marie-Gillette, por compasión, creedme... nada ni nadie me obligará jamás a tiraros la primera piedra. No conozco el siglo, o muy poco... Quizás, en vuestro lugar, yo también habría engañado con tal de estar a salvo. Solo Dios puede decirlo. Solo Dios puede juzgar. Dicho esto, y para volver a vuestra inquietud, monseñor de

Mortagne representa a la justicia secular. Puesto que ya no sois bernarda de la abadía de Clairets, y puesto que yo no puedo ser juez y parte, es él quien tiene razones para reivindicar su poder de administrar justicia —Plaisance suspiró con la boca abierta, tensa—. Dios santo, no sé qué hacer... Tengo que reflexionar con tranquilidad. Dejádme, Alexia.

Este nombre, que había sido el suyo, sonó extraño.

Marie-Gillette comprendió que una puerta acababa de cerrarse, dejándola fuera, desprotegida, frágil. Un difuso temor se mezcló con su pesar. Alexia la indócil, la dulce extravagante, la que sabía que su encantador semblante y su seducción le permitirían salir victoriosa de todos los escollos, ya no existía. Quizás había muerto en Auch, mientras compraba una porción de pastel de especias y un trozo de queso de oveja. Tal vez estaba ahí

pero de manera latente. Quedaba Marie-Gillette, la cual había aprendido, a lo largo de esos años en la abadía de Clairets, a ver a los demás, a escucharlos, a abrirles su corazón. En el fondo, no era el monasterio lo que había execrado, sino su propia terquedad. Se había obstinado en rumiar los recuerdos de su fácil y alegre vida y hacer de ellos un escudo impenetrable. Se tranquilizaba imaginando un futuro idéntico al pasado.

Inútiles y patéticas quimeras. Alfonso también se había convertido en una especie de cuento. Porque, si quería ser franca, debía reconocer que jamás lo había amado. Cada vez le era más difícil recordar el color exacto de su mirada. Alfonso la había entretenido, divertido. Ella se había entregado como un objeto encantador, y los objetos no sienten. ¿Era una maldición o una bendición sentir ahora, que era demasiado tarde?

—Lo siento, Alexia. No tengo ninguna alternativa. Dejadme, os lo ruego — murmuró una dulce voz a su lado.

Solo entonces Marie-Gillette d'Andremont se dio cuenta de que estaba llorando. Se levantó y declaró contenida:

—Vuestro perdón, madre... señora. Sea cual sea vuestra resolución en lo que respecta al conde de Mortagne, nunca dudaré de la equidad ni de la rectitud

de vuestra decisión. La aceptaré y me someteré a ella.

Horas más tarde, mientras Plaisance de Champlois subía por el sendero de gruesos guijarros que comunicaba sus dependencias con la iglesia abacial de Notre-Dame, el eco de un correteo la detuvo. Se dio la vuelta y esperó a que Aude de Cremont la alcanzara, algo sorprendida por la carrera de su hija tesorera, normalmente tan

reposada.

—¡Madre, madre! — jadeó la joven—. Ya sé que estáis desbordada, sobre todo... en fin, sobre todo en este momento. Igualmente os ruego que perdonéis mi insistencia, pero necesito parlamentar con vos sin mayor dilación.

—¿Vuestra insistencia, querida Aude? —inquirió Plaisance sin comprender.

—Ah... ¿Debo pensar que Bernadine no os ha transmitido mi petición de

audiencia?

—No.

—Lo habrá olvidado, la pobre. ¿Quién podría tratarla con rigor en estas circunstancias? —susurró Aude, persistiendo en la incompetencia de la hermana secretaria.

—Evidentemente. Pero entonces, ¿deseabais verme?

—¡Ya lo creo! —Aude de Cremont fingió un penoso suspiro y prosiguió vacilante—: unas simplezas me tienen confundida,

madre.

—Simplezas —repitió la abadesa, segura de que Aude tenía algo grave, luego sabroso a sus ojos, que referirle.

—No son, aparentemente, más que habladurías... Pero en cualquier caso, mi deber de obediencia hacia vos me anima a contároslas en privado.

—Iba a Notre-Dame, para meditar en soledad, pero... Vamos, estaremos

más tranquilas en mi despacho —decidió Plaisance volviendo sobre sus pasos.

Caminaron en silencio, y la abadesa comprendió que las «habladurías» que Aude se disponía a contarle podían asestarle un nuevo golpe.

Bernadine se levantó de un salto a su entrada.

—Cielos, querida Aude... He olvidado por completo avisar a nuestra madre... Oh, ¿estáis muy enfadada? He perdido la

cabeza de tanto correr estos días...

—En absoluto, querida mía, en absoluto. Todas estamos revueltas estos días. Lo contrario sería asombroso.

Plaisance fue hasta su profundo sillón. Aude se instaló frente a ella, con la gracia de una dama de visita.

—Os escucho, hija mía.

La tesorera apretó su hermosa boca en forma de corazón, queriendo aparentar indecisión. No obstante, la

abadesa habría jurado que llevaba tiempo preparando su acometida.

—¡Qué vergüenza! Por qué, por dónde empezar... Primero debo reafirmaros de nuevo mi total fidelidad. No formo parte, en efecto, de las hijas que os han apoyado desde el principio. Soy más lenta en tomar partido, más temerosa quizás...

Plaisance estaba bien segura de que la pusilanimidad no figuraba entre los defectos de su hija.

Se limitó a asentir con un pestañeo.

—Sea como sea, estad segura, madre, de poder contarme entre vuestras partidarias...

«Hasta que me reserves una coz de las tuyas», pensó Plaisance, impávida.

—Y es por eso por lo que deseo relataros los recientes acontecimientos de los que fui testigo, y que... me asustan.

Por primera vez en su monólogo, la mirada de

Aude de Cremont abandonó la colgadura de tapicería y sus santos demacrados y famélicos.

—¡Dios mío!, estáis empezando a alarmarme, querida. Id al grano, por favor —la apremió Plaisance.

—Poco después de la revuelta de los escrofulosos, se me acercaron (al igual que a muchas otras monjas) nuestra priora y nuestra pobre Alienor. De esto supongo que estáis

informada... Quizás por Elise de Menoult, una de vuestras amigas —insinuó la tesorera.

—Mi buena Aude, cuando una se convierte en abadesa de un monasterio tan prestigioso como el de Clairets, ya no se tienen amigas, tan solo hijas.

—¡Qué tonta soy! —se excusó la tesorera—. Pero, ¿no es frecuente que los padres prefieran unos hijos a otros?

¿Envidiaba Aude la

privilegiada posición de Elise a su lado? Tal sentimiento estaba muy lejos de lo que Plaisance presentía de la calculadora mujer que tenía enfrente. ¿Se trataba más bien de una puntada, o una pregunta de doble sentido? Decidió no profundizar y recordar a Aude el objeto de su visita:

—He escuchado decir que Hucdeline estaba muy preocupada por mi salud. Retrospectivamente.

—Desde luego. ¡Qué

inquietud la suya! Temblaba ante la idea de que uno de esos bárbaros hubiera podido mataros. ¡Qué cariño os manifestó! Alienor también, por cierto. Pobre querida... un fin atroz.

La tesorera se lo estaba pasando en grande. La irritación empezó a invadir a Plaisance. Luchaba desde hacía un rato contra las ganas de ordenarle hablar, sin más rodeos. Por otra parte, era indiscutible que Aude tenía cosas de

importancia que confiarle, y podía cerrarse como una ostra si le privaban de su diversión.

—Que Dios acoja su alma. Aude... sois una mujer inteligente, yo también. De ello se deduce que ambas sabemos que la priora busca ante todo desestabilizarme. Insistir sobre la magnitud de la masacre que no ha tenido lugar es también subrayar groseramente el hecho de que fui incapaz de prevenir

la revuelta y que no conseguiría evitar su repetición.

Una sonrisa sincera se posó en los labios de la tesorera, quien añadió:

—En efecto, estamos entre mujeres inteligentes... Aquella noche, una migraña de mujer me perforaba las sienes. No tuve tan poco corazón como para despertar a nuestra buena Hermione para requerir su ciencia. Más aun sabiendo dónde guardaba el cefálico^[111] que

nos administra para mitigar ese tipo de crisis. Una mezcla de madreselva, verbena y valeriana, suele ser eficaz. Estaba llegando a los jardines de la enfermería para tomar el pasaje que conduce al *herbarium*, cuando advertí dos siluetas de hermanas delante de mí, torciendo por el pasillo opuesto, el que lleva al cementerio y al portalón de los Lavaderos.

»Cada una atenuaba con sus manos la luz de un

candelero. Caminaban muy rápido. No se trataba pues de un mero paseo, lo que, de todos modos, habría sido sorprendente, dadas las intempestivas horas. Lo confieso, la curiosidad disipó mi hemicránea. Las seguí, cuidando de no ser descubierta. Se bajaron la capucha de sus abrigos sobre el rostro, aumentando mi perplejidad. Las seguí discretamente por entre las tumbas de nuestras hermanas. Cuál no fue mi

asombro cuando vi a la más alta de las dos abrir la puerta de la entrada. Pensaba que únicamente la hermana portera y vos misma poseíais la llave de los portalones. En cambio, por los andares, la silueta... en fin, ninguna de las dos parecía la esbelta y menuda Agnes Ferrand. Además de por la apariencia... en fin... Agnes se mueve con gran apocamiento.

«Es decir, está jorobada y tiene los hombros

vencidos», tradujo Plaisance. Nada en el discurso de Aude le permitía llamarla a un poco más de caridad. Sin embargo, la tesorera repartía con un arte consumado sus zarpazos.

—Así que, ¿eran dos figuras distinguidas?

—Sobre todo la más alta. Un porte cuando menos altivo...

«Hucdeline de Valezan», interpretó de nuevo la abadesa. ¿Adónde quería llegar Aude de Cremont? ¿A

denunciar una transgresión de la clausura? Su hija tesorera era una manipuladora de gran talento. Por otra parte, Plaisance dudaba de que se rebajara a una mediocridad tal como una delación o una vil mentira. La continuación le dio la razón.

—Un hombre aguardaba tras la puerta.

—¿Un hombre?

—¡Ya lo creo! Muy alto, robusto, vestido como un trampero. Llevaba un

sombrero de cazador hecho de piel.

—¿Nuestro actual cazador o su primo al que sustituye, Nicol el Garzón?

—No estoy segura. Estaba bastante alejada, no deseaba que me descubrieran. Y, excepto la luz de los candelabros y la luna...

—¿Qué pasó entonces?

—Entablaron una conversación de la que no pude escuchar nada. Pero fue bastante larga. El

hombre asentía en ocasiones. Hizo una reverencia y se marchó. Me escondí entre las sepulturas y esperé a que las siluetas de las monjas llegaran al claustro de Saint-Joseph.

La información era desconcertante. La abadesa consideró a Aude de Cremont durante un momento, intentado sacar algo en claro. La tesorera había insinuado que las dos mujeres no eran otras que Hucdeline y Alienor. El

hombre con el que se habían encontrado en secreto por la noche era uno de los cazadores. ¿Con qué objetivo? ¿Cómo se conocían? Aude, contrariada por la ausencia de reacción en su madre, de la que esperaba en cambio una viva conmoción, sacó su última carta, maniobrando como de costumbre.

—Quizás haya una buena explicación para esta... entrevista. Pero, por

supuesto, yo no tenía autoridad para intervenir y exigirla.

—Claro —asintió

Plaisance.

Este lacónico comentario ensombreció a Aude. ¡Hucdeline no saldría tan bien parada de esto! La insoportable suficiencia de la priora irritaba a Aude desde hacía mucho. ¿Qué se creía? ¿Que un hermano poderoso —el cual había contribuido en gran medida a su elección como priora—

le daba derecho a mirar a la gente por encima del hombro? Y más aún cuando, si había que considerar la sangre, la que corría por las venas de los Valezan era mucho menos oscura y densa que la de los Cremont, que nunca habían dudado en verterla por su Dios o su Rey. En cualquier caso, Aude no buscaba la venganza. Tal y como decía su difunto padre adorado, nada es más triste que el vulgar rencor. Demuestra

que se ha fracasado y no se es capaz de superarlo. El propósito de la señorita de Cremont era mucho más delicado. Y mucho más entretenido igualmente. Quería saber si era digna de las enseñanzas paternas. No se trataba de Aude contra Hucdeline, sino el señor de Cremont enfrentado a Jean de Valezan, por mediación de hija y hermana respectivamente. Una partida de ajedrez que pretendía ganar. Por su

padre, para que estuviera orgulloso de su única hija, de su sangre.

—Mi perplejidad aumentó aún más cuando nuestra querida Hucdeline vino a buscarme de nuevo, esta vez sola.

—¿Cuál era el objeto de esa visita?

Aude recuperó la serenidad. La mirada de la abadesa había ganado en intensidad.

—No la simple amistad, si es necesario precisarlo.

Quería tantear el terreno... con infinita prudencia... un lujo de precauciones lingüísticas. Insinuó... que mi valor y piedad merecían mucho más que la función de tesorera. —Aude marcó una pausa y su mirada se evadió de nuevo para posarse en la colgadura—. Un futuro como priora, por ejemplo. Si bien... a menos que Hucdeline muriera repentinamente o fuera destituida por el capítulo... no veo cómo podría yo

acceder a ese cargo y, francamente, no tuve la sensación de que estuviese aludiendo a su próximo fallecimiento.

—A no ser que... — vaciló Plaisance haciendo un esfuerzo para que su voz no temblara.

—A no ser que Hucdeline se convirtiera en abadesa y que Alienor de Ludain... quedara excluida de un modo u otro de la lista de candidatas al puesto de priora —concluyó por ella la

tesorera.

—¿Se acercó a vos...
antes del deceso de Alienor?

—Unas horas antes de
los primeros síntomas de
envenenamiento.

Un escalofrío recorrió a
Plaisance de Champlois.
Que Hucdeline de Valezan
maquinara para destituirla,
eso lo sabía desde hacía
tiempo. De ese modo la
sucedería a la cabeza de la
abadía de Clairets y
propondría una priora que le
fuera propicia. No había

tantas candidatas que poseyeran la consistencia y obediencia requeridas. ¿Alienor? Por lógica, si Hucdeline se convirtiera en abadesa, Alienor habría debido de asumir la antigua función de su amiga. Sin embargo, evidentemente, no entraba en el esquema de Hucdeline. Tenía que prescindir de Alienor de Ludain, saltaba a la vista. No tenía ni el talento ni la brillantez de una priora de la abadía de Clairets. Así pues,

se legitimaba la elección de Aude de Cremont. Sí, pero, ¿qué hacer de una antigua aliada, sin duda confidente, para evitar su peligrosa enemistad? En el fondo, la defunción de la superiora le venía de perlas a Hucdeline de Valezan. Y de qué manera.

La cronología del plan de su adversaria y la repentina temeridad de la que esta daba prueba sulfuraban a la abadesa. Hucdeline avanzaba casi a

cara descubierta, lo que significaba que había recibido nuevas garantías en cuanto a su próxima elección. ¿De qué naturaleza? ¿De quién procedían? ¿De su hermano? Plaisance de Champlois sentía que el suelo se desmoronaba a sus pies. No daba la talla para poder contradecir abiertamente a Jean de Valezan. Si estaba a la altura de los rumores que circulaban, el arzobispo aliaba la astucia a la

ferocidad, sin olvidar la falsía. Ningún golpe era condenable a sus ojos, a condición, claro, de que fuera él quien lo diera.

Aude de Cremont la miraba fijamente desde hacía rato; casi podía seguir el camino de su razonamiento. Plaisance de Champlois tenía miedo, pero mantenía un rostro digno. Luego era valiente, y lo bastante inteligente como para medir la insuficiencia de sus fuerzas.

Inesperadamente, sintió algo semejante a la estima por aquella jovencísima muchacha a la que, hasta aquel preciso momento, solo había considerado un valioso peón que debía ser manipulado con cuidado. Aude lo sopesó y finalmente decidió tenderle una mano. Por su bravura, por nada más. El futuro diría cómo usaría esa ayuda la abadesa, si es que continuaba ostentando el cargo por mucho tiempo.

—Lo más
desconcertante, madre...

Plaisance volvió en sí con dificultad. Se removían tantos pensamientos en su cabeza que tuvo que obligarse a prestar atención.

—Si osara, emplearía el adjetivo «insólito...»^[112] es que nuestra prudente priora me hizo la referida visita horas antes de dar comienzo el horrible padecimiento de su superiora, en esa funesta cena que permanecerá por siempre grabada en nuestra

memoria...

En aquel instante, Plaisance no comprendió la insistencia de aquella precisión. Aude se dio el gusto de aclararlo de inmediato:

—Es decir..., si doy crédito a las habladurías que han llegado a mis oídos, precisamente en el momento en el que pretendió, delante de vos y del señor de Mortagne, encontrarse en la biblioteca. Seguramente será una confusión por su parte

como resultado de su infinito pesar por la pérdida de su amiga. Figuraos... Estaba tan conmocionada que ni tan siquiera podía velarla.

Sin saber muy bien por qué, Plaisance tuvo la certeza de que su hija acababa de prestarle un inestimable servicio. Ya se preocuparía más tarde de las intenciones de Aude y su interés en proponer una alianza a su apurada abadesa. Le pareció crucial

hacérselo comprender. Un instinto la empujó a hablar, a ella también, a cara descubierta. Se dirigió a Aude con displicencia:

—Mi querida hija, me siento halagada por la confianza que depositáis en mí al elegirme confidente de estas revelaciones. No me cabe duda de que... no os ha sido fácil...

Aude permaneció impasible. La actitud de Plaisance se transformó. Prosiguió con voz clara y

firme:

—Hablemos sin tapujos, hija mía. Las dos sabemos lo que persigue Hucdeline. Ambas sabemos que la defunción de la superiora no le ha quitado ni el apetito ni el sueño. En su opinión, Alienor de Ludain se ha ido igual que había vivido: como una sombra. Y las sombras se pueden reemplazar fácilmente...

Aude se inclinó hacia ella, esperando la continuación de la frase.

Plaisance prosiguió:

—Yo... Ignoro los motivos exactos que os han hecho inclinaros por mi lado de la *hilanza*^[113]. Poco importa. Necesito todos los apoyos de los que pueda disponer. Y os doy las gracias por ello. Con todo, e instándoos a no percibir ofensa alguna en mis palabras, quiero creer que la única preocupación que os mueve es el bien de nuestra comunidad y el reino de la justicia.

—¿Qué otra cosa podría ser? Como sabéis, la tierra firme me marea. Sois, como la madre de Normilly antes que vos, una hermosa explanada llana y segura. Sin duda esa es la razón por la que no siempre hemos coincidido. Dicho esto, madre, y para que quedéis completamente tranquila, tened por seguro que no busco ninguna retribución, ningún privilegio. Aunque, en efecto, mentiría sin pudor alguno si afirmara que solo

una apremiante necesidad por que impere la verdad me hace denunciar a una hermana. Opino que es preferible mentir por honor a la ignominia de la delación. Sea como fuere... —una sonrisa involuntaria se reflejó en los labios de la tesorera, quien la reprimió, aunque no lo bastante rápido como para que la abadesa no lo advirtiera—. Sea como fuere, en la guerra, todo vale. La indignidad de un enemigo excusa la

indignidad de las armas empleadas contra él. Lo contrario sería una locura, o peor aún, una estupidez. Y ¿quién dice que este enfrentamiento, pues no se trata más que de eso, no me depare una espléndida compensación?

—¿Una compensación?

—Que la señora de Valezan pruebe el purín que tan virtuosamente remueve. Ruego vuestro perdón, madre... eso ha sido una falta de caridad por mi parte.

Una vislumbre de diversión se reflejó en los ojos de Plaisance mientras confesaba:

—Pero no de pertinencia ni de discernimiento — poniéndose seria de nuevo, concluyó—: gracias. Gracias de todo corazón.

—Actuad. Actuad rápido, madre.

Aude se levantó, imitada por Plaisance, quien la acompañó hasta la puerta de su despacho. En el momento de irse, la tesorera le confió

en voz baja:

—Una última cosa... Dios está de vuestro lado. Yo nunca lo he dudado. No lo hagáis vos.

—Y no lo hago. Mi infinita obediencia y reconocimiento hacia el Todopoderoso, al igual que mi empeño, dan fe de ello. Si al menos los demás, tan numerosos, pudieran convencerse de lo mismo...

—¿Por qué habrían de hacerlo? Les interesa desentenderse de la voluntad

de Dios, o aún mejor, reinventarla. Vaya con cuidado, señora, os lo ruego.

Tras pronunciar aquellas palabras, la tesorera bajó corriendo la escalera, y Plaisance se preguntó si se habría callado algo más. La inminencia de una desgracia, quizás.

La abadesa regresó lentamente a su mesa de trabajo, donde una pila de registros la estaba esperando. Cada detalle, por muy anodino y repetitivo

que fuese, merecía la atención que se le consagraba. Atender con esmero el desempeño de las tareas intrincadas, laboriosas, por no decir molestas, era una actitud revestida de gran elegancia. La madre Catherine detestaba la negligencia, la inexactitud, la desidia. Afirmaba que el aburrimiento es un pérfido mal que había de ser combatido a pie firme. El aburrimiento llega con el

convencimiento de que una cosa es más importante que otra y lamentamos no poder entregarnos a ella de inmediato. Aunque, pensándolo bien, contar los panes horneados, comidos y distribuidos o hacer inventario de las harinas de centeno, tranquillón o trigo que servían para elaborarlos, ¿no era tan crucial como interesarse por la política del reino? ¡Cuántos reinos no han caído por falta de pan!

Clairrets era reputada por

su caridad desde hacía tiempo, a lo que la generosidad de la madre Catherine había contribuido en gran medida. No obstante, más allá de su labor de fe y estudio, la abadía ostentaba rango de señorío, por lo que no iban llamando al portón como si de un hospicio o una casa de caridad se tratara. Plaisance sabía que en algunos monasterios se tiraban los restos de comida por encima de los muros del recinto. Se

los arrojaban a los menesterosos como si de animales se tratara. Los hambrientos pugnaban al pie de la muralla por conseguir arrancar algún bocado, ya echado a perder la mayoría de las veces. En otros, los sirvientes de cocina o los cillereros los vendían o trocaban por unos cuartos o por los encantos de una jovencita, con la tácita aprobación de los oficiales monásticos.

Había visto a los hijos de

los siervos, o de los campesinos libres, acercarse por la noche a los portalones. La hambruna los empujaba a desafiar su miedo. Había visto sus pequeños rostros grises, ya envejecidos. No gritaban, no amenazaban. Aguardaban. Esperaban. El invierno era muy crudo, y llegaba tras una serie de nefastas cosechas. Había dado orden de que todos los días se repartieran treinta buenos panes de pobre, en contra de

la opinión de Hucdeline de Valezan, quien consideraba que tal acto de beneficencia alentaba a los más desvalidos a la holgazanería. ¡Idiota, perversa y malvada idiota! El nuevo cazador de la abadía, lean el Pequeño, cuyo sobrenombre incitaba a la risa de tan alto y corpulento que era, ayudaba cada tarde a la distribución, sin que ella lo hubiese ordenado. De buen corazón, bajo su aspecto palurdo y sobrecogedor subyacía un

carácter asustadizo. Cada vez que se cruzaban, él le hacía una reverencia de lejos y continuaba presuroso su camino, como si temiera que ella le dirigiera la palabra.

¿Por qué Jean el Pequeño Ferrero se había reunido por la noche con Hucdeline y Alienor? ¿Compartían algún funesto trato? Sin embargo, él le había salvado la vida en la revuelta de los gafos y la ayudaba lo mejor que podía. Pese a sus quince años,

Plaisance de Champlois conocía el alma humana, o lo que era más exacto, podía intuirlo. A veces le sobrevénía un vago temor respecto al cazador: ¿requería algún favor de ella en el futuro? ¿Sería ese el motivo por el cual la ayudaba desde que llegó? Y, si tal fuera el caso, ¿se sentiría en algún modo defraudada? Sí y no. Sí, porque de seguro la elevación de un alma humana hacia Dios acercaba

a la abadesa más a Él que ninguna larga oración. Plaisance veía su tenaz huella en la luz que algunos seres irradiaban. Le parecía entonces que un reflejo del Salvador brillaba en ellos. Y no, porque precisamente las criaturas humanas se apagan a menudo. La madre Catherine afirmaba que en lugar de afligirse por los resplandores extintos, más valía alegrarse por los que seguían brillando, contra viento y marea. ¿Quién era

Jean el Pequeño? ¿Era una de esas velas despavesadas o acaso la engañaba para ocasionarle más daño?

La nueva que discretamente le había traído el confidente del conde de Mortagne, ese hombre alto y consumido de mirada casi cristalina, lo había aliviado tanto que Jaco el Simple se había dejado embargar por una especie de bienestar poco compatible con su situación. Pauline estaba libre y bajo la protección

directa del señor de Mortagne. Ya jamás le sucedería nada malo. A menos que... A menos que hubiera contraído la gafedad por haber estado en contacto con él; pero Jaco no quería, no podía pensarlo siquiera. No, Dios libraría a su amada en su infinita bondad. ¿Habría advertido ese depravado zorro de Eloï su cambio de actitud, lo habría aprovechado para manipular a Celestin el Oso, para intranquilizarlo tal vez?

Como quiera que fuese, el improvisado bufón había percibido el talante distinto de ese bruto redomado de Celestin.

—Mi noble señor, os noto preocupado —susurró Jaco el Truhán, sentado con las piernas cruzadas a los pies del Oso.

Lo notaba sobre todo huidizo. ¿Le ocultaba algo el Oso? Jaco lo había sorprendido en conciliábulo con ese maldito Eloi. Al acercarse Jaco, los dos

guardaron silencio y la mirada de soslayo que le dedicó el señor de los gafos no auguraba nada bueno. ¿Acaso Eloi volvía a formar parte de la cuadrilla? En tal caso Jaco tendría que actuar. Ya que pensándolo bien, él era el único responsable del distanciamiento de ese patán del Oso.

—¡Ya vale, te he dicho! Simple, se me está subiendo el humo a las narices con tus preguntas.

—Mil perdone,

valeroso guerrero. Es que vuestro reino es una preocupación constante para mí. Me esfuerzo de todo corazón en brindaros mi apoyo, aunque este sea modesto.

El otro farfulló un insulto. A Jaco lo invadió la angustia. Se estaba tramando algo de lo cual le habían mantenido al margen, prueba de que su vida pendía de un hilo. Eloi estaba detrás de todo aquello; ese mal bicho le aplastaría gustoso la

cabeza a poco que tuviera la ocasión. El Truhán respondió con afectación:

—Los más grandes, de César a Nerón, han caído como resultado de estratagemas desleales, urdidas a menudo por sus allegados.

—¿Eh?, ¿pero qué dices?

Jaco decidió no machacar más al Oso con los conocimientos adquiridos de su antiguo y respetado amo, al que ya no guardaba rencor

por haberle contagiado desde que supo que Pauline estaba sana y salva. En el fondo, Jaco solo se había sentido un hombre libre durante los años que pasó a su servicio.

—Los más grandes emperadores, los combatientes más intrépidos siempre han sido traicionados por ambiciosos de poco fuste que pretendían recuperar, por cuenta y riesgo ajenos, lo que sus predecesores habían

construido. Así es el poder.

—¡Si tienes algo que decir, escúpelo o atragántate! —replicó el Oso.

—Corren rumores muy feos, señor.

La gruesa zarpa del Oso se abatió sobre su cuello, y sintió que una tenaza implacable lo levantaba del suelo.

—¡Que escupas, te digo!
Jaco resolló asfixiándose. El otro lo soltó. Odiaba a ese bárbaro

descerebrado. El Oso era de esa clase de bestias feroces que fascinan al populacho, embaucándolo con su parla y su estrechez de miras para instigarlo al caos y a la masacre. Le sobrevinieron deseos de liquidar a aquellos dos compinches, el Oso y Eloi, quienes hacían reinar el terror en el recinto de los leprosos. Únicamente le detuvo la certeza de que otro tomaría de inmediato su lugar y se ensañaría a su vez con los más débiles para

vengarse de las humillaciones que antes hubo de tragarse.

—Lo que quiero decir es que he aguzado mis largas orejas para serviros. No confiéis en quien os halaga para abatiros mejor.

—¡Vaya! ¿Los que me halagan? Tú, gusano, ¿me tomas por tonto o qué?

—¡Eso nunca! — exclamó Jaco—. Además, ¿de qué me serviría perjudicaros? No doy la talla para poder desbancaros.

Observad estos músculos — dijo doblando el brazo—, ¿no parecen sino los de una muchachilla?

—Los de una muchachilla enclenque — carcajeó el otro, satisfecho por las esmirriadas protuberancias que su bufón tenía por bíceps.

—Me degollarían en nada de tiempo. Mientras que vos me protegéis. Así que, ¿qué ganaría yo?

El lento cerebro de Celestin el Oso consideró

por un instante la pertinencia de este argumento, pero acabó arguyendo:

—Esos de los que largas, ¡a ver si intentan ensartarme!

—¡Qué disparate!, tendrían demasiado miedo a fallar y exponerse a vuestra ira. Les trae más cuenta valerse de argucias... Al menos, es lo que yo haría en su lugar.

—¿Qué argucias?

—No lo sé, amo. ¡Hay tantas! Incitaros, por

ejemplo, a cometer un error que os pusiera en grave peligro. Sin contar con que si el granuja ambicioso es lo bastante listo, se ocupará antes de apartarme de vuestro consejo. Todos saben que me desvivo por consolidar vuestro reinado. No veáis en ello una mera admiración por mi parte, pues también albergo un interés. Sois mi única oportunidad de permanecer a salvo. Si, por ejemplo, Eloi, quien no me guarda especial

afecto, llegara a sucederos, no daría una moneda por mis despojos.

Un brillo de desconfianza encendió la mirada de Celestin, quien vaciló antes de decir:

—Bien... Es ese Eloi, justamente, el que tiene un plan para sacarnos de este agujero inmundo.

—¿Una evasión u otro levantamiento?

—Lo segundo. Mejor preparado, esta vez. Con armas. Sin cuartel. Salimos.

Y si nos lo impiden, abrimos en canal a todo el que se interponga en nuestro camino.

Un sudor helado resbaló por la espalda de Jaco. El conde jamás quebrantaría su palabra respecto a Pauline. De eso estaba seguro. Jaco había cumplido su parte del trato induciendo la primera revuelta, y Aimery de Mortagne había hecho lo propio con la suya. No obstante, Jaco se imaginó la escena. Vio a las monjas

perseguidas como presas por los brutos que Eloi habría puesto al rojo vivo. Las vio tratadas a empellones, montadas, vapuleadas, degolladas. Vio a los sirvientes sacados a rastras de sus edificios, empalados, decapitados, quemados vivos. Vio la locura, la rabia y el horror abatirse sobre Clairets.

—Y supongo que Eloi, como buen segundo de a bordo, ¿os cede el honor de dirigir el ataque?

—Bueno, yo soy el jefe, ¿no?

—Por supuesto. Y seréis igualmente el escudo humano al que atravesará una partesana. Eloi no quiere huir, mi amo. ¿Adónde iría? ¿Adónde iríamos todos? ¿A que nos masacren los hombres del baile o los campesinos del pueblo vecino? Eloi pretende que os maten para tomar vuestro cetro.

El Oso lo agarró por la garganta. Jaco no opuso

resistencia. ¿Qué le importaba morir ahora? Pauline viviría, y había sembrado la duda en el obtuso cerebro del otro.

—¡Ten cuidado, gusano! Si me estás engañando, te cuelgo de las tripas.

Sin embargo, lo liberó.

Jaco se pasó todo el día intentando disimular su impaciencia, esperando la noche. Trataría de deslizarse al otro lado de la barricada para dar aviso al secretario del conde. Rezó una oración

en silencio: que sus pies no lo traicionaran, que encontrara la fuerza para esta última hazaña. Poco le importaba la suerte que corriera después.

Extrañamente, aquella noche, Aimery de Mortagne no insistió en que su médico estuviera presente en la cena, so pretexto de que Etienne Malembert estaba sumido en la redacción de sus registros de consulta.

Como cada noche desde el terrible suceso del

refectorio, cuando Alienor de Ludain se había desplomado, la abadesa dudó. Habría preferido cenar en la pequeña sala contigua a su despacho. Quizás incluso habría cometido el leve pecado de pedir que encendieran el fuego, con la excusa de su invitado. No obstante, temía dejarle el campo libre a Hucdeline de Valezan, quien en tal caso presidiría la comida de las monjas, aprovechando esta nueva ocasión para intentar

restablecer su autoridad ante las religiosas.

El primer servicio, compuesto por una crema de calabaza^[114] con leche y yemas de huevo, transcurrió bajo un silencio únicamente perturbado por el ruido de las degluciones y las vagas sonrisas de ambas partes. Cuando llegó el segundo, una tortada de caracoles^[115] con espinacas, sazonados con clavo y nuez moscada, la mirada del conde se hizo penetrante. La suplente de

mesa no era otra que Marie-Gillette d'Andremont, o más bien Alexia de Nilanay. La joven no lo miró, concentraba toda su atención en la abadesa. Cuando esta se hubo marchado, el conde Aimery preguntó en un tono demasiado desinteresado como para ser del todo anodino:

—Es extraño... Vuestra hija semana me recuerda a una dama... sin duda se trata de un simple parecido.

—¿De veras?

Desde el refectorio llegaba el ruido de las cucharas entrechocando con las escudillas, el eco de las gruesas suelas de madera golpeteando las losas de piedra y, a veces, un ataque de tos. Por vez primera, el silencio impuesto de las comidas exasperó a la abadesa, quien no lo encontraba en modo alguno reconfortante. Por vez primera, tuvo la sensación de que ninguna de sus hijas, unos metros más abajo,

aprovechaba ese momento para agradecer a Dios sus bondades. Estaban todas reprimiendo un torrente de palabras, de interrogaciones, de temores.

—En efecto.

Aimery de Mortagne comenzó su porción de tortada, que desprendía un perfumado aroma a especias. Inspiró profundamente y preguntó con tono entre divertido y molesto:

—¿Me permitís una impertinencia, si me

perdonáis la expresión?

—Dudo que una impertinencia pueda salir de vuestros labios —contestó Plaisance evasiva.

—Lo que prueba vuestra infinita indulgencia... en esta ocasión mal empleada. Se me pueden ocurrir groserías, e incluso alguna que otra sarta de injurias.

—En cualquier caso, ahorradme las últimas —replicó, más cortante.

—Como no podría ser de otro modo. Las injurias

propias de la soldadesca requieren oídos bien dispuestos a deleitarse con ellas. Lo que no significa que estén carentes de sustancia. Así pues, pasemos a la impertinencia. Señora, en vuestra opinión, ¿cuánto tiempo más nos quedaremos al paio?

—¡Pero bueno, mi señor! Hacía mucho tiempo que no me lanzaban una acusación de ese tipo.

—¿Mucho tiempo?
Quince años a lo sumo.

—¡Ya está bien de hacer alusiones a mi edad! —se airó la abadesa—. No es de mi agrado... el que me lo estén recordando constantemente.

—Mis más sinceras disculpas. ¿Y en cuanto al paio?

—No sé a qué os referís.

—Vamos, señora, con todos mis respetos por vos. Acordaos: ¿los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos?

—No sabía que tuviera

enemigos.

El conde le respondió primero con una triste sonrisa y luego dijo:

—Y sin embargo, ellos sí saben de vos.

—Sabéis manejar hábilmente el verbo, vuestra sutileza me sorprende — respondió Plaisance contrariada.

—¡Carape! ¡Bien contestado! —exclamó Mortagne con una mueca—. Con todo, no se trata de un juego de palabras. ¿Creéis

que la señora de Valezan es vuestra amiga?

—Un abismo separa los amigos de los enemigos, no seré yo quien aleccione al fino político que sois. Ese abismo está poblado de toda clase de objetivos, proyectos e intereses, a menudo muy tornadizos. En respuesta a vuestra pregunta: Hucdeline de Valezan no es en absoluto una persona amiga. No obstante, quiero pensar que los intereses divergentes que nos oponen no la hacen

tampoco mi enemiga. Esa palabra está tan cargada de odio y de tal espíritu vengativo que espero no tener que oírla nunca más.

—Mi ya larga vida (perdón por la evocación) me ha enseñado que no hacen falta dos para crearse un viejo y acérrimo enemigo. ¿Qué os estáis guardando, señora?

Plaisance empujó un trozo de tortada con la cuchara. Había perdido el apetito. Finalmente, levantó

los ojos hacia él, y el conde pudo leer en ellos una infinita incertidumbre.

Aimery de Mortagne susurró:

—Os comprendo, madre. Otorgarle la confianza a alguien es una decisión delicada. No temáis: me encuentro ante el mismo dilema que vos. Todo me empuja a dar crédito a vuestra sinceridad, y sin embargo... No deja de ser cierto que un asesino (o una asesina) anda suelto. Es mi

deber y responsabilidad poner fin a sus fechorías y hacerle pagar sus deudas.

La argumentación dejó estupefacta a la abadesa, quien tardó unos momentos en captar su sentido exacto.

—¿Qué queréis decir? A vuestro juicio, ¿una sola persona habría cometido estos repugnantes crímenes? ¡Madre Catherine...! ¡Dios mío...! ¿Y qué insinuáis con «poner fin»?

—Nada en concreto, la verdad —respondió el conde

yéndose por las ramas—. No puedo evitar el presentimiento de que nos encontramos ante un plan fraguado desde hace mucho cuyas últimas consecuencias aún está por venir.

Plaisance sintió una gran desazón. Así que ambos compartían el mismo temor.

—En tal caso, os devuelvo la pregunta, señor: ¿qué os guardáis vos?

La mirada de Aimery de Mortagne recorrió la inmensa sala de refectorio.

Murmuró:

—Si vos también pensáis que nos vemos en la necesidad de poner los arcanos^[116] boca arriba, ¿por qué no seguir esta conversación en vuestro despacho, después de completas? —Allí os esperaré.

Claire Loquet temblaba exasperada. El frío y el agua helada en la que chapoteaba sumergida hasta los tobillos desde hacía horas ya no la

molestaban. Armada con una barrena de carpintero — la única herramienta que había logrado sustraer— e iluminada por una antorcha impregnada en resina que hacía aún más pestilente el irrespirable aire del subterráneo, intentaba quitar la armella del herrojo^[117] que custodiaba el túnel. Jadeaba. Parecía que el trozo de muro había sido rehecho hacía poco, y la reciente obra resistía bien sus ataques. Se había desollado

las manos, hiriéndose las falanges contra la arista de piedra que sujetaba la reja.

Se detuvo unos instantes para tomar aliento. Dos días. Habían acometido su clandestina tarea la víspera por la noche. Henriette había cogido frío, y tenía tanta fiebre esa mañana que incluso esa mala pécora de Balencourt la había autorizado a guardar cama e incluso había consentido que le llevaran una segunda manta y una reconfortante

yema mejida^[118] con salvia. Hermione de Gonvray, la hermana apoticaria, había pasado poco antes y preparó numerosas decocciones para que la enferma se restableciese. Cuando Claire se levantó esa noche para retomar su dura labor, su amiga dormía como un tronco; una ronca respiración le elevaba el pecho. No había tenido corazón para despertarla. Pobrecilla, Henriette era de constitución débil. El sueño

le haría mucho bien.

Claire volvió a rascar la argamasa que sellaba la armella por la que se deslizaba la cafela, maldiciendo la inadecuada barrena que tenía por instrumento, cuya punta en espiral temía torcer a cada segundo. Un chirrido le hizo levantar la cabeza hacia el pozo de sombras que la llama de la antorcha no conseguía disipar.

—¿Henriette? No tenías que haberte levantado,

querida. Te puede dar una congestión. Yo sola me las apaño... bueno, no todo lo bien que quisiera.

Le contestó ahogada.

Claire sonrió. Pobre Henriette, el más mínimo esfuerzo la hacía resollar. Claire Loquet se empecinó en arrancar un fragmento de mortero que parecía querer ceder. Otro chirrido, el de los barrotes de la escalera. Un salto que aterrizó pesado a su lado. No era el salto de la menuda Henriette.

Volvió la cabeza. El gran esqueleto de una bestia, un rostro de animal con la nariz aplastada, como hundida entre las mejillas. Ella abrió la boca para gritar. Dos manos como palas le apretaron las sienes. Coceó, intentó arañarle los ojos, golpearle con la rodilla en el bajo vientre. El hombre salvaje sonrió. Pasó su gruesa y asquerosa lengua por la frente y los labios de la joven, mascullando contra su piel:

—Bueno, entonces qué, buscona, ¿no te gustan los chicos guapos? En cambio soy gracioso y cariñoso si hace falta.

Él rió a carcajadas. Ella forcejeaba, intentando arrancar la antorcha de su trabón para usarla como arma. El hombre le torció la cabeza hacia el lado derecho y después la giró bruscamente a la izquierda con todas sus fuerzas. Un crujido de huesos, la impresión de que un rayo

helado le desgarraba el corazón. Claire se desplomó con las vértebras hechas añicos.

No le dolió, o le dolió tanto que el dolor escapó a su conciencia. Durante la fracción de segundo en la que espiraba, solo una cosa ocupó los últimos destellos de su pensamiento: «Buen Jesús, perdón. Dios mío, castigadme, pero proteged a Henriette. Os lo suplico. Ella no tiene culpa de nada. Yo soy la única culpable. ¡Os lo

de los pueblos de Bohemia. Se trata de un juego desconcertante, a tal punto que algunos ven en él un poder adivinatorio.

—Nuestras vidas están en manos de Dios. Intentar comprender su proyecto implica blasfemia. ¿Quiénes somos nosotros para adivinar sus intenciones?

El conde la observó y replicó:

—¿Estáis lista, pues?

—Palabra de honor.

—Muy bien...

Plaisance lo interrumpió con la mano exigiendo:

—La vuestra, señor. Es lo que resta para sellar nuestra... transacción.

—¿Mi palabra de decir la verdad?

—Vuestra palabra de honor de decir la verdad, toda la verdad.

—La tenéis, señora. Nunca me he desdicho, os lo prometo ante las Sagradas Escrituras.

—Tengo constancia de ello; si no, no os daría la

mía...

Se dejó caer sobre el gran sillón tallado que aquella noche no la reconfortaba tanto como de costumbre. Al rozarlas, las bolas de cristal en las que terminaban los brazos le parecieron tan glaciales como una tumba.

—¿Por dónde empezar?
—prosiguió ella con cansancio en la voz—. Llevo semanas perdiéndome entre conjeturas. ¿Qué es lo que tiene sentido, qué es lo que

carece de él?

—Contádmelo todo, sin omitir nada. Después examinaremos los distintos elementos a la luz de nuestros relatos cruzados.

—Sin duda es lo más sensato. En cuanto a la madre de... —la continuación de esas palabras le hizo un nudo en la garganta; conteniendo las lágrimas, Plaisance prosiguió— la madre de Normilly, no tengo nada que confiaros. Nada porque

siempre he pensado que una dolencia del corazón se la había llevado prematuramente, dejándome... he de admitirlo, huérfana. ¡Dios, cómo la echo de menos...! ¡Dios, cómo me gustaría que estuviera a mi lado...! ¡Ah! Os ruego disculpas, señor, me estoy desviando.

Aimery de Mortagne tendió la mano hacia ella, era tan inaccesible, tan pequeña. Mas Plaisance cerró los ojos y movió la

cabeza en una negativa,
antes de continuar afectada:

—Comprendedme... Es tan absurdo... Nunca imaginé que se iría, que me abandonaría... La señora Catherine no solo era mi madre espiritual, era... mi única y verdadera madre. Qué ser tan magnífico y maravilloso. Si vos supierais.

—Lo sé.

Ella lo miró fijamente, buscando el sentido de esas palabras. Él le aclaró:

—Beranger de Normilly, su difunto esposo, era uno de mis queridos amigos, un valeroso compañero. Continuad, por favor.

—Qué deciros, todo se mezcla: la ira de monseñor Jean de Valezan tras mi nominación; la inquina de su querida hermana, Hucdeline, por los mismos motivos. De eso ya estáis informado. Por contra, lo que Aude de Cremont, cuya repentina simpatía hacia mí no logro entender, me acaba de

revelar es... cuando menos perturbador. Os lo relato tal y como ella me lo ha narrado.

Le contó las insinuaciones de la tesorera sobre el envenenamiento de la superiora, el encuentro nocturno de Hucdeline con el cazador en el portalón cercano al cementerio. Evocó después las confidencias de Hermione de Gonvray, la apoticaria: la desaparición de la pasta a base de cicuta mayor y de

cólquico que servía para atenuar las rojeces y la comezón de su piel, lo que explicaba a su vez el polvo de arroz silvestre con el que se cubría el rostro.

—Aseguraría que Hermione era sincera. La conozco. Cuando procedió al experimento con las ratas atrapadas, la que había ingerido el unguento que ella utiliza sobrevivió. A la que dio a comer los dulces de ciruelas que nos entregó Hucdeline murió de asfixia,

como la desventurada
Alienor...

La abadesa se calló.
Mortagne tuvo cuidado de
no interrumpirla. Se pasó
una mano por la frente y
concluyó:

—El resto... el resto me
desespera y si me lo he
guardado, no es por
desconfianza, sino por
miedo a las consecuencias.

—¿Las consecuencias?

—Para una de mis
hijas... a la que acabo de
liberar de sus votos

definitivos.

—¿Y qué más?

—Señor, sois hombre de bien^[119].

—Que muera si algún día no hago honor a esa apreciación, señora.

—Antes de continuar, exijo que me deis de nuevo vuestra palabra.

—¿Sobre qué?

—Os anuncie lo que os anuncie, os pido que seáis justo y no os quedéis en las apariencias, pues a menudo son engañosas. De hecho, es

mi deseo que esta... joven, al no formar ya parte de mis bernardas, se acoja a vuestra justicia.

—Acepto y prometo ir más allá de las meras apariencias.

—Bien. Marie-Gillette d'Andremont, la semanera de comidas a la que creísteis reconocer... se llama, en realidad, Alexia de Nilanay. Nos engañó hábilmente para ser aceptada en Clairets. En cualquier caso, y si doy crédito a lo que cuenta,

comprendo sus motivos.

—No estoy seguro de seguiros...

—Lo mejor sería que os lo contara ella misma. Temo perjudicarla al contároslo. Sea como fuere, era a ella a quien buscaban... Angelique Chartier murió en su lugar. Su parecido, el pasado de cada una, el lugar del asesinato, todo hace pensar que esta hipótesis es más creíble que la de una venganza contra esa pobre joven que, a mi parecer,

jamás hizo daño a una mosca.

Cuando, después de completas, las monjas bajaron por la nave para llegar al porche de la iglesia abacial Notre-Dame, Plaisance de Champlois cogió a Alexia, o Marie-Gillette, por la manga. La joven agachó la cabeza, sin preguntar siquiera qué le esperaba. La entrevista que había tenido antes con la madre había sellado su destino. Estaba segura de

ello. Esperó pues, sin impaciencia, incluso sin inquietud. Cuando estuvieron a solas, la abadesa anunció:

—El señor de Mortagne os espera en el *scriptorium*. Yo...

—Bien, madre... señora, voy de inmediato —la interrumpió Alexia antes de desaparecer.

Mortagne se enderezó tras su pupitre a la llegada de la joven. La contempló durante unos momentos

antes de dirigirse a ella con un «señora», empleándose en transmitir toda la frialdad del trato.

—Señor.

Se acercó a él, permaneciendo en pie a tan solo unos pasos de ese hombre que con una palabra podía hacerla encerrar tras los barrotes de una prisión, o algo peor.

—Ha llegado a mis oídos que Marie-Gillette de Andremont acaba de desaparecer en provecho de

una tal Alexia de Nilanay.

—Os han informado correctamente, señor — corroboró ella impasible mientras clavaba sus ojos en él.

—Asimismo, he creído entender que unas aceptables razones justificaban esta... inaceptable mistificación.

—Han sido muy caritativos diciéndole eso. No lo merezco.

—Por el contrario, no «han» querido confiarme las mencionadas razones, por

temor a perjudicaros. Espero pues que me las reveléis vos misma.

Alexia observó al hombre que tenía enfrente. Poseía una extraña belleza. La mueca dubitativa que a veces adoptaba mostraba claramente que sabía recurrir a la seducción, además de otras bazas. La estaba tanteando. Sopesaba los acercamientos, debatiéndose entre la dominación y la conciliación. En otras circunstancias, sin duda lo

habría encontrado atractivo. En otras circunstancias, él no habría sido su juez. Pensó vagamente que debía aplicarse en convencerlo y, por qué no, en cautivarlo. La defensa más sutil consistía en presentarse como una pobre víctima a quien los avatares de la vida habían arrastrado por tortuosos senderos. Mortagne era señor de un rico y poderoso condado. Ella no era más que una estafa. No obstante, era una mujer hermosa pese

a la extenuante vida llevada en la abadía de Clairets. Su belleza, elegancia e inteligencia y, sobre todo, su conocimiento de los hombres, le daban ventaja. Una extraña dejadez hizo desistir. Una sola incertidumbre la asaltó antes de proceder a la monótona narración de su descarriado y frívolo pasado: Mortagne, si lograba convencerlo, ¿sería capaz de solucionar el mortal rompecabezas al que se enfrentaba desde hacía

cuatro años?

La escuchó, con los brazos cruzados sobre su acolchado jubón de terciopelo negro y dorado, encima del cual llevaba puesta una túnica^[120] de espesa seda azafrañada. Durante todo el rato en que ella estuvo enumerando los hechos, los lugares, los años, los nombres, como si estuviera recitando un texto aprendido de otro, la extraña y almendradora mirada gris no dejó de escrutarla.

—Busco en vano, desde hace años, la razón del infame asesinato de aquel gentilhombre que... cuidó de mí —concluyó ella.

Pese a la indiferencia absoluta de Alexia por su suerte, por lo que ese hombre pensara de ella, ¿por qué había multiplicado los circunloquios a lo largo de su discurso con tal de no nombrar a Alfonso? ¿Se trataba de una última muestra de recato o intentaba preservar su

recuerdo?

—A la luz de vuestras revelaciones, la conclusión de la madre de Champlois es irrefutable. Era a vos y no a Angélique Chartier a quien querían dar muerte.

Contuvo las lágrimas que inundaban sus ojos y murmuró:

—Ese odioso convencimiento me quita el sueño, señor. Angélique era un ser dulce y lleno de amor. Me acosa la certeza de que soy la culpable de su muerte.

—No sois en absoluto responsable de vuestro parecido —replicó él, algo ablandado.

—Cierto. Mas soy indudablemente responsable de la vida que me ha traído hasta donde estoy.

—Sentaos. Os lo ruego, señora.

Consumida por la desazón que le provocaban los continuos interrogantes, no advirtió el cambio de actitud de su interlocutor y se dirigió con inercia hacia

el pupitre que estaba frente a ella.

—Os agradecería que disiparais algunas sombras que aún me quedan — retomó el conde de Mortagne.

—¿Únicamente algunas sombras? —bromeó ella con lasitud—. ¿Acaso sois adivino? Yo tengo la sensación de estar rodeada por una niebla impenetrable desde hace años.

—De seguro podré orientarme más fácilmente al

observarlo todo desde fuera
—replicó él con astucia—.
Qué aventura... Desde el
reino de España, Castilla...

¿Sería allí donde Aimery
de Mortagne se la había
cruzado? No estaba seguro.

—Una dama sola,
perseguida. ¡Por los clavos
de Cristo! Admiro vuestro
coraje, señora. Ese
gentilhombre que con tanto
empeño habéis evitado
nombrar, ¿era español?

—En efecto.

—¿Su nombre?

La apatía de Alexia se desvaneció, y la mujer se rebeló:

—¿En qué podría el nombre de un muerto...?

—Seré yo quien juzgue. Su nombre —exigió Mortagne.

Aunque ya hacía unos instantes que lo sospechaba.

—Alfonso de Arévolo.

Logró mantenerse impertérito. Los cabos sueltos de ese enigma comenzaban a atarse. Alfonso, ahijado de la

señora de Normilly, hijo de Francisco de Arévalo, quien a su vez fue amigo de Beranger de Normilly. Ambos fallecidos de manera harto misteriosa.

—¿Cómo se os ocurrió la idea de refugiarnos en la abadía de Clairets? Muchos otros monasterios que jalonaban vuestro camino os habrían ahorrado algo de tan largo y azaroso peregrinaje.

—Por una vaga reminiscencia, creo. Alfonso me había hablado de una tía

o prima suya, en fin, de una pariente que era monja en la abadía de Clairets...

Un inesperado recuerdo revivió tenuemente su mirada azul suavizándole el rostro. Aimery de Mortagne pensó que rara vez había conocido criatura femenina tan perfecta. Se reprendió a sí mismo. Aún no había llegado el momento de dejarse desarmar con complacencia.

—Ah sí... ya me acuerdo. Alfonso había

reído, lamentando no ser mujer, lo que le impediría reunirse en el futuro con su pariente, a la que parecía tener afecto. Habéis de saber, señor, que Alfonso era un ser encantador, enamorado de la vida. Sin duda poco inclinado a las cosas serias.

—¿Lo amabais?

Ella levantó su mirada hacia el conde y declaró desafiante:

—¡Ah! Con todos mis respetos, me permitiréis que

juzgue esa pregunta, cuando menos, fuera de lugar.

—De ningún modo.

Espero una respuesta.

—¿Resultaré culpable o inocente en función del amor profesado a mi amante?

—He ahí una salida de lo más torpe, señora. Responded, os lo ruego.

—Yo era joven, fútil. También vanidosa.

—Luego no lo amabais.

Mortagne era lo bastante sutil, y honesto también,

como para reconocer que aquella confesión lo satisfacía. Ella lo tenía intrigado desde hacía rato. La voz algo ronca, grave y casi sin inflexión, que le respondía como si él no existiese, realmente lo turbaba, mas él seguía reprimiendo esa emoción.

—El amor de los demás me parecía más... ameno que el que yo pudiera ofrecerles. Una indiferencia hacia el amor que no me honra.

—Por el contrario, vuestra rara sinceridad sí os enaltece. Ese... señor de Arévolo, ¿no era así como se llamaba? Ese señor, pues, ¿os habría confiado algo que explicara el ensañamiento de vuestros perseguidores?

Optó a propósito por una enunciación ambigua con el fin de sacar algo en claro sobre este punto. Ella se decidió.

—¡No! Me he hecho esa misma pregunta miles de veces. A Alfonso no le

interesaban los asuntos de Estado o la mera política. Me he pasado noches hurgando en mis recuerdos, intentando recordar si algún día me hubiera contado una anécdota cuya importancia me pasara desapercibida en aquel momento... Pero nada. No recuerdo nada.

Así que ella había repasado sus confidencias, sus conversaciones de amantes. ¿Había pensado también en un objeto?

—Comprendo. ¿Os entregó... qué sé yo... algún objeto?

—¿Un objeto? ¿De qué tipo?

—No sé, lo he dicho a tientas. Intento encontrar la respuesta con vuestra ayuda.

—Alfonso me regaló un maravilloso anillo de granate de Bohemia, un medallón de nácar engastado en oro, un alfiler de turquesa para el cabello... joyas que poco a poco fui revendiendo en el transcurso de mi huida, por

un mísero precio, para lograr sobrevivir. Tenía algo de dinero, muy poco. Tal fue su insistencia al suplicarme antes de expirar que huyera a toda prisa que no pude tomar mucho más. ¡Ah, sí!, el díptico que acababa de terminar y al que tenía tanto cariño.

—¿Un díptico?

—Una Virgen con niño.

Ella contiene a un soldado con un gesto de la mano.

El desánimo invadió a Mortagne.

—¿Ningún otro objeto, estáis segura? Un baúl, un relicario...

—Nada de eso... —lo miró con insistencia y apestó irritada—: ¿no os estaréis burlando de mí desde el principio de la entrevista, señor?

—¿Disculpad?

—Me conducís por un laberinto en el que soy la única que se pierde. ¿Qué estáis buscando exactamente? Porque no es el engaño que tramé para ser

admitida en Clairets, y del que ya me he confesado culpable, lo que os preocupa, podría jurarlo.

—Pues estaríais muy descaminada. Simplemente busco justificaciones, con el único objetivo de complacer a vuestra abadesa, quien pide clemencia para vos — mintió Mortagne, perentorio.

—No os creo. En fin, la magnificencia de la madre Plaisance no me sorprende. Por el contrario...

Él la interrumpió:

—Pero bueno, señora...
¿Seríais tan poco prudente
como para tratarme de
felón?

Ella se levantó y lo miró
de arriba abajo. Por un
instante pensó que aquellos
ojos, aquella piel
translúcida, aquellos labios,
lo atraían peligrosamente.

—Lo dejo a vuestro
juicio, señor. Eso y todo lo
demás. Hasta la vista, sin
duda.

Hizo una breve
reverencia, dio la vuelta y se

dirigió hacia la puerta. Una sonrisa divertida se dibujaba en los labios de Mortagne. «Bella dama, en verdad. Y con carácter, a fe mía».

Su sonrisa desapareció, siendo remplazada por aquella lacerante tristeza que había aprendido a domeñar. Desde hacía ocho años. Mortagne había llegado a considerarla una tolerable compañera, una invitada que no requería permiso alguno para imponer su presencia.

«Anne... Mi dulce, mi

amada Anne. La dolorosa tristeza por vuestra muerte me consume desde hace tanto tiempo. Anne, os acuné durante todas aquellas noches de fiebre, suplicando a Dios que insuflara mi fuerza en vuestras venas. Estaba dispuesto a morir por vos, mi querida y extraordinaria esposa. Lo habría consentido gozoso. ¿Qué hubiera importado? Si vos hubierais sobrevivido, yo me habría hecho inmortal.

»Creí volverme loco. Pero incluso ese consuelo me fue negado. Os he echado tanto de menos, mi amiga, mi amante. Sabéis que algunas amables representantes del género femenino me atraieron de modo pasajero. Necesitaba ese desfogue para aliviar la pasión carnal, para olvidar la implacable pesadumbre de los días y las noches sin vos. ¿Cómo hacíais para tejer cada una de mis horas con vuestra luz? Vuestra risa, mi

amor. Vuestra risa, la que me decía que la vida era un milagro. Os he amado tanto, Anne. Os amo tanto, amiga mía.

»No sé si... Ella también me perturba, desde el primer momento en que la vi. No sé, ángel mío, qué será de este arrebatado del corazón. Os lo reconozco: busco un remedio a la postración de la alegría, la voluntad y los sentidos a la que estoy sometido desde que me abandonasteis. ¿Puedo amar

de nuevo? ¿Se puede amar dos veces con la total entrega con la que yo os amo? No estoy seguro.

»Descansad, corazón mío. Sé que siempre estáis a mi lado».

Aimery de Mortagne dio un respingo de la cama, palpándose el costado en busca de su daga.

—No os alarméis, monseñor, solo soy yo. Bajemos la voz, os lo suplico.

—Etienne, ¿estás loco?

Cualquier día te atravesaré de una estocada si me despiertas así, sin mediar palabra —susurró el conde—. ¿Qué haces en mi aposento?

—Acabo de recibir en el mío una alarmante visita.

—¿De quién?

—De Jaco el Truhán. Corre grandes peligros al prevenirnos de esta forma. Las recientes noticias que me trajo al caer la noche la hermana Elise de Menoult, nuestra buena espía, se

aclaran. Los leprosos pretenden atacar. Esta vez armados y alentados por un redomado bellaco, un tal Eloi, que manipula las pocas luces del jefe de la banda. Jaco teme un baño de sangre.

—Ensilla un caballo al amanecer. Galopa para prevenir a Charles d'Ecluzole. Que acuda a reunirse con nuestra tropa.

Cuando, a costa de dolorosos esfuerzos, Jaco el

Truhán se reintrodujo en el recinto de los leprosos, estaba rehilando. ¿Era por miedo, alivio, por la velocidad de la carrera? No sabía responder. Se deslizó con sigilo en la sala común y volvió a acostarse con extrema prudencia, alerta, el corazón saliéndosele del pecho.

Eloi alzó los párpados. Bien: el Truhán había reaccionado tal y como esperaba. No cabía duda de que el conde de Mortagne

había apostado sus hombres cerca de la abadía. Intervendrían con fuerza en cuanto les llegaran los primeros estallidos de la revuelta. El levantamiento se transformaría en una carnicería, puesto que los leprosos no tenían ya nada que perder. Se aseguraría de que el Oso fuera despedazado. Y después... la mujer. Una muerta más o menos... Todos verían en ello una prueba más de la bestialidad de los

escrofulosos. Lo único que le importaba a Eloi era permanecer con vida el tiempo suficiente para poder disfrutar de la extrema generosidad de su bienhechor y comitente. Jean de Valezan era un hombre de gran poder. Había prometido que lo transferiría a la malatería de su arzobispado donde sería tratado atentamente. Con una sonrisa jocosa en los labios, monseñor de Valezan había hablado de visitas de

mujeres que no olerían a vulgares rameras, comida selecta y en cantidad, ropajes bordados e, incluso, sirvientes. En definitiva, todo lo que la vida de un prisionero mimado podía ofrecer. En el fondo, Eloi encontraba en sí mismo cierto parecido con su hábil comitente. Valezan pertenecía a esa raza que no le otorga su confianza a nadie y cuyo único placer consiste en dominar. Quizás concedía una excepción a su

bienamada hermana.
Valezan tenía por principio
vigilar a sus espías con otros
sicofantes. Así pues, Eloi
observaba de lejos al
cazador. Este aún no había
cumplido con su
encomendamiento. Aquella
que debía morir estaba aún
muy viva. Aunque no por
mucho tiempo más.

Prima acababa justo de terminar. Hermione de Gonvray se separó de las monjas con el pretexto de querer acabar una tarea urgente. La aprensión ya no la abandonaba desde la visita de la abadesa en el *herbarium*. La hermana apoticaria sabía que tenía suficiente entereza como para hacer frente a Mortagne y resistir a sus sospechas. En cambio, la eventualidad de una auténtica investigación

la aterraba.

Atravesó el claustro de Saint-Joseph, con sus suelas de madera resbalando sobre el montón de nieve que cubría los jardines, y se adentró en el pasillo que daba al jardín medicinal, rumiando sus temores. Empujó la puerta central de la cerca que protegía sus plantaciones de hierbas curativas. El corazón le dio un vuelco. Se quedó allí, paralizada.

Una monja yacía sobre

uno de los cuadrantes del jardín^[121], con las piernas abiertas, la túnica levantada hasta el vientre, la camisa hecha jirones y las medias bajadas sobre unos zuecos manchados de barro. Hermione se obligó a avanzar un paso, después otro. Rodeó a la difunta, cuyo velo había sido arrancado y arrojado más lejos. Su cabeza reposaba en un ángulo imposible. Sus ojos abiertos miraban fijamente a la nada. Un poco

de sangre había asomado de su nariz, resecaándose en un hilillo sobre una de las mejillas. El pálido cráneo rapado estaba cubierto de ralos cabellos pelirrojos.

Ese rostro cubierto de pecas. El claustro de La Madeleine. Se trataba de una de sus arrepentidas, con la que se cruzaba de vez en cuando durante sus visitas a Melisende de Balencourt. Pero, ¿cómo se llamaba? De repente, a Hermione le pareció de vital importancia

recordar el nombre de esa joven. Sin embargo, se le escapaba. La invadió una especie de rabia contra sí misma. Era incapaz de recordar el nombre de esa hermana muerta. La pobre chica había sufrido todas las injusticias: los burdeles y el hambre, la violación y el asesinato. ¡Y para colmo el ordinario desprecio de una apotecaria que ni siquiera lograba ponerle nombre!

Corrió hacia el palacio abacial. Apartó con un gesto

a Bernadine, que intentó detenerla, y se precipitó hacia el despacho de su madre, empujando la puerta sin ni siquiera frenar su carrera.

Plaisance levantó la cabeza, estupefacta.

—¿Hermione...? ¿Qué ocu...?

Hermione de Gonvray la miraba fijamente, los ojos y la boca abiertos de par en par. Titubeó y se derrumbó sobre la mesa de trabajo en un ataque de llanto.

La abadesa rodeó la mesa y se abalanzó sobre su hija, intentando alzar su rostro, suplicándole que se explicara. Pero Hermione ya ni la oía. Se ahogaba entre sus lágrimas, mientras repetía:

—No consigo recordar su nombre, madre... Mala, soy mala. Busco, busco... y no lo encuentro...

—Hermione, por favor, calmaos... Yo... Pero decidme qué sucede...

Plaisance de Champlois

se enderezó, a la espera de que la crisis de nervios se apaciguara. Se preparaba para lo peor.

Revivir los preciosos instantes con la madre Catherine. Sacar de ahí las fuerzas para seguir adelante. Recordó una canción que a veces tarareaba la bella dama, incapaz de traer las rimas a su memoria. Muerta como las demás. Asesinada, como las demás.

La voz, ronca por el dolor, de su hija apoticaria la

trajo de nuevo a la oscuridad del día.

—Está muerta. Una de las monjas de La Madeleine.

—¿Y su nombre es el que se os escapa?

Hermione asintió con un gesto de cabeza.

—¿Acaso no es el colmo de la iniquidad, madre?

—Oh, no, querida Hermione. Si esa pobre chica ha llegado a conocer un poco de justicia en su existencia, ha sido entre estos muros. ¿Cómo...?

¿Dónde...?

—Yace de espaldas, en el jardín medicinal. A juzgar por el ángulo que forma su cuello, le han roto las vértebras. Ninguna mujer de las que conozco sería físicamente capaz de ello. De hecho, un acto de esta índole sugiere un hombre de gran fuerza. A menos que se las hayan quebrado de un violento golpe asestado con un bastón. No he... no he tenido el valor de levantarle los hombros y comprobarlo.

Tiene... su túnica está levantada hasta el vientre y su camisa, destrozada.

Plaisance cerró los ojos mientras juntaba las manos. Murmuró:

—Jesús, María y José... ¿qué nos está ocurriendo?

Plaisance de Champlois salió al encuentro del conde de Mortagne y de maese Etienne Malembert con el fin de que Hermione de Gonvray tuviera tiempo para bajarle la túnica a Claire Loquet sobre las piernas.

Mortagne y su médico se acercaron después al cuerpo de la joven arrepentida. Malembert se arrodilló y le levantó la cabeza con suavidad, inclinándola de derecha a izquierda e inspeccionando su cuello. Alzó la vista hacia su amo y murmuró:

—La han desnucado, monseñor. Con las manos.

—Un hombre, pues.

—Y de estructura muy robusta.

—¿Lleva mucho tiempo

muerta?

—Con el frío de la noche, me es difícil pronunciar-me.

—¿La han...?

—Lo ignoro. Quizás podría responder a esta pregunta si... Necesitaría permiso para levantar un poco su vestimenta.

Mortagne giró un rostro que reflejaba el fin del mundo hacia ambas monjas, inquiriendo con la mirada la autorización de la abadesa.

—Proceded, señor.

Malembert pasó la mano por debajo de la túnica blanca, cuya parte inferior estaba manchada de barro negruzco. Cerró los ojos mientras palpaba la carne gélida y declaró con un tono casi inaudible:

—Me temo que sí.

Plaisance y Hermione se santiguaron. La apotecaria farfulló:

—Pero por qué... en fin, en los jardines de hierbas medicinales...

—Dudo que haya sido

asesinada aquí. Mirad las huellas en la nieve y el hielo —aconsejó el falso médico—. No se observa ningún desorden que indique lucha o reyerta, solo pisadas... Dos parecen proceder de suelas de madera planas. Las vuestras. Tres son de botas, las nuestras, y las de un tercer hombre. Mirad, aquí y allá... —explicaba señalando hacia la nieve con el índice—. Esta pisada, muy ancha, que gira en dirección al *herbarium*, es

más profunda que la que vuelve a salir de él. El hombre transportó a vuestra hermana y la abandonó antes de marcharse.

—No ha podido introducirse en el claustro de La Madeleine —replicó Plaisance—. Vi a Claire en el oficio de completas, justo antes de acostarse. ¿Por qué volvió a salir de su dormitorio?, ¿para encontrarse con su asesino?

—Lo ignoro, madre. Ahora convendría trasladar

el cuerpo para prepararlo —
terminó Malembert.

—Cierto —asintió la
abadesa.

La cabeza le daba
vueltas. ¿Por qué Claire?,
¿qué relación podía tener
esta pequeña arrepentida con
Alienor de Ludain y Marie-
Gillette, o más bien Alexia
de Nilanay? Porque, sin
lugar a dudas, todo estaba
ligado. Volviéndose hacia el
conde de Mortagne,
preguntó llena de dudas:

—¿Creéis que puede

tratarse de uno de los leprosos?

—Nada permite afirmarlo, mi señora. Ni infirmarlo, de hecho. En cualquier caso, se trata de un hombre robusto.

¿Sería posible que Jean el Pequeño Ferrero estuviera mezclado en este abominable asunto? Plaisance aún se negaba a creerlo. Sin embargo, le asaltó una oscura duda.

—Con vuestro permiso, madre, me gustaría ver a las

familiares de vuestra difunta hija, así como a la priora del claustro de La Madeleine.

—Cierto —volvió a repetir la abadesa débilmente—. Hasta más ver, señores. Voy... a proceder al levantamiento de esta infortunada joven.

Cuando los dos hombres estuvieron a solas, Malembert señaló:

—El dobladillo de su túnica, así como el pie de sus medias y sus zuecos estaban manchados de barro

oscuro y maloliente. Un barro que conozco por haber chapoteado recientemente en él. Su mano derecha reflejaba varios rasguños, no de los ocasionados por defenderse de un agresor. Sino más bien arañazos de los que se hace uno al raspar una pared.

—Ese detalle ha llamado mi atención, en efecto — comentó Mortagne—. ¿Habrá descubierto la monja la entrada de los subterráneos?

—Eso creo. Iré a comprobarlo esta noche.

—¿Hay noticias de Charles d'Ecluzole?

—Vuestro baile ya debe de estar estacionado a varios cientos de toesas de la abadía. Está preparado.

Plaisance había dudado, pensando que una reunión en su austero despacho le daría la ventaja de estar en su territorio. Allí era dueña. No obstante, una intuición le hizo cambiar de idea. Así, se

pasó por la cocina para enterarse del lugar donde podría encontrar al cazador.

Estaba almacenando madera cerca del portalón llamado de los Hornos. Sobre su túnica de espesa lana color burdeos, llevaba una pelliza sin mangas hecha de pieles dispares, cosidas con grandes puntadas de cuerda fina y cogida en la pretina con un pesado cinturón de cuero. No la vio en el momento, así que ella lo observó mientras

avanzaba hacia el cobertizo con medio tronco de árbol al hombro. Una fuerza hercúlea. Cuando lo lanzó cerca del grueso tocón en el que estaba plantada un hacha, Plaisance sintió cómo la tierra vibraba por el impacto. El cazador se giró y agachó la cabeza como tenía por costumbre. Plaisance se acercó unos pasos:

—Jean el Pequeño...

—¿Sí, madre?

—Necesito ver vuestros

ojos.

Dudó un instante y alzó la cabeza. Era tan alto, tan ancho, que la abadesa pensó que podría matarla de un simple revés de mano. Sin embargo, curiosamente, no sentía ningún miedo.

Ella era tan frágil, tan menuda. Pero una fuerza inflexible irradiaba de su interior. Una ternura casi dolorosa invadió a Jean el Pequeño Ferrero. Dios, al que tanto había temido y al que tanto había invocado

preso de la desesperación, por fin se le había manifestado. Dios lo había llevado hasta Clairets. Y era en Clairets donde Jean el Pequeño debía saldar su pesada deuda. Le penetraba una ternura infinita por esa chica tan joven que, sin saberlo, le permitía purificar su alma. ¿Era un milagro? Quizás. ¿Lo presentía ella? Seguramente no. ¿Qué importaba? Nada. Jean el Pequeño estaba reuniéndose con Él, de eso estaba seguro.

—Cazador, acaban de encontrar a una de mis hijas del claustro de La Madeleine. Tiene el cuello roto. Ha sido... en fin, según Marie-Lys, nuestra hermana enfermera... no tiene ninguna señal de golpes. En cambio, ha conocido carnalmente a su agresor. A menos que la haya... tomado después del óbito.

El cazador se persignó antes de murmurar con una voz suave:

—Descanse en paz. ¿Por

qué...? ¿Soy sospechoso?

—El conde de Mortagne va a interesarse en las próximas horas por todos los hombres especialmente fornidos. —Puso la mano sobre la manga de su saya^[122]—. Jean el Pequeño, os lo pregunto ante el Todopoderoso: ¿os habéis cruzado en el camino de esa arrepentida, ayer noche?

La pequeña mano pálida y helada le quemaba a través del grueso tejido de su túnica. La abadesa le había

hecho la pregunta con una voz amistosa, exenta de amenazas. Lo reunía con el Altísimo. No podía ser de otra manera. Sonrió ante aquella turbadora mirada aguamarina y respondió:

—No. Lo juro ante Dios. Mi señora, no tendré la indecencia de haceros creer que estoy libre de pecado. Los he cometido más a menudo de lo que hubiera deseado, y tan despreciables que moriría de vergüenza si os los revelara. La mayoría

me fueron ordenados, encargados, lo cual no supone excusa alguna para mí. No obstante, nunca he fallado a mi fe.

Ella suspiró, con la boca entreabierta, mientras susurraba:

—No puedo recibir vuestra confesión, puesto que no he sido ordenada. No sé si he de lamentarlo. Quizás os hubiera podido ayudar. En cambio, os estoy agradecida por el alivio que me acabáis de ofrecer.

Que no dudara un solo instante de su sinceridad, que no exigiera más de él que un juramento sirvió para resarcirlo de años de sufrimientos; sintió ganas de caer a sus pies con una gratitud infinita. Se retuvo porque entonces tendría que renunciar a la exquisita quemadura de esa mano posada sobre su manga.

—Jean el Pequeño, ¿qué asunto os traíais con Hucdeline de Valezan la noche que la visteis en el

portalón de los Lavaderos?

—Tenía que entregarle un mensaje de su hermano, monseñor Jean.

Tuvo la sensación de que una sombra maligna se ceñía en derredor. Sin embargo, no dudó de que el cazador la estaba protegiendo.

—¿Conocíais su contenido?

—No —mintió, porque entonces tendría que haber confesado el resto, y la mano habría desaparecido para siempre.

El resto era asunto suyo. La joven nunca lo sabría, siempre que él pudiera evitarlo. Era un regalo que le ofrecía a aquella mirada, para que su luz jamás se oscureciera.

—Tendré que informar de nuestra conversación al conde de Mortagne.

—Proceded, madre, como sea justo y necesario.

Ella le dedicó una sonrisa cansada y declaró antes de alejarse:

—Cuidaos, cazador.

—Dios está con vos,
madre...

Esperó a que se alejara
unos pasos y murmuró en
voz muy baja:

—Y por fin yo le sirvo.
Gracias a vos.

Siguió con la mirada la
menuda silueta hasta que
desapareció por detrás de la
cocina.

Extraño. ¿Qué había
sucedido? Era incapaz de
poner nombre a su
metamorfosis, la que se
produjo hacía una eternidad,

mientras descargaba el gamezno que acababa de abatir. Lo recordaba con todo detalle. Las ascuas de uno de los absidiolos dibujaban una especie de aura alrededor del rostro de la abadesa. De repente pensó que los ángeles debían de parecerse a ella. La sangre del animal muerto se secaba sobre su hombro, ennegreciendo el cuero de su sobreveste a la altura del pecho. Tuvo la vaga sensación de que las

infinitas diferencias entre ambos se resumían en eso: ella, luz y calor; él, sangre y muerte. Y de pronto, comprendió, creyó comprender. Dios le enviaba un mensaje que debía aprehender rápidamente antes de que se volatilizara; Él le mandaba esa señal que había anhelado recibir durante toda su vida. Por eso, estaría eternamente agradecido a aquella mujer tan joven. Sin ella, Dios jamás le hubiera hecho

sentir su voluntad. El mensaje era simple, evidente: Jean el Pequeño era salvaje, y salvaje sería para siempre. Pero el Señor necesitaba a bestias que protegieran a sus más preciados corderos. La sangre, la muerte, por la vida de ella, y por su propio perdón. Jean el Pequeño no había quedado embriagado, ni siquiera reconfortado. Había quedado trastornado sin esperanza, sin deseo de retorno. Debía proteger a los

corderos de Dios frente a los demás predadores. Frente a las fauces que querían despedazarlos para que la luz muriera por completo. Romper las mandíbulas entre sus grandes y robustas manos.

Hucdeline de Valezan volvió a leer por quinta vez la misiva que le había hecho llegar con la mayor discreción el mensajero de la abadía. Lo había recompensado con algunos dineros, segura de que su

hermano había sumado su generosidad a la de ella. Detestaba a aquella gente de librea sin honor, sin grandeza. Participaban en una buena obra, y lo único que les preocupaba era encontrar la manera de pagarse una botella en la taberna más cercana. ¡Bellacos! Vivían como lo que eran: puercos.

Mi hermosa y muy amada hermana:

A juzgar por las nuevas que me trae vuestro mensajero, mi

sicario no ha dado muestras de la eficacia que yo deseaba para nosotros. Esta vil raza bajuna no cesará de sorprenderme e indignarme. Son la viva imagen de sus propias taras: necios, despreciables y simples esclavos. No os llenéis de impaciencia, por muy legítima que esta sea. Seguid el consejo de vuestro hermano que ansia vuestra sonrisa, vuestro resplandor. Una horda de estos repugnantes leprosos estallará en poco tiempo. No salgáis bajo ningún pretexto. Muchos serán los atravesados por estacas y vos sois, luz mía, la única persona cuya muerte me desolaría.

En lo más profundo de mis sueños, en lo más inesperado

de mis días, recuerdo nuestros juegos, nuestras noches. Ninguna de las que he vivido desde entonces ha sido tan ardiente.

Permaneceré mi vida entera a vuestro lado. Os beso la frente, sin olvidar el resto. Destruid esta misiva al igual que las demás.

Vuestro fiel amante,

Jean.

Luchó contra la náusea que le provocó la lectura de las últimas líneas. No quería volver a pensar en esa ignominia. Había sido la amante de su hermano

durante años, hasta que ingresó en Clairets para vivir su fe, con el fin de huir de él sin que pudiera percibir toda la repulsión, todo el terror que le inspiraba.

Su supervivencia la había logrado a cambio de una obediencia absoluta. Se había sometido. Jean era capaz de todo. No. Era capaz de lo peor, solo de lo peor. Un demonio. Un demonio infinitamente inteligente y sutil. Pero un demonio que podía ofrecerle aquello con

lo que soñaba desde hacía mucho tiempo: Clairets.

No obstante, por mucho que rebuscara entre las palabras, las girara de todas las formas posibles, nada había en ellas que aludiera al reciente óbito de Alienor de Ludain. Una profunda aprensión se mezclaba con su perplejidad. Solo Jean podía haber ordenado herbolar a su superiora. Por otro lado, esa perspectiva la dejaba petrificada: su encuentro secreto con Aude

de Cremont la había protegido del tósigo. Sin aquella entrevista confidencial, Hucdeline también habría saboreado los dulces de ciruela. Habían colocado siete en el cacillo, junto a los cubiletes con sus infusiones. Una pregunta la atormentaba desde hacía días: ¿habría corrido tal riesgo su hermano?, ¿habría ordenado el asesinato de Alienor a riesgo de matar a su hermana? Una pavorosa incertidumbre la consumía

desde hacía días: ¿se habría propuesto Jean hacerla desaparecer?, ¿qué imperiosa necesidad podría empujarlo a desear la muerte de su hermana? Ni bajo tortura confesaría jamás los años de incesto a los que había sido sometida y él lo sabía bien. Hucdeline lo temía demasiado. El terror en el que la había mantenido todos esos años de infancia y adolescencia la asaltó de nuevo.

¿Y si Jean no fuera el

instigador de aquella artimaña?, ¿y si otra sombra intentaba asesinarla?

Acercó con mano temblorosa la candela a la epístola y cambió de parecer. Capaz de lo peor. ¿No lo eran ambos? Conservaría aquella última misiva para poder callar a su hermano, en caso necesario.

Plaisance de Champlois aguardaba. Ninguna de sus preguntas había obtenido, hasta ahora, respuesta

alguna. La vida parecía haber abandonado a la joven que se encontraba frente a ella: Henriette Viaud. El rostro antaño armonioso de su hija había adoptado el color de la cera, y unas enormes ojeras violáceas subrayaban sus ojos. Por momentos, pasaba la lengua sobre los secos labios y unos temblores nerviosos le agitaban los dedos.

—Mi querida Henriette, entiendo vuestra aflicción. Estabais tan unidas...

Necesitamos vuestra ayuda para poder esclarecerlo. El conde de Mortagne y yo misma estamos haciendo pesquisas. El infame asesino de Claire será castigado tal y como lo merece.

Solo le respondió un movimiento de negación.

—Os lo aseguro —
retomó la abadesa.

La mirada de Henriette por fin se posó sobre ella, y un extraño fulgor la iluminó, fugazmente. Murmuró:

—No podréis. Nadie

podrá.

—¿Acaso lo conocéis?
Os lo suplico, hija mía, su
nombre. Dadme su nombre,
y será expiado.

Otro movimiento de
cabeza. Otra negación. La
joven cerró los ojos, su
cabeza se inclinó lentamente
hacia delante. Se cayó de la
silla.

Plaisance saltó y se
abalanzó sobre ella. Presa
del pánico, le tomó el pulso
y gritó:

—¡Bernadine, rápido! Se

ha desvanecido o peor...

Aunque de corta duración, el desvanecimiento de Henriette preocupó a muchos temerosos de un nuevo envenenamiento. Mortagne intentó a su vez interrogar a la amiga de Claire Loquet. Se le opuso la misma coraza de doloroso mutismo. Cuando acompañó a la joven monja a las puertas del claustro de La Madeleine, hizo un último intento:

—Mi señora, me han informado de vuestros lazos con vuestra hermana. Creed que conozco la prueba devastadora que supone el óbito de un amigo.

Henriette lo miró fijamente. Sin embargo, él tuvo la nítida impresión de que no lo veía. Ella sonrió y precisó:

—Sabéis, mi señor... Ahora tengo la certeza de que éramos hermanas de sangre. ¿No es magnífico?

No comprendió lo que

quería decir. No obstante, una tristeza difusa le disuadió de insistir. Rezó para que no estuviera perdiendo la cabeza y pensó en el suplicio que él mismo sufrió tras la muerte de su esposa. La saludó y declaró muy suavemente:

—Cuidaos mucho, señora. Ese es, casi puedo oírlo, el mayor deseo de vuestra amiga... de vuestra hermana.

El día que murió Claire,

Melisende de Balencourt había dejado su celda de la planta baja para ir al dormitorio.

No pegó ojo en toda la noche, no más que la anterior. Espió el menor ruido, el aliento más ligero. Solo faltaba uno, el de Claire. Uno solo y el universo perdía su sentido. La espantosa desazón que le había causado la violación y asesinato de su hija la había sorprendido antes de afligirla. No era tanto el

verdadero afecto que sentía por Claire lo que ocasionó la vorágine que se formó en su interior. El deceso de Claire era la señal que tanto había esperado. Y esa señal la contradecía, a pesar de los infatigables esfuerzos que había hecho durante todos aquellos años. Porque Claire debía ser salvada. Melisende de Balencourt estaba segura de ello. Claire tenía la profundidad de alma necesaria para que Dios se dignara a recompensarla con

un milagro. La hermana Balencourt había llegado a la convicción de que si lograba salvar a Claire, se salvaría con ella. Pero ya no habría ningún milagro. Ya nada podría salvarla.

Debió de sumergirse en una especie de duermevela. En su mente desfilaron aquellas imágenes, los sordos ecos que combatía día a día con tesón. La siniestra mansión de los Balencourt, el frío implacable, el hambre tenaz

que les imponía su padre. Las «procesiones nocturnas», tal y como las llamaba él. Descalzas, solo tapadas por su fina camisa, debían recorrer cada sala del oscuro edificio, pidiendo perdón a Dios por sus faltas a cada paso. El sordo eco de sus pies sobre las gélidas losas. Como tenía ya diez años, Melisende había dejado de preguntarse por la naturaleza de sus faltas. Elodie, cinco años más pequeña, aún se torturaba la

mente intentando comprender dónde y cómo había pecado. Una noche, osó averiguarlo preguntando a su señor padre, quien rugió como respuesta:

—¡El pecado original!, ¡sois vosotras!, ¡todas vosotras! ¡Rameras que nos habéis expulsado del paraíso! ¡Fustigad vuestra carne para extirpar al demonio que cobija!

El duermevela de la priora se transformó en pesadilla. Elodie tenía fiebre

por una infección de pecho. Melisende se había tumbado junto a ella, abrazándola con la esperanza de darle calor. Su señor padre había prohibido que se encendiera el fuego. La pequeña caja torácica debilitada se levantaba siguiendo el ritmo desordenado de su respiración. Ardiente de fiebre, la pequeña deliraba:

—Me voy con los ángeles, querida. Estoy tan feliz y, sin embargo, tan apenada de que no me sigas.

Oh, es tan bello, hace calor.
El aire huele muy bien.

El olor a humedad y moho que corrompía la habitación atoraba la garganta de su hermana mayor.

Un estertor dificultoso se escapaba ahora de la garganta de Elodie. Había hundido la cara en el cuello de su hermana, depositó un beso sobre su cabello y balbució:

—No quiero volver nunca aquí. Sígueme,

querida.

Entonces fue cuando Melisende creyó discernir una señal. Tiró la cubierta desgastada que las tapaba y la colocó presionando sobre el rostro de su amada hermana. Largo tiempo.

Su señor padre mandó enterrar a la pequeña apresuradamente. Melisende no esperaba lágrimas por su parte. Pero nunca hubiera supuesto que la única oración fúnebre que caería de sus labios sería: «Dios

juzgará sus faltas».

Las procesiones nocturnas se retomaron al día siguiente. Melisende ahora se regodeaba en ellas, permaneciendo horas enteras casi desnuda, en un frío glacial. Elodie volvería para llevársela, dentro de poco, en cuanto pudiera.

Pasaron tres años. Elodie no vino. De repente, Melisende comprendió. Su hermana pequeña temía a su padre. Seguía atemorizada por él, a pesar de sus alas de

ángel. Pobre amor. Eso es lo que le impedía regresar para buscarla y llevarla al paraíso.

Una última procesión nocturna. Caminaba tras su padre a tres pasos, descalza, con la piel de gallina por el frío. Él avanzaba en la tenue claridad de su candelero. Habían bordeado la balaustrada del primer piso. La inmensa sala de estar más abajo evocaba un lago de sombra. A un cuarto de toesa más lejos se

encontraba la escalera. Se abalanzó sobre su espalda, con los brazos tendidos hacia delante. Un grito, uno solo: el largo grito de pavor de quien dispensaba terror desde hacía lustros.

Melisende de Balencourt se incorporó en su cama, bañada en sudor, sin aliento. Inspeccionó con la mirada la amplia sala plagada de pequeñas celdas delimitadas con telas. Se levantó, obligándose a respirar lentamente. Debía hablar

con Henriette, explicarle cuánto las unía la muerte de Claire, cuánto se reprochaba no haber mencionado a la joven las procesiones nocturnas impuestas por su padre. Claire habría comprendido. Ella había sufrido en sus carnes, había conocido el olor de los torturadores. La hermana Balencourt levantó uno de los lados de gruesa tela. La cama estaba vacía. Sobre la manta, un fino trozo de papel con una tosca grafía

desmañada.

«Este es mi único pecado. Por él, pido perdón a Claire, a Dios y a todas vosotras. Maldito sea Jean de Valezan. Vuestra hermana que os ama».

Un grito desgarrador. Melisende de Balencourt cayó de rodillas. Remolinos de telas, un estruendo de pasos, de murmullos, de exclamaciones. Una fila de mujeres en camisa se formó alrededor de la cama.

La priora tartamudeó

entre sollozos:

—Encontradla, por favor, ¡encontradla antes de que sea demasiado tarde! Avisad enseguida a la abadesa para que el claustro de Saint-Joseph se una a nuestros esfuerzos.

La búsqueda fue infructuosa. Al amanecer, una sirvienta laica encargada de sacar las vacas del establo se paró en seco al entrar en el recinto y descubrir los dos pies calzados de gruesas medias a la altura de sus

ojos: Henriette Viaud se había ahorcado.

No se encontró ningún taburete ni caja alrededor que le hubiera permitido trepar tan alto para enrollar la punta de la gruesa cuerda a una de las vigas. En cambio, se descubrieron los zuecos de Henriette cerca de una apacible lechera. El animal le había prestado su costado y su lomo para reunirse con Claire.

Cuando Plaisance de Champlois le remitió a

Mortagne la sucinta misiva de la joven muerta, la boca de este se crispó de disgusto al ver el nombre de monseñor Jean.

Se encontraban cerca del hospicio, con las miradas perdidas hacia los establos que habían acogido los últimos instantes de Henriette.

Mortagne declaró como para sí mismo:

—Yo tengo la culpa... Tendría que haber... Sentí que su mente divagaba

cuando la acompañé después de nuestra entrevista.

—Pues yo pienso con toda mi alma que ninguna falta por nuestra parte ha contribuido a... a este horror. Habéis de saber que no se trataba de una locura de desesperación que con una palabra, un gesto, podríamos haber detenido. Intuyo más bien que una decisión largamente reflexionada la llevó... a esto. No deseaba continuar viviendo sin Claire.

—¿Está maldita?

—Rezaré hasta el fin de mis días para que sea perdonada. Lo será. Dios es amor.

—Amén.

Un silencio de dolor se instaló entre ambos. De pronto, Mortagne volvió en sí y maldijo entre sus mandíbulas apretadas:

—¡Maldita sabandija, vas a pagar cien veces por lo que has hecho, por la muerte de Cristo!

Tras estas palabras se

dio media vuelta, sin pedir disculpas por su blasfemia, ni tan siquiera despedirse.

Etienne Malembert se reunió con el conde en su aposento de la hospedería. Este se encontraba ante la lumbre que chispeaba en el hogar, con los brazos cruzados en la espalda, el aspecto serio y preocupado.

—Os veo muy sombrío, mi amo.

—¿Sombrío? El término es muy apropiado. Rabioso, también.

—¿Rabioso?

—Sombrío porque los crímenes de estas pobres monjas, sin contar el de la superiora, me encolerizan. Rabioso porque siento que estamos siendo manipulados.

—¿Manipulados de qué forma?

—Por una mano hábil y especialmente demoníaca.

—¿La de monseñor Jean?

—Sin ningún género de dudas. Intento ensamblar las

piezas diseminadas de las que disponemos. Excluyamos la parodia de revuelta de leprosos que nos ha permitido introducirnos en Clairets. La madre de Normilly fallece el pasado invierno, de manera totalmente inesperada, siguiendo a su esposo, el cual se encargó del paquete que compramos en Acre y se negó, para protegerlo, a entregarlo a Valezan. Francisco de Arévalo, quien también falleció

prematuramente, se lo había aconsejado.

—No olvidemos que maese Beranger de Normilly dejó un cofre con el contenido de la alforja al cuidado de su mujer, encomendándole que no se lo entregara, llegado el caso, a nadie salvo al rey de Francia.

—Exacto. Sin embargo, la madre Catherine nunca se deshizo de él, al menos según mi conocimiento. Así, tenemos todos los motivos

para creer que este cofre se encuentra aún en los túneles.

—Monseñor, la pregunta que me planteo desde hace años es la siguiente: ¿por qué tantos cálculos, tantos dramas, tantas muertes en torno a unos huesos ennegrecidos y unos fragmentos de piedras? Si se tratara de una reliquia santa, no habría provocado tantos complots, tantas efusiones de sangre. No acabo de salir de este enigma.

—Pues ya somos dos, mi

buen Malembert.
Prosigamos con lo que sabemos: Alfonso, el hijo de Francisco de Arévalo, ahijado de la madre de Normilly, es degollado. Su... dama de corazones no es otra que Alexia de Nilanay, que aquí se hace pasar por una tal Marie-Gillette d'Andremont. A su vez, es perseguida por unos sicarios y solo le debe su salvación temporal a un recuerdo confuso: Alfonso le habló de Clairets y se

refugia allí. Angelique, una monja que se le parece como una hermana gemela, es estrangulada. Una equivocación. Encuentran a su lado una matraca de leproso, que según piensa la abadesa fue dejada a propósito por el asesino para hacer creer en la culpabilidad de un gafo. Al mismo tiempo, el cazador de la abadía es asesinado e intentan hacer desaparecer su cadáver carbonizándolo. Un supuesto pariente, Jean

el Pequeño Ferrero, le sustituye improvisadamente afirmando que su buen primo se recupera de una herida. Tal mentira me lleva a pensar que Jean el Pequeño Ferrero ha matado al antiguo cazador con el fin de ocupar su lugar. Después sabemos que nuestro Ferrero se ha reunido de noche, y de forma clandestina, con nuestra querida Hucdeline de Valezan, con el propósito de entregarle un mensaje de su bienamado hermano,

monseñor Jean, quien nunca digirió que fuera excluida de la función de abadesa. ¿Por qué?, ¿por devoción fraterna o porque, con su hermana convertida en abadesa, se aseguraba de que los secretos que guarda desde hace tiempo no saldrían nunca de Clairets?

—Esto sugiere que Jean el Pequeño es uno de los esbirros de monseñor de Valezan. De ahí a creer que se trata del asesino de Angélique y por qué no de

las demás, incluida la arrepentida, Claire...

—Solo hay un paso. Más aún cuando los músculos que he vislumbrado bajo su pelliza lo hacen muy capaz de ello.

—Entonces habría abandonado la matraca para incriminar a uno de los leprosos. Pero, ¿por qué habría acabado con la vida de Alienor de Ludain, la superiora de la hermana Valezan y amiga predilecta?

—Según la abadesa,

Hucdeline de Valezan deseaba para sí una priora un tanto más prestigiosa que la hermana Ludain en cuanto fuera abadesa. Además, Alienor debía de conocer muchos secretos. Peligrosos secretos.

—Y la han apartado haciéndola callar para siempre. Vuestras sospechas sobre esa tal Hermione de Gonvray, la apoticaria, ¿se desvanecen, pues?

—No estoy muy seguro. Pudo haber elegido y

suministrado perfectamente el cólquico. Esa mujer oculta algo, me jugaría el cuello. He de interrogar al nuevo cazador inmediatamente.

Bernadine Voisin, la secretaria particular de la abadesa, trémula, agotada por el sueño que la rehuía desde hacía varias noches, se deslizó hasta la iglesia abacial de Notre-Dame. Rezaba postrada ante la alta Virgen de madera pintada, sollozando entre sus manos.

Acurrucada tras uno de los pilares del ábside, la secretaria sentía que se asfixiaba, llena de remordimientos. De miedo también. ¡Dios Todopoderoso!, se había descarriado, con engaños, mentiras, traiciones. ¡Pobre loca! Era su culpa, su gran culpa si Alienor de Ludain estaba muerta. Y las demás también, quizás.

La anciana se levantó presa del pánico: otras fallecerían si no actuaba. Ya

no podía permanecer callada. No importaban las consecuencias.

Cuando Mortagne lo encontró, Jean el Pequeño Ferrero estaba sentado sobre un gran tronco de madera apoyado contra el muro de los hornos, arreglando sus cajas trampa¹, sus señuelos para grajas y sus lazos para conejos. El titán se levantó, se descubrió y saludó con parsimonia, indicando así respeto pero no servilismo.

A Mortagne no se le pasó por alto. Señalando el montón de cajas de madera, el conde preguntó:

—¿Tantas guarduñas apresas?

—Y tanto. Tengo permiso de la abadesa para vender su piel en mi propio lucro. Además, se comen los huevos y devoran a los gazapos, los pollos de faisán y hasta los lebratos, esos malditos. Solo las lechuzas de campanario^[123] o algunos búhos consiguen cogerlos.

Esos bichos son malos como la sarna.

—¿No será más bien tu primo el que ha obtenido ese privilegio? ¿Cómo se encuentra?

Jean el Pequeño Ferrero lo miró con insistencia y respondió lentamente:

—Se está recuperando.

—Qué pena para ti, porque entonces retomará pronto su lugar aquí. ¿La caza de ayer fue fructífera?

—¡Ya lo creo, monseñor! Dos buenos

CORZOS.

—Sin embargo, se come poca carne en este sitio.

Jean el Pequeño sacudió la cabeza en signo de aprobación. Con su gorro de caza aún entre las manos, se preguntaba: ¿qué quería el conde?, ¿lo enviaba la abadesa para sondear a su cazador? No. Jamás la creería capaz de tal doblez y cobardía.

—La repartimos, por orden de nuestra madre. Posee el corazón más grande

de todos los que he conocido hasta ahora —añadió lentamente.

Agachó la mirada y Mortagne estuvo seguro de que trataba de disimular su emoción.

—Cazador... iré directo al grano. Has de saber, primero, que la abadesa no me envía. Ostento el poder de administrar justicia y lo ejerzo con su permiso, eso es todo. Mis sospechas recaen sobre ti, serias sospechas. Estoy casi seguro

de que mataste a Nicol el Garzón para ocupar su lugar y que actuaste así para complacer a monseñor de Valezan. ¿Le tienes tanto miedo que acaso temes nombrarlo?

Jean el Pequeño alzó la cabeza y sus labios se estiraron esbozando una mueca a modo de sonrisa.

—¿Miedo de Valezan? Ni hablar. No necesito a esa carroña para nada. Ni sus oropeles sagrados impiden oler su apestosa alma. Me

prometió cincuenta libras por entregar un mensaje a su hermana, ocupar el sitio del antiguo cazador y esperar aquí nuevas órdenes. Fue hace tanto tiempo que casi ni me acuerdo...

—¿Tanto tiempo?

—Dos meses. Una eternidad. Han pasado tantas cosas desde entonces... — terminó el gigante en un murmullo.

—La madre de Champlois me ha contado que le salvaste la vida

durante la revuelta de los leprosos. Te propongo entonces un trato, cazador, del que jamás nadie más que nosotros oirá hablar: una vida por una muerte. La vida de la abadesa a cambio del óbito de tu... buen primo Nicol el Garzón. Estamos en paz sobre ese punto. En cambio, si llegara a pensar que asesinaste a las demás, a las monjas, o violado a una de ellas, te esperararía la horca.

Jean el Pequeño sacudió

la cabeza de nuevo y replicó
aséptico:

—Tengo un aspecto muy desagradable, y no pretenderé estar libre de pecados, cual recental acabado de parir. Pero nunca he violentado a ninguna mujer y, mucho menos, a ninguna religiosa. He pagado a bastantes por el placer de la carne y las he engañado como un charlatán, lo admito. Pero nunca he usado la fuerza contra una hembra. Quede

maldito en este mismo instante si no digo la verdad.

Mortagne lo escrutó con la mirada. Curiosamente, le creía.

—¿Qué sabes que nos pudiera ayudar? ¿Qué sabes que pudiera ayudar a la madre Plaisance?

—No gran cosa, salvo que encuentro a los escrofulosos muy tranquilos. No era de extrañar que se reventaran las caras por unas menudencias. Desde hace días, parecen una banda de

angelitos. No me sorprendería lo más mínimo que estuvieran tramando un asunto turbio.

—¿Un nuevo levantamiento?

Mortagne recordó lo que Elise de Cremont le había confesado a Malembert durante su encuentro clandestino en el pasaje.

—Humm... Una majadería o una astucia, según se mire —opinó el cazador.

Al conde no le

sorprendió que hubiera dado de lleno en cuál era su preocupación. Ferrero era inteligente, sus respuestas así lo demostraban. Mortagne resumió:

—¿Una majadería porque los atraparían o aniquilarían al instante?

—No... porque saben que vuestros hombres de armas están aparcados no lejos de aquí.

—¿Cómo es eso? —se preocupó Aimery de Mortagne.

—Pues, a vuestro parecer, ¿de quién lo sé? De sirvientes laicos que divulgan la más mínima información sacada de aquí o allá. Y si me lo han dicho a mí, hay posibilidades de que hayan departido con otros.

Haciendo un enorme esfuerzo, el conde preguntó:

—¿Y dónde estaría la astucia en esta historia?

—Si sumáis los leprosos guerreando, las monjas corriendo por todas partes,

servientes armados
pertrechados y hombres de
armas...

—Tenemos una masacre
cuyo único objetivo es...

—La masacre,
monseñor, y es un antiguo
soldado quien os lo dice. A
propósito, la priora de
Valezan ha recibido un
nuevo mensaje hace poco.
¿Quizás su buen hermano le
aconsejaba encerrarse en su
despacho al primer signo de
revuelta?

—Y esta misiva, ¿a

través de qué intermediario?

—El mensajero de la abadía. No tiene gran cosa que hacer últimamente, así que se busca ocupaciones.

—Malembert se encargará de él.

—Ah sí, vuestro excelente médico laico — ironizó el cazador.

—Ahórrate tus comentarios, hombre.

—Os pido disculpas, monseñor.

Mortagne se disponía a dejarlo cuando el cazador

casi le imploró:

—Protegedla, os lo ruego.

El conde no necesitó preguntarle quién merecía tal absoluta devoción: Plaisance de Champlois.

Volvió apesadumbrado a la hospedería. La masacre por la masacre. A menos que imaginara que los gafos se hubieran visto asaltados por una locura sanguinaria, aquella carnicería tenía otro objetivo. Un crimen

premeditado que debía pasar inadvertido. De repente, Mortagne se precipitó. Llegó sin aliento al aposento de Malembert y gritó:

—¡Ensilla un caballo!
¡Corre a rienda suelta!
Quiero a Charles d'Ecluzole y una decena de sus valientes secuaces frente al recinto de los leprosos en la mayor brevedad. Hemos de aplacar la revuelta antes de que estalle. Es un subterfugio y apuesto a que la única víctima designada

no es otra que la mismísima abadesa.

Hermione de Gonvray se desentumecía delante de la pequeña chimenea del *herbarium*. El béquico^[124] de angélica, borraja y violeta que le había ofrecido a Bernadine, temblorosa de fiebre, había calmado la tos ronca de la anciana. Hermione había encontrado poco antes a la secretaria de la abadesa ante su mesa de preparaciones, aterida de

frío.

—Tengo la impresión de que ya estáis casi repuesta, mi buena Bernadine —se felicitó—. Debéis cuidaros más.

—No lo merezco —respondió esta con una voz llena de desesperación.

—Bueno, bueno... ¿qué locura es esa? —le riñó la apoticaria con amabilidad.

—Estáis a cien leguas de imaginarlo, mi querida Hermione.

Hermione de Gonvray

sintió que un verdadero pánico se había adueñado de la anciana.

—Hermana... la confesión es el único remedio para los dolores del alma.

Bernadine agachó la cabeza. Una lágrima cayó sobre sus manos cruzadas, y después otra.

—Tenéis ante vos a una felona, Hermione... Semejante término parecía tan desmedido en referencia a aquella débil anciana que

la apotecaria retuvo una sonrisa. Iba a lamentarlo.

—He traicionado a conciencia a nuestra madre. Yo... a mi parecer, ella no poseía la talla necesaria para dirigir nuestra espléndida abadía. Ya sabéis cuánto amé y respeté a la madre de Normilly. Sabéis que la habría servido gozosamente hasta mi último aliento. Habría ido hasta el fin del mundo con el único fin de ayudarla lo mejor posible. Qué mujer, qué ser

excepcional. La madre Plaisance... Pensé que solo se trataba de una chiquilla que se había ganado el corazón de la madre Catherine de Normilly a fuerza de caritas fingidamente cariñosas y adulaciones.

Con la boca seca de aprensión, Hermione de Gonvray preguntó con suavidad:

—¿A qué os referís exactamente con «traicionar a conciencia»?

Bernadine irguió la cabeza y se enjugó las lágrimas con el revés de la mano. Con voz temblorosa explicó:

—En... En realidad, me pareció que Hucdeline de Valezan era infinitamente más adecuada para esa función. Ciertamente es que resulta arrogante, pero precisamente esa arrogancia le permitía hacer frente a las circunstancias con brío. Hucdeline... no os engañéis, es una mujer de gran fe. Su

visión para nuestro monasterio, los proyectos brillantes que había imaginado... me sedujeron. Vi en ella a la digna sucesora de la madre de Normilly y la madre de Rotrou, a la que conocí antes de ella.

—¡Dios mío! —resopló Hermione—. ¿No os dais cuenta, querida Bernadine, de que Hucdeline no piensa más que en su gloria y en la de su hermano?

—Os equivocáis —

interrumpió secamente Bernadine—. Soy una de las pocas en quien ha depositado su confianza y os lo afirmo: no ama tanto a su hermano. Es más, en ocasiones he tenido la persistente sensación de que lo temía y recelaba de él.

—No obstante, enarbola fácilmente su poder. ¿Será solamente un espantajo destinado a desalentar de antemano a sus oponentes?

—No me he refugiado en el *herbarium* para discutir

sobre estrategias —murmuró Bernadine—. Hermione, sois una de mis hermanas preferidas. Vuestra inteligencia, vuestra dulzura y vuestra discreción son incuestionables. He... he sentido, a veces, que albergabais un terrible dolor... Nada comparable a esta loca de Balencourt. Quiero decir, un dolor constante, una cruz...

Hermione se tensó y permaneció muda.

—Esto me hace esperar,

no vuestra comprensión,
puesto que dudo que
admitáis una conducta
reprobable, pero al menos
vuestra compasión y ayuda.

—Si os las puedo
ofrecer, por mi honor que
son vuestras, hermana.

—Yo... —comenzó
Bernadine luchando contra
un nuevo ataque de llanto—.
Acepté informar a Hucdeline
de Valezan de cualquier
movimiento o acto de
nuestra madre, su
correspondencia, la

identidad de sus visitantes.
He llevado la ignominia
hasta escuchar detrás de su
puerta y leer su correo.

—¡Cielos! —murmuró
Hermione—. Qué...
infamia...

—Lo sé. Aún hay más.
Mucho peor.

—Me dais miedo.

—Vuestro temor está
justificado. Soy cómplice en
el envenenamiento de
Alienor de Ludain.

—¡Cómo!, ¿Hucdeline
sería la asesina?

—Esa es la horrenda sospecha que me corroe. Si su culpabilidad se evidenciara, me ha utilizado. No se lo perdonaré jamás, porque, a pesar de sus defectos de carácter, tenía fe en ella.

—Por favor, explicaos...
¡no sé qué pensar!

—Poco antes de esa horrible cena durante la cual Alienor se derrumbó en el refectorio, Hucdeline me pidió que fuera a solicitarla al despacho con el pretexto

de que nuestra madre necesitaba su llave para poder disponer de su sello. Después, dijo haber ido a la biblioteca.

Totalmente confundida, Hermione le pidió:

—Volvédmelo a explicar, os lo ruego.

—Por la mañana, después de tercia, Hucdeline de Valezan vino a verme. Su plan, o al menos el que me presentó, era simple. Quería acercarse a Aude de Cremont con el fin de

tantearla sobre un eventual puesto como priora. Alienor no debía saber nada de esto, puesto que su función como superiora, así como su afecto por Hucdeline, podían hacerla esperar tal oficio. Hucdeline la consideraba incapaz, opaca, y yo estaba de acuerdo con ella. El encuentro con Aude estaba acordado. Había que apartar a Alienor, la cual no habría entendido que Hucdeline abandonara su compañía, aunque solo fuese una hora.

Así, yo debía llamar al despacho de nuestra actual priora mientras se encontrara con su superiora, y fingir que nuestra madre requería su presencia con premura. Llamé. Oí un alboroto al otro lado. Cuando la puerta se abrió, el malestar de ambas mujeres me sorprendió. Hucdeline me siguió. La dejé en la antesala de sus dependencias y volví al palacio abacial. La terrible sospecha que tengo ahora es que Hucdeline dejó a

Alienor con los dulces de ciruela, para darle tiempo de degustarlos sin tener que probarlos ella misma. Si este es el caso, tuvo el buen juicio de presentarlos ante nuestra madre y el conde de Mortagne para así alejar cualquier sospecha de ella.

—¡Ay Dios mío, Dios mío! —gimoteó Hermione.

—Lo he engañado y aceptaré su castigo. No importa, lo merezco. Os necesito, Hermione. Necesito que le contéis esta

siniestra y lamentable historia a nuestra madre. Con todo detalle. Lo admito, no tengo valor para hacerlo yo misma. Pero ha de saberlo, ha de defenderse. Estos últimos días me han hecho verlo todo más claro y me han demostrado que yo era una vieja imbécil. Hucdeline no es más que un violento torbellino. Plaisance de Champlois ha heredado la verdadera fuerza de la madre de Normilly y de su predecesora, la madre

de Rotrou. La fuerza de los sabios. Nuestra abadesa avanza paso a paso, sin perder nunca de vista el rumbo. La edad no hace la excelencia. Me culpo tremendamente por no haberlo comprendido antes. ¿Me ayudaréis, querida Hermione?

Bernadine Voisin apretó convulsivamente las manos de la apoticaria, mientras esperaba su veredicto con angustia.

—Lo haré —dijo por fin

la apotecaria—. Lo haré por la madre Plaisance y por el recuerdo de la madre Catherine, os lo confieso no sin crudeza.

—Sé que no merezco ningún favor por vuestra parte. Sin embargo, os estoy infinitamente agradecida por vuestra ayuda.

Quando Mortagne empujó uno de los batientes del portón de las caballerizas, el mensajero, armado con creznejas de heno^[125], bruzaba los

costados de un overo castrado^[126] para eliminar las placas de barro dejadas por una cabalgada.

En cuanto lo vio, el hombre se le acercó haciéndole zalemas.

—Monseñor de Mortagne, qué honor...

—No pretendía haceros ninguno —replicó el conde desagradable.

La sonrisa pusilánime y sumisa titubeó. El hombre entreabrió la boca conservando la posición

inclinada, pero Mortagne atacó:

—No estoy de humor para la paciencia, rufián. Así que desembucha la verdad ahora mismo, a menos que desees probar el filo de mi daga.

Este se descompuso. Su mirada pasó del arma colgada en el cinturón que ceñía la túnica de gruesa seda, al grave semblante del conde.

—¿Qué...?

—¡Silencio! No me

alteres más la sangre largándome sandeces. No repetiré la pregunta. ¿Dónde se halla monseñor Jean de Valezan que tan cómodamente logras transmitir sus misivas a su hermana?

Se leyó un verdadero espanto en el rostro del mensajero, quien farfulló:

—Me matará si...

—Y yo te mataré aquí mismo si persistes en escabullirte.

En un abrir y cerrar de

ojos, la daga de Mortagne estuvo contra el pecho del otro, quien dio un paso atrás trastabillándose.

Inquietos por el furor contenido de Aimery de Mortagne y el terror que hacía transpirar al mensajero, los caballos pateaban por el nerviosismo en sus compartimientos.

—¡Habla, canalla! Antes de que te espete. No lo olvides: mi daga está sobre tu corazón, Valezan aún está lejos, puedes escapar de él,

mas no de mí.

—Él... Monseñor Jean se aloja en Etilleux, a más de una legua de aquí.

—¡Diantre, está cerca la alimaña!

Así, Jean de Valezan había dejado Roma para estar lo más cerca posible de Clairets, a la espera de la inminente sublevación de los leprosos, a la espera de la muerte de Plaisance de Champlois. Lo que sucedería a continuación era axiomático: irrumpiría con

el pretexto de reinstaurar el orden en la abadía saqueada y empujaría el nombramiento de su hermana. Entonces, Clairets le pertenecería. Una fría rabia reemplazó a la ira de Mortagne. Volvió a enfundar su daga y le dijo al lívido mensajero:

—Tu elección es fácil, bribón: corres a rienda suelta a prevenir a tu amo y sus gentes te atraviesan de una estocada (ya no te necesita pues te has descubierto); o

callas y tienes una oportunidad de salvar la vida. Tú decides.

Con estas palabras Mortagne se marchó, resuelto a ordenar a Malembert que vigilara al hombre. Si el mensajero hacía algún amago de intentar prevenir a Valezan, sería ejecutado.

Una tenue e insistente llamada a la puerta de su despacho alertó a Plaisance de Champlois. Sorprendida

por la ausencia de Bernadine, se levantó y abrió. Una monja, con la mirada asustada, se retorció las manos delante de ella. ¿Cómo se llamaba aquella ratita alocada del claustro de La Madeleine? Tras los oficios, pasaba rozando las paredes de las naves laterales para salir de la iglesia abacial lo más discretamente posible.

Jeanne Boite.

—¿Hija mía? ¿Jeanne?

La mujer se sonrojó, y

las lágrimas inundaron sus ojos.

—Madre... madre... no sé si obro bien... Algunas no querían que os avisara... — dijo la arrepentida con voz entrecortada.

—Explicaos.

—Está... ella está... Creo... En fin, creo que ha perdido la razón. Se va a quitar la vida...

La preocupación anegó a Plaisance.

—Pero quién... ¿Quién?

—Nuestra priora... ¡Oh!

Madre, debéis intervenir, os lo suplico.

Antes de que la abadesa tuviera tiempo de exigir explicaciones, Jeanne Boite salió disparada y bajó las escaleras a toda velocidad. Plaisance se apresuró detrás de ella, corriendo tan deprisa como le era posible.

El portalón de La Madeleine, de costumbre cerrado, estaba abierto de par en par. Al ver esos dos batientes amenazantes, erizados con pinchos de

hierro, abiertos hacia los pobres jardines pelados por el invierno, Plaisance tuvo la certeza de que algo terrible estaba sucediendo dentro de aquellos muros. Jeanne Boite se giró para cerciorarse de que su madre la seguía. Se adentraron en el largo pasillo y se toparon con un grupo de monjas arrodilladas que oraban ante la puerta de la celda de la hermana de Balencourt. Desde el interior se oían rugidos de bestia y el

repiqueteo metálico de una disciplina levantada y bajada con fuerza para volver a ser levantada al momento.

Jeanne sollozó:

—Os lo suplico... impedídselo, impedídselo... No es mala... no ha podido soportar la muerte de Claire... ni la de Henriette... Se culpa de ellas, creo... Ha echado el cerrojo...

Una infinita calma invadió a la abadesa.

Ordenó:

—Corred a llamar a tres

servientes. Que traigan hachas.

Unas gruesas astillas de madera oscura volaron con los golpes. Los alaridos del interior habían enmudecido. Uno de los hombres acabó la faena con un potente golpe de hombro. La puerta cedió. Plaisance mandó retirarse de forma autoritaria al trío de sirvientes así como a las monjas que se habían mantenido a distancia, para evitar de tal forma que se regodearan en el espectáculo

que temía descubrir. Exigió a Jeanne Boite que acudiera a su lado.

Melisende de Balencourt, desnuda de cintura para arriba, espalda, vientre y senos lacerados por las cadenas con las que se había fustigado violentamente, yacía inconsciente sobre el suelo de losas negras. Su rostro estaba hundido en un charco de vómitos. A Plaisance le asaltaron sentimientos encontrados de repulsión y

piedad. Pero ganó esta última. Se arrodilló junto al cuerpo torturado y alzó la cabeza en dirección a Jeanne Boite, que estaba petrificada.

—Encontrad a nuestra apotecaria, a ninguna otra que no sea ella. Que Hermione se reúna conmigo provista de unguentos, un barreño de agua jabonosa y ropa limpia.

La monja la miró fijamente como si no hubiera oído nada.

—¡Id os digo! —tronó la

abadesa.

La apatía envolvió a Plaisance. Se dejó caer sentada sobre las losas. La idea de rozar aquel cuerpo descarnado y sanguinolento le repugnaba. No obstante, se obligó a extender las piernas recogidas de la priora y a liberar su brazo de debajo del cuerpo. Esta gimió y entreabrió los párpados. Esos oscuros, insondables y abrasadores ojos que la atravesaban hicieron estremecer a la

abadesa. Melisende de Balencourt se incorporó de repente, sobresaltándola. Una sonrisa como nunca le había conocido, una radiante sonrisa de amor, iluminó el rostro de la priora. Una mano esquelética estrechó la muñeca de la joven. La hermana Balencourt balbució con voz extática:

—Querida... por fin... Oh, he esperado tanto, amada hermana. Pero ahora que estás aquí, mi tierna Elodie, todo va bien. Oh...

cuánto te he extrañado —su elocución se aceleró. Un flujo de saliva mojó sus labios, goteando sobre la barbilla—. Lo sabía... sabía que regresarías a buscarme, querida. Ha sido largo, tan largo y gélido sin ti. El tiempo de los ángeles no es el nuestro, no te culpo, lo entiendo perfectamente. Por eso me prohibía la impaciencia. Todo eso son solo horrendos recuerdos. ¿Ves?, ya los olvido puesto que estás aquí. Un beso,

querida, dame un beso y después nos iremos enseguida. Soy tan dichosa, tan dichosa, Elodie.

Y la hermana Balencourt tendió la mejilla hacia los labios de Plaisance. Y Plaisance besó aquella febril mejilla bañada en lágrimas.

Melisende de Balencourt acababa de sumergirse para siempre en la locura que había rozado desde que acabara con el sufrimiento de su adorada hermana pequeña.

Plaisance de Champlois se ahogó en una pena infinita. Abrazó contra ella a la hética mujer, con cuidado de no avivar el dolor causado por las llagas.

Tras recibir de la hermana apoticaria los primeros auxilios que le devolvieron un poco de su dignidad perdida, la priora del claustro de La Madeleine fue trasladada a la enfermería. La abadesa volvió a subir fatigosamente a sus dependencias en

compañía de Hermione de Gonvray. La apoticaria preguntó de pronto:

—¿Qué futuro le espera a la hermana de Balencourt?

Plaisance suspiró.

—Lo ignoro, querida Hermione. Su estado exige un internamiento, por su propia seguridad.

—Las casas de caridad que acogen a los dementes suelen ser prisiones despiadadas, según me han dicho. Los insensatos son tratados con más brutalidad

que las bestias, y se les abandona a su suerte.

Plaisance ofreció únicamente un pesado suspiro por respuesta.

Hermione insistió:

—Mentiría si pretendiese sentir un profundo afecto por la priora. No obstante, sigue siendo una de nuestras hermanas. Solo un implacable dolor explica...

—¡Por Dios, Hermione!
—la cortó la abadesa—.
¿Creéis que es necesario

darme lecciones de caridad?

—Claro que no —musitó su hija.

—¿Entonces? ¿Vamos a dejar a Melisende recluida de por vida en una de las salas de la enfermería?

—Sería tratada con todas las atenciones.

—He de reflexionar. La decisión es demasiado importante como para tomarla de forma apresurada.

Caminaron en silencio. Cuando tan solo estaban a

una toesa del palacio abacial, Hermione soltó:

—Os pido audiencia, madre.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Acaso... acaso es tan grave para no poder esperar?

—Lo es.

—En ese caso...

—¡No os creo! —gritó Plaisance golpeando con la mano el pesado tablero de roble—. Bernadine no me habría traicionado jamás en beneficio de Hucdeline. Me

niego a dar crédito a esta fábula.

Ofendida, Hermione de Gonvray replicó fríamente:

—Pensad lo que os plazca, mi señora. Me he comprometido, por fidelidad hacia vos, a transmitir las palabras que Bernadine no osaba formular. Ya está hecho.

La apotecaria se levantó y se dirigió hacia la puerta del despacho.

Plaisance la retuvo:

—Mis disculpas,

Hermione. El estupor causado por vuestras revelaciones es la única excusa para mi ímpetu fuera de lugar. ¡Cómo ha podido engañarme de tal guisa! Tenía depositada toda mi confianza en ella.

—Pienso realmente, y sin por ello pretender descargarla de sus fechorías, que ella misma fue engañada por nuestra querida hermana de Valezan. No es menos cierto que Hucdeline nos ha burlado a todas. Trapaceó a

Alienor pretendiendo que acudía a vuestro despacho, y a vos y al conde de Mortagne afirmando que se encontraba en la biblioteca.

—Sí, pero visitó a Aude de Cremont.

—No lo niego, madre. Con todo y con eso, así podía matar dos pájaros de un tiro: acercarse a la nueva priora que deseaba para sí misma, a la vez que empujaba a la desgraciada, su buena amiga Alienor de Ludain, a la sepultura.

—Hermione, os lo pregunto como amiga... — Plaisance dudó—. ¿Pensáis en conciencia que Hucdeline de Valezan tiene alma de asesina?

La apotecaria le dedicó una sonrisa apenada, y declaró con voz tenue:

—Muchos seres que no tienen esencia de asesino pueden, a favor de un temor, un arranque de ira, avidez o incluso por puro amor, convertirse en ello.

Mortagne, a pesar de su

rango, esperó al pie de la escalera mientras ella descendía. Hermione solo lo saludó con una breve inclinación de cabeza, a la que él respondió del mismo modo pensando que la apoticaria era sin lugar a dudas una mujer de carácter, aunque carente de diplomacia. Le resultaba fastidiosa su similitud con Alexia de Nilanay, en quien había pensado a menudo, demasiado a menudo, desde su agitada entrevista.

Tendría que conversar sobre la suerte de la joven con la abadesa. El agudo oído de Etienne Malembert había cumplido su cometido, una vez más. Supo que Alexia había recibido órdenes de Plaisance de Champlois de abandonar cuanto antes el recinto de Clairets —libre o con trabas, según juzgara el conde de Mortagne—, y esto tan pronto como él emitiera su veredicto respecto a ella. Sin embargo, había algo aún peor, y más urgente. La

nueva que Malembert le acababa de transmitir ponía fin a todas las dudas que lo habían retenido hasta entonces.

—Parecéis aterrada, mi señora —dijo tomando asiento frente a la abadesa.

—Aniquilada sería más preciso.

—¡Carape!

Le relató con todo detalle su conversación con Hermione de Gonvray. La placidez de su interlocutor turbó a la joven, que

preguntó:

—Mis revelaciones no parecen sorprenderos.

—No tanto, en efecto.

—¿Acaso sospechabais de la imperdonable falsedad de Bernadine?

—No en estos términos. Si bien, encaja de maravilla.

—¿Qué opináis de la eventual culpabilidad de Hucdeline en el homicidio de Alienor?

Los labios de Mortagne dibujaron una sonrisa picara.

—Me encantaría

afirmaros que estoy convencido de ella.

La abadesa volvió a mostrar un poco de alegría/regañándolo por cubrir las apariencias:

—Realmente sois un pilluelo.

—Eso me rejuvenece. Os lo agradezco enormemente, mi señora — bromeó.

Curioso. Solo habían bastado unos días para hacerle olvidar su edad. Quince años. ¿Y no estaba

ella ahora reprendiéndolo como una madre tolerante? Como Anne, en ocasiones. Pensó que las mujeres inteligentes no tienen edad, o bien que tienen todas las edades al mismo tiempo.

—Pero entonces, ¿no estáis convencido?

—Habéis descrito a vuestra priora como una mujer de fe. Otros testimonios van en esa misma dirección. O una cosa u otra: o nos enfrentamos a una temible mistificadora, o

bien no la imagino
herbolando a su superiora.
Media un abismo entre la
ambición, aun siendo
devoradora, y el asesinato.
Con todo...

Mortagne reflexionaba.

—¿Con todo? —le urgió

Plaisance.

—El abismo puede
salvarse prestamente en el
caso de monseñor de
Valezan, su hermano.

—Vamos... mi señor...
estáis hablando de un
arzobispo que seguramente

no sea irreprochable, por lo que tengo entendido, pero de ahí a herbolar^[127]...

—Si supierais, mi señora, qué infamias se disimulan tras algunas túnicas. Por lo que respecta a Valezan, si el deshonor matara, nos habría librado tiempo ha de su mefítica presencia.

—Hasta ese punto... —suspiró Plaisance.

Mortagne asintió con un movimiento de cabeza y prosiguió:

—En resumidas cuentas, no me sorprendería lo más mínimo si llegásemos a saber que nuestro arzobispo está detrás de este crimen.

—Es una acusación sumamente grave la que lanzáis.

—Probablemente porque ahora sé que podéis oírla... y guardarla para vos —solo dudó un instante—. Jean de Valezan se esconde a una legua de Clairets, en Etilleux. Espera su momento para hacerse dueño y señor

de Clairets.

—No puede —se indignó Plaisance—. ¡Se lo impediré! Tendrá que ser sobre mi cadáver si...

Se llevó la mano a la boca, los ojos abiertos como platos.

—No puede estar pensando en... en hacer... ¿en hacerme desaparecer?

—¿Eso creéis? Ha hecho... desaparecer, tal y como lo formuláis, a tantas personas que obstaculizaban su camino... Estoy seguro

de que ha colocado a un esbirro en Clairets.

—¿Cómo podéis afirmarlo?

—Porque así es como yo hubiera procedido en su lugar —confesó llanamente Mortagne.

—¿Uno de los leprosos? Nuestros sirvientes laicos nacen, viven y mueren junto a nosotras desde hace generaciones... muy pocos son los que han llegado recientemente. Pero... se trataría de un hombre.

—Cierto, no imagino a una monja o una pequeña novicia rompiendo con las manos la nuca de una hermana, sobre todo de una meretriz arrepentida. Esas mujeres están acostumbradas a los lupanares y sus peligros. Pero... ¿no os olvidáis de vuestro nuevo cazador?

—¿Jean el Pequeño? Ahora soy yo la que no se lo imagina de asesino, herbolando a nadie.

—Vuestra

condescendencia hacia él me parece excesiva, mi señora. Desde que llegó comenzaron a sucederse los crímenes.

—Lleváis razón — admitió—. Pero por lo que a mí respecta, lo intuyo.

—Desconfío del instinto.

—Seguramente porque es mudable y eso os inquieta.

Sonrió, divertido y seducido —de manera inocente— por la rapidez mental de aquella joven.

La madre de Normilly

había hecho una buena elección. Si lograba protegerla, Plaisance se convertiría sin duda en uno de los faros de Clairets. El placer que sentía conversando con ella se desvaneció. Con tono serio, arremetió:

—¿Y si llegáramos de una vez, mi señora, al origen profundo de estos disturbios, de estos terribles acontecimientos?

Lo miró fijamente, intrigada.

—Los túneles —resumió el conde.

—¿Qué tienen que ver los túneles? Están sellados desde hace mucho tiempo, mucho antes de mi llegada a Clairets. Unas infiltraciones han hecho su estructura poco fiable. La madre de Normilly aplazaba continuamente las obras necesarias para su rehabilitación. Aunque bien es cierto que solo nos sirven para transportar las aguas residuales y las deyecciones

hasta la fosa de aguas negras.

—¿Los habéis visitado?

—No. Tal y como os he dicho, son poco seguros y, además, se trata de un paseo asaz malsano y nauseabundo.

Tuvo la certeza de que decía la verdad y no tenía ningún conocimiento del cofre que la madre de Normilly había escondido en aquellos subterráneos.

El conde solo titubeó unos segundos. Ecluzole, su

baile, intervendría en breve en el recinto de los leprosos. Si todo se desenvolvía como previsto, Mortagne podría entonces recuperar ese maldito cofre y entregárselo a Felipe el Hermoso. Le tomaría entonces definitivamente la delantera a Jean de Valezan. La proximidad del arzobispo trastocaba su plan inicial, y quizás fuera mejor así. Sin embargo, la única forma de lograrlo era con el apoyo de la abadesa.

Le contó sus vínculos con Beranger de Normilly, Acre, la bolsa comprada a un vendedor armenio, las violentas y repentinas muertes que habían diezmado a todos aquellos que, de cerca o de lejos, habían tenido en su haber la famosa alforja. Admitió haber mantenido una esporádica correspondencia con la antigua abadesa. No vaciló en revelar la implicación involuntaria de Alexia de Nilanay, la cual se

había visto envuelta en aquel asunto por la simple razón de que el gentilhombre español a cuyo cuidado estaba no era otro que el hijo de un amigo de Beranger de Normilly. Mortagne insistió en la oscura y temible presencia de monseñor de Valezan en cada cruce de caminos de aquella antigua aventura que esperaba finalizara en los subterráneos de Clairets, gracias a la madre de Normilly. Plaisance de

Champlois exclamó:

—¿Pero qué decís? ¡La madre de Normilly entregó ese cofre a monseñor Jean!

—¿Qué? —gritó Mortagne levantándose de un salto—. ¡Eso es imposible! Jamás habría cometido tal error... estupidez, más aún sin advertirme de ello. Ella protegía el cofre... el cofre era su única garantía de permanecer con vida.

—Estoy segura de ello. Yo estaba junto a ella

cuando ese..., se trataba de una especie de caja alargada con cercos de hierro. La sacaron de los túneles y la llevaron a la antesala del palacio abacial. Lo recuerdo bien... La contempló un instante antes de declarar con un suspiro: «Esto, mi querida hija, es la última espina que me quedaba clavada. Es un tremendo alivio verme por fin libre de él. Jean de Valezan obtiene al fin lo que lleva buscando tanto tiempo. Todo se

apaciguará ahora». Después fue cuando se cambiaron los cerrojos de la reja sellando así el acceso a los subterráneos.

En el momento en que pronunciaba tales palabras, una odiosa sospecha se abrió camino en su mente. Gritó:

—¡Cielos... qué ignominia! ¡Ocurrió apenas unas semanas antes de su defunción! Pero... pero... —masculló—, no puede... él no habrá...

—La mandó ejecutar. Ya

no le servía de nada y, por el contrario, podría perjudicarle.

Mortagne parecía aniquilado por estas revelaciones.

—Pero, mi señor, ¿qué contenía ese cofre, esa alforja?

—Unos huesos ennegrecidos, un fragmento de cráneo, algunas falanges y costillas, una tibia y unos trozos de piedra roja tallados en forma de triángulo.

—¿Eso es todo? —

insistió Plaisance, incrédula.

—Nada más.

—Os burláis de mí, monseñor... ¿Qué? ¿Tantos crímenes, infames fechorías por unos cuantos huesos? —su mirada se volvió penetrante—. A menos que... se trate de una reliquia santa, tal vez sagrada.

—En tal caso, ¿por qué querer silenciar a toda costa a aquellos que tuvieron conocimiento de ella? Solo cabe regocijarse por

descubrir o recuperar una reliquia santa, ¿no creéis?

—Cierto —admitió

Plaisance, perdida.

Mortagne presionó su frente entre las manos, maldijo entre dientes:

—No entiendo nada... a pesar de su complejidad, este asunto parecía claro hasta ahora. Los móviles, lo que estaba en juego, eran evidentes. Valezan pretendía hacerse con el cofre y asegurarse de que nadie hablaría jamás de él. Todo

tenía explicación, aunque nadie conoce la verdadera importancia de esta... cosa... reliquia, lo que sea. Pero, si ya está en su poder... nada de esto tiene sentido. ¡Estoy confundido, irritado! He de reflexionar con tranquilidad. No obstante, antes de despedirme de vos, tengo el deber de arreglar otros... detalles.

El aspecto de Mortagne se volvía siniestro, por lo que Plaisance no pasó por

alto el anodino término que había elegido.

—Os escucho.

—Mi baile y nuestros hombres de armas se encuentran apostados a las puertas de Clairets. Según Malembert, al que he interrogado poco antes de nuestra entrevista, deberían intervenir en poco tiempo. Mande tocar a rebato, mi señora.

—¿Perdonad? —

murmuró la abadesa, estupefacta—. ¿Nos están

atacando?

—Lo evitaremos. Que las monjas y las novicias se encierren con barricadas en sus dormitorios. Que los sirvientes cojan las armas.

—Pero...

—El recinto de los leprosos pretende alzarse de nuevo. Sin embargo, la violencia de esta rebelión sobrepasará con creces a la que conocisteis. Vamos a cortarla de raíz y cerrarle así el camino a Valezan.

Plaisance intentaba

comprender.

—¿Ha fomentado él las revueltas? ¡Maldito sea!

Mortagne no la desengañó sobre la identidad del primer instigador.

—El tiempo apremia, mi señora. Os solicito humildemente que la señorita de Nilanay quede protegida al igual que las demás, pese a no ser ya una de vuestras hijas. Digamos... digamos que está bajo mi tutela.

Plaisance lo miró

fijamente y él comprendió que la abadesa podía leer claramente en él. Esta le respondió con una voz dulce:

—Eso no era menester mencionarlo, mi señor. Quedo sumamente aliviada por su suerte.

El nervioso y potente eco de la gran campana sobrecogió a las monjas. Se consultaron con la mirada, desconcertadas. Algunas dejaron a un lado sus

herramientas y sus labores. Otras evitaron por escaso margen el caballo destrero de Malembert que corría por el recinto de la abadía, cuyo jinete rugía a su paso:

—A los dormitorios de inmediato. ¡A las barricadas! Que no salga nadie. ¡Nos atacan!

Cundió el pánico. Las túnicas blancas volaron por doquier. Las religiosas corrían hacia delante sin saber muy bien adónde se dirigían. Incluso la desabrida

y sentenciosa portera, Agnes Ferrand, soltó el libro de sus manos y huyó de la biblioteca a espetaperros, arremangándose la túnica y enseñando las medias. Aude de Cremont, zarandeada por la despavorida marea agolpada en el estrecho pasaje que conducía a la escalera del dormitorio principal, cayó cuan larga era. De no ser por el agarre vigoroso de Clotilde Bouvier que la asió por el cuello de la túnica, habría perecido

pisoteada. Finalmente el grupo quedó reunido en el inmenso dormitorio. Un sepulcral silencio se desplomó sobre ellas, solamente turbado por los llantos y sorbos de nariz de algunas que ya veían el infierno abrirse bajo sus pies. Rolande Bonnel, hermana depositaria, dio muestras de su habitual rapidez mental y preguntó con voz entrecortada:

—Y... ¿quién nos ataca, si puedo preguntar?

Agnes Ferrand,
desposeída de su altivez
viparina, gritó:

—Zoqueta... ¡nadie lo
sabe! Ay, Dios mío... vamos
a perecer degolladas esta
vez, ¡lo presiento! ¡Y no
serán ese Mortagne y su
médico quienes eviten esta
calamidad!

—Pero ¿habéis perdido
la razón? —la reprimió con
violencia la hermana
supervisora, Adelaide
Baudet—. ¿Quién nos iba a
degollar?, ¡callaos de

inmediato!

Agries Ferrand perdía los nervios. Bramó:

—¡Un baño de sangre, una carnicería, lo sabía! Por culpa de esa abadesa cabeza de chorlito... ¡vamos a morir todas! Van a atraparnos aquí mismo donde hemos tenido la estupidez de agruparnos.

Se precipitó hacia la pesada puerta e intentó mover su travesaño.

Barbe Masurier, la robusta cillerera, se precipitó

sobre ella, agarrándola por la cintura y gritando:

—¡Basta!

Pero Agnes Ferrand, en plena crisis nerviosa, profería injurias, los músculos tensos del terror. Se tiró sobre la cillerera e intentó morderla para poder salir. El tortazo que le cruzó la mejilla la desequilibró y cayó al suelo.

—¡Ya es suficiente! — ordenó Barbe.

Agnes se arrastró a cuatro patas y agarró los

tobillos de su oponente, preparada para volver a atacar. Clotilde Bouvier se acercó para ofrecer su ayuda a la cillerera. Se dejó caer con todo su peso sobre Agnes y se sentó sobre su espalda, declarando sosegadamente:

—Antes de que consiga levantar mi masa, se habrá calmado o agotado.

Sin aliento, Barbe Masurier retomó el control de la situación. Llovieron las órdenes. Las camas, sillas,

bancos y baúles de la sala fueron empujados contra la puerta, apilados unos sobre otros, formando una barricada.

Plaisance de Champlois y Alexia de Nilanay esperaban, sentadas una al lado de otra en la pequeña cama de la abadesa, tal y como lo había aconsejado monseñor de Mortagne antes de apostar en el despacho contiguo a dos de los sirvientes laicos armados,

uno con una azada y otro con una pica de caza. Tres de sus hombres de armas protegían la antesala en la planta inferior.

Asustada por la magnitud de esta defensa, Plaisance había preguntado:

—¿No era vuestra intención intervenir antes del levantamiento?

—Así es. El esbirro de Valezan trata de llegar a vos tomando como pretexto una revuelta de los leprosos. Esta trágica superchería tiene

como fin hacer pasar vuestro asesinato premeditado por un desastroso accidente. Si es tan astuto y está tan determinado como temo, intentará zafarse de mi baile para alcanzaros y llevar a cabo su encargo. Además, desconocemos cuántos leprosos exactamente se han dejado engañar por falsas promesas y participarán en el asalto. Nosotros apenas somos una veintena. Ellos son más de cincuenta y ya no tienen nada que perder, ni

siquiera la vida.

Aguardaban, pues, sin mediar palabra. Plaisance desgranaba su rosario, incapaz de concentrarse en una oración. El funesto silencio que se había abatido sobre la abadía desde hacía varios minutos le ponía los nervios de punta.

¿Dónde se había metido Jean el Pequeño Ferrero, al que no había visto desde el zafarrancho de combate? ¿Estaría agazapado en algún lugar, esperando la ocasión

para matarla? ¿Por qué había desaparecido? «Valerosa Madre de Dios, haced que no esté implicado en este horror. Virgen Santa, concededme la satisfacción de haber sabido alcanzar un alma». Su mirada se dirigió hacia la hermosa Virgen pintada, colgada sobre su cama. Alexia de Nilanay no apartaba la vista del lienzo desde que llegara a la pequeña habitación.

Y de repente, Plaisance de Champlois comprendió

todo. De repente, sus dudas, esa imprecisa sensación, cuando interrogó a Marie-Gillette en su despacho, justo antes de revocarla de sus votos, se aclararon. Murmuró con voz tensa:

—Le servisteis de modelo al pintor, ¿no es cierto? Así se explica la impresión de tierna familiaridad que sentí al descubrir el rollo en uno de los armarios del calefactorio.

Alexia se giró hacia ella y asintió. La abadesa

prosiguió:

—Este cuadro es vuestro. Siento mucho haberos privado de él. Esto es lo que buscabais por todas partes, ¿no es así?

Un nuevo movimiento de cabeza le respondió.

—Es un díptico, ¿me equivoco?, ¿dónde se encuentra la otra parte?

—En efecto. Está escondida en la biblioteca, encima de un mueble, detrás de unos libros pesados y polvorientos.

—Debéis mostrármelo, querida, enseguida... en cuanto todo esto haya terminado.

Hucdeline de Valezan había ordenado que dos sirvientes armados se emplazaran ante la puerta parapetada de sus dependencias. Con una sonrisa en los labios, esperaba sin verdadera aprensión. «Pero bueno, los brutos, brutos son y nunca se es demasiado precavida...».

Dos golpes sordos, un

alboroto detrás del batiente
la empujó a levantarse y
gritó:

—¿Quién es?

—Bernadine. Bernadine

Voisin —respondió la
secretaria a pleno pulmón.

—¡Dejadla entrar! —
ordenó la priora.

Bernadine se abalanzó
sobre su antigua comparsa y
gritó:

—¡Me habéis engañado!
Y ahora esta insurrección.
Me parecéis admirablemente
tranquila, Hucdeline. ¿Qué,

estáis tan segura de salir indemne que permanecéis en vuestras dependencias custodiada únicamente por dos campesinos?

Hucdeline de Valezan la miró con desdén e ironizó:

—No se hacen tortillas sin romper huevos. ¡Erais uno de los huevos! Hasta más ver, querida mía. Intentad que no os maten cuando estéis ahí fuera. En cuanto a mí, necesito saborear este momento y me lo estáis estropeando. Ah, se

me olvidaba... Cuando más tarde, en breve... En fin, después de mi nombramiento... os aconsejo como amiga que olvidéis todos nuestros asuntos. Por vuestro bien.

La fría calma que reflejaba de nuevo el rostro de la vieja secretaria sorprendió levemente a la hermana Valezan.

Bernadine se dio media vuelta y salió, cerrando el batiente tras de sí. Una mole se despegó del muro situado

a la derecha. La vieja secretaria pasó por encima de uno de los sirvientes agredidos y declaró al cazador con voz hastiada:

—He fracasado, teníais razón. Es vuestra.

Jean el Pequeño Ferrero le dio las gracias con la cabeza y se agachó para poder entrar a su vez en el despacho.

Hucdeline estaba en su mesa de trabajo. Exigió:

—¿Y bien? ¿Venís a anunciarme por fin su óbito?

—No.

La rabia desfiguró el bello rostro desdeñoso.

—Mi hermano estará furioso, y su ira es temible. Os paga generosamente, si no me equivoco.

—Me cago en su cara de rata asquerosa —declaró el cazador con la mayor tranquilidad del mundo.

—¡Sinvergüenza! — chilló la priora, sofocada por tal grosería.

—Sí. He venido a concluir mi trabajo.

En plena incomprensión, la hermana Valezan se irritó:

—Imbécil, la abadesa debe de esconderse en su palacio, ¡no aquí!

—Eso espero, que esté bien escondida allí, y bien custodiada —afirmó el Ferrero mientras se acercaba a la mesa.

Su calma y su parsimonia turbaron a Hucdeline de Valezan, que dejó de lado toda arrogancia. Balbució:

—¿Qué...? ¿Qué hacéis?

—Ya os lo he dicho. Concluyo el trabajo iniciado con esa Alienor de Ludain. Qué mala suerte, ¿no? ¿O sois vos quien la tiene buena? Pero yo dejé siete dulces de ciruela en ese cacillo. Los encontré en el *herbarium* donde buscaba la... sustanda. El frasco estaba justo al lado. No sé leer muy bien, así que no estaba seguro de que se tratara de cólquico. Pero sé muy bien lo que significa un dalle rojo.

—¿Vos? —murmuró la priora.

Y entonces lo comprendió: donde ella había imaginado la mano de su hermano para ayudarla a deshacerse de Alienor sin manchar su alma con el envenenamiento, en realidad se escondía aquel hombre macizo, amenazante. Un lacayo, un elemento sin importancia. Ese hombre había intentado matarlas a ambas con el fin de proteger a Plaisance de Champlois, a

quien se suponía debía arrebatarse la vida. Solo se había librado de la muerte gracias a una coincidencia: su encuentro secreto con Aude de Cremont. Se levantó de un impulso y corrió hacia la puerta, tratando de abrirla mientras se ensañaba con el picaporte que se le resistía. Con todo su peso apoyado en el otro lado, Bernadine Voisin lloraba mientras tarareaba un cántico. Había insistido en ayudar al cazador en su

tarea. Hucdeline la había traicionado. Por culpa de la priora a la que creía justa y verdadera, Bernadine había maculado su alma. Debía resarcir los daños provocados por su credulidad.

El cazador alcanzó a su presa en tres zancadas. Esta se giró hacia él, dando patadas, pidiendo ayuda. Dos enormes manazas se posaron sobre su garganta. Hucdeline sollozó, suplicando:

—Por favor, ¡no me hagáis daño! Mi hermano es muy rico, os pagará cien veces más. Os lo imploro, dejadme con vida.

—¿Qué puedes invocar para decidirme a concedértelo? —murmuró el titán.

—Seréis maldito por toda la eternidad. Soy la esposa de Dios...

—Falso. Es ella, con sus ojos aguamarina quien es la esposa de Dios. Tú no eres más que la ramera de tu

hermano. Y no seré maldito por haberos matado a ti y a tu cómplice. En cambio, no he tenido nada que ver en la muerte de las demás.

Una mano apretó su garganta. Quiso gritar de nuevo, pero su cabeza se inclinó violentamente hacia un ángulo imposible. Tuvo la sensación de recibir un golpe violento. Se desplomó, con la nuca rota, vomitando un chorro de sangre.

Apoyada contra la puerta, mordiéndose el puño

para ahogar sus sollozos, Bernadine rezaba por la salvación del alma de la difunta Hucdeline de Valezan.

Cuando Aimery de Mortagne, blandiendo su espada y seguido por Etienne Malembert, Charles d'Ecluzole y una quincena de sus hombres, derribó la puerta parapetada del recinto de los leprosos, el silencio de la sala común desierta los dejó desconcertados.

Ecluzole hizo una señal

a los soldados para que le siguieran, pero el conde los retuvo. Vigilante, espió la falsa quietud de la amplia sala.

Un movimiento de pasos traicionó la presencia de los asediados en la planta superior. Mortagne susurró:

—No subiremos. Es una trampa. Nos atraparían en la escalera —y alzando la voz, gritó—. ¿Qué pasa, pordioseros, nos escondemos como damiselas? ¡Menudos

valientes! ¿La malatería os ha emasculado también vuestros otros miembros? ¡Vamos, arriba los corazones, doncellas! Somos cinco, sois cincuenta.

Le respondió un rugido que sucedió inmediatamente al rápido estruendo que resonó en la escalera. Media docena de hombres hirsutos, profiriendo obscenidades, rodó escaleras abajo, empuñando las armas improvisadas que habían hurtado. Se pararon en seco

a una toesa del grupo dirigido por el conde, al descubrir el verdadero número de estos. Charles d'Ecluzole avanzó dos pasos y declaró jovial:

—Así que, entonces somos tres contra uno, a nuestro favor.

—¡Tenéis unos cojones de estopa! —escupió el Oso gesticulando y amenazándolos con su doladera.

—Somos sagaces, simplemente —rectificó

Etienne Malembert—. Depositad las armas antes de que os atravesemos vivos. No tenéis ninguna posibilidad. Por cierto, aquel que está detrás de esta sublevación así lo deseaba. Ningún testigo, ningún compañero molesto con quien compartir la recompensa.

La incertidumbre asedió a los hombres del Oso. Él mismo giró la cabeza buscando la mirada de Eloi. En vano.

—¿Y dónde se ha metido ese pedazo de mierda?

—No nos ha seguido — le contestó uno de los gafos —. Yo me rindo —declaró mientras arrojaba su pequeña atarraga.

En la planta superior, los demás aguzaban el oído, al acecho del menor sonido. Las pocas mujeres se habían arrinconado en el extremo del desván. Jaco el Truhán había hecho un buen trabajo.

Había pasado de unos a otros, intentando convencerlos para poner fin a esta locura que solo podía desembocar en la ejecución de todos ellos. Al fin y al cabo, ahora, comían hasta la saciedad y les dejaban en paz. ¿Qué más podían pedir? ¿El nudo corredizo del verdugo? ¿Y las represalias contra sus familias, habían pensado en ellas? Había logrado desestabilizar, incluso convencer a la mayoría.

La voz del Oso tronó desde abajo:

—¡Rendición! Ni castigo ni punición. Palabra del señor de Mortagne.

Se acercaron todos a la escalera, aliviados, para reunirse con los insurgentes de abajo. Excepto Jaco quien no quería que los ojos del señor Malembert reflejaran ni un atisbo de reconocimiento que pudiera delatarlo. Una mano brusca se abatió sobre su túnica y lo tiró hacia atrás. Jaco vio la

boca desdentada de Eloi abrirse en una risotada y vio hundirse el filo de su faca. No sintió casi nada, solo una oleada tibia y placentera que le inundaba el pecho. La palpó y observó su mano, roja. Cayó de rodillas, con una sonrisa en los labios. Alzó la mirada hacia Eloi y murmuró antes de desplomarse.

—Gracias.

Apilaron las armas de los insurrectos delante de la chimenea.

Aimery de Mortagne
exigió entonces:

—Que nos muestren
todas las matracas. Todas.
Una por persona, es decir,
cincuenta y dos.

Llovieron sobre el suelo
en un chasquido de láminas
de madera.

El baile las contó usando
la punta de su espada para
no rozarlas.

—Cincuenta. Aún nos
faltan dos. ¿Están todos tus
gafos presentes, hombre? —
preguntó Charles d'Ecluzole

al Oso.

La enorme bestia pasó revista a su tropa con la mirada y gruñó:

—Faltan dos. El Simple, vamos, Jaco, y Eloi. ¿Qué demonios está haciendo, ese crápula?

Con un movimiento, Mortagne ordenó a dos de sus hombres registrar el desván. Los hombretones se lanzaron al asalto de la escalera. Una exclamación y una voz proveniente de la planta superior:

—Monseñor, uno la ha palmado aquí. Lo han degollado, al mozo. Se ha desangrado. ¡Hay un cacho de charco!

—¿Cómo es de alto? — tronó a su vez el Oso.

—Pequeñajo, más bien enclenque.

—¡Por las tetas de mi hermana! Jaco. Ese demonio de Eloi se lo ha cepillado. Maldita sabandija. ¿Dónde está, que le parta su cara de guarro? ¡Hijo de puta, mal rayo te parta!

Mortagne reaccionó al momento. Llevándose a cuatro hombres tras él, salió como una flecha, seguido por Malembert.

De rodillas bajo la hermosa Virgen pálida, Plaisance de Champlois rezaba. Aún sentada en la cama, Alexia de Nilanay parecía estar petrificada. Luchaba sin cesar por apartar uno tras otro los pensamientos que intentaban abrirse camino en su mente. Pensamientos de

muerte, masacre, desastre.

Se oyó un brutal estallido de cristal roto, un golpe sordo procedente del despacho. Se levantaron al unísono, aguzando el oído. Gritos, el eco de una violenta pelea. Un alarido, otro. Más golpes sordos en el suelo. Algo estaba siendo arrastrado causando gran estruendo: alguien empujaba la pesada mesa de trabajo de la abadesa delante de la puerta que daba al rellano. Una barricada, para darse

tiempo de terminar su tarea. Después, nada. Y un paso pesado y rastrero acercándose a la puerta del dormitorio. Plaisance se puso un dedo sobre los labios, invitando a Alexia a que permaneciera en silencio.

Una voz burlona se rió detrás del batiente:

—Vamos, gentil abadesa, ¡sal de ahí! Un poco de piedad para un pobre hombretón enfermo. Voy a desencajarme el

hombro contra este roble.

Plaisance dirigió una silenciosa oración de agradecimiento a la Virgen pintada: no se trataba del cazador. Agachó la cabeza en signo de negación. Inmóvil, acechaba el menor sonido. El eco de un galope, lejano, golpes en la puerta del despacho. Los soldados de Mortagne acudirían a salvarlas.

—¡Sal, enana! —se irritó Eloi asestando violentas patadas a la puerta.

—No saldré. Los hombres del señor de Mortagne os atravesarán con el filo de su espada.

—Para cuando consigan mover el travesaño y empujar la mesa, ya habremos tenido tiempo de sobra.

Un nuevo golpe en el suelo. Una exclamación rabiosa:

—¿Y tú de dónde sales?

Jean el Pequeño Ferrero, con su faca de caza en la mano, miraba fijamente a

Eloi.

—Del mismo sitio que tú, de la ventana.

Detrás de la puerta parapetada del despacho, los hombres de Mortagne vociferaban, uniendo sus fuerzas para hundir el batiente.

Blandiendo su doladera, Eloi se abalanzó sobre el cazador, que esquivó la carga con una sorprendente agilidad. Se tiró a fondo y su hoja arañó el brazo del gafo. El ancho cortante de la

doladera se abatió, sorteando por poco la cabeza de Jean el Pequeño.

En la habitación, Alexia de Nilanay intentaba controlar los temblores que la agitaban. Una calma casi sobrenatural había invadido a Plaisance. Daba las gracias con todo su corazón a su dulce Virgen por el milagro que se le ofrecía. Había logrado alcanzar un alma, devolverla a Dios.

El puño izquierdo de Jean el Pequeño se disparó,

a la vez que su pierna, la cual impactó en la rodilla de Eloi y lo desequilibró. El escrofuloso tropezó, agarrándose en el último momento a uno de los muros. Su pesada hacha cayó. En un segundo, el Ferrero la empujó de una patada y el filo de su mano se cernió violentamente sobre la nuca de la bestia que se desplomó, con la cara contra el suelo. Jean el Pequeño llamó con una voz alterada por el esfuerzo:

—Mi señora madre, ¡es vuestro cazador! Podéis salir, mi señora. Dos no seremos demasiados para empujar esta mesa y abrirles paso a los hombres de monseñor de Mortagne.

Plaisance apareció y le tendió las manos. Las recibió con infinita dulzura y posó sus labios sobre una de ellas. La abadesa murmuró:

—Desde luego, Jean el Pequeño, os debo la vida dos veces. Es una gran deuda.

Él bajó la mirada y

declaró débilmente:

—Sois vos quien me habéis liberado de la mía. Mi reconocimiento será eterno. Más allá de la muerte, madre.

Alexia se deslomaba sobre la mesa, intentando empujarla, sin ningún resultado. Se unieron a ella. Jadeando, lograron deslizarla poco a poco. Tres hombretones se precipitaron en la sala, blandiendo las partesanas. Uno preguntó con tono preocupado:

—¿Os encontráis bien, señoras, madre?

—Gracias a nuestro valiente cazador que nos ha salvado de una muerte segura —precisó la abadesa.

Antes de que nadie pudiera esbozar un gesto, un filo atravesó la carne de Plaisance que gritó. Una onda roja manchaba el hombro de su túnica. Eloi se había incorporado. Con el rostro convulso de odio, empuñó de nuevo su arma. La fuerza brutal del cazador

propulsó a la joven a un lado. Se interpuso entre ella y la larga faca que intentó arrancar de las manos de Eloi, enloquecido de rabia, decidido a llegar hasta el final. Temerosos de herir a Jean el Pequeño, los tres soldados giraban en torno a los dos hombres en un círculo. Los adversarios cayeron al suelo, atizándose a golpes. De repente, un estertor. Las piernas de Jean el Pequeño Ferrero se extendieron con sacudidas.

Después, nada. Eloi, ensangrentado, a cuatro patas sobre su víctima, estalló de risa. Dos partesanas salieron disparadas, una le atravesó la espalda, la otra el cuello. Se derrumbó asfixiado sobre el cuerpo inerte del cazador.

Unas lágrimas de gratitud y de pena cayeron de los párpados de la abadesa: «Por fin se reúne con vos, mi Dios. Ansiaba tanto apaciguarse junto a vos. Lo sentí desde nuestro

primer encuentro. Por favor, Señor, guardad bien a mi amigo».

Un soldado dio la vuelta con la bota al cadáver afligido de Eloi. Se agachó y levantó con la punta de su alabarda el cordón que tenía alrededor del cuello. Unas matracas nuevas colgaban de él. Las láminas superpuestas de madera de fresno aún estaban lechosas.

Mortagne, flanqueado por Malembert, irrumpió en el despacho. La mirada del

conde pasó de los dos cadáveres a la abadesa para posarse sobre Alexia de Nilanay, pálida hasta los labios e incapaz de pronunciar palabra por temor a perder por completo los nervios.

Aimery de Mortagne se había carcomido de ansiedad desde que comprendió que Eloi solo buscaba una oportunidad para ir a buscar a su presa: Plaisance. Había corrido hasta perder el aliento, atravesando la

media legua que separaba el recinto de los leprosos del palacio abacial a la velocidad de un caballo al galope. Unas monstruosas visiones se habían sucedido en la mente del conde: la abadesa degollada, Alexia violada y estrangulada, o ambas mujeres apuñaladas, o... El furor mortífero que lo había impulsado en aquel momento, aniquilando su cansancio, haciéndole alargar las zancadas hasta el punto de distanciar a

Etienne, le hizo comprender hasta qué punto aquella señorita de Nilanay le era ya querida. Estaba viva. La abadesa estaba a salvo. ¿El resto...? Más tarde.

A la vez que se difuminaba el miedo, el dolor de Plaisance tomaba mayor fuerza. Hizo una mueca. Malembert acudió en su ayuda. Ella lo detuvo con una ligera broma:

—¿Estáis del todo seguro, señor, de ser un verdadero médico?

—Estoy completamente seguro de lo contrario, madre. Dicho esto, me he visto inmerso en suficientes matanzas en los campos de batalla como para saber vendar una herida por arma.

—Entonces, me esforzaré por ser tan brava como cualquiera de vuestros soldados.

—Creo, mi señora, que podríais darles lecciones de bravura.

—Qué hermosa galantería, maese

Malembert. Esperemos que esté fundada.

Los restos mortales de Hucdeline de Valezan, supuestamente estrangulada por un gafo enloquecido, fueron inhumados dos días más tarde. Plaisance consideró que era preferible no infligir el oprobio ni el escándalo a su comunidad ya tan maltratada. La priora fue, pues, enterrada con todos los honores requeridos por su rango.

Rolande

Bonnel,

hermana depositaria, estaba exultante. ¡Tenía razón! En total, cuarenta y ocho dineros habían sido sustraídos de las cuentas del claustro de La Madeleine, los menos vigilados, puesto que ni ella ni Aude de Cremont los custodiaban. ¡Ahora sí que nadie le iba a dar lecciones!

El mensajero, ahora diserto, por no decir imposible de callar, por las amenazas tan claras e impresionantes de monseñor

de Mortagne, había confesado el precio de sus trayectos hasta Jean de Valezan, así como su número. Solo faltaba un minúsculo dinero para que cuadraran las cuentas y satisfacer a la quisquillosa Rolande. El precio de unas bonitas matracas nuevas, encargadas por la hermana de Valezan a un sirviente. Debían reemplazar las que Eloi había perdido en el lugar del crimen, después de estrangular, siguiendo una

orden y por equivocación, a la dulce Angelique Chartier, a la que supo dónde encontrar gracias a las informaciones de la priora.

Corroída por los remordimientos y su estupidez, Alexia de Nilanay se las ingenió para acercarse a la abadesa a la salida de la iglesia abacial.

—¿Os recuperáis bien de vuestra herida, mi señora?
—preguntó.

—Gracias a Dios, sí. Los cuidados eficaces, a falta de

ser delicados, que me prodiga el señor Malembert, junto con la ayuda de los unguentos que me prepara nuestra irreemplazable Hermione me han repuesto casi por completo. Unos días más y volveré a recuperar mi brazo.

—No sabe cuánto me tranquiliza.

—En confianza os digo que así dispongo de un buen pretexto para dejar para más tarde la interminable puesta al día de nuestro registros —

bromeó Plaisance.

Observó detenidamente a la joven. Esta tenía un aspecto estupendo con esas vestimentas de época, recuperadas de una dama oblata de su estatura. Un bonetillo^[128] de lana verde almendra, sujetado por un barboquejo^[129], ocultaba su cabeza rasurada. Su vestido amarillo con mangas ajustadas, complementadas con largas bandas de tejido fino que partían de los codos y caían casi hasta los pies

según la nueva moda, estaba confeccionado en una gruesa seda color azafrán. Un cinturón de fino cuero anudado con cadenas resaltaba la esbeltez de su silueta. Un mantel^[130] de lana verde oscuro completaba el conjunto. Plaisance pensó que Alexia lucía los vestidos como pocas mujeres de las que conocía. Se preguntó con el corazón encogido qué habría sido de aquella joven mujer si los días de Clairets

benevolencia creísteis que alguien estaba intentando incriminarlos. Era muy plausible. Al fin y al cabo, ¿qué mejores chivos expiatorios que esos escrofulosos? Eloi era un asesino. La lepra no le cambió, a no ser, quizás, que le llevara al extremo. ¿Por qué algunos de ellos se iban a volver mejores cuando sufren, cuando la muerte merodea constantemente a su alrededor y son tratados peor que animales feroces?

Ahora que esa malvada alma ha desaparecido, están mucho más tranquilos. Ese amenazante Oso no es un maldito. Es un cabeza loca, un palurdo sin mucho cerebro, como los hay en todas partes. Nada más. ¿Sabéis, Alexia? Muy pocos de entre nosotros, muy pocos, atraviesan la frontera que los separará para siempre de Dios. Para los demás, el Camino siempre sigue abierto.

—¿Sigue abierto para

ella?

Plaisance no tuvo ninguna duda de que se refería a Hucdeline de Valezan.

—No lo creo, y mi corazón sangra por ello. No quiero imaginar el más allá que se ha forjado. Habéis cometido un error por bondad, yo cometí otro, mucho más grave, por estúpida candidez. Ella pagó el reemplazo de la carraca lo que demuestra que sabía que Eloi había estrangulado a

Angelique. Creo asimismo que comprendió que había desnucado a Claire Loquet antes de violarla. Busco... le busco excusas, atenuantes, con todas mis fuerzas. No encuentro ninguna, y eso me desespera.

—Quizás forme parte de los que han atravesado la frontera.

—Quizás. Dios la juzgará. Hasta que nos volvamos a ver, antes de vuestra partida hacia Mortagne, Alexia, os deseo

lo mejor, lo merecéis.

Una sombra turbó el rostro de la hermosa joven que había sido una de sus hijas. Declaró con suma dulzura:

—No sé qué será de mí. Desconozco si aún tengo familia. Os confieso... os confieso que me asusta lo que viene ahora.

—Es un hombre agraciado, con excelente reputación y de sangre valerosa. Es fuerte y dulce, encantador... pero temible.

—¡Madre! —exclamó Alexia, colorada hasta la frente.

—¡Vamos, hija mía! ¿Qué os pensáis? ¿Que soy una mojigata? Es posible, pero sé cómo se hacen los niños, al igual que sé que necesitamos a valientes chiquitines con la sangre de Mortagne.

Alexia, que no obstante conocía mundo y a los hombres, sintió de pronto un pudor de doncella. Farfulló antes de salir despavorida:

—He dejado el segundo rollo del díptico en vuestra antesala.

Plaisance había cogido la Virgen de su dormitorio para yuxtaponerla al segundo panel extendido sobre la gran mesa de trabajo. En el primer rollo, la Virgen sonreía tiernamente sentada sobre una roca, diáfana y rubia. Sostenía al niño en su brazo derecho con ademán de mecerlo. Su cabello caía en un velo ondulado hasta

los pies. Con el rostro casi de perfil, tendía la mano izquierda en dirección a un soldado con armadura del que solamente se percibía una rodillera erizada con placas de metal y la punta de un guantelete. En el segundo panel, el guerrero, cubierto con una barbuta, bajaba la cabeza. La punta de su partesana estaba manchada de sangre.

Inclinados sobre la mesa de trabajo, Mortagne y la abadesa los estudiaban desde

hacía una hora. Habían escudriñado cada rasgo del soldado, examinado su armadura, en vano. Mortagne había acercado el lienzo a la ventana para buscar si se había ocultado otra escena con esta representación religiosa.

Nada.

—Quizás me equivocara —resopló exasperada la abadesa—. Quizás aquella intuición que sentía era engañosa.

—En tal caso, ¿por qué

Alfonso de Arévalo habría insistido, cuando expiraba, para que su dama de corazones huyera y se llevara el díptico, tal y como contó la señorita Nilanay? —argumentó Mortagne con la mirada concentrada en la alabarda—. Una exigencia de esta índole indica su extrema importancia. La punta, aquí —insistió señalando el mortífero triángulo enrojecido de sangre—, se parece tanto que podría confundirse con

los fragmentos de piedra tallada que se encontraban en la alforja comprada al armenio.

—Quizás solo le tuviera mucho aprecio a esta obra de tan bella factura —propuso Plaisance dubitativa.

—La destreza del pintor es evidente. En cambio, la propia escena está tratada con clasicismo. Una Virgen con niño, sonriente, serena, que aparta con un simple gesto de mano toda la brutalidad, todo el furor del

mundo, personificado en este soldado. Mirad su cara, está mal bosquejada, es bestial. Incluso la forma en la que se mantiene, inclinado hacia delante, indica salvajismo.

—Es cierto... hasta esa barba naciente que le cubre las mejillas, esas cejas despeinadas... el rostro es... bestial, tal y como lo habéis calificado. Resalta la oposición entre la pureza, la gracia de la Virgen y la animalidad inquietante de

este bruto. El juego de la luz es sorprendente. Casi se diría que la pequeña mano pálida ilumina lo que señala...

La mirada gris estirada hacia las sienas escrutaba el cuadro. Un detalle. Con la boca entreabierta por la concentración, Mortagne designó la pancera que cubría el abdomen del hombre y asintió con un tono apenas audible:

—Tenéis razón... La luz... ¿Qué son esos

reflejos?

—¿Adornos de
armadura? —propuso
Plaisance.

—¿Para un soldado tan
grosero? Es incluso
apabullante que esté
equipado con una pancera.
Son tan dispendiosas que
únicamente los gentil-
hombres protegen con ellas
sus cotas de malla —se
incorporó y admitió con una
sonrisa confundida—: mi
vista ya no es lo que era... a
mi edad, mi señora. ¿Qué

ven vuestros jóvenes ojos en estas... líneas, esos arabescos que vislumbro en la placa del vientre?

Plaisance de Champlois se inclinó sobre el lienzo, rozándolo casi con la nariz.

—¡Mis ojos tendrán solo quince años, pero no veo ni pizca!

Giró la cabeza hacia él y exclamó:

—¡Las lentes de Bernadine!

Corrió hacia el rellano y gritó a su secretaria con

exigencia:

—Hija mía, venid enseguida, con vuestras lentes de aumento.

La anciana les ofreció sus lentes, con un semblante siniestro y se volvió a marchar sin esperar.

—Vuestra Bernadine tiene un aspecto muy sombrío.

Plaisance se decidió por una mentira piadosa. Aún no había decidido la suerte que recaería sobre su engañosa secretaria.

—Quizás tema que todos sepan de vuestra boca que lleva lentes.

—Soy un perfecto gentilhombre, mi señora — bromeó—. No se lo mencionaré a nadie. Tenéis mi palabra.

Mortagne se puso las lentes de vidrio inseridas en los círculos de metal. Plaisance retuvo una risa, por lo inoportuno del momento y el rango de su invitado. Se asemejaba a una temible quimera, con los

ojos que habían duplicado su volumen y le devoraban el rostro entero. Se inclinó de nuevo, maravillándose:

—¡Carape, hace años que no veo tan nítidamente! Tendré que encontrar fuerzas un día para mandar confeccionar un aparatejo como este y sobre todo para ponerlo sobre mi nariz. Delicada perspectiva, puesto que ponerse lentes implica que...

Se interrumpió bruscamente y tartamudeó:

—¡Pardiez...! Que me maldigan si...

—Os lo ruego, monseñor —se ofuscó Plaisance.

—Mis disculpas, madre. ¡Dios Santo! La bolsa... El contenido de la bolsa de Acre.

—¿Qué?

—En la pancera, ahí, en el reflejo...

La mirada de Mortagne pasaba febrilmente de la placa del vientre de la armadura al rostro del soldado.

—¿Qué significa...? —
murmuró para sus adentros.

—¿Qué? ¡Pero me lo
vais a explicar de una vez!
—se impacientó la abadesa.

—Lo que señala la mano
de la Virgen es un mono, en
fin, al menos la mano de
Alexia de Nilanay.

La incomprensión hizo
aparición en el rostro de la
joven:

—¿Un mono como los
que se ven, según cuentan,
en Egipto?

—En Egipto y en casi

todas partes del otro lado del Mediterráneo.

—Vaya idea... ¿por qué habrá querido el pintor representar el reflejo de un mono en la armadura del soldado? Sobre todo no viéndose ningún animal alrededor.

Mortagne no parecía haberla oído. Soltó tenuemente:

—Un mono armado con una lanza rudimentaria, cuya punta está hecha con un triángulo de piedra roja,

como los que Malembert y yo encontramos en la alforja del armenio, como el que culmina la partesana del soldado... Y este mono, cuando se le observa mejor, se parece al hombre con la armadura, en más animal, eso es todo. Este díptico no tiene nada de obra religiosa. Es un mensaje de ultratumba que ha querido dejar Alfonso de Arévalo.

Le ofreció las lentes a la abadesa, que se las puso a su vez. Examinó durante largo

rato el cuadro. Cuando levantó la cabeza, estaba totalmente lívida. Murmuró:

—No comprendo el significado del mensaje...

—Por lo que a mí respecta, temo haberlo comprendido. Y si me permitís esta grosería, mi señora, al veros tan pálida como un espectro, juraría que se os ha venido a la mente un principio de desciframiento.

Plaisance no contestó en un primer momento. Le

devolvió las lentes y rodeó con paso cansado su mesa de trabajo para dejarse caer en su sillón. Admitió:

—Tengo la sensación de que mis piernas se han convertido en estopa.

—Mis fuerzas también han flaqueado.

La abadesa apoyó los codos sobre la mesa y refugió la cara entre sus manos.

—¿Se trata de una especie de parábola artística? —preguntó

Plaisance con voz débil, implorando que la solución que se abría camino en su mente fuese errónea.

—A vuestro parecer, una parábola de artista, por muy exagerada que esta fuese, ¿le habría costado la vida a tantos seres, habría justificado tantos engaños y fechorías, desde hace tanto tiempo? Examiné minuciosamente el contenido de esa alforja hace años. Ese trozo de cráneo, una tibia que pertenecía

indudablemente a un hombre de baja estatura, falanges y costillas que parecían humanas, y esos triángulos agudos de piedra tallada acabados en una suerte de lengüeta. Nunca hubiera imaginado que dicha lengüeta servía para fijar esa punta en una pica de caza.

—Y esa familiaridad entre ese mono y este rudo soldado, ¿qué decís de eso, mi señor?

—Beranger de Normilly lo había comprendido.

Francisco de Arévalo también. Ese fue el motivo por el que decidieron no entregar el contenido de la bolsa a monseñor de Valezan. El esqueleto negociado por ese armenio no es el de un gran mono. Es el de un hombre antiguo, que nos precede en la historia del mundo. El soldado ha sido representado de esa guisa con el fin de parecersele a la vez que ganaba... humanidad. Alfonso quería dar a

entender el vínculo entre ambos.

—¡Es una herejía! —
gritó la abadesa golpeando con el puño su mesa de trabajo—. Está escrito en el Libro sagrado: «Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó^[131]». ¿Dios se parecería a esto? —
proclamó con voz contrariada de furor señalando al soldado pintado—. ¿O peor aún, a esto? —

su mano bajó hasta la pancera—. ¡Vamos, señor! Si no fuese una fantochada tan grande, habría que ver en ello una blasfemia intolerable.

Mortagne dudó, logrando contener por un momento las sorprendentes palabras que se le venían a los labios. Sin embargo, se le escaparon:

—Entonces, en vuestra opinión, las criaturas humanas que somos, ¿se parecerían a Dios? ¿Con

todos sus vicios, su maldad, su codicia, y también su insensatez?

—¿Acaso no hay nada bueno en nosotros? —le cortó ella, vehemente.

—Oh, sí... están el amor, la valentía, el honor. El gusto por la belleza igualmente. Dicho esto, admitiréis que muchos de nosotros carecen de todo ello.

Fingió una sorpresa despectiva. No obstante, su voz temblaba:

—Entonces, a vuestro parecer, ¿el texto sagrado está equivocado? ¡Porque no osaréis suponer que es falaz!

—Claro que no, mi señora. Ni está equivocado ni, aún menos, es falaz. El texto es, precisamente, sagrado. Conoce el pasado, el presente y el futuro. El tiempo de Dios no es el nuestro^[132]. Nosotros contamos en años. Él cuenta en cientos de milenios.

—No lo ignoro. Empero, sigo sin ver adónde queréis

llegar.

—El tiempo de Dios es infinito, al igual que su Proyecto. Somos tan fatuos que creemos ser su último Proyecto.

La abadesa se dejó caer contra el respaldo de su sillón y profirió:

—Estáis loco.

—Puede ser. Dios es infinito. Es todopoderoso, es inteligencia absoluta, es conocimiento absoluto. Vamos, mi señora —se enfureció—, abrid los ojos.

Comparados con Él, somos hormigas patéticas y pretenciosas. Pero avanzamos. Poco a poco, nos acercamos a Él, lenta pero obstinadamente. Gracias a Él, poseemos el tesón de las hormigas. ¿Mas no os percatáis de la diferencia que ya existe entre nosotros y lo que sabemos de los siglos pasados?

Ella cerró los ojos y respiró con dificultad. Se negaba. Se negaba a dejarle

continuar. En unos instantes, aquel hombre al que había empezado a estimar, casi a querer, se le hacía insoportable. Tenía que marcharse. Abandonar su despacho, la abadía. Cuanto antes.

—La cabeza me da vueltas, señor. No me encuentro muy bien.

—He abusado de mis palabras, y deseo que un día lleguéis a perdonarme. Hasta más ver, madre.

Se inclinó y salió.

La voz firme, cortante, lo retuvo en el umbral de la puerta:

—Sois mi invitado de honor, monseñor. Os estoy infinitamente agradecida por la ayuda que nos habéis prestado y sin la cual hoy estaríamos quizás todas muertas. Con todo... os conmino a que os abstengáis de proferir nuevamente tales sandeces impías en mi presencia o en la de mis hijas y mis gentes. Por el bien de todos.

—Así será, tal y como deseáis, mi señora. Mis disculpas. Desde lo más profundo de mi corazón.

Cuando se reunió con Malembert en la hospedería, Aimery de Mortagne sentía un gran remordimiento. ¿Quién era él para afirmar que ostentaba la verdad? ¿Cómo había podido intentar convencer a la joven abadesa, para quien la versión de la Iglesia era la única y verdadera? Relató

sus descubrimientos al fiel secretario y se desahogó.

El rostro anguloso de quien se había convertido en su único compañero permaneció hierático.

—Me he comportado como un imbécil desprovisto de corazón, mi buen Malembert.

—No es cierto, monseñor. Habéis actuado de forma brusca, no lo niego. Pero no como un descerebrado ni un insensible. En cuanto a

vuestra tibia apreciación sobre las criaturas humanas, la compartimos, ya lo sabéis. Es cierto que fuimos soldados, que hemos avanzado juntos, hundidos hasta los tobillos en la sangre y en la muerte. ¿Qué sabe la gentil abadesa del furor despiadado de los campos de batalla? ¿Qué sabe de esos heridos que rematamos al retirarnos con el fin de ahorrarles las torturas del adversario? ¿Qué sabe del terror o del

sabor de la sangre que transforman a algunos seres nobles en monstruos? No obstante, me pregunto sobre el sentido de todo este asunto. ¿Se informó a Nicolás IV*, en la época de la adquisición del bolso al armenio, de la verdadera naturaleza de los huesos?

—No me consta, aunque no apostaría por ello. Valezan ha debido de callárselo para poder un día sacar tajada. Del mismo modo, juraría que Clemente

V no tiene la más remota idea de la existencia de esta alforja. Imagina el poder de Jean de Valezan. Ahora puede hacer temblar a Roma amenazando con divulgar su secreto. Puede que esos pequeños triángulos rojizos le sirvan un día para ocupar la Santa Sede.

—Dios nos libre. Este hombre se inclinó hace ya demasiado tiempo por el mal... ¿Por qué tanto ensañamiento? Bastaba con pretender que se trataba del

esqueleto de un mono. Todo el mundo se lo habría creído.

—No es el esqueleto sino las puntas talladas las que importan. ¿Alguien ha visto un mono capaz de trabajar la piedra para fabricar con ella armas y herramientas? Fuimos varios los que las contemplamos. Casi todos han muerto, excepto nosotros dos y ese armenio que solo le debe su vida al hecho de haber tratado con nosotros y no con uno de los esbirros de

Valezan.

Malembert ahuyentó el remordimiento que se insinuaba en su alma y replicó:

—En tal caso, ¿por qué no decir la verdad, explicar que avanzamos paso a paso en el camino de Dios y que si bien el tiempo nos parece interminable, para Él no es nada?

—¿Cómo explicar a los más inquietos de entre nosotros que el tiempo de Dios no es el nuestro?

¿Cómo hacerles ver, sin sumirlos en la desesperación, que todo es simbólico y que los símbolos sobrepasan en ocasiones a nuestro humilde entendimiento? Saber es poder, Malembert. Ambos estamos convencidos de que nos acerca a Dios. Mantener al hombre en la ignorancia es rebajarlo a la condición de animal y dominarlo. Valezan también está persuadido de esto. Utiliza el miedo, la estupidez, la

ignorancia y la impotencia, incluso la codicia de sus víctimas para abrirse camino hacia el poder supremo.

—Hay que guardar los rollos en un lugar seguro, fuera del alcance de las zarpas de Jean de Valezan. Confiárselos al Rey, quizás. Entonces, habremos cumplido nuestra tarea aquí, monseñor. Os confieso que no me disgustará la idea.

—No estoy tan seguro, Malembert.

El día siguiente, después de prima, le daría la razón, cuando Jean de Valezan solicitó hospitalidad en la abadía para él y su séquito, con el fin de orar sobre la tumba de su querida hermana.

Con la certeza de que el arzobispo estaba al tanto de su presencia en Clairets, Mortagne fue discreto. Tuvo la astucia de enviar un mensaje por medio de Malembert, rogando al

prelado que le perdonara su retraso en saludarlo y justificándose con asuntos urgentes que resolver antes de dedicarse en cuerpo y alma al placer de verlo. Extraño. Mortagne le seguía la pista a Valezan desde hacía años. Husmeaba sus golpes bajos desde hacía lustros. Valezan se había convertido en una especie de compañero o conocido siniestro. Sin embargo, apenas sabía qué aspecto tenía.

Malembert le trajo la respuesta de su enemigo: el placer sería suyo y esperaba con impaciencia la dicha de disfrutar de su encuentro. Etienne añadió con tono indiferente:

—Ni siquiera he visto al arzobispo. He entregado vuestro mensaje a... su secretario, digamos. En cuanto al resto de su cortejo, si son clérigos, entonces yo soy una alegre damisela.

—¿Tan inquietantes parecen?

—Más aún, monseñor.
Cuatro hombres con pinta de
esbirros.

—Era de esperar.

—Por petición propia, él
y su comitiva han sido
instalados en las
dependencias de la difunta
priora —añadió su
secretario.

—Valezan espera
descubrir algo allí —tradujo
Mortagne.

—¿Los rollos del
díptico?

—Por qué no.

La efervescencia por la llegada del arzobispo solo se calmó en sexta, después de que hubiera suplicado largamente al Señor que acogiera en su seno el alma de su tierna Hucdeline y tras reunirse con la abadesa en su palacio.

Mortagne aprovechó este corto momento de tranquilidad para trasladar a Alexia de Nilanay a uno de los aposentos de la hospedería del que no debería salir bajo ningún

pretexto. La joven no le hizo ninguna pregunta, lo que demostraba que también ella había percibido la amenaza. Malembert le haría compañía. Le dio las gracias al conde con un tono de sorpresa:

—Ignoro, monseñor, por qué consentís esforzaros tanto para protegerme. Os estoy infinitamente agradecida, aunque aturdida.

Él le regaló una de sus intensas miradas y se marchó sonriente, con su

lento estiramiento de labios
seductor:

—Mi debilidad por el
género femenino,
probablemente. Una
tradición familiar, mi señora.

—Una bonita tradición,
mi señor.

—Eso mismo pienso yo,
como mi padre y mi abuelo
antes que él. ¿Acaso la
especie viril no ha sido
creada para proteger la vida
y el honor de las mujeres?

—No lo sé, mi señor. En
cualquier caso, doy las

gracias al cielo de que estéis convencido de ello.

La sonrisa se desvaneció. La emoción ocupó su lugar. Ella tenía miedo pero seguía siendo valerosa. Le gustaba, no había duda. Más tarde.

—Charles d'Ecluzole, mi baile, ha permanecido entre estos muros después del motín abortado de los gafos. Me congratulo de su éxito. Se reunirá con vos en poco tiempo.

Una cierta inquietud se

vislumbró en el rostro de Alexia, quien murmuró:

—¿Me abandonáis?

—En absoluto, mi señora. Preveo lo que ha de seguir.

—¿Y tan horrible es para que dos hombres aguerridos tengan que custodiarme?

—Tranquilizaos.

Malembert os confirmará que divago de vez en cuando —mintió—. Los hombres confunden por diversión una simple escaramuza con la guerra. Hasta más ver, mi

señora, para bromear muy pronto sobre los viejos soldados.

Mortagne no mencionó el asombroso descubrimiento que había hecho gracias al díptico. Corrió al despacho de la abadesa y exigió:

—Habéis recibido a monseñor de Valezan.

—Tal y como habría hecho con cualquier obispo, en electo.

—¿Le habéis dado los rollos?

—No. No los ha mencionado.

Plaisance de Champlois escuchó después su petición, con mucha reserva. Aimery le rogó que no entregara el díptico al arzobispo bajo ninguna circunstancia.

—¿Conoce su existencia? Yo empiezo a dudarlo. Tal y como os lo acabo de decir, no ha hecho mención alguna al respecto. Hemos conversado sobre su hermana. Sobre su trágico fin.

—¡No hay duda, puesto que mandó asesinar a Arévolo para recuperarlo y sus sicarios han perseguido a la señorita Nilanay hasta Clairets!

—Así que, ¿insinuáis que debo ocultarle la verdad? Os recuerdo, señor, que considero vuestras especulaciones de ayer inaceptables y sin fundamento.

—Qué alarde tan indigno de vos, mi señora.

—¡Y qué insolencia la

vuestra! —se ofendió la abadesa.

La ira invadió al conde:

—¿Me tomáis por un necio? ¿Acaso ibais a contarle a monseñor Jean con todo lujo de detalles la sarta de artimañas de su hermana? Claro que no. Sin embargo, no las desconoce puesto que fue él mismo quien se las dictó. ¿Ibais a soltarle a la cara que estaba tramando un complot para asesinaros, después de urdir la muerte de la madre

Normilly y su esposo? ¿No, verdad? Le tenéis miedo y con razón. Es temible, y carece de fe. En otras palabras, ¿acaso no habéis decidido ya callarle la verdad? No importa puesto que ya la conoce. Vais a recibirlo con todas las atenciones propias de su rango y de su túnica, y esperar con impaciencia a que se marche. Se trata de una táctica de doble filo.

—¿Qué queréis decir?

—Clemente V no goza

especialmente de buena salud, a pesar de sus amplias cualidades de espíritu. ¿Y si llegara a fallecer? Al fin y al cabo, su antecesor Benedicto XI* pereció de forma brutal, después de apenas ocho meses de pontificado, solamente. La proximidad de monseñor de Valezan es maligna. Se fallece muy rápidamente estando cerca de él, ¿no os parece? Únicamente este díptico, quizás, y con la ayuda de Dios, podría librarnos de

verlo papa un día. Se trata de nuestra única moneda de cambio y, aun así, no es seguro que sea suficiente.

—Moneda de chantaje, querréis decir —rectificó Plaisance.

—Uno solo lucha dignamente contra dignos adversarios. Lo contrario sería una terrible estupidez.

Los ojos aguamarina no se apartaban de él, y pensó que la había perdido. Su mirada se había convertido en un muro. Se ocultaba

detrás y ya no sabía dónde. Una pena difusa le hizo agachar la cabeza. Había estado tan cerca de su espíritu. Cerca, como quizás lo había estado del de Anne.

—En cuanto habéis subido aquí, Bernadine llevó los rollos a Malembert — dijo finalmente.

Cerró los ojos aliviado. Murmuró:

—Habéis obrado correctamente, mi señora.

—No lo dudo, porque, si no, no lo habría hecho,

señor. Destruidlos o selladlos en algún lugar. Mi única exigencia, y os pido vuestra palabra, es que nunca se los entreguéis al Rey ni a su círculo.

Plaisance no ignoraba que Felipe el Hermoso saltaría sobre esta oportunidad para doblegar a Clemente V con el objetivo de que por fin le concediera el juicio póstumo contra la memoria de Bonifacio VIII* (su enemigo mortal), un juicio que llevaba exigiendo

desde mucho tiempo atrás.

—Os doy mi palabra, mi señora. Solo los utilizaré como último recurso, para impedir la elección de monseñor de Valezan en la Santa Sede.

—Bien. Entonces juzgaréis si es conveniente propagar su... interpretación. Con toda mi alma os lo desaconsejo y os suplico que solamente lo hagáis cuando hayáis sopesado las consecuencias de tal divulgación.

—¿Qué queréis decir?

—Pensad en la postración que ocasionaría.

¿Qué nos queda si estamos tan alejados de la perfección divina? ¿Seréis vos el responsable de provocar tanta desesperación?

—Nos queda la voluntad, la obligación de acercarnos a ella. Paso a paso. Lo lograremos algún día.

—¿Algún día? Parece tan lejano dicho por vuestra boca.

Tenía razón, Mortagne no lo dudaba. Los hombres lograrían, a cambio de inconmensurables esfuerzos, acercarse a Dios. Si no se exterminaban los unos a los otros antes.

—Os lo concedo. Conservaré el díptico y solo lo utilizaré contra Valezan, llegado el caso. A fe mía, ese maldito nunca será papa. Aunque tenga que dar mi vida, no sujetaré la puerta que permita a este demonio reinar sobre la cristiandad.

La llegada en tromba de Charles d'Ecluzole puso fin a la entrevista.

—Rápido, monseñor. Malembert está... agonizando.

—¿Cómo? ¿Valezan?

—Probablemente, pero no he visto ni rastro de sus matones al llegar a la hospedería.

—¿Y la señora Nilanay?

—Desaparecida, volatilizada.

Aimery de Mortagne retuvo a la abadesa, que se

precipitaba hacia la puerta.

—Eso, madre, ya no os concierne. Os lo imploro.

—Con todos mis respetos, no recibo ninguna orden de vos, señor. No obedezco más que al Papa —articuló con una voz perentoria que indicaba firmemente que no cedería.

—Me obligáis a hacer algo que lamentaré el resto de mi vida. Pero no importa. No tengo otra alternativa. Ecluzole: que la madre Champlois permanezca en

su despacho hasta mi regreso. Que no reciba ninguna visita. Lo haréis por vuestro honor.

—Monseñor —se indignó el baile—. ¡Se trata de una abadesa!

—¡Como si no fuera consciente de ello!

—¡Señor! —tronó Plaisance, encolerizada—. ¿Por quién me tomáis? ¡Por quién os tomáis vos!

—Os tomo por una mujer a la que no tengo el más remoto deseo de ver

atravesada por una espada. Por lo que a mí respecta, me tomo por un hombre que acepta las consecuencias de sus actos, por muy insensatos que estos puedan parecer.

Mortagne bajó las escaleras a toda prisa y corrió hacia la hospedería, con el corazón a todo latir.

Hermione de Gonvray estaba arrodillada junto a Malembert, quien luchaba por no ahogarse. La sangre de su fiel compañero

empapaba la parte delantera de la túnica de la apoticaria. Esta sacudía la cabeza en signo de negación. Se levantó a una señal del conde y abandonó la sala. Aimery de Mortagne cayó a su vez de rodillas, abrazando el torso del hombre que lo había protegido toda la vida, que lo había educado como un padre.

—¡No me dejes, Malembert! No me dejes ahora. Por favor, quédate. Es una orden, ¡me oyes!

—Lo intento, monseñor. La vida me abandona, se me va —se le escapó una risa. Una mueca de dolor crispó su rostro y un hilillo de sangre se deslizó hacia su barbilla—. ¡Carape! Hemos luchado valerosamente, ¿no es cierto?

—Sí, amigo mío. El combate prosigue. Por eso es por lo que aún debes acompañarme. ¡Oh! ¡Malembert! Agárrate a la vida.

—Eran cuatro. Los de

mordiéndolo. Casi deja a uno sin sentido. Yo he herido gravemente a otro.

—¿Y Valezan?

La elocución de Malembert se ralentizaba. Sus ojos se cerraban.

—Ese cobarde no... estaba presente. No hay duda de que esperaba a la presa y a los raptos con buenos caballos, allá en el portalón. Es a la mujer... a la que buscaban. Adiós, mi señor. Van a acabar con ella en cuanto... ese maldito

Valezan esté seguro de que no sabe nada. Encontradla antes... de que sea demasiado tarde... Vengadme, vengadnos a todos...

—Te vengaré. Que me muera si me retracto.

La cabeza de Etienne Malembert cayó sobre las rodillas de Mortagne. El conde permaneció así, unos interminables segundos, perdido. El pilar que había sostenido sus años más jóvenes, el confidente, el

amigo que le había acompañado en sus años como hombre, descansaba. Un vacío espantoso le ahogaba. Le concedió su tributo al dolor. Unas lágrimas cayeron de sus ojos, mojando sus labios. Las únicas desde el funeral de Anne.

Capítulo 17

*Abadía de mujeres
de Clairets y Etilleux,
Perche, enero de
1307*

Charles d'Ecluzole estaba en lo cierto. Valezan y sus asesinos habían vuelto a su guarida provisional de Etilleux.

A Plaisance, que exigía explicaciones, furiosa por haber quedado prisionera en su despacho y, sobre todo, atemorizada por el rapto de Alexia, Mortagne respondió:

—Ninguna excusa podría atenuar la manera en que me he comportado con vos.

—¡Me traen sin cuidado vuestras excusas, Mortagne! —silbó la abadesa, fuera de sí—. Es más, se trata del menor de mis problemas. ¿Qué vais a hacer? ¿La

encontraréis? ¿Sana y salva?
¡Oh, cuánto le odio, le
execro y estoy segura de que
Dios me lo perdona! Es un
monstruo, un demonio del
que urge deshacerse. Sobre
este punto, teníais razón.

—Entonces, rezad por
nosotros.

—¿Y qué os creéis que
hago en este mismo
instante?

La hosquedad la
abandonó. Suplicó con una
voz muy débil, una voz de
niña:

—¿Y vos?, ¿volveréis a salvo? Desconocéis su número en Etilleux.

—Es cierto, pero ellos subestiman mi furor. Hasta muy pronto, mi señora.

Mortagne, su baile, dos hombres de armas y un caballo suplementario partieron al caer la noche.

Plaisance de Champlois le daba vueltas a la cabeza desde la partida del conde, negándose a imaginar lo peor, pero lo peor se negaba

a abandonar su pensamiento.

Un desierto. En unas semanas su vida se había convertido en un desierto. Hasta los hermosos recuerdos de su infancia junto a la madre Catherine de Normilly la habían abandonado. Esta abadía, que había sido una suerte de antesala del paraíso para ella, le parecía ahora hostil. Plaisance se levantó de su mesa de trabajo.

Una presencia amiga. Un rostro de amable

complicidad. Lo necesitaba imperiosamente esa noche. Hermione. Al fin y al cabo, podía ofrecer el pretexto de su reciente herida para justificar su necesidad de compañía.

La luz reflejada por los candeleras vibraba detrás de la piel aceitosa que recubría la pequeña ventana del *herbarium*. Plaisance suspiró aliviada. Temía que la apotecaria hubiera ido ya al dormitorio principal. Tendría seguramente

algunas hierbas medicinales que preparar con la luna. La dulce calma de su hija la apaciguaría.

Empujó la puerta. Un grito sorprendido. Hermione se levantó de su banco y ocultó su cara con las manos. Pero no lo suficientemente rápido.

Una especie de vértigo desequilibró a la abadesa, que titubeó hacia su hija. Balbució:

—¿Hermione? ¿Qué...?

Un sollozo seco. Las

manos de la apotecaria cayeron sobre su túnica. El fuego que enrojecía una de sus mejillas contrastaba con la suerte de bizma de color ciruela tirando a marrón que cubría la otra.

Una multitud de ínfimos detalles se agolparon en la mente de la abadesa. Esa economía de palabras, esa voz grave, ese vivo deseo de aislarse. El arroz silvestre con el que su hija se cubría el rostro.

Un hastío infinito

reemplazó al estupor.

—No se trata de un unguento, ¿no es cierto? Ni de una enfermedad de la piel.

Hermione sacudió la cabeza.

—Se trata de una especie de... ¿depilatorio? Vuestro nombre... ¿señor?

—'Thibaud de Gonvray, madre. Os... os lo suplico, no me rechazéis. Acordaos... soy vuestra hermana, vuestra hija que tanto os ama —una infinita

desesperación sustituyó al pánico—. ¿Quién soy yo para requerir clemencia de vuestra parte?

Abrumada, Plaisance salió sin pronunciar palabra.

Era ya bien avanzada la noche cuando la pequeña tropa alcanzó Etilleux, delante de la posada de Los Escuderos. Risas,

exclamaciones aguardentosas, en definitiva, una verdadera algarabía les llegaba del interior.

Mortagne sacó una

moneda de su bolso y la lanzó a su baile:

—Aquí tenéis un pequeño real*. Catorce buenos dineros torneses, suficiente para hacerlos rodar por debajo de las mesas hasta mañana. Charles, cuento con vos para embriagarlos como puercos que son. Dudo que Valezan comparta sus borracheras.

Ecluzole pareció vacilar. Mortagne precisó:

—Sois el único que no atufa a soldado, al igual que

yo. Pero a mí pueden reconocirme. Arregláoslas. El monstruo que remunera a esos bribones va a pagarme la muerte de Malembert y de los demás.

—Bien, monseñor —
suspiró Ecluzole—. ¿Qué debo inventarme para explicar mi dadivosidad para con ellos?

—El nacimiento de vuestro primer varón, un buen negocio... ¿qué sé yo? Charles, permaneced sobrio, os lo ruego. Vacíad los

cubiletos con parsimonia.

Transcurrieron más de dos horas. Una suerte de algazara imprecisa ganó poco a poco terreno al vocerío, los insultos y las bromas groseras que les llegaban. En el interior, Ecluzole, que se centraba en su fábula del retoño, luchaba contra un principió de embriaguez impuesta. Embrollándose en el número de sus doncellas, contaba a quien aún quisiera oírle:

—Cuatro hijas... de

rango... ¡os dais cuenta!

—¡Ah! ¿Pero no eran cinco? —rezongó un soldadote del prelado que se derrumbaba progresivamente sobre el hombro del baile...

—Sí, amigo. Buena memoria. La última es tan pequeña que apenas cuenta.

El hombre se desplomó y se golpeó la frente contra la mesa. Otro se había dormido y roncaba como para hacer temblar los

muros. En cuanto al último, vaciaba minuciosamente la jarra directamente a morro. Eructó, se levantó tropezándose y declaró:

—Tengo que ir a mear.

Y se desplomó cuan largo era sobre el suelo de tierra batida.

Charles d'Ecluzole lo empujó con su bota. Este gruñó. Ecluzole salió, aspirando el aire gélido a pleno pulmón para aclararse las ideas. Susurró:

—¿Monseñor?

—Diez pasos a la derecha.

—La vía está libre. Apuesto a que el cuarto, gravemente herido por Malembert ha sido rematado por sus compadres o ha perecido por sus heridas en camino. Me siento como empapado de vinaza. Era inevitable que bebiera para empujarlos a la borrachera. Vive Dios, qué poco seguro estoy sobre mis piernas.

—Reponeos, amigo mío. Rodead la posada con

vuestros hombres. Valezan no se nos puede escapar bajo ningún pretexto. Pero el animal es astuto. Os llamaré en cuanto sepa dónde se encuentra la señora Nilanay. La sacaréis y la llevaréis enseguida al castillo. A galope tendido.

—¿Y vos?

—¿Yo? Me muero de ganas de presentarme por fin a monseñor de Valezan.

El patrón de Los Escuderos acudió precipitadamente ante el

conde, doblando el espinazo y con una mirada de satisfacción hacia los tres hombres bañados en alcohol. Esa noche había hecho una buena recaudación. Explicó:

—Mi humilde morada se ve honrada con importantes visitas. Primero este señor que celebra con gran generosidad el nacimiento de su primer varón, y vos, monseñor.

Mortagne replicó afablemente:

—Olvidas una, ¿no es

cierto amigo? Un prelado, arzobispo para más señas, que ha encontrado alojamiento en tu posada. Es uno de mis amigos.

La obsecuencia dio paso a la desconfianza. El posadero comenzó a dar rodeos:

—¿De verdad? Pues es que... bueno, me temo que no lo encontraréis. Monseñor se ha marchado, hace un momento.

Lo que siguió ocurrió tan veloz que el posadero de Los

Escuderos no comprendería nunca cómo la daga de aquel hombre aparentemente lento afloró apoyada contra su garganta.

—No estoy de humor para escuchar tus mentiras, hombre, y te desaconsejo profundamente que pidas auxilio. ¿Dónde se encuentra? ¿Dónde está la dama que lo acompañaba?

El posadero se contorsionaba, lloriqueando:

—Por favor, monseñor... solo soy un

honrado encargado... Es él... en fin...

—Lo sé, te ha compensado generosamente por tu complacencia, porque imagino que esta dama ha debido de refunfuñar con alboroto al llegar aquí. Rápido, mi paciencia está llegando a su límite.

—La dama está... bueno, está en la alacena, en la parte trasera de la posada. Armaba mucho escándalo... La han...

La daga se hundió en la

grasienta piel. El tabernero gimoteó:

—La han... forzado un poco... maniatado, creo. ¡Yo no tengo nada que ver, por el alma de mi pobre madre!

—Oh, de ti ya no tiene por qué preocuparse — ironizó Mortagne—. Si le ha llegado a ocurrir algo malo a esta dama, me rendirás cuentas, personalmente. ¿Y él?

—En la habitación más amplia, en el primer piso, al fondo del pasillo —farfulló.

—Mis hombres están fuera. Al igual que el baile. Un consejo caritativo, amigo: ponte en un rincón. Tápatе los oídos, cierra los ojos y, sobre todo, no abras la boca.

—Oh... eso es exactamente lo que haré, podéis creerme —asintió el tabernero huyendo despavorido como un conejo.

Aimery de Mortagne volvió a salir para indicarle a Ecluzole la prisión

improvisada de Alexia de Nilanay.

Subió la escalera con precaución, cuidándose de no hacer notar su presencia.

Pegó la oreja al batiente de la puerta. No percibía ningún sonido. Se abrió paso con un violento golpe con el hombro.

Jean de Valezan estaba tumbado sobre su cama leyendo. Se incorporó, con la boca abierta de estupor.

—¡Qué...!

Mortagne

estaba

sobrecogido. ¿Así que ese
hombrecillo regordete, con
cara de niño y de carne
rosada, era su mortal
enemigo? Lo había
imaginado sombrío y largo,
con una elegancia tenebrosa,
convencido de ello además
por el aspecto y la soberbia
de su hermana Hucdeline.

Monseñor de Valezan
recobró la altanería. Se
envolvió en su batín de rico
brocado forrado de vero y se
levantó, mirando con desdén
al intruso que parecía ser un

gentilhombre.

—¡Qué desfachatez, qué impertinencia! ¿Acaso sois un pordiosero engalanado para comportaros con tal vulgaridad, señor? ¡Deberíais estremeceros de vergüenza!

—Os dejo a vos el estremecimiento, Valezan. Mortagne. Aimery de Mortagne quien no os saluda.

Este desaire hizo temblar las grasientas mejillas del prelado. Dio un paso hacia

delante.

—Marchaos al instante.

Quiero creer que solamente la embriaguez es responsable de vuestra conducta desvergonzada. Salid y dejémoslo estar así.

—Ni hablar —dijo el conde desenvainando la daga que colgaba a la izquierda de su cinturón y ofreciéndosela—. No

enumeraré todas las razones que justifican mi presencia en vuestro aposento esta noche. Las conocéis aún

mejor que yo. Dicho lo cual, acabáis de cometer dos errores, uno después de otro, que os serán fatales. Uno se llamaba Malembert, el otro Alexia de Nilanay. Por todos los que han perecido por vuestra culpa, por todos los que se han descarriado por haberos creído, ¡en guardia, monseñor!

Erais gentilhombre, aunque esta cualidad jamás ha sido peor llevada, y debéis saber manejar las armas.

Jean de Valezan sintió

entonces que nada detendría a su adversario. El pánico comenzó a menoscabar su buena confianza en sí mismo. Como era su costumbre, usó un ardid:

—¿Os olvidáis de mi túnica? ¿Acaso le faltáis al respeto a nuestra santa Iglesia? ¡Qué vergüenza!

—No sois más que un vil asesino disfrazado. En cuanto a nuestra santa Iglesia, solo la empleáis para consolidar vuestra gloria personal, y la mancháis con

vuestra existencia. ¡Luchad, señor, mi brazo arde en deseos!

Jean de Valezan soltó la daga que rebotó sobre el suelo con un quejido metálico y remeti6 las manos rechonchas en sus anchas mangas. Mortagne pensó que estaba disimulando su temblor. Valezan retomó con una voz a la que intentaba dar mayor firmeza:

—¡Canalla! No deshonraré la túnica que

llevo vertiendo sangre. ¡Ni siquiera la de un villano!

—Y vos, vos sois un cobarde. Santo cielo... ¡No me lo hubiera esperado!

El desprecio que vibraba en la voz del conde fue como una bofetada para Jean de Valezan y le hizo olvidar por un segundo el pavor que sentía. Mortagne aún no había sacado el arma colgada a la derecha de su cinturón. El arzobispo se abalanzó sobre él, con la pequeña daga, corta y ancha,

que tenía disimulada en su manga, empuñada en alto.

El tiempo de un abrir y cerrar de ojos y Jean de Valezan se maravilló como un aficionado de la rapidez del gesto y del movimiento de su enemigo. El tiempo de otro abrir y cerrar de ojos y supo que iba a morir. Mortagne lo agarró por la muñeca, desviando la pequeña daga y lo empujó con fuerza hacia él, hacia el filo de su arma. El tiempo de un último abrir y cerrar de

ojos y permanecieron así, odio contra odio, sin despegar las miradas.

Un sollozo. Jean de Valezan se desplomó en el suelo, en un charco de sangre, murmurando:

—¡Dios ama a los fuertes! Qué error, yo tenía que lograrlo.

Capítulo 18

*Abadía de mujeres
de Clairets,
Perche, al día
siguiente, enero de
1307*

Aimery de Mortagne miraba fijamente a Plaisance de Champlois, sentada muy erguida detrás de su mesa de

trabajo. Había solicitado a la nueva secretaria, una joven monja de carácter jovial, permiso para una breve entrevista con la abadesa.

—Venía a saludaros antes de regresar a Mortagne, mi señora. Los restos mortales de Etienne Malembert, escoltados por Charles d'Ecluzole y sus hombres, se me adelantarán un poco. La señora Nilanay, aunque muy afectada, se encuentra en perfecto estado de salud. Ya está allí, como

invitada de rango.

—Un nuevo regocijo —
aprobó Plaisance, el rostro
serio.

—Pues no parece
alegraros demasiado.

—Es que, señor, los
recientes estragos que hemos
sufrido tardarán mucho
tiempo en cicatrizarse del
todo. Aún me queda tanto
por... constatar, arreglar...
Cosas poco agradables —
precisó Plaisance mientras
pensaba en la próxima
partida de Bernadine Voisin,

a la que había dado órdenes de unirse lo más pronto posible a otra abadía.

En cuanto a Hermione, o más bien Thibaud de Gonvray, Plaisance huía de él desde aquella desgarradora escena en el *herbarium*. Dividida entre el verdadero afecto, el reconocimiento que sentía por esta hija (que resultaba ser un hijo disfrazado) y la imposibilidad de participar en su mentira, la abadesa no lograba tomar la decisión de

exponer la verdad al capítulo. Thibaud de Gonvray se arriesgaba a la pena capital, precedida de tormentos.

—¿Monseñor de Valezan? —retomó la joven.

—Murió tal y como vivió: como una asquerosa rata.

Suspiró y Mortagne no supo si era de alivio.

—La nueva de su deceso ya corre por las calles. Cuentan que cayó golpeado por un borracho que lo

desvalijó antes de marcharse —le informó ella.

Una lenta sonrisa estiró los labios de Mortagne, quien precisó:

—Ayudado en eso último por el posadero, el dueño de Los Escuderos, supongo. En el fondo, me alegro. No tendré que explicar las razones de aquel duelo. Valezan será enterrado con todos los honores. Si bien su muerte conviene a muchos y resarce a otros, el escándalo de su

repugnante vida no salpicará a la Iglesia, y es mejor así.

Plaisance asintió con un movimiento de cabeza y volvió a su verdadera preocupación:

—¿Y el díptico, y el secreto que encierra según vos? ¿Pretendéis no desvelarlo jamás, ahora que Valezan ya no existe? ¿No sería mejor destruirlo? Ha hecho ya derramar tanta sangre de inocentes.

—¿Destruirlo?

Seguramente lo haré algún

día. Sin embargo, una certeza detiene aún mi gesto. Este díptico representa, en mi opinión, un fragmento del saber, y el saber es sagrado.

—También es peligroso.

—Para quien lo maneja mal o lo corrompe.

Los labios de Plaisance de Champlois se comprimieron. El destino le era adverso.

Por la mañana temprano, Elise de Menoult, la hermana ropera encargada

de vaciar las dependencias de la difunta priora, le había entregado una carta encontrada bajo la tela que recubría el fondo del cofre de registros de Hucdeline de Valezan. Con voz temblorosa, su buena hija había anunciado:

«La he leído por encima... Es una ignominia de tal... índole que primero me negué a creerlo».

Cuando Plaisance tuvo conocimiento de su contenido, un vértigo la

desequilibró. En unas palabras escabrosas se desvelaba todo el incesto de los Valezan. ¿Por qué Hucdeline había conservado la prueba escrita de tales infamias? ¿Para protegerse, en caso necesario, contra su hermano Jean?

El decaimiento, la repulsión que sentía, habían dado paso a la idea de un trato. Le ofrecería la carta acusadora a Mortagne a cambio del díptico. Él no podría soñar con mejor arma

de disuasión contra el señor de Valezan y ella, una vez poseyera los dos rollos de lienzo, condenaría a las llamas a la figura que representaba el soldado así como su intolerable mensaje.

Pero con Valezan desaparecido, la carta ya no le sería de ninguna utilidad a Mortagne y Plaisance perdía así su moneda de cambio, Plaisance dudó por enésima vez aquella misma mañana. ¿Habría que avisar a Roma

de este descubrimiento?
¿Sería mejor para todos
callarse para siempre?

Aimery de Mortagne se
levantó para despedirse.

—Mi señora, a pesar del
espanto de estos últimos
días, del dolor que me causa
el fallecimiento de mi
valeroso amigo Malembert,
a pesar de los estragos que
habéis mencionado y de
nuestra desavenencia al
respecto de ese cuadro,
tened por seguro que el
honor de haberos conocido y

servido de apoyo ha sido uno de los más profundos de mi vida.

—El honor ha sido mío, señor. A pesar de todo, en efecto.

—¿Podría... me perdonaríais, mi señora, la osadía de consideraros mi amiga, al menos un poco? La primera sonrisa de aquel encuentro distendió el rostro juvenil de la abadesa, quien se levantó y alargó las manos hacia él mientras declaraba:

—Qué pregunta, ¿acaso habríais podido convertirnos en nuestro salvador sin convertirnos también en mi noble amigo? Esta bella amistad, la reivindico. Hasta más ver, pues, señor. En mejores circunstancias. Dios os guarde por siempre.

F I N

Breve apéndice histórico

Beaujeu (*Guillaume de*), 7-1291. Elegido Gran Maestro de la Orden del Temple el 13 de mayo de 1273. Miembro de una estirpe de barones vinculada con la realeza, se comporta en Tierra Santa como un señor, tratando a príncipes de igual a igual, y se gana la

enemistad del rey de Chipre, Hugo III. Hace uso de su autoridad e influencias contra Jacques de Molay (el nuevo Gran Maestro) con ocasión del proceso contra la Orden, así como de su supuesta «amistad» con los musulmanes. En verdad, Guillaume de Beaujeu conoce a la perfección el mundo musulmán de cuyo respeto goza al haber sido siempre hombre de palabra. Por otra parte, supo tejer una red de espías en el círculo

más cercano al sultán, lo que le permite atesorar valiosa información, como la referente al asedio que se urdía contra la ciudad de Trípoli. Por desgracia, sus advertencias caen en saco roto: la ciudad sucumbe en abril de 1289. No cabe duda de que las cordiales relaciones mantenidas por Guillaume de Beaujeu con el mundo musulmán son una de las razones que lo unen a Carlos de Anjou (el hermano de Luis IX el Santo). En

efecto, este último trata de asegurarse un buen entendimiento con el sultán de Egipto, puesto que, tras ser coronado rey de Sicilia y posteriormente de Nápoles, se hace con el trono de Jerusalén. Guillaume de Beaujeu fallece a consecuencia de sus heridas durante la toma de Acre.

Benedicto XI, Nicola Boccasini, 1240-1304, papa. Se sabe relativamente poco de él. Hijo de una familia muy humilde, este dominico

conserva su sencillez durante toda la vida. Muestra de ello es una de las curiosas anécdotas que nos han llegado: tras ser elegido, su madre le hace una visita toda acicalada. Este le explica amablemente que su atuendo es excesivamente rico y que prefiere a la mujer sencilla. Conocido por su temperamento conciliador, este antiguo obispo de Ostia intenta apaciguar las disputas entre la Iglesia y Felipe el Hermoso al mismo

tiempo que se muestra implacable ante Guillaume de Nogaret y los hermanos Colonna. Fallece tras dieciocho meses de pontificado, el 7 de julio de 1304, envenenado con higos o dátiles.

Bingen (Hildegard von), 1098-1179. Toma el hábito a los quince años y es elegida abadesa en 1136. Poetisa y compositora, mantiene una relación epistolar con múltiples personalidades durante la segunda mitad del

siglo XII. Se reconocen sus milagros y la autenticidad de sus visiones queda probada. De salud sumamente frágil, pronto se interesa por las plantas medicinales. Autora, entre otras, de una obra de carácter médico que le ha hecho ser considerada hoy día como la primera fitoterapeuta «moderna». Pese a su débil salud, vive más de ochenta años, todo un récord por aquel entonces. Quizás sea esta una prueba de los beneficios

de sus recetas terapéuticas... Aunque a menudo se le atribuye el título de santa, nunca llegó a ser canonizada.

Bonifacio VIII,

Benedetto Caetani, hacia 1235-1303. Cardenal y legado en Francia, toma la tiara pontificia bajo el nombre de Bonifacio VIII. Ferviente defensor de la teocracia pontificia, contraria al moderno Estado de derecho. La abierta hostilidad que le enfrenta a

Felipe el Hermoso surge a partir de 1296. La escalada del conflicto no tiene freno, ni siquiera tras su muerte, momento en el cual Francia se propone abrir un proceso de condena contra su memoria.

Chartagne (Malatería de). Fundada en las inmediaciones de Mortagne por Rotrou III —apodado el Grande—, conde de Perche, señor de Nogent y conde de Mortagne, a su regreso de las Cruzadas en torno a

1100, con el deseo de acoger a sus compañeros contagiados de lepra en Tierra Santa. Cuatro canónigos de San Agustín se encargan de atender la malatería. Las familias de los caballeros afectados, y por tanto reclusos entre sus muros, la dotan de todos los lujos.

Clairats (Abadía de mujeres de), en el departamento de Orne. Situada al linde del bosque de Clairats, en el distrito

parroquial de Masle. Geoffroy III, conde de Perche, y su esposa Mathilde von Braunschweig, hermana del emperador Otón IV, ordenan su construcción mediante carta otorgada en julio de 1204, que se prolonga por siete años, finalizando en 1212. En su consagración interviene igualmente un comendador templario, Guillaume d'Arville, del que poco se sabe. La abadía se asigna a monjas de la Orden del

Císter, las bernardas, quienes gozaban del derecho de administrar alta, media y baja justicia.

Clemente V, Bertrand de Got, hacia 1270-1314, papa. Primero es canónigo y consejero del rey de Inglaterra. Sus excelentes cualidades como diplomático evitan que se enemiste con Felipe el Hermoso durante la guerra entre Francia e Inglaterra. Es nombrado arzobispo de Burdeos en 1299,

sucediendo posteriormente a Benedicto XI en 1305 con el nombre de Clemente V. Ante el miedo de verse confrontado con la escena italiana, que apenas conoce, se instala en Aviñón en 1309. Logra dar largas a Felipe el Hermoso en los dos principales asuntos que los enfrentan: el proceso contra la memoria de Bonifacio VIII y la eliminación de la Orden del Temple. Consigue calmar la rabia del soberano en el primero, y se las

compone para circunscribir el segundo.

Lepra. Enfermedad infecciosa endémica en ciertas regiones del mundo, producida por el bacilo de Hansen. El ser humano es el único reservorio de la lepra. Contagiosa y de incubación lenta (de dos a ocho años, a veces incluso veinte años), esta afección tiene una evolución progresiva. Ya es conocida por griegos y árabes quince siglos antes de Jesucristo, y la primera

descripción escrita de la misma se remonta a seiscientos años antes de nuestra era. Importada a Europa por los ejércitos romanos, se propaga como reguero de pólvora en Francia, durante la época de las Cruzadas. Aunque en un primer momento se les trata con benevolencia en Tierra Santa, los leprosos son rápidamente considerados como parias al descubrirse la transmisión de la enfermedad. Víctimas de

una abierta hostilidad, a partir del siglo XII se les confina en malaterías, se les prohíbe la entrada a edificios públicos y son obligados a avisar de su llegada haciendo sonar unas tablillas de san Lázaro y más tarde una carraca. El temor popular se torna en vindicta pública, acusándolos a menudo de brujería. Gracias a la reducción de su incidencia en Francia y en el resto de Europa a partir del siglo XV, se reintegra a los

leprosos en el derecho común del que habían sido excluidos. Existen cinco tipos de lepra, de intensidad y pronóstico variables en función de la respuesta inmunológica del afectado. El primer síntoma es la aparición de lesiones cutáneas que va acompañada de pérdida de sensibilidad en la zona de las máculas. A continuación el sujeto sufre daños neurológicos y debilidad muscular. Le siguen otras lesiones de tipo

visceral y ocular. La gravedad de estos daños puede ser extraordinaria en aquellos enfermos más débiles. Actualmente, existen tratamientos enormemente eficaces. Hoy día se calcula un total de quince millones de afectados en el mundo aproximadamente, sobre todo en el África subsahariana, China, Asia oriental, India, Madagascar, Portugal, España, las Antillas, Sudamérica,

Nueva-Caledonia, etc.

Nicolás IV, Girolamo de Ascoli o Girolamo Masci, hacia 1230-1292. Hijo de un secretario judicial, ingresa en los Hermanos Menores y se doctora en teología. Es enviado por Gregorio X a Constantinopla, donde relanza las negociaciones con objeto de reunir a las Iglesias de Oriente y Occidente. En 1288 es nombrado papa, tras un dilatado cónclave de doce meses. Aun teniendo fama

de hombre paciente e indulgente, abandona a los herejes de Provenza a merced de la Inquisición. Durante todo su pontificado, intenta congrega a las dos Iglesias y apoya a las órdenes mendicantes. Es criticado por su favoritismo hacia los Hermanos Menores y los hermanos Colonna que se convirtieron en los acérrimos enemigos de Bonifacio VIII.

Nogaret (Guillaume de),
hacia 1270-1313. Doctor en

derecho civil, imparte clases en Montpellier y posteriormente se incorpora al Consejo de Felipe el Hermoso en 1295. Pronto le asignan mayores responsabilidades. Toma parte, en un primer momento de manera más o menos oculta, en las principales cuestiones religiosas que convulsionan Francia. Más adelante, sale de la sombra y desempeña un papel determinante en el asunto de los templarios y en la pugna

entre el Rey y Bonifacio VIII. Nogaret es un hombre de profunda inteligencia e inquebrantable fe cuyo deseo es salvar a la par Francia y la Iglesia. Ejerce de canciller del Rey para ser reemplazado más tarde por Enguerran de Marigny; no es hasta 1311 cuando recupera el sello.

Felipe IV el Hermoso, 1268-1314. Hijo de Felipe III el Atrevido e Isabel de Aragón. Tiene tres hijos con Juana I de Navarra, los

futuros reyes: Luis X el Obstinado, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso, así como una hija, Isabel, casada con Eduardo II de Inglaterra. Este valeroso y excelente caudillo, es igualmente inflexible y severo. Cabría desmitificar tal retrato habida cuenta de que testigos contemporáneos de Felipe el Hermoso lo describen como un soberano manipulado por sus consejeros, quienes «lo

lisonjeaban y aislaban para engatusarlo». Si bien la Historia lo recordará por su decisivo papel en el proceso contra los templarios, Felipe el Hermoso es ante todo un rey reformador que persigue, entre otros objetivos, desembarazarse de la injerencia papal en la política del reino.

Glosario

Oficios litúrgicos

Las siguientes indicaciones son orientativas ya que la hora de los oficios variaba según las distintas estaciones.

Además de la misa, y aunque esta no forme parte en sentido estricto, los oficios divinos, instaurados

en el siglo VI por la Regla de San Benito, comprenden varios oficios cotidianos que regulan el ritmo de la jornada. Así pues, los monjes y monjas no podían cenar antes del anochecer, es decir, después de vísperas.

Vigilias o maitines: entre las 2:30 y 3 de la noche.

Laudes: antes del alba, entre las 5 y las 6 de la mañana.

Prima: hacia las 7:30, es el primer oficio del día, poco después de la aurora, justo

antes de celebrar la misa.

Tercia: hacia las 9.

Sexta: al mediodía.

Nona: entre las 2 y las 3 de la tarde.

Vísperas: entre las 16:30 y las 17, al ponerse el sol.

Completas: es el último oficio de la tarde antes de vísperas, entre las 6 y las 8.

Los oficios divinos se celebraron íntegramente hasta el siglo XI. Sin embargo, a partir de entonces fueron disminuyéndose para

permitir a monjes y monjas consagrar más tiempo a la lectura y al trabajo manual.

Hacia las 10 de la noche se celebraba también una oración nocturna.

Medidas de longitud

Trasladarlas a medidas actuales es una tarea harto difícil teniendo en cuenta que a menudo difieren en las distintas regiones.

Arpende: de 160 a 400

toesas cuadradas, es decir,
de 720 a 2.800 m².

Legua:

aproximadamente 4
kilómetros.

Toesa: de 4,5 a 7 m.

Alna: de 0,7 m en Arras
a 1,2 m en París.

Pie: de 34 a 35 cm
aproximadamente.

Pulgada: de 2,5 a 2,7 cm
aproximadamente.

Monedas

Se trata de un auténtico galimatías pues con frecuencia variaban en los distintos reinos y regiones. En función de la época, su valor se determinaba o no según su peso real en oro o en plata, así como su revaluación y devaluación.

Libra: unidad de cuenta.

Una libra valía 20 sueldos, 240 dineros de plata o bien 2 pequeños reales de oro (moneda real durante el reinado de Felipe el Hermoso).

Pequeño real: equivalía a 14 dineros torneses.

Dinero tornes (de Tours): reemplaza progresivamente al dinero parisiense de la capital. Doce dineros torneses equivalían a un sueldo.



ANDREA H. JAPP
seudónimo de Lionelle
Nugon-Baudon, nacida el 17
de septiembre 1957 en París,
es una escritora francesa de
novelas de detectives. Es
doctora en bioquímica,

toxicóloga de profesión, y reconocida investigadora. Es considerada como la «Reina del crimen» francés.

Como autora, ha publicado numerosas novelas, colecciones de historias cortas y guiones para películas de televisión y los cómics. A partir de 2004 tradujo también algunas novelas de Patricia Cornwell. Sus traducciones son en su mayoría bajo el seudónimo de Helen

Narbona.

En 1991 ganó el Festival de Cognac con su obra *La Bostonienne*.

Para saber más sobre su obra, [ver la página sobre ella](#) en la web de su editorial francesa, Calman-Lévy.

Notas

[1] Alejandría. <<

[2] Heraklion. <<

[3] Palmira. <<

[4] Enfermedad venérea. <<

[5] Erróneamente, prueba de ello fue el asedio a San Juan de Acre años más tarde. <<

[6] Refiriéndose a los
etíopes. <<

[7] Malaria, conocida desde la antigüedad. Las primeras descripciones de la misma y su relación con los pantanos las encontramos en papiros egipcios que datan del año 2000 a. de C. <<

[8] Frente a las costas de Eritrea. <<

[9] En aquella época, se alzaban en el emplazamiento de la actual basílica de San Pedro, cuya construcción comienza en 1452 y se prolongará por más de un siglo. <<

[¹⁰] Papa de 1277 a 1280. <<

[¹¹] En el sentido amplio de la palabra «familia» incluía tanto a la del señor como a los sirvientes de la casa. <<

[12] En un principio importada de Oriente por Alejandría, pronto se empieza a usar en repostería y como condimento para la carne poco fresca. <<

[13] Engañar, defraudar
mediante artificios o
palabras engañosas. <<

[14] En Francia, tratamiento
dado al delfín y a los nobles
(*N. de las T.*). <<

[15] Bolsa de viaje, normalmente de cuero, que con frecuencia se colgaba en bandolera. <<

[16] En Francia, los señores feudales, según su rango, podían dictar sentencias de muerte o penas físicas (alta justicia); dirimir injurias, robos o disputas (media justicia) o juzgar asuntos o delitos menores castigados con simples multas (baja justicia). En Francia, el baile era el representante del rey o del señor quien ejercía por delegación los poderes administrativo, militar y sobre todo judicial (*N. de las*

T.). <<

[17] Gibet en francés significa «horca». Este paraje, que actualmente se encuentra en el departamento de Orne, todavía conserva dicho nombre (*N. de las T.*). <<

[18] Segunda prelada después de la abadesa, especialmente en ausencia de la coadjutora.

<<

[19] «Muchacha pública», «damisela de vida alegre», «pupila», «chica amorosa», «cuerpo alocado», eran algunos de los sinónimos empleados en la época para designar a las meretrices. <<

[20] Prostitutas que deciden ingresar en un monasterio para limpiar sus «pecados». La Iglesia solía animarlas.
<<

[21] Monja que suplía a la
semanera, a la cual se le
asignaba una tarea o faena
cada semana. <<

[22] Monja encargada de «supervisar» y encauzar a las ociosas y charlatanas por el recto camino. <<

[23] Monja sin oficio permanente a la que se le asigna una tarea diferente cada semana. <<

[24] Oración nocturna que se realizaba alrededor de las diez de la noche. <<

[25] Sociedad laica. Extracto de la Regla de San Benito.

<<

[26] Religiosa encargada de llevar la contabilidad de la abadía. <<

[27] Del latín *discretus*, «capaz de discernir». Se refería a las sabias: la cillerera, la tesorera, la depositaria, la portera y otras dos monjas. <<

[28] Religiosa que guarda las llaves de la abadía y vigila las entradas y los locutorios.

<<

[29] Hacia 1140-1190. <<

[30] Marie de France, poema
«La madre selva» (*Lais*),
escrito antes de 1167. <<

[31]

Jacqueline-Marie Arnault se convirtió en coadjutora de Port-Royal, una de las abadías de mujeres más grandes y prestigiosas, cuando tenía ocho años. En 1602, fue nombrada madre abadesa a la edad de once años con el nombre de Angélique. Restableció la Estricta Observancia y devolvió a Port-Royal su notoriedad y esplendor cultural y económico. Jean Racine y

Blaise Pascal fueron
fervientes defensores de esta
abadía. <<

[32] Asamblea de monjes o monjas que reglaba la vida interna de un monasterio. Si bien al principio eran los capítulos regionales o generales los que elegían a los abades y abadesas, más tarde pasaron a ser nombrados por el papa. <<

[33] Religiosa responsable de la gestión de la abadía: se encargaba de las provisiones y los alimentos del convento; inspeccionaba los graneros, los molinos, las cervecerías, los viveros de peces, los almacenes; controlaba el suministro de muebles y objetos diversos, además de supervisar las visitas. <<

[34] Los merceros se convirtieron en un gremio con gran poder y pronto fueron tratados como burgueses. <<

[35] Religiosa encargada de realizar las compras y los pagos. <<

[36] Religiosa encargada de la cocina y su organización, así como de las comidas. <<

[37] Religiosa responsable de la ropa blanca y de la vestimenta. <<

[38] Religiosa que se encarga del mobiliario litúrgico, los adornos florales de los altares y las reliquias. <<

[39] Intermediarios que
comerciaban con víveres. <<

[40] Al contrario de la creencia, la Iglesia prohibía el matrimonio impuesto a las hijas. Aun así, a estas les resultaba muy difícil negarse a la voluntad de sus padres.

<<

[41] Escrófula: variante de la tuberculosis caracterizada por lesiones cutáneas o mucosas, así como por tumefacciones ganglionarias. En la época, se agrupaban bajo este término las enfermedades que provocaban síntomas dermatológicos. <<

[42] En aquellos tiempos, los sinónimos eran «enfermedad escrofulosa» y «gafedad».

<<

[43] Precedió a la carraca. Se trataba de una especie de abanico hecho de tablillas de madera superpuestas que se agitaban para advertir de su cercanía. <<

[44] Acometida en 1305 o 1306, las obras culminaron en 1312, tiempo récord en la época, prueba de los medios financieros empleados. <<

[45] El médico laico ejercía la medicina, en la mayoría de los casos sin título alguno, tras unos años de estudio. Al ser laico podía fundar una familia. Por el contrario, el doctor en medicina, que fue considerado un clérigo hasta el siglo XV, tenía prohibido contraer matrimonio. <<

[46] Jardines puramente ornamentales, de poca extensión, reservados al cultivo de flores para adornar altares. En aquellos tiempos, se plantaban principalmente lirios, rosas de Damasco y alhelíes, ya que todavía se desconocían numerosas especies. <<

[47] Vestidura áspera,
generalmente de piel de
cabra, que se lleva sobre la
carne para mortificarse por
penitencia. <<

[48] Lanzas. <<

[49] Ventana dividida en dos
por un parteluz. <<

[50] Segundogénito, que por tanto no hereda ningún título ni la mayor parte de las tierras. <<

[51] Artesano que teñía paños de lana y tejidos, y trabajaba a destajo para un mercader. Se trataba de un gremio mal visto en aquella época, poco reconocido. <<

[52] Donación. <<

[53] Colonia de abejas que ha perdido a la reina. Las demás abejas obreras siguen poniendo huevos, pero solo dan zánganos. <<

[54] Hasta que se publicaron a finales del siglo XVII las observaciones del médico holandés Jan Swammerdam, se pensaba que las colonias de abejas lo que tenían era un rey. <<

[55] Especie de cajón de cuatro patas que se utilizaba hasta hace muy poco para guardar la harina y dejar reposar la masa del pan. <<

[56] Mueble vertical de cuatro patas, de dos hojas abatibles y con multitud de compartimientos en su interior. <<

[57] En la Edad Media, mueble alto, bastante parecido al aparador, que se colocaba en medio del comedor para guardar la vajilla, los condimentos y demás enseres. <<

[58] Pieza de mallas o placas de hierro que cubría la parte superior de la cabeza. <<

[59] Casco de metal
ligeramente cónico que
protegía la nuca y que acabó
reemplazando al yelmo. <<

[60] Pieza de la armadura que cubría el muslo. <<

[61] Cavidad abierta donde se recogen las deyecciones y los residuos orgánicos. <<

[62] Caballo flaco y de poco
valor. <<

[63] Era costumbre en la época llamar a los posaderos por el nombre de sus establecimientos. <<

[64] También llamado
«aguamiel». Bebida
conocida desde la Edad
Antigua. <<

[65] Persona encargada de la despensa. <<

[66] Una sucesión de veranos fríos y muy lluviosos provocarían grandes hambrunas años más tarde.



[67] Ingredientes del pan
llamado «de hambruna». <<

[68] Las rebanadas gruesas de pan sentado se utilizaban como plato. <<

[69] La Iglesia —incluso las órdenes mendicantes— recibía acerbas aunque disimuladas críticas, cuyo rastro encontramos en obras como *El libro de la rosa*, escrito entre 1230 y 1280.

<<

[70] El matrimonio o concubinato de los clérigos fue aceptado con bastante tolerancia hasta el siglo X, para ser luego severamente condenado. <<

[71] A pesar de los rumores que perduraron largo tiempo después de su muerte, nunca se demostró que a Clemente V y a la bella Brunissende les hubieran unido lazos distintos a una casta y duradera amistad. <<

[72] Además de aterrar a las gentes, el lobo era considerado un animal despreciable, malvado y salvaje. <<

[73] Este práctico adorno
existía ya desde la
Antigüedad. <<

[74] Provenientes de la
abadía de Fontevraud. <<

[75] Hecho con harina de
cebada y centeno poco
refinada. <<

[76] Mezcla de vino tinto y blanco, endulzado con miel, al que se añade canela y jengibre. <<

[77] Primer cebo del animal abatido que se da a los perros de caza. <<

[78] Atravesar cualquier cosa
con un objeto punzante. <<

[79] Utensilio empleado por carpinteros, ebanistas o toneleros desde la Antigüedad, compuesto por una plancha de hierro muy larga y cortante insertada perpendicularmente en un mango. <<

[80] Herramienta empleada en las minas y desmontes formada por un hierro en punta curvada enastado en un mango largo. <<

[81] Algunos posaderos imponían a los huéspedes pagar la cena si querían una habitación. <<

[82] Ciruelas pasas. <<

[83] En aquella época se trataba de una celebración estrictamente religiosa. No es hasta más tarde cuando surge el aspecto «festivo».

<<

[84] Utilizadas a partir del siglo XIII. Se veían como un signo de enfermedad, por ello se solían esconder con celo. <<

[85] Sirviente laico
encargado de portar los
mensajes de la abadía. <<

[86] Partera facultada para certificar ante los tribunales la virginidad o el embarazo de una mujer. <<

[87] Gran tapiz que se colgaba en las paredes o en los paneles de los pulpitos.

<<

[88] Les estaban reservadas las tareas más duras e ingratas. <<

[89] Especie de buñuelillos
de miel. <<

[90] Huerto de hortalizas y plantas aromáticas. <<

[91] Envenenar. <<

[92] Látigo corto hecho con cuerdas o cadenas del que se servían los religiosos y los laicos para mortificarse. <<

[93] Los miércoles, viernes, sábados y vísperas de festivos, así como en Adviento y Cuaresma. <<

[94] Acedera. <<

[95] Se preparaba con un puré de huevos duros mezclado con un poco de grasa fundida, perejil, estragón o perifollo, al que a veces se añadía barrillas picadas y semillas molidas de mostaza. <<

[96] Último servicio,
normalmente compuesto de
gofres y barquillos
acompañados de un vaso de
vino de especias. <<

[97] Persona ofrecida a Dios, la mayor de las veces junto con sus bienes. En el siglo XIV, los oblatos eran a menudo niños cuyas familias los confiaban a un monasterio, ya fuera por piedad o necesidad. Allí, la mayoría recibía una educación y posteriormente se convertían en monjes o monjas. No obstante, oblatos adultos y aristócratas ingresaban a menudo en la vida monástica con el

propósito de acabar allí sus días. <<

[98] El 11 de agosto de 1297.

<<

[99]

Bacalao.

Muy

consumido en aquella época, sin duda y entre otras cosas, debido a su blanca carne. Su pesca se remonta al siglo IX.

<<

[100] Peste. Hacía estragos, sobre todo en China, desde hacía tres mil años. La primera pandemia documentada tuvo lugar en 540 d. C. y se extendió desde la periferia mediterránea hasta la Galia. La segunda provenía de la India y diezmó a veinticinco millones de personas en Europa, aproximadamente como en Asia, en una época de escasa población. Esta peste negra duró de 1346 a

1353. <<

[101] Las cerámicas
esmaltadas de Beauvais eran
muy apreciadas desde el
siglo XII. <<

[102] Mística originaria de Flandes autora de un tratado donde afirmaba que el amor a Dios era esencial y bastaba para la Salvación. Dicho de otro modo: no era necesario resistir «a las exigencias de la naturaleza». Fue condenada y quemada en 1306. <<

[103] Planta considerada mágica por los egipcios, griegos y romanos, pues creían que curaba medio centenar de enfermedades y por ello era utilizada en multitud de preparados. <<

[104] Efectivamente es
estimulante, tónica,
estomacal y
antiespasmódica. Entra en la
composición del agua de
melisa. <<

[105] La colchicina, alcaloide dominante del cólquico, es particularmente eficaz en el tratamiento de crisis agudas de gota. Comenzó a utilizarse gracias a esta propiedad en el siglo V, durante el Imperio bizantino. En dosis muy pequeñas, se usa como analgésico en fitoterapia. Sin embargo, algunas decenas de miligramos provocan una muerte segura, en general al cabo de varios días. Los

primeros síntomas comienzan de tres a cinco horas después de la ingestión. Se caracterizan por violentos dolores abdominales, una colitis hemorrágica con diarrea intensa, después por trastornos hemorrágicos y un estado de shock. A continuación se produce septicemia e insuficiencia renal. La muerte llega por parada respiratoria o infarto de miocardio. La toxicidad del cólquico era ya conocida

en la antigua Grecia. <<

[106] Oración nocturna que se celebra alrededor de las diez de la noche. <<

[107] Pieza metálica en forma de anillo que sujeta los cerrojos de las puertas. <<

[108]

Preparado,
normalmente oleoso,
utilizado para aplicaciones
cutáneas y masajes.
Asimismo, acción de verter
dicha sustancia sobre una
zona afectada. <<

[109] Hacha de hoja larga y mango corto utilizada por toneleros y carreteros. <<

[110] Martillo. <<

[111] Antineurálgico. <<

[112] De la misma raíz latina que «insolente», «insólito» tiene a veces una connotación despectiva. Implica la anormalidad en un sentido negativo, condenable. <<

[113] Del latín *bilancia*, de *bi*, «dos», y *lanx*, «platillo». <<

[114] Calabazas de peregrino. Las cucurbitáceas del tipo de la calabaza verrugosa o la calabaza romana, originarias de América, aún eran desconocidas en Europa. <<

[115] Muy apreciados, se encontraban en todas las mesas. Podían tomarse tanto en la vigilia como en días de carne. <<

[116] Referencia al juego del tarot, cuyo origen exacto sigue siendo desconocido.

<<

[117] Forma antigua de la
palabra «cerrojo». <<

[118] Leche caliente con miel
en la que se bate la yema de
un huevo. <<

[119] De «hijo de bienes»,
que da «hidalgo». La
fórmula no solo indicaba
rango social, sino también
honor. <<

[120] Especie de chaqueta
larga con mangas
acuchilladas que llega hasta
los muslos. <<

[121] El jardín medieval siempre está dividido en cuatro cuadrantes por pasillos en forma de cruz.

<<

[122] Túnica larga. <<

[123] Lechuza blanca,
tolerada puesto que se
suponía portadora de buena
suerte. <<

[124] Preparación que calma
la tos y favorece la
expectoración. <<

[125] Actualmente se utiliza en su lugar el cepillo de cerda dura llamado «bruza», de ahí el verbo «bruzar». <<

[126] Pelaje homogéneo de pelo blanco y cobrizo. <<

[127] El envenenamiento, probablemente debido a su trapacería, se consideraba como el peor de los crímenes. <<

[128] Tocado en forma de tamboril. <<

[129] Ancha cinta de tela que mantenía el tocado sobre la cabeza pasando por debajo del mentón. <<

[130] Larga capa. <<

[131] **Génesis 1.27.** <<

[132] Este concepto sobre la variabilidad del tiempo estaba perfectamente admitido en la Edad Media. Se hablaba de la eternidad de Dios, el tiempo de los ángeles y el tiempo de los hombres. <<